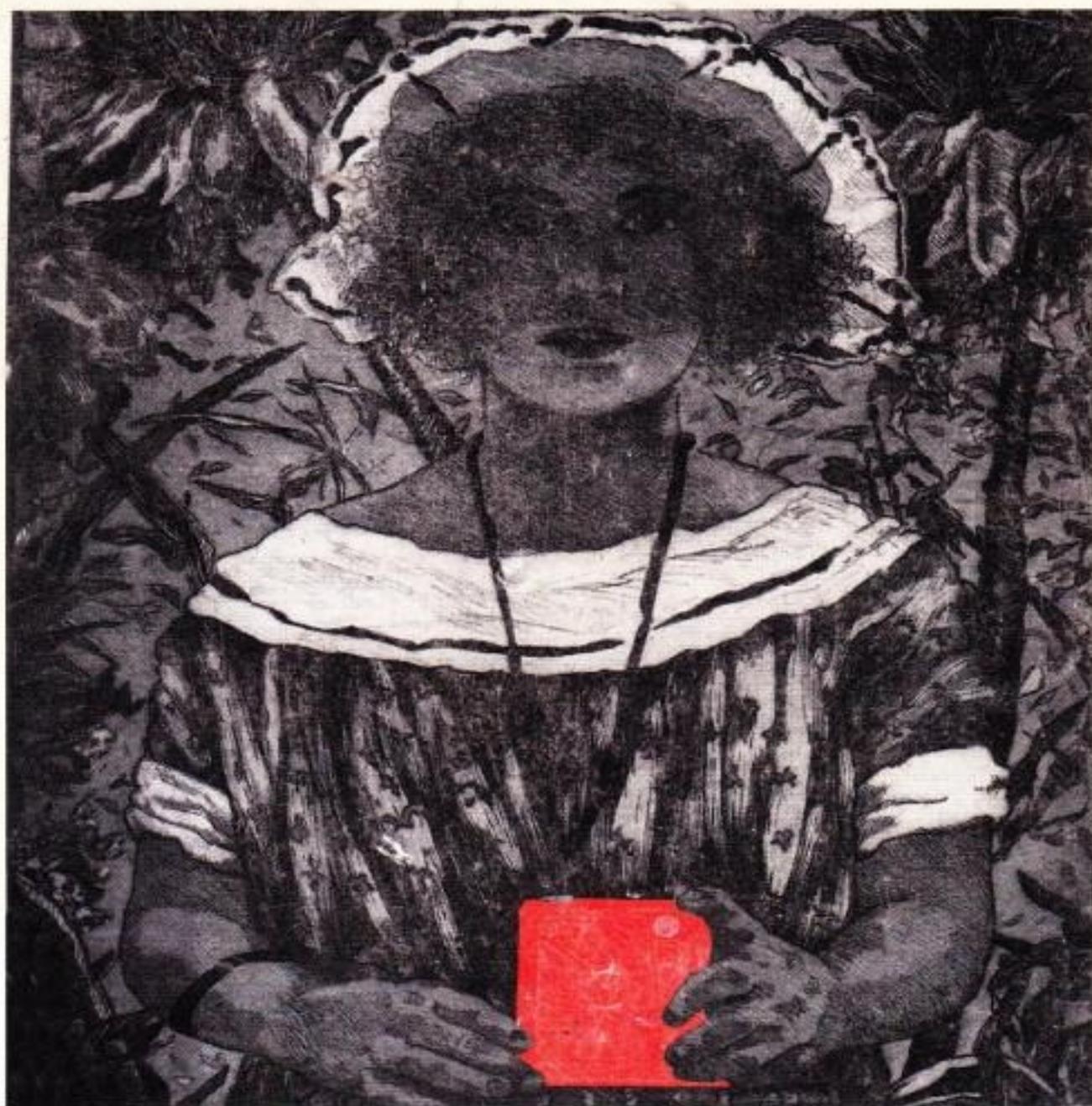

Marco Aurelio Carballo

MUÑEQUITA DE BARRIO



se

Lectulandia

Estructurada en múltiples planos, *Muñequita de barrio* es una novela de un escritor en plena madurez; un escritor de prosa moderada, fluida y elegante; de cuidadosas metáforas; de historias inteligentes; de brillante tacto erótico; sobre todo, de pasadizos secretos y recónditas galerías.

En la historia de El Flaco, en los elípticos episodios de su vida, Marco Aurelio Carballo, como pocos autores, ha logrado reconstruir con eficacia el mundo de los periodistas, y lejos de lo meramente anecdótico, de lo simplemente trivial, ha señalado agudamente una serie de conflictos que obstaculizan el desarrollo de una sociedad.

Nacido en esa notable generación que va de Gerardo de la Torre (1938) a José Agustín (1944), *Muñequita de barrio* sitúa a Carballo, firmemente, entre los mejores narradores de sus días.

Lectulandia

Marco Aurelio Carballo

Muñequita de barrio

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *Muñequita de barrio*

Marco Aurelio Carballo, 1999

Imagen de cubierta: Carla Rippey, *En el jardín botánico*, 1991

Diseño de cubierta: Mónica León y Regina Olivares

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Muñequita de barrio

Primera parte

Uno

Dos

Tres

Capítulo I

Uno

Dos

Capítulo II

Uno

Dos

Capítulo III

Uno

Dos

Capítulo IV

Uno

Dos

Capítulo V

Uno

Dos

Tres

Capítulo VI

Uno

Dos

Tres

Capítulo VII

Uno

Dos

Tres

Capítulo VIII

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo IX

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Segunda parte

Capítulo I

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo II

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo III

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo IV

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo V

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo VI

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo VII

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo VIII

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo IX

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Tercera parte

Capítulo I

Uno

Dos

Tres

Capítulo II

Uno

Dos

Tres

Capítulo III

Uno

Dos

Tres

Capítulo IV

Uno

Dos

Tres

Capítulo V

Uno

Dos

Tres

Capítulo VI

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo VII

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Capítulo VIII

Capítulo IX

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Epílogo

Uno

Dos

Tres

Recuento de personajes

Sobre el autor

Para Sodelva, Esther, Emma y Gloria y Carlota y Pánfila, tías.

Para Clararrosa, Ivonne, Luzana y Sabrina, musas.

Para Carlos Aranda (†), el Papotas Bonilla, el Chino Cancino, José Freddy Chong Solis y Herminio Somohano, conquistadores del D. F.

Para Armando Corral García y Rafael Gómez Arceta (†), fundadores de la Comuna.

Para Javier González Batta, Eugenio Múzquiz, Antonio Elizondo (†), Carlos G. Basurto, Carlos Cuevas Paralizábal, Miguel Hernández Cerón y Sergio von Nowaffen (†), compañeros del arma.

PRIMERA PARTE

«Todos poseemos una experiencia personal, y por ello es legítimo hablar de uno mismo sin pecar necesariamente de orgulloso»

E. M. Cioran.

UNO

Cuando estuve enamorado de Luzana también perdía la cabeza hasta con determinadas sirvientas. Pero fue tan aguda la obsesión de acostarme con aquélla y de convertirla en mi amante que mi asedio aunque igual sus prejuicios la llevaron a la muerte. Mientras tanto fui condenado al infierno por mi propia conciencia justo el día que regresé del Soconusco al Distrito Federal, en cuanto los hermanos de Luzana hablaron del deceso, muy serios pero sin congoja. Luzana también quiso convertirse en mi amante con la intensidad que yo quería serlo de ella, estoy seguro. Lo confirmé antes de irme de vacaciones a Tapachula, al despedirme con besos glotones luego de mi súbito arrepentimiento de poseerla porque sentí miedo de echarle a perder la vida, según yo, zopenco. De mi pueblo regresé dichoso para llevarla a cenar con el segundo pago a cuenta de mi liquidación por la huelga en *El Diario de México* y resultó que estaba muerta, según sus hermanos.

Luzana fue mi primera novia en el D. F., el gran amor de mi vida, la mujer con la cual hice planes para casarnos cuando recibiera el título de economista o me dieran la planta de reportero en un diario, aunque ambicionaba en lo más íntimo de mi alma aventurera y rebelde ser el nuevo Cervantes Saavedra del mundo, o el nuevo Hemingway (que acababa de dispararse un escopetazo en la boca), el nuevo Dostoiewski o el nuevo Faulkner o Kafka, en orden alfabético, pues no tenía dotes de cantante de rock y menos de economista. Esa noche bebí catorce cervezas medianas y lloré en los hombros de Manuel y Miguel, ¿mis ex cuñados? El Changüingua nada comentaba pero tenía estrujado el corazón, seguro, porque fue uno de mis mejores amigos en la Comuna, para entonces escindida y en plena diáspora, y porque él había perdido a Guadalupe si bien ella estaba viva. El Changüingua y yo nunca llegábamos a beber ni siete cervezas pero ese día era un día muy especial, con Luzana muerta y nosotros a punto de emigrar de la colonia.

Manuel y Miguel, los hermanos Martínez, chilangos de linaje, le entraron en cantidades imprecisas a las cubas de brandy químico. Nosotros chocamos las botellas con los vasos de ellos. Así nos empinábamos las cervezas, éramos

costeños, fronterizos y cerveceros. Como Luzana había muerto atropellada en Cuernavaca (me torturaba imaginando la escena), yo iba a morir en la cantina enfermo de amor por ella. También por las muchachas de quienes había vivido enamorado y de las que conseguí sólo besos y les palpé determinadas superficies blandas y en relieve de sus respectivos cuerpos. Sólo palpar y sólo besos y manoseos en ese principio ominoso de los años sesenta, pese a la presencia eléctrica de Elvis Presley, de los Beatles y de Bobby Darin, de Daniel Santos, del ya desaparecido Pedro Infante y de Gonzalo Curiel. Ominoso principio de década para mí.

Años después, mientras caminamos tras un desayuno a base de tres memelas fritas con chorizo o con huevo y de un plato mixto de moronga con chicharrón guisado o con huevos a la albañil, o con tres costillitas de cerdo en adobo, café y pan, en el hotel Reforma, perfeccionando nuestro proyecto de revista policiaca, Hugo del Río, copia al carbón de León Tolstoi en cuanto al trazo del cráneo, alto, bien vestido, un tanto cargado de espaldas, gafas movedizas sobre el puente de la nariz, en cuya punta hay siempre dos o tres troncos de pelo recién afeitados, ha sugerido entre carcajadas, cubriéndose la boca con la mano, barriga vibrante, que erija sendos monumentos a la sirvienta y a la prostituta desconocidas (bustos o torsos), en homenaje a quienes me hicieron el favor del apareo sin exigir nada a cambio.

En especial a Sabrina, que dijo amarme como yo la amé aunque fuera una gran puta. Linda eso sí. La puta más linda del pueblo al grado que pudo haber sido la primera dama, la Evita Perón de Guatemala. Manuel y Miguel trataron de confortarme como dos capitalinos pueden consolar a un provinciano emocional y sentimentaloides si está sobre todo borracho. El consuelo consistía en acompañarme y en observarme mientras ellos se endulzaban las gargantas con las cubas, y yo era escarnecido quizá en los respectivos fueros internos de ellos a causa de los gimoteos y de las lágrimas que me arrasaban los ojos. Manuel y Miguel, ese par de canallas, se burlaron de mi credulidad y de mi sentimentalismo. Trataron de reanimarme sin que ellos cayeran en el moqueo. Muy solemnes pasaron de la seriedad a la amargura en minutos. El Changüingua lloró conmigo, un tanto solidario y porque era también sentimental y emocional como yo. Al abandonar la cantina varios tipos nos salieron al paso gritando ¡pinches putos culeros! y los encaramos sin averiguaciones y los hicimos correr con la calabaza erizada de chichones y chorreando sangre de la nariz o de la boca.

El Changüingua enfrentó a puntapiés a quienes rodaban por el asfalto. Mensajeros del Macuache sin duda, pero esa vez ni me las olí porque

mientras los sopapeaba, concentrado en defenderme, sentí que ese desfogue era la medicina ideal contra la depresión. Quiero escribir esta historia, la de Luzana. Una historia de amor y de mucho sexo... en sueños, porque lo tuve pocas veces en la realidad y con ella nada. Ignoro por qué he sentido el impulso de escribirla. Un impulso tan vehemente como la obsesión que padecía de acostarme con Luzana o con otra muchacha de mi edad. Tan joven o más vieja, fuera mi novia o no lo fuera, de la escuela o de la colonia, de mi pueblo o marciana. Acostarme con Luzana y acariciarla y triturarle a besos sus labios acorazonados y lamerle y sorberle sus grandes, redondos y succulentos pechos. Realizar una faena amorosa que me redituara el par de orejas de repetir la hazaña. Se trataba de la frustración y del deseo juntos porque vivía convencido de que era injusto que no pudiera hacerle el amor.

DOS

Sobre todo a una edad y con una relación —habla Armando, el filósofo de la Comuna— donde el hombre siente bien equilibrados los componentes fundamentales de la argamasa: el amor y el sexo para constituir, Flaco, la pareja ideal.

No podía hacer el amor con Luzana, mi novia en la capital, ni con Clararrosa, la novia de mi pueblo, de quien viví también enamorado hasta las cachas. Pero a esta última la olvidé porque no hicimos el amor en su momento, sino meses después, cuando Luzana estaba siendo atropellada y muerta y cuando Clararrosa quería que, a cambio de poseer su cuerpecito, retara en duelo a muerte a un bandido de la familia Tunante, homicidas múltiples, azote del pueblo, de la región completa. Mi amor por Clararrosa se enfrió y pronto las cartas amelcochadas que le enviaba fueron menos frecuentes conforme iba aproximándome al corazón de mi Luzana querida, a pesar de que estuvo Ivonne de por medio, que siempre fue un sueño irrealizable. Olvidé a Clararrosa al ritmo de como fui conociendo a Luzana, al ritmo de un danzón o de una balada, en un patio de la vecindad o en nuestro apartamento de estudiantes pobretones, pero de piso relumbrante en día de fiesta mientras Clararrosa entregaba su virginidad a un ranchero maloliente a perfume barato y a boñiga de yegua, virginidad que había guardado para mí.

El impulso de escribir esta historia no lo sentí en el deportivo sino que desperté con ese ánimo y porque hace tiempo concluí en que sólo debo escribir historias cuyos personajes estén inspirados en gente conocida. Ya lo había declarado Oscar Wilde y se lo acababa de releer a Hemingway en *El oficio de escritor*, pero uno tiene que escarmentar en cabeza propia. En mi caso deben ser historias de amor con final feliz o infeliz. Tampoco puedo ufanarme de que conocí bien a Luzana. ¿Cómo puedes conocer a una mujer con quien nunca te acostaste, pregunto, con quien nunca dormiste, a quien nunca viste al despertar para darle un beso, a modo de buenos días mi amor, que dulce noche me regalaste, si es que fueras un cursi y no te importara decirlo, o te importara un reverendo carajo a esa edad? Recuerdo los besos de

Luzana y sus caricias y nuestras discusiones baladíes, sin llegar a más. Pero la quise mucho y cuando supe de su muerte sentí tal pesar que llegué a beber alcohol hasta la inconsciencia. Aunque Luzana no fue mi primer ser querido muerto. Ya se habían ido Fallo y Fofó, amigos y paisanos.

Pero el Fofó murió como un chingamadril de *machetes* quisiéramos entregar el alma al Creador, arriba del guayabo, jeje —habla de nuevo Armando, el filósofo soconusquense—, que se siente, cómo de que no, que duele y que se te doblan las corvas. Pero no se trata del mismo sentimiento ni del mismo dolor, pues cuando se te muere una novia, y una novia virgen, es el alma lo que se te cuartea, viejo.

Recuerdo a Luzana al presentir un cambio extraordinario en mi vida y en la vida de la Pichona. Vamos a tener un hijo y Luzana reapareció en mi vida, es decir no ha muerto, es decir nunca murió antes de ahora. Ya habrá tiempo para que muera de verdad y en forma gloriosa o patriótica quizá. Transcurrieron veinte años para volver a vernos y dejé pasar otros diez para sentarme a escribir esta historia. Ella hizo su vida según sus anhelos que también fueron los míos. Yo traté de rehacer la mía entre fracaso y fracaso, amoroso y profesional, o de oficio, que este es un oficio, propongo, trinchón, el más palpitante del mundo, el de la escritura. Fui de fracaso en fracaso hasta que la Pichona y yo nos casamos y no pudimos o no quisimos tener hijos. Pero la farsa de Manuel y de Miguel, y la de Luzana, los hermanos Martínez, carece de nombre, Armando la hubiera titulado, muy filosófico, de *Hijez de la...* Bestia el teléfono... No debí contestar pero esta es una prueba de escritura, de calentamiento, y puedo darme ese lujo.

Era el Tovarich. Sugirió que nos viéramos para platicar de cómo vamos por la vida. El Tovarich ha tenido algo que ver en esta historia pero en el área del periodismo. Vaya coincidencia. También después de unos treinta años. Pero el impulso de escribir la historia de Luzana antes que cualquiera otra cuajó dentro de mí en el deportivo al caerme un chorro enjundioso de agua fresca sobre la cabeza. Había dormido bien y estaba contento. La idea de llegar temprano al deportivo y de no ir a la cancha de basquet a hacer gimnasia gringa, nada más porque sí, produjo igual un bienestar desconocido en mí. La mañana era invernal y un vaporazo intenso era lo que dictaba la sensatez. En el vapor, un viejo amable preguntó si iba a afeitarme porque estaba libre un espejo. Le di las gracias y le dije que después de él. Yo estaba leyendo en el periódico el texto de un escritor sobre otro escritor. El hombre como de setenta años, el cabello blanco estuvo viéndome de reojo como a un bicho estrafalario. No pude concentrarme porque la historia de Luzana

continuaba royéndome el cerebro, y quería hallar la explicación de por qué experimentaba esas ganas de ponerme a escribir ¡ya! este mamotreto. Sentí unas ganas repentinas y volcánicas de escribir el mamotreto, de puño crispado en alto y de vigor mental con la fuerza y el poderío de una locomotora de mil toneladas devorando kilómetros a todo vapor.

Acaso porque Luzana estaba viva y casada aunque separada del marido y con tres chilpayates, tres. Acaso porque intuyo que mi vida va a dar un vuelco a partir del hijo que espera la Pichona, o porque he pensado en la muerte, que no es un tema nuevo de reflexión ya que todo el mundo que supone conocerme afirma que soy un hipocondriaco. Si lo soy lo ignoro *a ciencia cierta*, pero de que me falta un tornillo me falta, o soy sietemesino.

TRES

Sumergido en ese mar de reflexiones solicité una de esas becas gubernamentales de no sé cuántos miles de pesos para crear este mamotreto en un año. Yo, que abomino de las becas. No debo preocuparme porque no me la dieron y nunca van a dárme la y qué bueno. Pensé también que estaba llegando al límite de la gula y de mi sed ancestral, lo que ha influido para que coma y beba todo y de todo. Nadie que beba y coma así puede ser más que un hipocondriaco. Aparte de las repercusiones por haberme empujado en la niñez horchatas y pozoles infestados de tricocéfalos o de yardias o de amibas, allá en la costa de la selva. Necesitaba iniciar una vida distinta, hacer un alto en el curso de mi vida, dijo el Dr. Borges Cordero, y despojarme de cuanto imposibilite que reciba al crío en las mejores condiciones físicas y mentales. Pensé hoy que no necesito ninguna beca. Debo robarle tiempo al tiempo y reventarme los riñones tecleando. ¿Acaso la Pichona ha solicitado becas para parir? Pariremos como debe ser, con dolor y sin anestesia.

¿Tuvieron becas Bukowski, Cervantes, Dostoiewski, Faulkner, Hemingway, Kafka, Miller? ¿Dónde escribió Hamsun *Hambre* o *Pan* si no en una banca de jardín público? Carver sí pero ya había escrito y murió cuando tuvo el dinero de la beca. ¡Una de dos mil setecientos cuarenta y un dólares al mes durante cinco años! Hugo *Leonel* del Río, como gusta que lo llamen, estuvo de acuerdo en llevar a cabo el proyecto de la revista de policía, la supuesta solución a nuestros problemas económicos. Pero un hombre duro no debiera pensar en que el nacimiento de un hijo reclamará ingresos extras. Donde comen dos, ¿comen tres, como ha dicho la Pichona?

Bueno y ¿qué tienen que ver en esto, a veintitantos años de distancia, Luzana, Ivonne, Clararrosa y Sabrina, la indígena teutona? Tienen que ver porque sin ellas mi vida hubiera sido otra. Una vida lamentable. Por eso no la cambio, no la cambiaría, por la de nadie.

CAPÍTULO I

UNO

Poco recuerdo del viaje en tren Tapachula-Distrito Federal, unas cuantas escenas. La del taxi y la resaca de los mil demonios. Me veo asomando la cabeza por la ventanilla para despedirme de Clararrosa pero no llegó, y de mamá y de papá y de mis tías, las dobles de las actrices guapas del cine, tristonas, diciéndome adiós desde el andén, rodeadas de mucha gente y bajo un sol bravo. Oigo una marimba cerca pero no alcanzo a verla. Toca *El porrito de Lety*, *Cholito querido* y *Un sueño en la playa*. Son las que le encantan a Sabrina. La presencia de la marimba es un hecho insólito aunque lo olvido pronto. Me veo bañándome en el estrecho baño del gabinete de los seis jovenazos que viajan con la perspectiva ilusoria de conquistar la capital del país, mientras echan relajo o juegan pokar o cubilete. Me veo leyendo a Hemingway o a Faulkner porque entonces leía dos libros al mismo tiempo, o releendo los consejos en una revista de psicología para mejorar mi capacidad de observación porque si quiero ser escritor eso va a servirme. Me veo escribiendo una carta plena de alusiones eróticas a mi amor en turno, a Clararrosa, y luego otra a mi amigo Moncho.

Siento un escalofrío sin reflejar el espanto en mi cara de fierro al escuchar el relato del Papotas Alfredo Bonilla sobre cómo encontraron, en Puerto Madero, el cadáver de un amigo de la secundaria, desnudo y con los testículos y el pene emasculados a cuchilladas y metidos en la boca. Había leído el caso en los dos únicos diarios del pueblo pero ignoraba que el Papotas fuera amigo de la víctima, un entuerto para el cachuco Ronco, el Che Guevara, si no es porque ya andaba haciendo la revolución cubana. Me veo observando los movimientos bamboleantes de Carlos Aranda que se puso la corbata y un suéter y el saco, poco antes de llegar a la estación de ferrocarriles del D. F. Se meneaba al vaivén del convoy para no perder el equilibrio. El Changüingua y yo bajamos en mangas de camisa o con una playera *ban-long*, no lo recuerdo.

Tenía un traje que usé en la graduación de bachiller dizque hecho a la medida pero que me apretaba y no volví a usarlo. Cada quien recibió una copia de la foto de la promoción que nos tomaron al pie de la escalera al primer piso de la Secundaria, Preparatoria y Normal *Miguel Alemán Valdés*, todos de traje y solemnes. Jovita Pulido ve hacia arriba y Óscar Alvarado Cook hacia abajo, Herminio Somohano y yo estamos hasta atrás y al frente, las chicas de blanco, donde Mariquita destaca sonriente y linda, están sentadas. Mientras Aranda se anudaba la corbata en su cuello corto y de espaldas cargadas, con la destreza impropia de un soconusquense, el tren iba a vuelta de ruedas por una colonia de pocilgas con techos de cartón o de lámina y de paredes de cartón o de tablones desvencijados y corrompidos por la humedad y la polilla.

Las calles eran de tierra apisonada y los niños y los perros en huesos deambulaban chapoteando en los charcos o husmeando en los basureros. La tierra era blanca y desnutrida, distinta a la del Soconusco, negra y fértil, como para alimentar y afianzar las raíces poderosas de las ceibas de copa anchurosa o de las palmeras con longitud de rascacielo. Me desagradó esa entrada y me deprimió el paisaje porque esperaba fascinarme ante la grandeza de la capital. Moría de sed porque nos acabamos el agua a bordo. Después supe que padecía el síndrome de secreción inapropiada de la hormona antidiurética, es decir estaba crudísimo. Recuerdo poco del viaje por la borrachera que nos pusimos con tequila al llegar al puerto de Veracruz, en tránsito a la capital. Alguien propuso la compra del jugo del agave. Pudo haber sido el Chino Cancino que ya bebía *fuerte* o sabía de engasamientos y de desempances. Llevábamos bebiendo cervezas una tarde y una noche.

Así que Herminio Somohano y yo bajamos del vagón mientras lo enganchaban a otro convoy que partiría rumbo a México. Preguntando, llegamos corriendo a una cantina. El aire olía a mar y sudábamos. Pagamos el triple por la botella, diría el Chino Cancino. Tardaré años en zumbarme otros tequilas excepto una siguiente vez con Sabrina y eso porque primero bebimos cerveza y luego ron. La cruda en el tren, la física y la moral, había sido inenarrable. Mientras estudiaba la prepa bebí ríos de cerveza en La Mesa Redonda con mis amigos y en El Tequila con Sabrina y una o dos cubas de brandy químico en las fiestas de fin de año, pero tequila jamás. Superé lo del tequila pero lo que no olvidaré fue el ridículo que hicimos al toparnos con el primer capitalino, un taxista. El Changüingua había resuelto en su cabecita de mestizo chino-mexicano, o de mestizo chino-soconusquense, que el modo inteligente de movernos en el D. F., mi buen, era adoptando el aire de Gran

Padrote de Nebraska, ya verás, es lo mejor, hay que actuar como hombres de mundo con estos chilangos, no como cimarrones, ¡juelachingá!, zopencos por añadidura, mi *brother*.

Nos despedimos como si nunca más fuéramos a vernos. Sucedería con dos de los conquistadores del D. F., con Carlos Aranda y con el Chino Cancino, que murieron años después. Era diciembre, hacía frío y olisqueé en el aire un tufillo que oleré cada invierno sin que nadie pueda decirme de dónde proviene. ¿Habrá sido el ozono?, pregunto ahora y la respuesta de mi interlocutor cualquiera que éste sea es un encogimiento de hombros. A la salida de la estación, en un puesto de periódicos, mientras bebía litros de jugo de naranja comprado en otro puesto, leí en los encabezados de los diarios que la noche del 10 de diciembre de 1961, horas antes de nuestra llegada, había temblado en el D. F. con tal intensidad que se descompusieron los sismógrafos. Me atrajo una foto de Adolf Eichman, de cincuenta y cinco años, en una jaula de cristal cuando lo declararon convicto de quince cargos contra el pueblo judío.

DOS

El Changüingua y yo metimos las petacas y un tremendo baúl suyo en la cajuela y, desde el asiento trasero y con ese aire de Gran Padrote de Nebraska practicado en el espejo del gabinete ferroviario, mi amigo le ordenó al taxista que nos llevara a Emilio Dondé número 10 letra A. El chofer preguntó a qué altura y el Changüingua dijo con aplomo algo así como *Segundo piso*. ¡Coño!, ¡joder!, ¡macho!, habría exclamado Moncho. El taxista buscó al Changüingua por el espejo retrovisor. Traté de contener la risa. Segundo piso. Bestia ni que el taxi fuera helicóptero. *A la altura* del Reloj Chino, dije yo para que el ruletero supiera que conocíamos el D. F. Cuando evoco esa llegada y trato de medir el alcance de nuestros atributos, concluyo en que de conquistadores ni la pinta teníamos. Nada. Ni experiencia ni cultura ni dinero.

Era un ambiente desconocido y por muy sagaces que fuéramos los muchachos del D. F. nos aventajaban en lo de sortear los obstáculos comunes de la gran capital. Las muchachas estaban habituadas a un trato distinto y a frecuentar lugares cuyo terreno principiábamos a descubrir apenas con el asombro evidente que dos selváticos intentaban esconder. No conquistábamos en el sentido sexual ni a nuestras novias. Clararrosa había dicho al despedirme, con los labios hinchados de tanto besarnos, meses antes de un ataque grotesco a sartenazos que le asestó su madre, que me licenciara *en lo que fuera* y nos casaríamos. Así yo obtendría de ella *todo, todo* cuanto deseara como si blandiera una varita mágica, es decir en la noche de bodas, no antes ni por cualquier otra razón. Cuando reencontremos al Campana II, éste nos dará las clases precisas sobre el arte de seducir mujeres, caballeros, para que se dejen guiar hacia la camita sin morderse el rebozo, aunque el Campana II fuera experto en damas de la noche como llamaba a las suripantas.

Suponía que bastaba el amor para consumir el matrimonio sin matrimonio, y preguntaba ingenuo si era más importante el documento expedido por un juez que el cariño y las promesas de boda para cuando finalizara la carrera, o para cuando uno hallara trabajo y ganara buena plata,

pero no. Por eso los amigos tenían aventuras con sirvientas o prostitutas, o como el Conejo, que llegó a espeluznarnos, incluso a Armando y a Fallo, los más experimentados, porque dijo algo así como *Estoy listo para tumbarme al mampo de la farmacia*. El Changüingua afirmaba que había tenido una hija con su sirvienta, y no le creí. Yo acabo de visualizar al que será mi hijo. Lo vi en sueños en el comedor. Era regordete, con poco cabello y la tez blanca como la de la Pichona. Advertí en sus labios ese cartoncito de la bolsa de té que se coge con los dedos. Un descuido de la mamá, creí, porque el nene corría el peligro de atragantarse. Esta misma tarde, en el súper, reparé en que mi hijo, en sueños, era idéntico al niño de las etiquetas de los frascos Gerber. Mi hijo con Sabrina, de haber caído en la trampa de la vanidad y del machismo, habría sido diferente pero no menos guapo.

CAPÍTULO II

UNO

Cuando Ivonne abrió la puerta de su apartamento en el segundo piso, como a las diez de la mañana, ella tenía puestos unos lentes negros. El sitio en penumbras olía a colillas y a lugar encerrado. Yo estaba muy sensible con los olores del Distrito Federal tan distintos a las fragancias de la costa y de la selva. Quién sabe por qué llevaba lentes pero todo estaba en orden. El Changüingua y yo dormimos ahí dos noches mientras un amigo nos conseguía alojamiento en una casa de huéspedes. Ella preguntó a Pepe por la madre de ambos y por el hijo de ella y, en cuanto a las novedades, su hermano (el Changüingua para los comuneros, dictaminará Armando) le contó las *hazañas* de la familia Tunante. Ivonne se estremeció al escuchar el caso del chamaco muerto con los órganos sexuales mutilados y encajados en la boca. Los homicidas eran pistoleros de los Tunante porque esos bandidos dejaban siempre una nota de advertencia en las ropas de sus víctimas, y eso ocurrió con el amigo del Papotas Bonilla. La policía no los arrestaba y no sabíamos por qué. Quise comentar que si el cachuco Ronco, el Che Guevara, se hubiera quedado en Tapachula quizá la familia Tunante se habría comportado de otro modo. Callé para no caer en el enredo de dar explicaciones y porque ante Ivonne mi tartamudeo se acentuaba.

Debíamos darnos una vuelta —habla Ivonne—, y volver temprano porque ella tenía una cena. Por cierto necesitábamos unos suéteres.

Había conocido a Ivonne en Tapachula pero de lejos y cuando el Changüingua y yo nos hicimos amigos ella estaba viviendo ya en el D. F. Su historia era de leyenda, imaginé siempre. Se decía que acostumbraba bailar desnuda arriba del piano del Bar Manolo de Tapachula en una época en que aún no se había inventado el *table dance*. De ella se rumoreaba eso y del marido cosas peores. Yo repartía diarios en mi bici y cuando pasaba por el Bar Manolo subía gambeteando a la banquetta y asomaba la nariz por entre las

puertas batientes pero nunca tuve la fortuna de verla sobre el piano. Se casó joven y engendró un hijo, desde que nació a cargo de su abuela. Ahora la hermosa Ivonne modelaba ropa. Me mantuve a distancia porque era mayor que yo y porque nunca soñé despierto con que se fijara en mí. Tampoco propicié la cercanía cuando era soltera ni ya divorciada aunque casi coincidimos en la misma cama cierta mañana. Yo sólo era amigo de su hermanito Pepe.

Ivonne nos presentó a su novio Javier, un jalisciense alto, delgado, de cabello claro y de dientes un tanto chuecos pero macizos, y bigote negro y desaparejo. Fijarse en el bigote y en los dientes y no olvidarlos era la clave según las reglas para agudizar y acrecentar el poder de observación. Eran detalles que lo diferenciaban de cualquier güero del Bajío o de los Altos de Jalisco. Javier vestía de traje y corbata pero no recuerdo los colores o la forma porque mejor paré la oreja cuando dijo que era periodista y de Guadalajara. Quizá para quedarse a solas con él, Ivonne pidió que compráramos unas cervezas. Que ellos fueran cerveceros hizo que les tuviera confianza de inmediato. Tenía muy fresca la plática de mis compañeros en el tren al hablar con aire de sabihondos sobre lo que era entrarle al marrascapache y salir indemne del intento. La cuba era muy dulzona para mí y procuraba beber sólo cerveza. En el tren guardé mi punto de vista y preferí oírlos mientras evocaba a Sabrina (ocurría siempre que bebía), desnuda pero con zapatillas.

Esa noche en la gran capital acompañé a Pepe porque no saciaba aún mi sed a pesar de que ya habían pasado varias horas de haber bebido el tequila. Ignoraba que la cura del síndrome de secreción inapropiada de la hormona antidiurética, la vulgar resaca, que le diagnosticarían años después al escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, era con más alcohol, o quizá sí lo sabía pero rechazaba cuanto trajera a mi memoria el penetrante olor del tequila. Para el Changüingua y para mí compramos refrescos. Con los lentes oscuros, Ivonne caminaba embelleciéndose por el cuarto, con un baño, dos camas, un sofá y una mesa basta y dos sillas de patas tembleques. Había cuadros pintados de cualquier modo en los muros empapelados un sinfín de veces, cuyo tapiz comenzaba a levantarse en varias partes. Javier e Ivonne pidieron unos vasos y nosotros bebimos a pico de botella. Los vi con indulgencia porque bebieran la cerveza en vaso. Ivonne le dijo a Javier que su hermanito Pepe y yo habíamos hecho un periódico. El novio nos hizo varias preguntas, condescendiente, interesado en *El Bachiller*.

Lo noté sencillo y sin afectaciones y cuando me preguntó si recordaba a algún periodista, le contesté que a Denegrí. Advertí en él cierto asombro y

entonces le conté que estaba familiarizado con los periódicos porque mi padre era distribuidor de diarios y revistas, y que intuía que Denegrí era un gran reportero. Le dije que acababa de leerle una entrevista con el historiador inglés Arnold J. Toynbee y que era extraordinaria por la forma como la había logrado, cuando menos para mí, al recurrir a la intermediación del embajador de México en Inglaterra. Lo que no le dije fue que se me grabó muy bien aquella apreciación de Toynbee de que las civilizaciones no morían a causa de un homicidio sino por suicidio. Javier contó algunos detalles de mi modelo a seguir, Carlos Denegrí, lo que acrecentó mi curiosidad. Como que alguna vez hubiera entrado a caballo en el restaurante Ambassadeurs de paseo de la Reforma, o que acostumbrara jugar al poker a sus amantes. En cuanto Ivonne dijo *Estoy lista*, y giró sobre los tacones con una coquetería a punto de derretirme Javier se despidió de mano, sonriente y meneando el bigotito negro arriba de sus dientes chuecos pero macizos.

DOS

El Changüingua y yo corrimos a espiarlos a la ventana como dos solteronas chismosas y desde. Los vimos salir y caminar abrazados y besándose. Ivonne iba muy guapa con poco maquillaje y un vestido negro y zapatillas y medias negras y a Javier se le veía más alto que ella. Parecían constituir una pareja de enamorados bien avenida pero no, estaban apasionados más que enamorados, sabría después. Esa pasión provocó catástrofes sentimentales, como la que contaba el Changüingua de que una Noche Buena Javier huyó de la casa de sus padres (lo habían encerrado bien bolo y no sólo de cerveza) al romper con el cuerpo un ventanal y buscar la noche entera a Ivonne. Aquel día de nuestra llegada, Ivonne se volvió y nos dijo adiós con una mano. Yo quedé hecho una estatua al ser sorprendido en el acto de espionaje y vi de reojo que el Changüingua tenía su nariz pequeña y chata pegada a la ventana. Bebimos el resto de las botellas de Ivonne y de Javier y la cruda desapareció como también mi sentimiento de culpa por haber hablado de Sabrina en el tren y revelar un secreto guardado los dos años de la prepa.

El sentimiento de culpa era por haber gemido y lloriqueado como zonzo y causar lástima entre mis compañeros a quienes agradecí que al día siguiente no hicieran comentarios. Después de apurar los restos de la cerveza de Ivonne y de Javier sentí hambre y salí a cenar con el Changüingua. Pensé que Ivonne hubiera podido interpretar *El mundo de Susie Wong* como lo hizo Nancy Kwan, y que yo habría hecho el esfuerzo para estar a la altura de William Holden, del que no era sosia pero ¿qué importaba? Mientras dormía por primera vez en el D. F. tuve una emisión repentina porque estaba bailando a media luz con Ivonne en un restaurante vacío. La besaba y ella me tomaba de una asentadera y de la entrepierna con ternura pero con firmeza haciendo que me retorciera como fulminado por una descarga atómica. Sin preámbulos nos tumbábamos a amarnos en la mesa donde habíamos cenado pastas y bebido vino y coñac, tal como los héroes de *A pleno sol*, una película con Alain Delon y Marie Laforet, que habíamos visto el Changüingua y yo en el cine Paseo a unas cuabras de Emilio Dondé 10-A, segundo piso.

La escena adicional de Ivonne y mía era donde el capitán de meseros atrapaba en el aire las prendas de vestir que íbamos arrojando, o las recogía del piso, y las colocaba con delicadeza en su brazo izquierdo en escuadra. Cuando nosotros terminábamos de desnudarnos se retiró discreto. Advertí en una de las medias negras el pequeño tamaño de los pies de mi amante, como los imaginaba en las orientales. Luego ella decía algo así como *Ya, ya, por favor, ya; tú no lo sabes, chamaco pendejo, pero yo no había podido sentir esto*. Me mordisqueaba una de las mejillas y sentí que eran mordidas deliciosas y ardientes que me hacían estallar el corazón y el cerebro en mil pedazos. Recordaré siempre el sueño porque lo rearmé al agregar las escenas faltantes y creando un orden necesario inexistente incluso en las pesadillas. Había algo extraño en su cara. No podía verle los ojos. Sentí que acariciaba y palpaba con lujuria la redondez de sus brazos y de sus muslos y de sus nalguitas, y que le besaba los labios y los pechos y el ombligo y el empeine, pero no le veía los ojos. Los imaginaba grandes y redondos al contrario de los ojos del hermanito, dos simpáticas rendijas estrechas. Tendré presente el sueño porque lo escribí en mi diario ya que pensaba usarlo en mi primera novela cuando tuviera el valor de sentarme a escribirla.

Vagando por el centro del D. F. ese primer día comimos tortas, y refrescos y licuados. La capital estaba resultando para nosotros la ciudad de las tortas y de los tacos aunque éstos poco o nada llamaban mi atención en esa época.

Treinta años después en una comida de fin de año la Pichona y yo comimos queso camembert, caviar, espagueti al pesto y una ensalada de lechuga, tomate, cebolla y aguacate, y abrí una botella de tinto Chateaufort du Pape, regalo de algún político priísta para que lo mencione, y bien, en mi columna del semanario donde trabajo. Con dinero habríamos ido a comer a Los Chamorros, donde nos sirven dos sopas, un guisado y tortillas de comal, postre o café, es decir por si faltara explicar el contrasentido, comemos mejor cuando estamos sin plata. Aquel banquete era muy especial porque fue cuando la Pichona declaró algo así como *Creo que estoy embarazada. Espero no ser inoportuna*.

CAPÍTULO III

UNO

El Changüingua y yo estuvimos menos de una semana viviendo en el centro del D. F. donde nos empachamos de tortas con ingredientes exóticos, como las tortas de tamal o las de chile relleno de chile chipotle. Paladeé las de bacalao en La Texcocana y me relamí, frente al cine Metropolitan, luego de ver *Tuya en septiembre* con Gina Lollobrigida y Rock Hudson. Ivonne nos conseguiría un cuarto como lo prometió pero me deprimí al presentir que iba a dejar de verla. También sentí el deseo contrario, no verla nunca más por inalcanzable. En nuestros trámites universitarios el médico nos devolvió molesto el papel donde anotamos nuestra dieta a base de tortas en el desayuno, en la comida, en la moda y cena. La sugerencia simpática de anotarlo así había sido del Changüingua y creí que era justo eso lo que habíamos comido esos días.

Que no lo amoláramos —habla el médico—. ¿No habíamos comido antes carne, leche, huevos? ¿Pues de dónde diablos veníamos?

El tipo estaba colérico. Volvimos a llenar los papeles. Después hice cola ante una ventanilla para entregar mi solicitud. Al Changüingua le faltaban documentos y postergó sus trámites un año. Cuando yo estaba a punto de llegar a la ventanilla, el empleado le dijo a un estudiante que regresara a Zacatecas, recuerdo bien, porque ahí había facultad de leyes. Eran las disposiciones del rector Ignacio Chávez para descentralizar la Universidad. Me sentí tenso porque en mi tierra teníamos en leyes, aunque sólo con mencionar cualquier otra carrera recibiría mis papeles. No deseaba ser médico ni ingeniero ni arquitecto, y si estudiaba para dentista podría hacerme rico porque la población del Soconusco estaba formada en su mayoría por gente chimuela. Hasta de Guatemala llegaban los odontólogos a enriquecerse.

La verdad deseaba ser escritor. Ignoro cuándo tuve conciencia de ello. Leía de todo y había escrito notas para *El Bachiller*, nuestro periódico de la

prepa. Los artículos editoriales los plagiaba de la revista *Siempre!* porque era muy difícil para mí escribirlos. No era analista y nunca lo sería. En cuanto a la novela o el cuento me aterrorizaba sólo de pensar en hacer el intento. Una mañana escribí envalentonado dos hojas de mi primera novela. El gusto me duró veinticuatro horas porque reparé en que se trataba de un vil refrito de la película francesa, *Los primos*. El Changüingua y yo la habíamos visto en el cine Paseo. Era la historia de un estudiante de provincia que en París encuentra a su primo y viven muchas peripecias. Las cuartillas terminaron en la basura. Estaba impreparado y antes debía aprender hartas cosas y tener experiencias, supuse. Debía leer mucho, leer lo que cayera en mis manos tanto que el paso a escribir se diera como un avance natural, intuía entonces y como lo descubriré al paso del tiempo.

Debí escribir una historia de amor pero sólo había tenido una amante, Sabrina, compartida y con cuántos. Cómo iba a escribir la historia de los amores de un adolescente, pensé, si sólo conservaba el sueño con Ivonne en la época en que creía que los cuentos y las novelas debían ser inventadas, no extraídas de la vida real y tampoco recrearlas a partir de algún suceso. La vida real supera la ficción pero aun así no tuve el ingenio de escribir sobre Sabrina. Hubiera sido una buena historia, lo sé ahora. Además debía estudiar una carrera antes de consagrarme a la escritura, afirmaba mi padre. Si no moriría de inanición porque sólo si estudiaba iba a mandarme quinientos pesos mensuales cuando el salario mínimo era de mil.

Si no ya podía ir pensando en buscar un trabajo —habla mi padre— porque él iba a girarme dinero a la costea, una chingada.

En la UNAM, formado en la fila, estaba descontrolado sin saber qué camino tomar y sin nadie a quien recurrir en busca de consejo. Tampoco había tenido guía en mis lecturas y en los intentos de escribir historias. En esas dos rutas abrí sendas laberínticas a trompicones, brechas para mí, muchas de las cuales me llevaron callejones sin salida. También me veía parado, no en la cola, sino frente a una piñata, o de espaldas a ella, asestándole palos al aire mientras la multitud moría de risa. Chiapas estaba lleno de poetas y de narradores pero vivían en Tuxtla o en la capital del país, mientras que en el Soconusco la pasábamos desligados porque nos separaba la sierra y la incomunicación. Ni siquiera imaginaba la existencia de Rosario Castellanos o del poeta Jaime Sabines y la primera vez que vi a éste en un recital será en circunstancias extrañas, y cuando conozca a paisanos como al Tovarich serán del oficio periodístico. Así vivía a principio de los sesenta cuando los habitantes del centro del estado nos miraban por encima del hombro aunque

nos importara un cacahuete porque nos sentíamos superiores por la riqueza de nuestra comarca, o así habían hecho los adultos que lo creyéramos, y porque éramos alegres, relajientos y muy deportistas. Los del centro eran mochos y mustios, en el sentido de hipócritas, y vivían de la burocracia, o sea nosotros producíamos y ellos gobernaban.

El que sigue —habla el hombre de la ventanilla—. ¡Ey, tú!...

Con la lectura de las revistas y los diarios en el negocio de papá supe de una carrera de moda, la de economista, igual que años después estaría la de ciencias y técnicas de la comunicación. También admiraba a los revolucionarios cubanos y en esa carrera podía estudiar a Marx y a sus antecesores y sucesores. Entregué los papeles y no hubo reparos. Hubiera podido escoger veterinaria o antropología. No pensé en letras debido a la advertencia de papá de que esa carrera iba a llevarme a la muerte por hambre. Faltaba lo peliagudo, el examen de ingreso. Otra de las medidas del rector Chávez, admitir sólo a los buenos.

DOS

El Changüingua se levantaba como a las diez y oía el radio todo el tiempo al mismo tiempo que leía el *Esto*. Yo iba a Ciudad Universitaria y él acompañaba a la tía Nena viendo las telenovelas. Nunca antes habíamos visto un televisor y los habitantes de la costa de la selva tardarían quince años en tener un aparato de esos. La tarde que volví a casa aprobado para ingresar a la facultad de economía hubo buen pretexto para zumbarnos varias cervezas. Habitábamos el cuarto de un caserón de la colonia del Valle donde la cama matrimonial no representó obstáculo porque, con volados, nos asignamos la mitad de la cama y la mitad de las gavetas del ropero. El problema fueron los eructos y los flatos del Changüingua. Eructos como de dragón y para neutralizar *lo otro* procuraba mantener la ventana abierta siempre. Ahí empinábamos el codo entre semana, encerrados, porque teníamos prohibido hacerlo.

Las prohibiciones claras y tajantes eran dos —habla la tía Nena—: cero francachelas y nada de pelonas.

CAPÍTULO IV

UNO

Requeríamos de poca libertad en la colonia del Valle porque éramos pacientes y porque sábados y domingos nos apoderábamos del palacete. Las noches del 24 y del 31 de diciembre la tía Nena se fue en un Cadillac con chofer a la mansión de su hijo donde durmió. Nos acostamos a las nueve de la noche porque abominaba de esas fiestas pero fue difícil someter la nostalgia por la tierra. Ni una cerveza bebimos. También sufrí el ataque anual de amigdalitis y compré unas tabletas quizá de terramicina en la farmacia. Sané esa vez sin la secuela que me tumbaba con fiebres y dolores atrozantes en la garganta, y nunca reapareció el mal. Los médicos opinaban que debía quitármelas mientras papá, muy *bien* informado, mascullaba que todos los que se hacían esa operación terminaban de mampos, o sea, de homosexuales. Antes de dormir la Noche Buena y la última del año le escribí a Clararrosa con derroche de frases cursis y promesas de amor eterno.

Nuestra inexperiencia y nuestra falta de amigas nos llevaron a que desaprovecháramos el caserón, el paraíso, porque el infierno será en ciertos momentos la Comuna de la colonia Obrera. Nos mudaremos porque la Del Valle *no* era para nosotros. Queríamos aventuras y conocer la gran capital, la vida. Había escapado de casa varias veces y ahora que viajaba con el permiso paterno me acostaba a las nueve. Quería liberarme pero ignoraba cómo. Las chicas vivían encerradas en apartamentos o parapetadas detrás de bardas sin fisuras como para espiarlas. Necesitábamos un pase que nos darían con años de estudios y de trabajo. Fue una sorpresa agradable ser admitido en economía, pero fue un triunfo dudoso porque lo que deseaba era escribir una novela. Los amigos me felicitaban porque los exámenes de admisión en la UNAM eran difícilísimos, decían. Sobre todo el Changüingua porque ¿a poco no lo son, mi buen?, ¿a poco no lo son?, pero a mí el pinche examencito ese me va a hacer los mandados, ¿verdad mi *brother*?

Llegué nervioso como he llegado a todo examen. No lo niego. Pero con las preguntas frente a mi narizota vi que *sabía* gran cantidad de las respuestas. Las conocía a ciencia cierta, no las intuía ni las sospechaba. Eran ideas, conocimientos, datos, aprendidos fuera de la escuela, leídos en diarios y revistas de La Agencia, el negocio paterno, y en los libros que compraba por correo, no en los de la escuela que nunca terminábamos de leer ya no digamos de estudiar. Pienso que debí ponerme a escribir un diario porque lo que anotaba en una libreta podía haberse titulado *De vez en cuando*, el título del diario de la Pichona. Perdí el tiempo en la facultad. Aunque no tanto porque ejercitaba mi poder de observación y leía cuanto me interesaba aunque sin tener vivencias ni aventuras. De qué iba a servirme, preguntaba, el dominio de las leyes económicas a la hora de escribir historias.

Tendría yo una cultura general —habla Armando, el filósofo de la Comuna— que coadyuvará, Flaco, a crear las historias con mayor conocimiento de causa.

Sí, pensaba yo, según la ley de la oferta y la demanda.

Tardaré en dejar la escuela pero lo haré. Mientras, el Changüingua confesó, ya bolo, que la tía Nena le había cobrado el segundo mes de hospedaje y que le dio diez por ciento del total. Yo debía hacerlo igual.

Era fácil —habla el Changüingua— porque ella estaba cegatona.

La tía Nena con un vientre abultado caminaba arrastrando como ochenta años de su edad. Las gafas descansaban a medio puente de su nariz porosa y quizá usaba la última graduación. Veía a través de los cristales aunque para mirar a lo lejos lo hacía por encima de las gafas. Pidió que le dijéramos *tía Nena* porque ahí todos formábamos una familia y la anciana bondadosa, aunque neurótica, advirtió que iba a darnos sólo un cuarto y el lavado de ropa. Una mujer hacía su comida, el aseo y lavaba la ropa. La tía Nena le entraba a los estofados de lata el resto de los días excepto sábados y domingos. A esta anciana el Changüingua le dio diez billetes de a peso y le hizo creer que eran de a diez. Yo iba a darle cinco, presumí, y le diría que eran de a veinte. Mi primera reacción fue la de hacerlo porque gastaba en casa una quinta parte y el resto en comida, pasajes y cine, adonde iba poco, y para comprar cada mes un libro con tres novelas de premios Nobel de Literatura.

La tía Nena era rica —sigue hablando el Changüingua—. Su hijo debía darle kilos de dinero.

Ella alquilaba a una familia el frente de la casa y a otra la parte trasera. En medio vivíamos otros dos inquilinos y nosotros. Entrábamos por la cochera y a la izquierda estaba una vivienda con salida hacia Gabriel Mancera y por la

cochera se llegaba a un jardín paralelo a la casa de enmedio, ante cuya puerta de entrada había una fuente sin agua. Nunca la engañé, quizá por miedo a ser descubierto o porque sentí que era una injusticia. Pero tuve ganas de defraudarla porque nuestras relaciones se fueron deteriorando porque el Changüingua, fastidiado, se le escondía para no acompañarla y para no prepararle sus infusiones de manzanilla. También debido a que un día encontramos al Campana II y le conseguimos hospedaje. La tía Nena terminó odiándolo y temiéndole. Fue una mañana fría de enero que el Changüingua y yo encontramos al Campana II o más bien nos topamos con él. Frecuentábamos una fonda en la calle de Pilares, seguro por recomendación de Pontones, Elvis o José Luis, huéspedes de la tía Nena. Recuerdo que los dueños eran un hombre alto de tez blanca y bigotes rubios manchados de tabaco y una mujer robusta de gruesos brazos y de trenzas negras con las mejillas encendidas. Trajinaban envueltos en los vapores de las grandes ollas de sopas, de guisados y de frijoles. Nos tuvieron confianza y a solicitud del Changüingua nos fiaban en cuanto gastábamos el último peso. Mi amigo les cayó bien como le caía bien a todo el mundo.

DOS

Esa mañana salimos del cafetín ahítos y relamiéndonos y nos dirigimos al puesto de periódicos. El Changüingua solía comprar el *Esto* y yo dudaba entre el *Excélsior* o *El Día*. De regreso, atento a donde yo pisaba porque no solía leer caminando como mi amigo, sino sentado o acostado, vi venir al Campana II que leía igual. En cuanto lo vi, cubierta la cara por el diario, supe quién era. Es él, pensé, ignoro por qué presentimiento, y viene leyendo *La Afición*. La noticia de primera plana era que el Canelo Urbina había sido despojado ante el venezolano Morocho Hernández, pelea que escuchamos por radio. Yo lograba distinguir a distancia los periódicos y las revistas por los años de trabajo en el negocio de mi viejo. El Changüingua y el Campana II terminaron por chocar de frente y yo pude evitarlo pero dejé a propósito que el encuentro se diera así. El Campana II se puso en guardia, embravecido, y escupió un grueso salivazo por el colmillo mientras el Changüingua sólo dio muestras de asombro y luego de perplejidad.

CAPÍTULO V

UNO

El Campana II era aún ocho años de edad más grande que cuando dejé de verlo en quinto de primaria. Era aún bajo de estatura y regordete, de tez blanca y el cabello casi a rape, la boca pequeña y los labios color rosa. Iba a ser un tipo barbudo, advertí según mis cursos de observación, y con doble papada. Tenía demasiados pelos en el bigote y en la barbilla y cejas negras y tupidas cubriéndole el entrecejo. Esa mañana sólo nos estrechamos las manos porque no acostumbrábamos abrazarnos y dudo de que mis amigos hubieran llegado a practicar ese hábito del político a la mexicana. Quizá el Campana II sí porque tenía deseos de superarse aunque nuestros amigotes supusieran lo contrario. Eso no significa que abrazar al estilo del político fuera su máxima aspiración, seguro. Nos dimos la mano, intercambiamos saludos breves y nos contó de su reciente llegada al D. F. No tenía adónde ir, su hermana Marilú le pasó unos billetucos, caballeros, pero ella vivía en una casa de huéspedes de puras viejas y no podía albergarme, y no era albur.

Andaba tras nuestra pista, sospecho ahora. Pero nos hizo creer en un encuentro fortuito al bajarse del autobús justo en esa calle y justo en esa colonia para comprar *La Afición* y buscar un parque y una sombra. El Campana II ya nos había visto y simuló que leía abstraído. No le creímos pero tampoco nos importó la mentira. Su hermana Marilú le había dado nuestros datos, supe después, porque era amiga de Ivonne y ambas se encontraban a menudo. Lo que no imaginé es dónde se reunían ellas. Ansiábamos que aconteciera *algo* en nuestra monótona vida capitalina y cuanto mejor que con el Campana II, garantía de que íbamos a tener aventuras, según era fama suya entre quienes lo conocieron de joven porque yo dejé de verlo desde la primaria cuando nos reprobaron en quinto. Sin pensarlo mucho lo llevamos con la tía Nena. El Changüingua y yo teníamos dos o tres meses en casa y la tía nos consideró dos provincianos de confianza, ya que nuestra actitud hacia

ella y hacia la casa era de respeto, contaba a sus vecinas. El Campana iba a pagar lo mismo pero como había cero espacio disponible tendríamos que meter un catre al cuarto, ¿estábamos de acuerdo? Intercambiamos miradas y aceptamos porque donde dormían dos podrían dormir tres si arrinconábamos la cama para que cupiera un catre dobladizo. El Campana II venía de Veracruz, que recorrió sin éxito, contó, e intentaría de nuevo *hacerla* en la capital donde había vivido años. Ningún oficio dominaba ni arte ni maña pero ¿es necesario, caballeros?

Muchos triunfaban sin hacer nada digno, creía yo, recurriendo sólo a ciertas habilidades indefinibles que alcahuetea la inteligencia y el Campana era astuto y luchón. Ya habría tiempo de hallar esa habilidad o esa maña en él y emplearla en algo útil. Su fama había adquirido en mi imaginación los perfiles y la consistencia de un aventurero con hazañas inigualables, que viajaba de estado en estado, de pueblo en pueblo, en pos de aventuras inauditas. Lo veía de polizón en los trenes y durmiendo bajo los puentes del ferrocarril, a la orilla de los ríos poblados de suculentas mojarras, que él comería asadas mientras llegaba al pueblo clave a crear la gran fortuna. De paso tenía aventuras, sí, pero con las damas de la noche, caballeros, con las putas, y codeándome con los padrotes y no de Nebraska, según los sueños del Changüingua, sino de la vida real, con los de a de veras. Sin reflexionar en que la influencia del Campana II podría desbarrancarnos si los apetitos carnales nos arrastraban a cualquier cuneta fatídica, sentí un estímulo extraordinario con su presencia. El Changüingua dijo que sintió lo mismo porque esa misma tarde buscaríamos unas colitas, mi buen, para desamansarnos y para tener con quien ponerle, Flaco, porque hace un chorro de días que no tenemos nada de nada, más que libros y escuela, y la cultura no es sólo la que se obtiene ahí, *brother*, coincidirás conmigo, sino también la que se pesca en el *reven* y con las colitas ¡*juelachingá!*

Esa tarde fuimos al Parque de los Venados como lo haríamos sábados y domingos. El Campana II puso en juego su arte personal de conquistar sirvientas mientras el Changüingua y yo actuamos de su guardaespaldas y de su claqué, nada ruidosa. Esa primera vez el Campana conoció a una mucama que trabajaba en unos apartamentos de la esquina de las calles de San Borja e Ichcateopan, arriba de la panadería Liverpool. Pequeñaja y de piernas cazcorvas, salía del edificio a comprar el pan a la hora del crepúsculo. El Campana la interceptaba meneando el pescuezo, un tanto encorvado, brazos separados del cuerpo, listo para desenfundar un revólver imaginario como si fuera valiente al encuentro de un jinete desalmado. Se cuidó de no lanzar

ningún escupitajo por el colmillo y la sirvienta y él se fundieron en un abrazo estrechísimo para acariciarse y besarse mientras el Changüingua y yo moríamos de envidia. Temí que una aventura así fuera interpretada por Clararrosa como una traición, aun cuando se tratara de meros experimentos amorosos y trasteos y no de experimentos sexuales.

Yo colocaba a las sirvientas y a mi Clararrosa en un mismo plano. Podía enamorarme de unas como de la otra pero a nadie se lo contaba por temor a las burlas. El Campana II se despedía triunfante de su presa, tras los besuqueos y las metidas de mano, y volvía a nuestro lado, triunfalista. Meneaba el pescuezo y lanzaba escupitajos a diestra y siniestra. Luego mordisqueaba una pieza de pan y arrojaba otra, que yo capturaba como ex primera base que fui de un equipo de beisbol. Partía la pieza en dos para darle una parte al Changüingua y volvíamos a casa, en zig zag por las calles arboladas y solitarias de la colonia del Valle y hacíamos toda clase de comentarios sobre el manoseo lujurioso de nuestro amigo en el pequeño cuerpo de la mucama.

DOS

Con el Campana II tendríamos mayores oportunidades de *ligar* en cualquier momento, aseguraba él mismo, a que si nos quedábamos en casa viendo la tele o leyendo o sirviendo de *dama* de compañía a la tía Pedorra, caballeros, que ya me llenó los coyoles de piedritas porque algo se trae, hace como que no me ve y tampoco me contesta el saludo.

Las oportunidades que el Campana tenía para sí nunca se dieron con nosotros. Nunca. Pero me divertía y estaba conociendo la ciudad a partir de las sirvientas asediadas ahí donde el Campana II las hallara. Él tenía buen gusto porque las seleccionaba incluso guapas, no importaba que chaparras y de piernas chuecas. Pero yo prefería a Clararrosa y a Ivonne. Estaba dispuesto a tratar con sirvientas y en caso de enamorarme y de que se dieran las condiciones necesarias casarme con una de ellas. No la buscaría para someterla y avasallarla sino para vivir a su lado a lo mejor la vida entera. Sabía de unos cuantos grandes hombres casados con sus respectivas sirvientas y podía sucederme lo mismo. Un ejemplo era el escritor George Simenon. Podía ocurrirme, no porque fuera yo un gran hombre, sino porque las juzgaba puras, limpias y nada pretenciosas como las que exigían títulos de abogado o de médico antes de que accedieran un ápice en cuanto al amor físico.

Las ventajas de casar con la sirvienta, solía decir un artista, era el trato de usted que le conferían a uno... Si los alemanes refugiados en el Soconusco contraían matrimonio con las indígenas, gracias a la pureza de su sangre, yo iba a hacerlo con una sirvienta por la pureza de sus prejuicios sociales. Indígena ella o no y me tratará de usted o tuteará. También porque había en mí un dejo de orgullo sórdido ya que cierta vez mi viejo anunció que se batía en retirada de cierta plaza en cuanto admití, tras hábil interrogatorio de su parte, que la sirvienta del caso estaba dispensándome sus favores. Venía de la experiencia de haberme enamorado de una prostituta de quien recibí *todo* a cambio de nada. Entonces ¿era más grave enamorarse de una sirvienta? El primer sábado de nuestra estancia en el palacete de Gabriel Mancera, el Campana II nos animó a comprar ¡un cartón entero de cervezas! Era un

exceso, demasiadas cervezas porque terminábamos empanzonados con cinco, y así lo expuse no muy convencido. Al final de la discusión siguió pareciéndome un exceso pero grandioso y consideré que el Campana II era un ser increíble que pensaba a lo bestia, en grande.

Trataríamos de acabarnos el cartón y qué mejor que en casa y no en una cantina por aquello de que pescáramos una de arrancazacate y quedáramos expuestos al atraco y a las exacciones y a las torturas policiacas. La tía Nena estaba en casa de su hijo médico, Pontones de visita a su novia que vivía enfrente, José Luis de fiesta con amigos de la zapatería y Elvis se acostaba temprano porque apenas iba a cumplir los quince. La oportunidad para la papalina podía *no* repetirse. Así que bebimos entre pelea y pelea, sentados frente a la tele y botaneando de las latas. El refrigerador de la tía Nena era saqueado por unos ratones hambrientos y duchos con el abrelatas, sospecharía ella. Veíamos las peleas y tratábamos de persuadir al Changüingua de que apagara el radio porque escuchaba rocks, baladas y boleros al mismo tiempo moviendo incansable la aguja del cuadrante. En los anuncios llamaba por teléfono a Tapachula o iba al baño donde orinaba como caballo.

El Changüingua y yo defeccionamos y hasta volvimos el estómago en la quinta o sexta cerveza al intentar ponernos al tú por tú con el Campana en una competencia suicida de nuestra parte. Tampoco fue raro que éste se zumbara las botellas que dejamos, lo que acrecentó mi admiración por él e hizo que olvidara el presentimiento de que urgía guardar distancia. Mientras vivimos ahí, la oportunidad de sentirnos dueños del caserón se repitió cada sábado, día en que éramos los amos. De haber tenido cierto mundo y dinero habríamos organizado fiestas tipo Gran Gatsby con hembras que llegaran en autos de lujo y que, luego de beber champaña y de engullir bocadillos de salmón y de caviar, tomáramos por asalto muy alegres y gozosos las camas de la tía Nena, de Pontones y de José Luis, incluida la de Elvis a quien invitaríamos al aquelarre orgiástico porque nos simpatizaba y porque en una de éstas, mi buen, el cabrón de Elvis compra su guitarra eléctrica y nos deleita con *El rock de la cárcel* o *Hound dog* mientras bailo con una colita arrecha, güera o pelirroja, como sea ¡juelachingá!

El Changüingua y yo comprábamos a duras penas las cervezas y el Campana II proveía las carnes frías y los quesos y las quesadillas y cuanto hallara en la alacena, pero sin amantes, ya no rubias o pelirrojas con automóviles descapotables sino prietas y fueran sirvientas o no. Tampoco hubiera importado que llegaran en un autobús de la línea Colonia del Valle-Coyoacán. Ahora que pienso en las estrategias del Campana II recuerdo

una muy pueril según la cual resultaba mejor ligarse a una que *no* fuera virgen, y había un truco para descubrirlas. Si subían a un automóvil o a un autobús con el pie derecho eran vírgenes y si con el izquierdo ya no, y entonces... al ataque. El Changüingua y yo pasamos semanas y meses fijándonos en cómo abordaban un vehículo, tuvieran las piernas flacas, chuecas o forradas de pelos. Desatendíamos la armonía de las formas, un cuerpo cilíndrico o detalles del rostro, una nariz de púgil o una quijada prógnata, nos obsesionaba el uso del pie izquierdo. Aún ahora sigo atento a esa clase magistral del Gran Conquistador, el sensacional Campana II, y río por haber sido tan ingenuo.

TRES

Pero me sentí a gusto con su presencia y gracias a varios detalles que tenía en común con el Changüingua: el poker y el cubilete, sus respectivas hermanas amigas entre sí y que uno leyera el *Esto* para saber de los resultados del fut o del boxeo y el otro *La Afición* para los del beis. Marilú y el Campana tuvieron mucho que ver con nuestra salida del palacete a punto de ser reducido a cenizas por un incendio.

Esta mañana con un frío de cinco grados, la Pichona y yo hemos recorrido la colonia del Valle y vimos el caserón viejo de la tía Nena. Si hace años la gente vivía encerrada, ahora con doble razón porque un eje vial truncó la convivencia de banqueta a banqueta. No me atreví a tocar a la puerta. Ya no está la fonda ni la tienda donde comprábamos las vituallas sabatinas, en la esquina de Mancera y Pilares. La tía Nena debió morir porque si no tendría ciento y pico de años. Nunca supe si Pontones contrajo matrimonio con su novia, que vivía enfrente, y si Elvis hizo realidad su sueño de ser rockero o regresó a Michoacán. El Changüingua y yo lo exhortábamos a que bailara y cantara mientras sostenía una escoba a modo de guitarra. Pronto se le enrojecían las mejillas a causa de la vergüenza y del esfuerzo. Su parecido con Elvis era extraordinario, excepto por su tamaño miniatura. José Luis, de cuya silueta tengo un recuerdo difuso, trabajaba en una zapatería y gracias a una amiga suya y de Ivonne nos consiguieron el cuarto.

Cavilo en todo esto cuando la Pichona dice que siempre *no* está embarazada. Se hizo una prueba casera poco confiable y su médico opina que debe hacérsela en un laboratorio. Tras diez años de casados y con el acuerdo de no tener hijos, le pregunté por qué había cambiado de opinión y ella dijo que pensó que lo nuestro no iba a durar ni seis meses. Después le preguntaré por qué pensaba eso.

CAPÍTULO VI

UNO

Un sábado del invierno capitalino Pontones asomó su rojiza cabeza hirsuta en nuestro cuarto, luego de tocar la puerta y de abrirla sin esperar respuesta. Eran como las siete de la mañana. Vi que le hizo gestos a la atmósfera enrarecida aunque la ventana estaba abierta y oí apenas que el Changüingua tenía una llamada. Nos habíamos acostado tarde discutiendo la propuesta de mudarnos a la colonia Obrera. Alcé la nariz por encima del hombro y Pontones me hizo un guiño. Él estaba en pijama y tenía el pelo revuelto. Con una mano se frotaba los ojos y quizá lo que quería era taparse la nariz. Pontones y yo nos identificamos al enterarse de mi entrada a economía y al enterarme yo de que él cursaba el segundo año de la carrera. Con generosidad me prestó el tabique de *Teoría económica* de Francisco Zamora para que adelantara a mis compañeros y asombrara al maestro Barajas, auxiliar de Zamora.

Debía machetearle —habla Pontones— porque el viejo Zamora era una lumbrera, aunque nada pedagógico ya que costaba entenderle a su libro. Lo conseguiría sólo si me incendiaba las pestañas.

Esa mañana no le contesté con otro guiño sino que saqué una mano de entre las sábanas y la agité para saludarlo. Si alguien de mi pueblo me ve que le hacía guiños a un hombre habría pensado que estaba hecho ya todo un mamporrón, y sin que me hubieran extirpado aún las amígdalas. Pontones no lo era. Sólo había crecido en un ambiente refinado y no en la costa de la selva, no entre la mucada, decía el Changüingua, al justificar sus educados y suaves modales cuando el Campana II escupía por el colmillo y lo llamaba afeminado y acusaba de ser amante de la tía Pedorra, en la cual sospechaba a una lesbiana. El Changüingua pidió rascándose la mollera que nos levantáramos porque Ivonne y Marilú pasarían el fin de semana en casa. Yo ignoraba por qué no tenían dónde pasarlo pero no me importó. Con el corazón

acelerado, brinqué de la cama y les gané el baño para recibir las limpio y fresco, en especial a Ivonne.

Dejé al Changüingua dándole explicaciones al Campana II que preguntaba por Marilú como si presintiera una desgracia. Cuando salí del baño vi que Ivonne se había recostado donde me acostaba yo. La noté desvelada y un tanto excedida de copas, y oí cómo le pidió a Pepe con voz cansina que les hiciera algo de comer. Marilú era como de la edad de Ivonne pero delgada y de tez blanca y pecosa, el cabello corto y rubio. Marilú se sentía pésimo, dijo, tumbada en el catre. Las dos estaban sedientas y hambrientas y con sueño. El Campana II se dirigió a Ivonne en un tono que asustó al Changüingua, dadas las condiciones de su hermana. Acaso éste pensó que el Campana II estaba iniciando una calculada acometida sexual y que inventaría cualquier estratagema para mantenernos lejos. ¿Era ella presa fácil para el Campana II? Temí que éste cerrara la puerta en cuanto se desembarazara de nosotros, y que se arrojara a la cama sin tomar en cuenta la presencia dolida de Marilú.

Lo mismo temió el Changüingua porque iba a la cocina y regresaba, desaforado, patinando, con el pretexto de preguntar si estrellados o fritos, si con jamón o con tocino, si café negro o con leche, para no permitirle al Campana II, supuse, que avanzara en su ofensiva melosa, envolvente y verborreica. Perplejo, vi a Ivonne despeinada mientras lo animaba a que fuera a la farmacia por las medicinas de Marilú.

Que dejara de preguntar sobre su enfermedad o sobre qué le había pasado a Marilú —habla Ivonne—. No era grave pero iba a serlo si él se atrasaba en la compra de los medicamentos.

El Campana II se veía como estupefacto sentado cerca de las piernas satinadas de Ivonne, que estaba sin fuerzas para quitarse las medias o en espera de nuestra despedida para desnudarse. Su presencia era muy distinta a la imagen sensual que recordaba de mi primera noche en el D. F. cuando, de negro, sonriente y vital y encajadas las gafas oscuras en sus diminutas orejas, giró sobre sus talones a manera de *Chamacones*, *¿cómo me ven?, porque yo me siento lista para irme de fiesta*. Ahora la veía saturada de excesos y vencida por el cansancio en tanto el Campana II insistía en que fuéramos a la farmacia porque iba a cuidar a Marilú, que dormitaba con la boca entreabierta. Les sirvieron el desayuno y mientras comían silentes y voraces me fui a la sala a oír música y a adivinar qué pasaba. Marilú tenía ojeras muy marcadas y bostezaba con profundidad. Ivonne estaba vestida como para una fiesta pero Marilú no. Ivonne parecía borrachita y Marilú como atropellada por un camión.

Ivonne no llevaba los lentes oscuros pero tampoco le vi bien los ojos porque los mantenía entornados en una actitud de agotamiento sin fin. Veía bien, creo, y no tenía los ojos amoratados, es decir no sospeché que Javier fuera el culpable. Pontones consiguió distraerme al salir del baño porque me atacó a preguntas sobre el libraco de Zamora. La sintaxis del libro era enredada, comenté por decir algo y el volumen de unas mil páginas pesaba. Iba a descoserlo en cuanto comprara el ejemplar para llevarlo y traerlo por pliegos. Lo desbarataría como todo alumno llegado de la selva. Esos planes los callé al temer una reacción colérica en Pontones y una andanada de injurias. En cuanto a lo voluminoso del tomo él sonrió y siguió con el secado de su abundante cabellera rojiza mientras aconsejaba integrar el horario de clases con maestros *duros* y no *barcos*. Yo iba a aprender mucho con los duros porque los barcos servían para ir de un año a otro, mas no para bucear en las entrañas de las reglas económicas y conocerlas a fondo. Debí decirle a Pontones que no estaba interesado en la carrera, quería escribir novelas, contar historias y por escrito.

DOS

Cualquier persona sensata como lo era él hubiera opinado que cambiara a filosofía y letras, o de plano que principiara a escribir para dominar el oficio cuanto antes. Muchos autores habían publicado ya a mi edad sin tantas aprensiones, y sólo gente sin carácter cometía torpezas como yo. A petición de Marilú, suplicante, vi salir al Campana II a la farmacia. En ese respiro el Changüingua me dijo, exigiéndole discreción a su *brother*, que Marilú había abortado.

Le ensartaron una sonda *¡juelachingá!* —habla el Changüingua— y corría el peligro de que se *vaciara*, mi buen.

Sentí un estremecimiento al imaginarla agonizante en un charco de sangre y enmudecí. ¿Qué podía comentar? Nunca supe cómo era una sonda. Imaginé garfios rasgando tejidos delicados mientras la víctima sin anestesia profería gritos espeluznantes. Al salir a comer encontré a Marilú demacrada y ojerosa en el pasillo. Caminaba con la mano en el vientre y arrastraba los pies como la tía Nena. Se había puesto las pantuflas sin talonera del Campana II. Me preguntó por el baño con una mueca a modo de sonrisa. Quise auxiliarla pero me rechazó porque no es necesario, manito, son ustedes a todo dar, que Dios se los pague.

Mientras permanecieron en casa, me mantuve a discreta distancia. El Campana II y yo dormíamos en la sala. Él era expulsado de la recámara porque esperaba a que Ivonne saliera del baño. Preguntó incluso por qué Pepe sí podía acostarse con Ivonne y él no cuando que hubiera cabido en medio si le dejaban un *campitito*. El Changüingua tenía los nervios de punta y el Campana II daba muestras de agotamiento pero reembestía al recuperar las fuerzas. El sábado fui al cine y el domingo al beis y al cine. Pospusimos nuestra orgía de cervezas y de botanas y de recuerdos engrandecidos y glorificados por el alcohol. El Changüingua temía que Ivonne le suspendiera el dinero si llegaba a verlo como a un dipsomaniaco sin remedio. Pero el Campana II pugnó porque se hiciera la reunión ya que tramaba, seguro, cómo organizar un bailecito, caballeros, con Ivonne y Marilú. El Campana II se

encogió de hombros pero mantuvo un acoso incesante. El Changüingua procuraba permanecer siempre cerca para evitar que Ivonne sucumbiera por cansancio.

El Campana II se hizo el molesto porque nada le decían sobre el mal de Marilú, y doble molesto porque Ivonne rechazó con firmeza sus galanterías en cuanto se recuperó del desvelo y de la borrachera. Era su hermanito como Marilú. Observé feliz que ningún truco de galán triunfalista le daba resultado. Vi también que los ojos de Ivonne eran redondos, luminosos y con esos destellos inquietantes propios de las orientales. Unos ojos como yo los conservaba en la memoria. Pero no pude soñar con ella esas dos noches. Quería repetir la escena del restaurante donde cenamos y bailamos con final de película. El domingo regresé a casa rumiando la idea de aceptar la invitación de Fallo y de Armando para mudarnos a la colonia Obrera, y escuché que Ivonne y Marilú se negaban a esperar a la tía Nena no obstante la insistencia del Campana II. Marilú debía descansar otra noche, opinaba el Campana II. Lo que pretendía era tener a Ivonne a su alcance, sospeché.

Ivonne y Marilú se enteraron de los hábitos de la tía, tanto de sus prohibiciones y de sus amagos como de su vigilancia estrecha para exorcizar las tentaciones del Diablo, pero ni así quisieron tener un encuentro con ella. Les contamos de cómo se vengaba Pepe, asustándola, ante la mirada desaprobatoria de Ivonne y las carcajadas de Marilú, que el domingo parecía repuesta de una gripe y no de un legrado con garfios de acero. Si la tía Nena estaba sola, Pepe hacía ruidos en nuestro cuarto, les contamos, y cuando abría la puerta porque nadie contestaba a sus toquidos Pepe ya había saltado por la ventana y corría hacia la entrada para hacer de nuevo los ruidos en la sala. Ella volvía agitada sobre sus pasos y entonces Pepe brincaba al interior de nuestro cuarto y repetía su gracia hasta que tenso y muriendo de risa se metía bajo la cama. A punto del soponcio, la tía Nena iba y venía bombardeando el pasillo del puro susto, ¿puedes creer, hermanita?

Al volver de la escuela yo encontraba nerviosa como una ardilla a la tía Nena y con la voz rota se quejaba de los toquidos y se retorció las manos a la altura del pecho. Consultadas sobre la oferta de Fallo y de Armando, Ivonne y Marilú dijeron que no había comparación entre la Del Valle, rodeados de comodidades y de gente *de bien*, y la Obrera, durmiendo en medio de la mucada y picoteado por las chinches y con el espectáculo repugnante de las cucarachas. Ellas sabían lo que afirmaban, que nos aguantáramos un año y entonces estaríamos listos para tomar una decisión sin arrepentimientos. ¿Dónde íbamos a encontrar casa con televisor, teléfono y espléndido rumbo?

El Campana II apoyaba las opiniones de Ivonne y de Marilú y también el Changüingua estaba indeciso. Yo tenía muchas dudas porque nunca hallamos ni cervecerías ni billares en la Del Valle, y sí disfruté de las ventajas que Ivonne y Marilú mencionaban. Había aprendido a jugar el *pool* en los años de prepa y lo prefería al poker, los dados y el cubilete, pero el paso por la Del Valle cortará de raíz mi interés por el billar.

En la Obrera preferiré charlar con Luzana y besarla que jugar nada. Había una cantina nada comparable con La Mesa Redonda, donde el Changüingua y yo empezamos bebiendo refrescos y consumiendo la botana succulenta que preparaba la esposa de don Pablito Solares. Meses después beberemos nuestras primeras cervezas. Visitaba La Mesa Redonda al viajar a Tapachula cada seis meses en las vacaciones. La insistencia de Fallo y de Armando para mudarnos a la colonia Obrera ocurría en la universidad. Ellos estudiaban leyes y su escuela estaba junto a la mía. Trataban de persuadirme con el argumento de que el costo de la renta sería la mitad de cuanto pagábamos a la tía Nena y que cuatro personas cabían en dos recámaras.

TRES

El régimen era el de las comunas con la divisa de trabajar uno para todos y todos para uno. La cuarta persona podía ser el Changüingua sin el Campana II, a quien veían con desconfianza y reticencia debido a viejas rencillas.

Cuatro era el número correcto —habla Fallo— para vivir *galán* y no como sardinas.

Llegaremos los tres a Torquemada ciento treinta y dos interior cuatro porque amagamos a la tía Nena con que sin el Campana II nada y a los comuneros les pedimos que lo pusieran a prueba. Las relaciones con la tía fueron deteriorándose hasta llegar a una guerra que habría terminado en baño de sangre si ella o nosotros hubiéramos sido homicidas. La causa fue el saqueo de su alacena o el corte del teléfono por las llamadas de larga distancia, cualesquiera de esas dos razones, o quizá una intriga pero de quién, me preguntaba, ¿de Pontones?, ¿de José Luis?, ¿de Elvis?, ¿de la sirvienta? Los dos primeros sólo iban a la casa a dormir por lo que ni sabían qué pasaba en su interior. La señora del aseo le decía señorito hasta al Campana II y siempre solapó nuestras incursiones en la alacena, porque ella hacía lo mismo. Elvis apoyaba esas travesuras porque la patrona lo humillaba, nos platicó. Ni cantar le permitía y estaba pensando en fugarse, invitado por el Changüingua.

La verdad es que la intriga fue de nosotros contra nosotros. Cada uno por su lado, o los tres, nos dimos la puntilla y perdimos un sitio agradable, tranquilo y barato, a cambio de atender a la tía Nena con sus sesiones maratónicas de tele, o preparándole su té digestivo. No supimos apreciarla y desdeñamos la ventaja que significaba ser huéspedes suyos. Los argumentos para explicar esa actitud, no para justificarla, serían nuestra inmadurez y nuestro espíritu relajiento y montaraz.

CAPÍTULO VII

UNO

La tía Nena echó al Campana II, a quien seguimos metiendo a escondidas en la casa. Luego ella nos echó a nosotros porque le encubrimos a él actos abominables como el de transformar en prostíbulo la alcoba de nuestra anfitriona. Íbamos a vivir el infierno de la colonia Obrera para apreciar la calidad del rumbo de los miembros de la clase media tres cuartos para arriba en ascenso denodado, porque la colonia del Valle, de gente finolis, no era para nosotros.

Es decir debíamos tocar fondo y empezar desde abajo para merecerla — habla el Changüingua— y para comprender, cabrones, que la tía Nena era una dama y que no aquilatamos su don de gente ni vislumbramos que pudimos ser sus herederos, ¿no, *brother*?

El Campana II no pero el Changüingua sí y sobre todo Elvis porque pronto nos dimos cuenta de que él escogió quedarse con ella.

La tía Nena decidió echarnos debido a que la colmamos y la gota que derramó su cordura de octogenaria paciente fue una visita *non sancta* al Campana II en la recámara de la patrona. Se trató de la última conquista en el parque de los Venados, una sirvienta de Las Lomas con alma de puta, caballeros, porque no se imaginan cuántas cosas hicimos en el petate de la tía Pedorra, caballeros, y si lo contara con más pelos que señales se pondrían popusos de envidia.

De pómulos salientes, cabello tieso por el crepé y piernas extrañas por acolchonadas, embutidas en unas medias de color marrón, como para extremidades flebíticas o varicosas, la mujer llegó a casa la noche del viernes. El lunes íbamos a marcharnos pero lo ignorábamos como todo ser que desconoce el futuro, a menos que sea pitoniso. Las piernas deformes de la mujer le repugnaron al Changüingua y yo seguía atento a esos detalles distintivos en cada persona. El Changüingua tenía un incisivo más blanco que

el otro pero se negaba a revelar la causa, y lo de la mejilla izquierda. El Campana II gastaba zapatos de viejecito, decía el Changüingua, cuando que la moda era la forma italiana puntiaguda. Pero aquél usaba los zapatones porque, así nunca, nada, me molestará las *quichas*, caballeros, tan sensibles que las tengo.

En cuanto a la mujer de las piernas abultadas acordamos solaparla y que pasara la noche con el Campana II. Una noche llena de murmullos lúbricos y de silbantes susurros de la pareja y de risitas y de flatos del Changüingua, estentóreos a propósito. Ese sábado vimos la función de boxeo en ausencia del Campana II, y hubo cervezas y bocadillos preparados de cualquier modo. El Campana II salía cada tanto desnudo bajo una toalla, el cabello revuelto, para llevarse dos cervezas y algo de picar, caballeros, porque el tiroteo está muy nutrido allá dentro y voy a darle batería a esa vieja aunque muera en la chingada raya, y si es así, díganle a los *cuáis* por favor que en las últimas horas de mi terrible *vidórrria* ya no fui el Campana II sino el Caguamo I.

La visita debía irse el lunes a primera hora, acordamos, pero lo hizo el domingo cuando los amantes maratónicos, trastornados acaso por el encierro de dos días, se trenzaron en una reyerta con saldo de un espejo roto y los muebles de la alcoba patas arriba. La señora dizque de Las Lomas exigió dinero por *los servicios* prestados, sin haberse puesto de acuerdo de antemano en cuanto a los honorarios, diría el Campana II, por lo que nuestro amigo rió feliz y le dijo algo así como que *Yo no acostumbro apoquinar ni un centavo, sino antes al contrario*, y la urgió a que levantara sus calzones y vendas y se fuera antes de que le propinara unos cuantos y merecidos pescozones, ella no sabía con quién estaba tratando. Pero la mujer desfogó su ira al tomar una botella de cerveza y arrojársela sin piedad a la cabeza del Campana II, que si no me agacho me tumba el macho, caballeros, y a ver ahora cómo le hacemos para que la tía Nena no se las huela.

La tía Nena sí se las olió porque era una dama estreñida pero veía bien. Incluso más de la cuenta con las gafas para vista cansada o de anciana operada de cataratas. No íbamos a poder arreglar el perjuicio porque las vidrierías cerraban los domingos y estábamos sin dinero. Aunque pudimos haber inventado una historia, un accidente. Tan no iba a pasar inadvertida la visita escandalosa que los vecinos difundieron el chisme el mismo domingo. La mujer, que azotó el portón y profirió injurias a izquierda y derecha, iba a paso redoblado con unas vendas blancas a remolque, dijeron, y las iba enrollando furiosa. En Pilares giró hacia la avenida Coyoacán, le platicaron al Campana II en la tienda donde compraba las cervezas. Curiosos y algunos

vecinos oyeron el alboroto. Los fisgones especularon que los costeños soconusquenses vivían en la casa de en medio así como Pontones y José Luis y Elvis. Aquéllos, ¿quiénes más?, habían participado en el asunto de la gritona y malhablada que salió arrastrando las vendas. Quizá Elvis no.

Riéndose alegre por la hazaña de haber tenido a la mujer cuarenta y ocho horas sin pagarle, el Campana II narró las veces que hizo el amor y lo que aprendió en el ínterin. El Changüingua escuchaba atento y sólo interrumpía para preguntar los pormenores. Digamos si la mujer era sirvienta pues no lo parecía, pero su facha tampoco era la de una ama de casa de Las Lomas. El Campana II dijo que no lo sabía y que por cierto se trataba de una de las tres mil quinientas treinta y tres cosas que le importaban un *güevo*. Yo le pregunté por las vendas.

La mujer padecía de un mal circulatorio —habla el Campana II—, pero a él lo excitaba que mostrara las piernas al desnudarse, como de momia, caballeros.

Pasaba poco tiempo sin las tiras pues de otro modo las extremidades se le adormecían y temía que se las serrucharan debido a los coágulos. Se las quitaba de noche pero así vivía de mañana y de tarde.

DOS

Si la dueña ordenó que el Campana II se marchara desde una o dos semanas antes y habíamos desoído su decisión, metiéndolo por la ventana todos los días, y ahora le decían a ella que entraban y salían pelonas, por todo eso íbamos a largarnos ¡ya! El plazo vencía la noche del lunes pero ordenó que la partida fuera cuanto antes. Respecto al corte del teléfono era problema menor porque estaba dispuesta a pagar con tal de no vernos más. Su mayor problema era correr al Campana y lo resolvió culpándolo de las llamadas telefónicas que nunca hizo. En ese trance el Changüingua se burló del Campana al equiparlo con Al Capone y, ante la mirada de incompreensión del paisano, le explicó que no pagaría por sus crímenes espeluznantes sino por haber evadido al fisco. Me pregunté con asombro si el Changüingua estaría bien informado aun antes de entrar a la Facultad de Contaduría, pero no. Era gracias a una serie de televisión sobre los años veinte en Chicago que él veía en cuanto la patrona terminaba su jornada de telenovelas y dejaba tras ella, mi buen, el olor fétido de su pedorrera sin freno.

El Changüingua se exprimía los sesos pensando en que nuestra benefactora iba a cambiar de opinión gracias a las doscientas tardes que habían pasado juntos carcajeándose con Madaleno y llorando con las telenovelas *Risas amargas* y *Una noche sin mañana*. Confiaba en una reconsideración porque, total, el lío era del Campana II no nuestra, *brother*, y el Campana se iba a ir en cuanto hallara *un su* jacalito. El Changüingua concluyó en que la tía Nena no iba a tentarse el alma. Aunque le inquietó que fuera tan maquiavélica y una gran canija con quien sólo había tenido atenciones y comprensión para con ella. Él pudo haber aprovechado las tardes en mejores actividades. La mimaba y le servía tés de manzanilla para ver si la barriga se le desinflaba, o trataba de inspirarle confianza cuando ella oía ruidos e imaginaba ladrones con antifaces blandiendo dagas y revólveres.

El Changüingua aceptó un encuentro con Armando y Fallo en la incipiente Comuna donde los paisanos nos esperaban con los brazos abiertos, literal, y discursos de bienvenida. Se esforzaron en disimular su sorpresa y no

nos hicieron sentir oportunistas, gracias a lo cual pensé que el recibimiento había sido bastante amable. Si no estaban enterados con certeza sospecharon sin duda de que tendríamos que dejar Gabriel Mancera y, de haber conseguido ya a otros inquilinos, nadie los habría criticado porque nos insistieron lo suficiente. Estaba bien, dijeron muy serios. Las puertas quedaban abiertas desde ya. La cuenta correría a partir del siguiente mes a pesar de que faltaban unos días para que terminara el mes anterior. Iban a aceptar al Campana II pero, eso sí, una sola violación al reglamento y adiós Campanita. Debíamos aportar una cantidad fija por el pago del alquiler y otra por la comida. Fallo era el encargado de la cocina y Armando de los platos.

Ya nos repartiríamos las tareas de ir al mercado, de comprar las tortillas y de limpiar la casa. El aspecto físico de la Comuna escandalizó al Changüingua porque había dos catres plegables y la ropa colgaba de unos clavos. Pero lo peor es que al par de bandidos se le podía ocurrir mandarlo al mercado y eso no iba a permitirlo. Nada deseaba saber de sus derechos porque seguro eran pocos, pero estaría atento a que sus deberes no fueran degradantes o no demasiado. Armando estaba en calzoncillos y Fallo en trusa, sentados en el de Armando, sabría yo después. Permanecimos de pie porque no había en qué sentarnos y no quisimos hacerlo en el piso de mosaicos alguna vez de color amarillo, o lo desechamos porque, barrido pero no trapeado, tenía unas costras negras como de viejos chicles pisoteados. Armando era de regular estatura y de anchas espaldas y Fallo parecía alto pero gordo. En Barrio Nuevo era un enclenque como yo. Armando tenía una quijada prógnata y de ahí su apodo, el Comadreja, entre sus muy conocidos, mientras que Fallo pescó su sobrenombre, el Marota, en la Comuna. Ahí lo encontramos con la barriga tan hinchada y tensa que le costaría la vida.

El Changüingua había visto en el baño un calentador de combustible, no de gas, y a un ejército de cucarachas marchando en desorden por la cocina, y hormigas y arañas, y después caeríamos víctimas de las chinches. Ahora sí íbamos a darle buen destino al tonelaje de *La Afición* y del *Esto* y del *Excelsior* y *El Día*. La tía Nena nos regañó siempre porque criábamos alimañas en la pila de periódicos, mientras el Changüingua se negaba a venderlos por kilo por una vergüenza mal entendida, creo yo. Lo que apresuró nuestra mudanza fue que el lunes, al volver a Gabriel Mancera tras desayunarnos, vimos que la tía Nena había ordenado a Elvis que le quitara el colchón a la cama. Si buscábamos atrasar la salida para angustiarla porque fuéramos un par de canallas tendríamos que dormir sobre los resortes. Rumiamos semejante medida pero exhortamos a Elvis a que tomara una

resolución, o la vieja satánica o nosotros. Después de comer, como a las cuatro, advertimos que la ventana de nuestro cuarto estaba cerrada. Como ella no podía ordenar el cierre de la puerta a la calle porque afectaría a los otros huéspedes, se refugió en la de enmedio. Elvis había puesto las maletas en la cochera al obedecer órdenes aunque las teníamos listas desde el día anterior. Por un acuerdo absurdo decidimos partir a las siete de la noche, digamos, mi buen, sólo por molestar, *¡juelachingá!*

Habíamos quedado en vernos a esa hora con el Campana II, el más interesado en la mudanza a pesar de que podían declararlo persona *non grata* en la Comuna. Nos había platicado que Armando y él vivieron en una casa de huéspedes y que Armando empeñó una bicicleta del Campana, y que se negó a rescatarla, pero, caballeros, de eso ya pasó tanto tiempo que estoy dispuesto a perdonarlo, aunque la Comadreja tiene cola que le pisen, lo sabe, y anda diciendo que la pinche bici era suya.

TRES

Molesto por el asunto del colchón, el Changüingua dijo que era ignominioso lo que pasaba. Debíamos urdir una trama diabólica para que la tía pagara caro habernos perdido la confianza y dejarnos sin cama. Mientras tanto yo preví un panorama inhóspito en la Obrera y sugerí que mejor pensáramos en eso, en lo que nos esperaba allá. Teníamos que irnos sin ver hacia atrás. Fue en la comida cuando al Changüingua se le ocurrió organizar una fogata con los periódicos viejos. Lo ayudé a hacer pelotas con los pliegos de papel, nada persuadido y muy temeroso de infligir a la tía Nena un susto de funestas consecuencias. La tía y Elvis se preparaban a ver las telenovelas y, cuando las llamas se alzaron a varios metros de altura, ella le ordenó a gritos que llamara a los bomberos. Pero el teléfono estaba muerto, cortado. Seguimos con las bolas de papel que arrojábamos a la hoguera y, de habersele ocurrido al Changüingua, me invita a danzar alrededor de las llamas y a aullar sedientos de sangre, dispuestos a arrancarle a la tía Nena el cuero cabelludo. El fuego se desvaneció pronto aunque el susto debió haber sido como para matar a cualquier anciano de corazón débil. La tía pudo haber llegado al límite de su resistencia en ese flamígero momento, pero sobrevivió a nuestra crueldad profiriendo unos cuanto chillidos.

Terminó por tranquilizarse —habla Elvis—, pero tuvo miedo de morir carbonizada.

Elvis nos explicó sollozando que se quedaba porque no había conocido a su familia. Sus parientes de Michoacán no existían, la tía Nena era su madre y su padre; Pontones y José Luis, sus tíos, y nosotros, sus hermanos. Iba a rezar por nosotros y para que no lo olvidáramos si hacíamos el conjunto de rock. En Gabriel Mancera ya nada había que hacer, pensé. El Campana II celebró dichoso la ocurrencia llameante del Changüingua. En Torquemada estuve sólo el tiempo necesario para dejarlos instalados porque viajé esa noche de vacaciones a mi tierra. No quise pensar en Clararrosa y, de Sabrina, ni hablar. A Moncho no pude contestarle sus cartas. Mi cariño por Clararrosa se venía abajo, y si yo estaba loco de lujuria por Ivonne ¿cómo la pasaría junto a

Clararrosa? Seguro pensando en la hermosa Ivonne. Faltaba poco para ponerme a prueba. Quería darles una sorpresa a ella y a mis padres porque todos ignoraban la fecha de mi llegada. El viaje fue interminable quizá porque ahora lo hacía sin el Changüingua, Herminio Somohano, el Papotas Alfredo Bonilla, el Chino Cancino y Carlos Aranda.

Habían pasado meses desde la fecha de mi partida cuando sentí la felicidad completa por mi liberación total y definitiva y, al mismo tiempo, triste por mamá y por mis tías, las sosias de Jane Fonda, Simone Signoret, Esther Williams, etcétera, y un tanto por papá y porque Clararrosa no fue a despedirme. El regreso sería tedioso pero pensé en cosas atractivas a partir del tiempo de que dispuse en ese trayecto de mil y pico de kilómetros. Había pasado meses soñando con regresar a la tierra, desde mi primera hora en el D. F., debido a la nostalgia que experimenté por la familia, no obstante la cercanía de Ivonne. Pero hice creer que ni papá ni mamá ni Clararrosa ni Sabrina me importaban. No deseaba salir corriendo en busca de los brazos amorosos de mamita o en busca de los besos asexuados de Clararrosa, o no quería que se supiera porque el Changüingua se habría reído de mi sensiblería.

CAPÍTULO VIII

UNO

El Changüingua era igual que mi padre porque si estaba sobrio se burlaba de quienes manifestaran sus sentimientos y de mi padre recibí siempre la orden de no reír, de no cantar, de no abrir el pico, de no rebelarme ante él, y quizá ambicionó tener hijos robots o soldados o zombies. De haber podido trepanarme y encajarme un mecanismo para que riera cuando él lo deseara o llorara o durmiera o comiera, lo hace, me trepana. Nunca entendí la aparente dureza del Changüingua si su don Pepe Chong vivió pocos años en el pueblo, justo durante la niñez de su hijo, justo antes del momento en que un padre experimenta el deseo irrefrenable, si no de trepanarlo, sí de reprimirlo con el sano propósito bien recibido en sociedad de instruir y educar al animalito para que camine manso y sin que cause estropicios a su paso ni provoque vergüenzas. Quizá no tuvo tiempo de castrar a su pequeño Pepe porque un mal día, mi buen, el viejo lió sus bártulos y se fue dejando sin dirección una casa, una minitienda de abarrotes y varias vidas.

¿Entonces?, pregunto ahora. Quizá el Changüingua se hizo duro porque vivió con su madre y con su hermana, con sus tías y primas, y temió amamparse. También he reflexionado en que esa frialdad es natural en los chinos. Los he visto cometiendo tormentos atroces en las películas, o sufriendolos, con el aire imperturbable de un cadáver al que no le han cerrado piadosamente los ojos. A Pepe nada lo conmovía. Bueno, sí, algunos bandidos, para que él revirtiera la conmoción en forma de befa. Excepto cuando empinaba el codo porque la cerveza lo hacía chillar como un niño y lo hacía decir, moqueando, que yo era el hermano que nunca tuvo, su *brother* del alma. Conmigo pasaba lo mismo y yo le decía que éramos hermanos y que lo veía como a un hermano menor. Pero esa blandura esporádica en él no se daba en mi padre porque era abstemio. En cuanto a la nostalgia por la

tierruca, el Changüingua parecía no sentirla porque su idea era regresar cinco años después.

Ignoraba la causa del desgano o del desapego. Quizá porque no tenía novia o porque engendró una hija con la sirvienta y quería eludir responsabilidades. Supe que le gustaban sin pasión ni arrebatos dos o tres compañeras de la prepa porque lo platicó. De lo que dio muestras fue de enfado porque esas cabronas querían tenerme de su payaso, mi buen, ellas decían *Mira qué simpático chinito* y me traían cilindreado como chango sirimique, chango chino, claro está, ¡tengan!, me halagaban y yo dejaba llevarme pero hubiera querido recibir el trato que recibían los otros, no el que daban a un fenómeno irrepetible del Soconusco.

Creí que el Changüingua se sentía a gusto cuando iba de un lado a otro con las chicas más populares de la clase. A tomar un helado, a un día de campo o a estudiar un examen en casa de Mariquita o de Tere o de Bety. Incluso nadie se negaba a bailar con él en los bailes con tocadiscos. Hasta era objeto de asedio en la disputa de ellas por el turno para una tanda de tres piezas. Bailaba muy bien el rock, expresaban los compañeros, y muchos le tenían envidia. Hubieran querido bailar como él para permanecer tres piezas abrazados a la chica de sus respectivos sueños. Yo estaba negado para el baile, intuí siempre, y pronto sabría que los hombres duros no bailan. Con Luzana y Clararrosa intentaré llevar el ritmo lo menos tieso posible y con Sabrina era inconsciente de tan totoreco que estaba a causa de la bolera. En una de esas bailé, ridículo, hasta mambo. El viaje de regreso a solas sirvió para reflexionar sobre mi vida futura y en cuanto a lo que el destino me deparaba, en caso de que siguiera confiando en que Clararrosa aceptaría acostarse conmigo sin tener que casarnos, tocada por la varita mágica de un hada generosa. Igual recordé a Sabrina, la pupila del Tequila, sepultada en algún resquicio de mi reciente memoria. Conforme avanzaba el tren, su presencia fue agigantándose en mi pecho y en mis genitales.

Con las putas no se jugaba —habla Moncho—. Ahí uno debía saber retirarse a tiempo. La estancia en el D. F. iba a servirme para olvidar a Sabrina pero yo ignoraba lo que era enredarse con una de ellas, que lo mirara a él. Iba a cumplir seis años con la Venada y no podía dejarla.

En el D. F. traté de disolver en ríos de cerveza la imagen salaz de Sabrina si la evocaba en mis noches de enfermo de soledad. Hacía el intento de concentrarme en la figura de Clararrosa siempre con sus vestidos de color pastel. Pero sólo con hacerme el propósito era difícil que olvidara la imagen de Sabrina desnuda al pie de la cama, brazos en jarras, calzando zapatillas y

haciendo muecas de *a ver a qué horas*, y es que atolondrado y bolo pero feliz yo tardaba en desnudarme para prolongar el momento, la visión paradisiaca. En el viaje de regreso descubrí que me la pasaba cavilando y leyendo, y hasta lo disfruté. Confirmé que repudiaba la escuela mientras veía atónito el Istmo roturado por los ríos y el horizonte verde y esplendoroso como un gigantesco tapiz en relieve. Debía abandonar la universidad, concluí. Era absurdo perder el tiempo trazando las gráficas sobre las leyes que regían el mercado y aprendiendo las teorías económicas y lo que pudiera de sus autores, unos cuantos datos, de cuyos nombres sólo recuerdo el de Marx y eso por razones obvias. Suponía interesante su vida pero me importaba una corneta sus vaticinios y sugerencias, y la historia y la geografía económicas me resultaban agradables pero hasta ahí.

Como no osaba aún dar el gran salto de la renuncia a la facultad de economía, a pesar de mis rechazos y reticencias, seguí asistiendo a clases a leer historias o a escribir cartas de amor para Clararrosa, con alusiones sexuales, mientras no escribiera una novela. Ella no comprendía mi afición por la escritura. «Está usted *chiflágoras*», escribió en una carta que acabo de encontrar en una de las libretas de mi diario, que salvé de la chamusquina organizada contra mí por el piromaníaco del Changüingua. «Dice usted cada cosa... Y creo que está faltando a clases, si no, ¿cómo le sobra tiempo para escribir tanto?»

DOS

A cambio de cada carta de Clararrosa yo le enviaba dos o tres porque en el salón, cansado de leer novelas y aburrido de la verborrea de los profesores escribía las cartas a mamá y a papa y a Clararrosa y a Moncho. Unas cuantas líneas en el caso de mis padres sobre la marcha imaginaria de mis estudios y la petición de dinero para los libros que necesitaba comprar. También avanzaba en la escritura de mi diario. A Clararrosa le contaba casi todo con descripciones prolijas para practicar mis clases, esas sí interesantes, de cómo grabarme rostros o modos de caminar y de cuanto descollara en una sala, comedor, salón de clases u oficina. Cuando le describí la casona de la tía Nena me felicitó pues la impresioné, dijo, como si estuviera viendo una foto o la proyección de una película. Esa descripción la reescribí veintitantas veces hasta considerarla exacta mientras el profesor de estadística emitía un rollo y la mitad de los alumnos defeccionaba con sigilo pero con firmeza.

Saboreé la felicitación de Clararrosa pero habría sentido una dicha mayor de haberme dado esperanzas de obtener de ella *algo* más que besitos. Sus cartas eran como sus besos y promesas, de puro trámite. Quizá *no* supe despertar en ella el deseo que alterara su respiración, ya no digamos que provocara su lujuria frenética empujándola a arrojarse a mis brazos. Si fue por desdén aplaudo ahora no haberme enterado porque de la impresión hubiera querido rebanarme la yugular. Quizá no sospeché mi falta de destreza con Clararrosa porque Sabrina opinaba lo contrario. Ésta llegó a decírmelo con un desparpajo vulgar que logró darme cierto aplomo. Pero Sabrina era una mujer ninfomaniaca, igual que la Prieta a quien conoceré en la Obrera y que estará a punto de provocar un zafarrancho. Sabrina fue la primera mujer en hablar sobre mi supuesta destreza amatoria y la segunda, Ivonne, en el restaurante de lujo tras la cena de pastas con vino, mientras el hierático capitán de meseros recibía nuestra ropa conforme nos desnudábamos. Si el Campana II hubiera preguntado cuál era mi técnica, incrédulo y de soslayo, encorvado, adelatando hacia mí su cabeza de corto pero ancho pescuezo, luego del escupitajo por el

colmillo, no la hubiera podido conceptualizar y menos darle recetas como las daba él.

Solemne y para provocar una risotada en el Changüingua le hubiera dicho, Campana II, escucha bien, no puedes aplicar a todas el mismo método ni recurrir a la sobada frase de tratar a una puta como si fuera dama y a ésta como si fuera puta, no mi querido Campana II, no es por ahí, es cosa de aplicar la casuística (palabreja de moda en la escuela), sí, tratar a cada una según sea el pie del que cojee y abandonarse a la intuición, es lo mejor, la intuición te salvará de aprietos, sí, sí, permíteme, a una le besas el cuello y a otra las corvas, a ésta la colocas así y a la otra según la sientas, la palpes o tiemble ella en tus brazos o te muerda el lóbulo de la oreja o te lama una tetilla, a esa, justo a esa, quizá la besuqueas por doquier sin excluir o rodear promontorios ni aberturas ni apéndices, mi querido Campana II, sino arriba, en los promontorios y dentro, en las aberturas, ¿me explico?

En cuanto a Clararrosa inventé un mundo propio donde ella ocupaba lugares claves porque todo muchacho quiere tener una Clararrosa con quien casarse, supuse. Entonces ¿por qué yo no? Pero *algo* me impedía ver en ella lo que llaman noviecita santa, a quien debía respetar y hacer respetar si deseaba novia virgen y de blanco.

Entonces me instalaba en ese mundo, en ese limbo, en la chingada irrealidad —hablo yo—, y escuchaba a Elvis Presley y a Pat Boone, que a Clararrosa le encantaba, para evocarla y recrear las noches a su lado bailando susurrantes y humedecidos por la temperatura y por el enlace íntimo de nuestros respectivos cuerpos, en la penumbra de la sala de su casa, bailando ella, haciendo crujir su crinolina bajo el vestido policromo, porque yo sólo arrastraba los pies como se arrastran cuando, vendado, se pretende estrellar a batazos una piñata.

Iba a ver a Clararrosa siempre con un traje de baño bajo el pantalón porque temí que besándola ella escuchara de pronto el rasguído del bañador. Hubiera deseado darle ese susto y quizá no hubiera sido susto, sino agradable sorpresita para ella. Quizá habría sido susto para mí por la sorpresita agradable que hubiera sido para ella. La imagino con los ojos abiertos pero satisfecha de tener mi paloma hinchada y roja en sus manos de seda, acariciándola e inclinándose y pronunciando palabras de cariño como una madre se inclina a ver a su crío, labios reunidos en un capullo para rozar otro capullo tenso y brillante, o bien el capullo de sus labios abriéndose golosos para guardar en la cueva húmeda de su boca la dolorosa prolongación tensa de mi cuerpo. En el D. F. cuidaba de no exponer mis estados de ánimo porque, si

el Changüingua se hubiera mofado de mí, el Campana II me habría visto con piedad, aunque sin lástima, en caso de que yo rehusara avanzar decidido en la conquista de las fámulas, pues con una o dos, caballero, esa tu novia de pueblo no volvería a tratarte como trapeador, y trapeador de excusado.

El Campana II desconocía los pormenores de mi relación con Sabrina y de su peculiar trabajo. Ni se los hubiera imaginado. Pero en la travesía, cavilando en Clararrosa, no tardé en descubrir que mi relación con ella no avanzaba, y menos avanzaría a mil quinientos kilómetros de distancia. Tampoco era seguro que yo viajara al pueblo cada seis meses. Lo hubiera hecho cada fin de semana de haber sido rico. En segunda clase los asientos del tren eran de madera y se dormía sentado.

TRES

Pensé que el riesgo iba a ser para Clararrosa y para mí con el paso de los días porque si ella estaba en posibilidades de enamorarse de otro y de casarse, yo hallaría a mi sirvienta ideal en un parque o a una compañera en la escuela, aquella que deseara aventurarse por los vericuetos indescifrables de la vida infame que un extraterrestre bisoño llevaba en el D. F. Al llegar a Tapachula olvidé esas reflexiones en torno al D. F. y al progreso y a lo moderno, y en torno a la actualidad y a las perspectivas y a lo formidable que era hacer el amor en sueños con Ivonne. Me distraje en el trayecto leyendo los periódicos. Así supe que el cachuco Ronco, el Che Guevara, andaba poniendo de cabeza a los gringos en una visita repentina a la ONU. Me hizo reír con su declaración: *En política no creo ni en mi madre, en lo único que creo es en Fidel*. Mientras mi novia Kim Novak decía que detestaba el matrimonio y que prefería vivir sola, ¡bravo! Prometí leer las novelas del secretario de Educación, Agustín Yáñez, porque les pidió a los escritores en un exhorto inaudito que escribieran libros legibles.

Me sentía obligado a leer a los premios Nobel porque cuando tomaba un libro de un autor local caía dormido o me quebraba la cabeza tratando de entenderlos, por mal escritos y soporíferos, sospecho ahora, no por densos, complejos o profundos. También olvidé mis preocupaciones fundamentales porque fue como si, con la atmósfera pueblerina, recuperara la memoria en cuanto a lo estimulante que Sabrina había sido para mí, y lo agradable que podría ser Clararrosa si me permitiera el ejercicio de algunas libertades en su cuerpecito sin roturar. El calor era infernal pero estaba lloviendo y vi que el pico del Tacaná emergía verdeazul de un banco de nubes, pero sin niebla en sus amplias, kilométricas faldas. Mi madre se mostró feliz y mi viejo seguía con esa dureza que yo comenzaba a sentir falsa, como una máscara, eso sí gruesa, para que nadie advirtiera su debilidad y su sentimentalismo. Lo evité a él y a ella por seguir viviendo con un troglodita.

Salí a buscar a Moncho pero él tenía semanas en su rancho. Pensé que eso era lo mejor porque si lo encuentro, voy a la zona roja y al Tequila a pasar

otra prueba ante Sabrina, quizá la definitiva. La imagen de su cuerpo hermoso volvió a estar presente en mis recuerdos conforme avanzaba el tren. Mientras tanto sentí a Clararrosa ingenua y solemne comparada con Ivonne y Marilú, y seguía hablándome de usted y tratando de arrancarme promesas estúpidas como esa según la cual yo debía ser el mejor estudiante, no de México, del mundo. Le hice cuantas promesas deseaba porque estando tan lejos de Ivonne, a la hora de besar a Clararrosa, a la hora de juntar mi pecho asustado a sus duras tetitas, la lujuria me hacía la cabeza. Confiaba en vencer su resistencia basado quién sabe en qué ilusión para amarnos por fin. Tal vez confiando en las clases del Campana II o en mi habilidad natural para la exacerbación de los sentidos, aún aletargados, en las turgencias macizas de Clararrosa. Tampoco intenté confesarle nada sobre la escuela porque corría el riesgo de que me mandara al diablo sin que obtuviera de ella más que besitos de compromiso. Callé mi gran secreto y desconcertante verdad.

Otra situación absurda porque si a alguien debí confiarle mis sueños era a ella, pienso. Tampoco osé decirle que la aspiración demente de su delirante novio era la de ser escritor. No importaba si bueno o malo. Serlo, parecerlo y vivir como tal porque, en cuanto asumiera ese papel, suponía, iba a despojarme del ropaje lapidario que habían arrojado sobre mí en primer lugar papá y luego ciertos maestros y los adultos que pretendieron descerebrarme. Entonces sería yo y sólo yo, con mis defectos, un cúmulo, y mis cualidades, si las tuviera, pero propias no las de mis padres ni las de los profesores, cuando mucho de algunos amigos. Pronto olvidé ese modo de ver el panorama y pude entregarme a la dulce tarea de amar a Clararrosa tal y como era. Aunque amar suene a eufemismo. Al diablo si ella quería tratarme de usted, pensé. Al diablo si estaba siempre jugando a representar a la clásica señora solemne y rebuscada, esa, cualquiera que fuera, a la que Sabrina escarnecía con mi silenciosa aquiescencia.

Es posible que la convirtiera en mi compañera —hablo yo— y que llegara virgen y de blanco al matrimonio como todo hombre bien nacido anhela que su novia llegue a la boda, según los padres.

Vaya manera de hacerme el tonto porque en las acometidas, cuando nos habíamos besado un millón de veces y estábamos inflamados por el deseo y por la temperatura, al menos yo, y le susurraba frases de todos los calibres, ella respondía con el silencio y con una vehemencia fugaz, lo que me impedía ir más allá de una caricia superficial a sus tetitas duras como su cabeza. ¡Caricias que yo le hacía sobre la ropa! La llevaba a Los Morritos, el mejor sitio del pueblo para beber horchata de coco, porque había un letrado con el

que el propietario moralista desalentaba a los jóvenes amorosos: *Aquí se viene a beber horchata de coco no a calentar las máquinas*. Luego de buscar a Moncho sin hallarlo, llegué a La Mesa Redonda a zumbarme unas cervezas y a leer poemas de Sábines en un libro que hallé en casa, cuya existencia ignoraba, y varios capítulos de *¡Absalón!, ¡Absalón!*, la novela nada fácil del maestro Faulkner, a modo de homenaje porque acababa de morir a consecuencia de la caída de su caballo, enwhiskado del todo.

El libro de William Faulkner conseguía sacarme del mundo fantástico de *El Quijote* para instalarme en otro, muy parecido al mío, al de mi pueblo caliente, porque sus personajes eran iguales a mis paisanos con sus conflictos centenarios, el de la ambición por el dinero y el de trepar cuanto antes los peldaños de la pirámide social para arrastrarse hasta la cúspide y sostenerse ahí a costa de lo que sea, so pena de rodar despeñados y de servir a otros de peldaño. Conoceré muchos cientos de Sutpen con el nombre de fincas. Pero a cualquier patio le llamaban ahora finca, se burlaba Armando Corral García.

CUATRO

En la fresca Mesa Redonda, yo leía concentrado una o dos horas a pesar de las voces y de los ruidos y del estrépito del aguacero y del cubilete y de las fichas de dominó sobre las mesas de madera basta, pintadas a brochazos de un color amarillo paludismo, cuando la clientela atestaba la casa. Bebía con apetito el caldo de camarones y paladeaba el crujiente taco en salsa roja y la botana seca: una cuña de tostada con picadillo, manitas de puerco en trozos y hojuelas de papas y dados de carne fritos. Don Pablito Solares mantenía la sana costumbre de servir una cerveza y la ración de botana, y había que beber y comer en paralelo para no quedarse sin la una o sin la otra. Yo aguardaba los antojitos como si estuviera esperando que fuera de noche para tener la posibilidad de soñar con Ivonne al concentrarme en su figura, en su cuerpo delicioso. El calor hacía que bebiera las cervezas de un tirón en el medio día del verano agobiante. No importaba que el aguacero me hiciera imaginar el cielo cayendo encima de nosotros.

El calor seguía y uno continuaba sudando mientras intentaba rehidratarse. Por eso terminé siempre la cerveza antes que los bocadillos. Esa tarde salí tambaleante y caminé una cuadra larga hacia la casa. El aire estaba fresco y ya no llovía pero el agua achocolatada semejaba un río ancho, nada profundo, hacia el sur de la ciudad, hacia la franja de los algodones, sin que alcanzara a llegar, imaginé, al océano Pacífico, a San Benito, puerto Madero años después. El Tacaná se erguía como si fuera uno de los pechos de Sabrina, el pezón encapsulado en una nube blanca cual gusano de seda en su capullo. Los niños chapoteaban en el agua, nerviosos, juguetones.

CAPÍTULO IX

UNO

Ya en casa, sin que hiciera referencia a mi aspecto quizá lamentable, mamá frió una mojarra que bañé con limón y le esparcí sal de grano. Comí también un puñado de repollo fresco y tortillas de comal. Luego me tumbé en la hamaca a leer y a dormir la siesta con el libro de Faulkner abierto sobre mi pecho ardiente. Cuando vea a Clararrosa esa tarde, recién bañados los dos, yo estaré tranquilo. Pero al despedirnos como a las diez de la noche sentiré de nuevo el abatimiento por no haber podido hacerle el amor.

No debía desesperar —habla ella—. Todo llegará a su debido tiempo. No fuera a arrepentirme después. Que esperara.

Sí cómo no, pude haber pensado. Esperaré cinco años y para entonces habrá sucedido todo, como ser el amante de Ivonne. Me despedí de Clararrosa dominado por el deseo punzante de recorrer las callejuelas siniestras y enlodadas de la zona roja. Evitaría El Tequila para no ver a Sabrina. De pronto detuve la caminata porque nada garantizaba que ella siguiera *trabajando* ahí. Podía estar en cualquier otro sitio y hubiera sido riesgoso para mi equilibrio mental encontrarla en el Veracruz o con la Paca o con la América Monzón. Iría acompañado de Moncho. Al final una fuerza extraña me llevó hacia el Veracruz. Nada iba a perder charlando con la Venada. Cuando menos sabría algo de Moncho. La Venada estaba en cama con el cuerpo moreno cubierto hasta la nariz, pero no pudo ocultar los ojos. Sin los recursos de Ivonne, las gafas oscuras y el maquillaje, vi sus ojos amoratados.

Moncho había querido *disciplinarla* golpeándola y ella no lo veía desde casi una semana atrás. Lamentaba que no pudiera *trabajar* en esas condiciones, dijo sin ánimo, y que fuera en aumento su deuda con el dueño del cabaret. Sentí lástima por la Venada y como supuse que sus labios estaban tumefactos bajo el lienzo y con moretones en el cuerpo le deseé pronta recuperación y salí de ahí sin preguntar por Sabrina. Esa vez Clararrosa

argumentó cualquier prejuicio sobre mis tías con quienes no lograba hacer amistad como si eso fuera necesario y tampoco fue a despedirme a la estación. Sus relaciones con mi madre eran afectuosas y las mías con su madre también. Una señora con muchos secretos en la vida, intuía yo, y muy echada para delante como decía un compañero de la facultad refiriéndose a no recuerdo quién. Tampoco escuché la marimba en la despedida. Lo que impidió a Clararrosa ir a la terminal fue una reacción salvaje de la madre la noche anterior.

Al encontrarnos abrazados, bailando, la madre entró, encendió las luces, nos echó miradas homicidas y se metió a la cocina. Clararrosa estaba inquieta pero no mucho como para sospechar que se le iba a venir el mundo encima. Yo estaba en paz y hasta creí haber actuado como un cangrejo que no daba un paso para adelante y otro para atrás, sino todos para atrás, en cuanto al plan de ataque de persuadirla y poseerla. A los pocos segundos de su entrada violenta, quien pudo haber sido mi suegra, de no haberse interpuesto uno de los abusivos miembros de la familia Tunante, volvió blandiendo un sartén y la emprendió contra su hija. Desde luego intervine en su favor pero la señora dijo algo así como *Usted, jovencito, a su casa, porque este asunto es entre mi hija y yo.*

Las primeras despedidas de mi padre fueron normales gracias a que yo iba a su negocio a petición de mi madre y nos dábamos un abrazo. Normales porque el tren arrancaba a la una y yo no tenía tiempo de ir a La Mesa Redonda, cuyas puertas rojas eran abiertas a las doce y media en punto. Dispondré después de unas cuantas horas cuando viaje en autobús porque ya habrán construido la carretera costera del Soconusco. Iré a La Mesa Redonda para beber unas cervezas y luego, en casa, levantaré a mi padre de la hamaca y le daré un abrazo desviando el morro para evitarle el olor de la bebida, a pesar de las servilletas que masticaba. Si él me descubría, su actitud era como de que no. Ya en el D. F. recibí una carta de Clararrosa donde eximía a su madre y explicaba que el ataque a sartenazos fue porque debió planchar una montaña de ropa y no lo hizo. También se enardeció porque Clararrosa tenía los labios inflamados a causa del besuqueo. Le pedí que le ofreciera disculpas aun cuando sospechara que la dama bravía del Soconusco selvático iba a responder con una parrafada de mentadas contra su hija y contra mí y contra los ancestros de ella y míos.

Sin embargo lo que encontré en Torquemada ciento treinta y dos interior cuatro hizo que olvidara el viaje a Tapachula. Ivonne y Marilú estaban viviendo en la Comuna. Los giros, uno, que hacen de la vida un crucigrama.

El primer día sentí que el corazón iba a salirse del pecho cuando Fallo y Armando dijeron que Ivonne y Marilú vivían en la Comuna, pero que iba a ser la última noche, sin que explicaran por qué. Estaban molestos mientras yo comía en posición de loto en el piso pelón. La falta de más datos sobre las visitas se debió a la presencia del Changüingua y del Campana II. Los dos cuchareaban en silencio, agachados sobre las cazuelas copeteadas de calabacitas tiernas, carne de puerco y jugosos y crujientes granos de maíz. Los comuneros dejaron para la cena los totopos y la carne salada y el queso y los camarones, el chocolate y el pan de las Orozco, que les había traído del Soconusco. Estaban Fallo, el Changüingua y el Campana II cuando llegué cargando mi maleta llena de discos y de libros y la caja pequeña de cartón con los manjares comprados por mamá.

Armando se había ido a su empleo de prefecto en una escuela para ciegos en Coyoacán y Fallo saldría también a una cita porque estaba buscando trabajo. El Changüingua y el Campana II rehuyeron hablar de sus respectivas hermanas restando importancia al tema, pero expusieron su entusiasmo por la casa y por la colonia.

DOS

El Changüingua parecía el más alegre porque estaba convencido de que era imposible seguir en la Del Valle lidiando la neurosis senil de la tía Nena. El Campana tenía *peros* que oponer aunque el Changüingua lo oyó sin escuchar porque se sentía a gusto ahí, aclimatado ya. Estaban sin opciones, sobre todo el Campana quien debió dar gracias al Santo Creador, mi buen, porque el Comadreja y el Marota lo recibieron sin fijarle más condición que lo de la comida, y sin recordarle el caso de la bicicleta que está muy confuso porque Armando dice que la bici era de él y que el Campana la empeñó, el asunto parece olvidado ya para suerte de todos, desde luego el Campana no tiene ni voz ni voto en la Comuna pero eso ¿qué, mi buen?, sólo el Comadreja y el Marota creen en esas ondas mafufas de los comuneros y de que a cada quien según sus necesidades y a cada mono según sus capacidades, ¡mis coyoles!

El Campana II no se dejaba convencer e intuía que todo era una emboscada para cobrarle en otro momento, caballeros, el costo y los intereses de la bici que era mía y como el asunto va para cinco años se trata de un dineral, no sé en qué momento pero de que va a ser terrible lo será, caballeros, aunque será terrible para el Comadreja, porque no estoy dispuesto a ser humillado y menos a soltar un pisto que no tengo y no debo, pero si el *cuete* truena que truene y a ver a cómo nos toca, por lo pronto lo terrible en la Obrera, caballeros, es haber caído en una colonia de jodidos y muy jodidos, donde va a ser difícil hallar gatitas angora, las que he visto parecen callejeras y más bien de Medio Monte, Changüingua, Flaco, ¿me siguen?, por prietas, chaparras y nalgonas, con la desventaja de que el Parque de los Venados queda relegos.

El Changüingua pensaba distinto porque había visto a las chamacas que caminaban por Torquemada, calle que le entusiasmó gracias a sus tres tiendas y dos tendajones, dos panaderías, dos cantinas y una cervecería, una tortería y taquería, una farmacia, un restaurante y una tortillería, entre Isabel la Católica y Tlalpan, es decir, a lo largo de dos cuadras. Lo contrario de la colonia Del Valle donde si vimos a dos chicas guapas fueron demasiadas.

Permanecían recluidas atrás de los muros altos de sus palacetes de hijas de nuevos ricos y, en cuanto al comercio, ni hablar, cero. Estábamos echados en los catres del cuarto grande. Fallo se había ido ya y el Changüingua escuchaba Radio Mil y la 620 moviendo sin descanso la aguja en busca de sus canciones que eran las mías o eludiendo los anuncios, enloquecido con tantas radiodifusoras.

Debíamos recordar —habla el Changüingua— que en nuestro pueblo sólo había dos radiodifusoras y que durante añisimos escuchamos pura marimba o rancheras.

El Changüingua y el Campana II platicaron que las cosas habían quedado así: el primero iba a comprar las tortillas y las vituallas, Fallo haría la comida y Armando y yo lavaríamos los platos. La limpieza de los cuartos estaría a cargo de sus respectivos habitantes. El Campana II interrumpía al Changüingua con carraspeos y murmullos indescifrables, pero la agilidad mental de Changüingua y su estrés conseguían ganarle al Campana II. Aun así éste consiguió decir que el asunto presentaba un ángulo atractivo para él porque nada le había correspondido en la repartición de los trabajos forzados, a su juicio. El Campana II pudo zafarse de sus obligaciones de comunero arguyendo, sin que se le oyera convencido, que su paso por la Comuna era de semanas y que pronto viajaría a los Estados Unidos en pos de los dólares, caballeros, pero que debía pagar su comida, según el acuerdo, no la cuota fijada a los demás.

El Campana II no tenía derecho a llaves del portón o del apartamento. Iba a verse obligado a aporrearlo de noche ante las protestas del taxista del apartamento uno. El Changüingua desvió el tema al hablar con entusiasmo de una tribu compuesta por tres o cuatro familias que vivía en la esquina de Torquemada y de Cinco de Febrero. Él vio a una chamaca de su pelo y a otras dos o tres a quienes yo podía echarles el ojo, para hacer roncha y que pegues tu chicle, mi buen, sólo uno de esos matrimonios tenía hijos e hijas porque en los demás eran puros machetes, mi buen, unos huevonzotes en edad no de marchar, de irse a la *verde*, diría el Comadreja, porque son unos holgazanes.

En nuestro pequeño vecindario de cuatro apartamentos había poco digno de verse, dijeron. A la entrada vivía el taxista y su güera gorda y petacona, si bien el Changüingua estaba presto a hacerle el favor.

Le había echado *el iris* a la pochoroca —habla él— y era evidente que buscaba pelea.

En el otro apartamento con vista a la calle vivían unos ancianos y su hija que, si no era monja, era marimacha. Ni el Campana II estaba ahí dispuesto a

nada. Por último Fofó y su Lagartucha, que vivían justo frente a nuestro apartamento, se la pasaban perfeccionando el plan que los llevaría a mudarse a Las Lomas, Dios mediante, invocaba Fofó, según afirmaba Armando, porque Lagartucha ni la palabra nos dirigía y si coincidíamos en el pasillo nos veía por encima del hombro.

Lagartucha se consideraba una reina, indigna de la Obrera —habla el Changüingua—. El marido era un sastrecillo que la amaba a muerte esforzándose por darle una vida chingona, aunque igual era indigno de ella a juicio de la mamona de su vieja. Ahí la única respetable era la sirvienta, doña Pelos, una paisana que ofreció lavarle y a plancharle su ropa, lo que nunca haría con el Comadreja ni con el Marota por sangrones y sí con el Campana pero como éste ni las gracias le dio la primera vez no volvería a hacerle ningún favor, ¿verdad, Campamocho?

El Campana II oía la perorata con aire de indiferencia, sin dejar de emitir uno que otro escupitajo.

TRES

El Campana no quería noviecitas, quería amantes —habla el Campana II—, y no iba a perder el tiempo, oiga usted, en babosadas. En cuanto a la esposa del taxista era elefanta no pochoroca y si el Changüingua estaba pensando en meterle algo debía meterle un brazo para tocar el fondo, es decir las tripas. La única novia que tuvo fue en el kínder pero ni de su nombre se acordaba ya. De ahí en adelante todas tenían que ser amantes. Sobre doña Pelos, el problema surgió un domingo, en los lavaderos, porque ella se le insinuó de un modo que..., es más, estaba rebola de pulque, ella misma se lo dijo, y él la despreció por bola y por apestosa, y desde entonces..., se sentía experto en mucamas pero doña Pelos, caballeros, era una anciana que sería una abuela respetable si se peinara, en fin todos estábamos perdiendo el tiempo y así no llegaríamos a nada digno de mencionarse en el ámbito de la padrotería internacional, muy nuestro gusto, que nos aprovechara.

Fue cuando conocí a Luzana porque el Changüingua pidió que lo acompañara a comprar los ingredientes de la comida. El Campana iba a quedarse lavando su ropa.

No importaba si era principio de semana —habla él—. Ya no tenía ropa limpia e iba a ponerse a lavar junto con las vecinas en vista de que ellas dejaban libres los lavaderos sólo sábados y domingos.

Por Isabel la Católica, al sur de Peón Contreras, llegamos al mercado, pequeño, pero suficiente donde el Changüingua tenía ya sus marchantes. La mezcla de fragancias me hizo evocar el mercado adonde solía ir de niño con mi madre. Pero los olores en el de Tapachula eran muy penetrantes debido a la humedad del ambiente y a la mezcla de productos, y sólo podía equipararse con el de Oaxaca. El Changüingua dijo que Armando y él propusieron un caldo de pollo en mi primer día en la Comuna, no por mi llegada ni para hacer una fiesta sino porque urgía variar el menú. La especialidad eran las calabacitas. Se las embaulaban tres veces por semana y todos parecían ya hartos del platillo. La propuesta partió también del Campana aunque no tuviera derecho ni a voz ni a voto. La pollería estaba

acordonada por varias mujeres que aguardaban turno para ordenar pechugas o piernas o las menudencias, pescuezo, patas, rabadillas o vísceras, idóneas para un buen caldo, iría yo aprendiendo. Cuando vi semivacíos los otros puestos de pollo pensé que el Changüingua había atinado al amarchantarse ahí a sugerencia de Fallo o de algún cliente, o por meras intenciones extralimenticias como era el acercamiento a las primas del pollero.

El Changüingua me presentó con Arturo, hijo de la dueña de la pollería y miembro de la tribu de Torquemada y Cinco de Febrero, un muchacho tímido, de hablar pausado con un cuerpo macizo y de cabellos y bigotito negros. Pensé que el Changüingua había hecho una campaña intensa para modificar el menú en la Comuna y hacerse amigo de Arturo, el sendero en línea directa hacia las primas. El otro camino hubiera sido plantarse ante la mamá y barbotar algo así como *Señito, acabamos de mudarnos, ¿podría usted, mi buena señora, prestarme una taza de azúcar o vendérmela?* El Changüingua no tenía por hábito emprender esa clase de acercamientos y éramos vecinos pero no tanto. Nuestras casas estaban separadas por un tendajón. Yo trataba de echarle un vistazo al *Esto* por encima del hombro del Changüingua para enterarme de los resultados del partido de fútbol del Universidad. Hubiera sido interesante si mi amigo me habla de Ivonne pero no lo hizo y yo cuidaba de mantener en secreto mi interés por ella.

Entonces llegó Luzana y empecé a enloquecer de amor y olvidé a Ivonne, a Sabrina y a Clararrosa. Arturo nos presentó mientras asestaba de tijeretazos certeros en las coyunturas de las aves desplumadas y le decía que éramos de Chiapas, que acabábamos de mudarnos y que estudiábamos en la UNAM. Ella pareció interesarse porque advertí un brillo distinto en sus ojos y pensé qué raro nombre aunque simpático, y más que el nombre, ella, o el nombre y ella y su voz y su cuerpo, y ese modo de ser, abierta, sin torceduras, sin hablarme de usted ni morderse el rebozo. Sentí su mano fresca y suave y de largos dedos con uñas pintadas de blanco. Sentí firme la mano y algo en su mirada hizo estremecerme y sacudirme. Era de tez apiñonada, de cabello negro y cuerpo espigado, de grandes ojos cafés redondos y de nariz recta, y el par de lunas rojas en las mejillas como si buscara opacar las constelaciones diminutas de pecas en sus pómulos apenas en relieve. Boca pequeña en forma de corazón y labios carnosos y los dos detalles sensoriales que advertí según mi práctica de la meticulosa escrutación.

Luzana era sosia de Natalie Wood con las dos características especiales que la diferenciaban, distinguiéndola de la actriz, además de que miraba de soslayo. Una forma de ver agradable para mí no sabría explicar por qué y no

obstante que desconfío de la gente que desconfía. Con las características especiales que la diferenciaban de Natalie Wood, me temblaron las corvas al descubríselas.

Había venido siguiendo a Natalie Wood en sus películas desde *Rebelde sin causa* junto a James Dean pero, al contrario de Natalie, Luzana tenía unos pechos de concurso que resaltaban gracias a sus brazos flacos pero torneados. No eran pechos con brazos de matrona como la mujer del taxista, a quien yo saludaba cuando barría su tramo de pasillo y en quien advertía un cuerpo acolchonado con bollones por doquier.

CUATRO

La blusa de Luzana permitió que adivinara sus turgencias. Me hubiera gustado sostenerlas entre mis manos temblorosas y besarlas y mordisquearlas. Imaginaba redondos y enhiestos esos pechos con aureolas rojizas en torno a los pezones como volcanes carnosos en miniatura y que endurecería con el roce de la yema de mis dedos hambrientos. Una erección súbita y dolorosa me turbó e hizo llevarme las manos a las bolsas del pantalón. Luzana parecía no fijarse cuando yo sin poder evitarlo posaba los ojos con disimulo forzado en esa parte eminente de su cuerpecito encantador. Sólo con Sabrina había sentido el mismo despertar y acaso también con Ivonne, pero Ivonne poseía mayor sensualidad y estilo que Sabrina. En cuanto a Luzana, su magnetismo sexual era perturbador como el de Sabrina pero con mayor clase. Quizá por las características que hubieran mejorado la silueta de Natalie, de haberlas poseído, Luzana me veía de reojo y yo era incapaz de ver a otro lado. Sentía un par de imanes atrayéndome, tirando de mis ojos con la fuerza de mil carretas. Las señoras cuchicheaban entre ellas, sonrientes. Luzana cursaba la prepa y vacacionaba como nosotros mientras que el primo Arturo iba a vender pollos todo el año, dijo avergonzado, porque reprobó el examen de admisión a la Facultad de Medicina. Luzana sería médica como su primo, la carrera que le atraía entonces.

Ver sangre o un cuerpo destazado era algo impresionante incluso para la mujer más valiente —habla el Changüingua—. Muchas veces les provocaba desmayos. Era indispensable que experimentaran *algo* antes porque sería deplorable perder un año en los estudios (!)

El burro hablando de orejas.

No cambiaría por detallitos —habla Luzana—, estaba superconvencida y hasta había pensado ya en su especialidad, la psiquiatría.

Ah, bueno —habla el Changüingua—, ese era otro cantar.

Luzana lo dijo sin agresividad ni petulancia o así la oí, maravillado. Qué aplomo y qué sencillez, pensé. Ni se mostraba avergonzada ni con esa seguridad en sí misma que hace insoportable a ciertas mujeres. Nos trató

como a sus iguales y no como las capitalinas nos habían tratado, con un dejo de sorna o de grosera altanería cuando no enchuecaban la boca si las veíamos a los ojos. Se sentían las damas excelsas de una galaxia remota, inalcanzables para los terrícolas selváticos.

Sí, sí podíamos platicar en la noche pero en su casa —habla Luzana—. Nos encontraríamos a la puerta de entrada a su vecindad. Pero no prometía que su hermana Guadalupe estuviera presente.

Dejamos eufóricos el mercado porque mejor suerte no pudimos tener, y se me hace que ya la hicimos, mi buen, este arroz ya empezó a cocerse, Lupe es de mi rodada, haremos un buen cuarteto, al Campana no le interesa María Elena, lástima, está un poco gordita, dice él, pero ¿y qué?, no pareciera sirvienta porque se arrojaría de cabeza al ruedo.

La euforia en el Changüingua era doble. Arturo nos había dado el pilón en vista de que los veo un tanto desmejorados, muchachos, pero con un par de pescuezos y estos higaditos el consomé quedará ¡umh!, y se llevó a los labios el puñado de sus cortos dedos gruesos.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

UNO

El segundo día comí en el cuarto pequeño, el de Armando. También yo iba a dormir ahí. Su catre estaba pegado a la pared igual que el mío, donde habían dormido Ivonne y Marilú. Aguardé desesperado la noche porque dormir donde habían dormido ellas estimulaba mi libido. Ellas llegarían a las doce pm con un poco de suerte para mí y cabríamos apretados los tres en la cama, donde me atacarían a besos y yo las poseería, ejecutando los actos que ni en el Kama Sutra. Sin remordimientos porque la vida me debía ya demasiadas cosas. Soñaba despierto mientras arremetía a dentelladas el pollo duro y oíamos a Julio Jaramillo, a Daniel Santos o a Álvaro Carrillo, que le gustaban a Armando y que Fallo, fanático de las grandes bandas, toleraba. *Por alto que esté el cielo en el mundo, por hondo que esté el mar profundo...*, escuchábamos y el Changüingua y yo nos hacíamos señas y muecas furtivas por lo exótico y pueblerino de sus gustos.

Nos sentamos en el suelo recargados contra la pared, frente al catre de Armando, por lo que el Changüingua apenas pudo alertarme en voz baja de que no había tenedores. No los habría ni esa primera tarde ni muchas otras. Yo pretendí sin conseguirlo partir con la cuchara un muslo de pollo. Fallo cocinaba un guisado y sopas de pasta y de arroz y los imprescindibles frijoles. *Completadores*, les llaman los capitalinos. Fallo anotaba frijoles negros en la lista del mercado a petición general. Negros como en nuestra tierra y no güeros como en el D. F. El guisado era de calabacitas tiernas con puerco o bisteces de cualquier forma y... calabacitas. Las cantidades abundantes de toda clase de sopas permitían que se quedaran para la cena o para el desayuno. Si alguien deseaba otra cosa debía comprar esa otra cosa, por ejemplo huevos para el desayuno o para la cena. El Changüingua prefería un jugo de naranja licuado con dos yemas que tomaba en el mercado. El Campana y el Changüingua saquearon la canasta de los huevos creyendo que

seguían con la tía Nena. Armando y Fallo andaban como desconcertados porque sabían de las cucarachas, de las arañas y de las chinches pero no de que hubiera ratones, y ratones comehuevos, así que ya lo sabes pinche Flaco.

El Campana II compraba una sopa y el guisado y pagaba más de cuanto aportábamos porque la mano de obra y los condimentos hacían subir el precio de *la papa*. Después de una siesta, costumbre arraigada en la Comuna, Armando, Fallo y yo nos íbamos a la escuela. Nunca había hecho la siesta pese a que era una costumbre atávica en mi padre. El Changüingua y el Campana se quedaban a jugar cubilete. Una tarde, rumbo a la escuela, pensé que era impresionante la firmeza de Luzana para exponer su proyecto de vida, aparte de sus lindas cualidades físicas y de la naturalidad como trataba a los bichos del Soconusco.

No pensaba desviar un centímetro el camino —habla ella—. Lo tenía claro, sería doctora. Crearía una familia y llevaría una vida tranquila en la colonia Roma o en la Del Valle. No pretendía llegar a Las Lomas pero tampoco morir en la Obrera.

La familia había vivido ahí tres o cuatro generaciones. Eran capitalinos de cepa. Fuera del D. F. para ellos todo era Cuautitlán. Luzana respetaba sin prejuicios a los provincianos como eran los prejuicios de sus primos que se sentían amos del asfalto. Pero los provincianos allá y los capitalinos en la capital. Yo no presentía entonces el conflicto que iba a tener con Luzana por mi posición dizque revolucionaria. Tampoco le dije nada al principio de mis planes de enrolarme en una guerrilla, para ser el nuevo Martín Luis Guzmán del nuevo Pancho Villa. Mucho menos le dije todo lo que pensaba de los clasemedieros en ascenso y de lo despreciable que resultaría aprender un oficio o carrera sólo para mudarme de colonia o para llevar una vida muelle, consumista y mediocre. Pero tampoco quería perderla sin antes besarla y hacerle el amor. Una vez en la cama Luzana me daría la razón, apoyada su cabeza en mi pecho ardiente, y yo enrulándole los cabellos.

Lucharíamos, aliados, contra los enemigos del trabajador. Ella en los hospitales para menesterosos y yo escribiendo libros dinamita que hicieran saltar las estructuras del decadente y corrupto sistema capitalista. Esa primera noche con Luzana hubo una sola interrupción, la de sus hermanos. Me presentó a Manuel y a Miguel y por ellos conocí a un sujeto a quien ya había visto, alto y vestido siempre de traje y de corbata. Nos caímos mal. Así como Luzana flechó mi corazón a primera vista así el tipo me flechó el hígado. Los hermanos Martínez parecían muy serios y el sujeto nunca dejó de ver a Luzana. Esa misma noche soñé con ella el día de nuestra boda ante un juez

parecido a Armando cuando me despertaron unos toquidos. En la ceremonia los miembros de la Comuna vestían *de centro*, como para ir un domingo al parque de nuestro pueblo. Pero nos interrumpía una Clarrarosa embarazada y dos niños famélicos. Los toquidos abortaron mi pesadilla.

Podían ser las *pájaras* —habla Armando, somnoliento—. Era necesario abrirles porque ese mismo día se iban a ir a la *verde*.

Mientras despertaba del todo pensé que con aquel sueño tendría unos cuantos en mi diario. Según yo iba escribirlos más atractivos que los sueños que aparecían en cuentos o en novelas donde yo los pasaba por alto. Hubiera querido leer sólo sueños de parejas amándose o sueños míos con Sabrina, Ivonne, Luzana y hasta con Clararrosa. También pensé que un libro de puros sueños eróticos resultaría tedioso, aunque ese era el reto. Abrí la puerta y vi a Marilú, sola, friolenta, como examinándose las zapatillas. Calculé por la claridad del cielo que eran como las seis de la mañana.

DOS

Marilú murmuró algo en lo que alcancé a distinguir el *manito* y luego se volvió hacia el portón para despedirse de alguien. Oí el ruido de un motor de automóvil que encendió y arrancó a todo trapo. Noté en sus ojos inyectados que había bebido tragos a pasto y que dejó abierto el portón, lo que iba a molestar a la esposa del taxista que ya barría el pasillo, según oí. Plantado frente a la cama, mientras pensaba cuál lugar ofrecerle, ella me apresuró, diciendo *No te preocupes por el catrecito, manito, cabemos los dos*, y se quitó las zapatillas y se metió entre las sábanas vestida. De reojo vi a Armando mirándonos por encima del hombro. Ella pidió la orilla y yo acepté y me acosté de cara a la pared. No iba a ser muy cómodo pero qué fregaos, pensé. Ella se estremeció, enconchándose y bostezando y rascándose la nuca, y puedes abrazarme, manito, así se nos quitará el frío pero sólo abrázame, sin *tashtulearme*, recuerda que eres uno de los mejores amigos de mi hermano.

Me pregunté cuál frío si estábamos en pleno verano. Podía ser la cruda, el síndrome de secreción inapropiada de su hormona antidiurética. Marilú, envuelta en un profundo olor a tabaco y con aliento alcohólico, se acomodó y quedó de espaldas. Dormiríamos de a cucharita, murmuró. Sentí su trasero duro aunque pequeño, como huacalito de pollo, habría dicho el Campana II si no es porque era su hermanita. Yo estaba en trusa, sin la pijama que usaba bajo los pantalones para no desentonar con la costumbre impuesta por el Changüingua. No iba a dormir tranquilo, pensé, teniéndola tan pegada a mí. Cuando la abracé, los dos sentimos la erección y díjeme que me dije que iba a hacer el intento de poseerla. El Campana comprendería porque él habría hecho lo mismo con una hermana mía en caso de que su huacal hubiera quedado a la inexorable merced del certero conquistador del Soconusco.

Marilú se meneó reacomodándose y quizá pensando en lo fastidioso del momento pues volvió a recordarme a su hermano. Yo sólo hice el intento porque tenía fresca la imagen de Luzana y sobre todo el recuerdo inmarcesible de Ivonne. Deseaba que Ivonne apareciera por la Comuna meneando su perfecto trasero de cachonda costeña mestiza china-

soconusquense. Quedaría como pasmado, como hipnotizado por su meneíto. También fue sólo un intento con Marilú porque temí que armara un escándalo. Así que teniendo la posibilidad de hacerme el amigo de su hermano más feliz del mundo, a Marilú ni le pasó por la mente hacer una obra pía. Recordé que Armando había platicado lo sucedido durante la estancia de Ivonne y de Marilú en la Comuna. No hubiera querido oír la historia pero tuvimos problemas para conciliar el sueño, no sólo por lo interesante de la plática sino también por la cena de quesos, camarones, carne salada, chocolate y marquesote y el pan de las Orozco, traídos del Soconusco. Daniel Santos cantaba *Esperanza inútil / no me des consuelo / por qué no te mueres en mi corazón...*

Ivonne y Marilú habían vivido en la Comuna mientras estuve en Tapachula —habla Armando—, con el pago de una cantidad irrisoria, simbólica. Llegaban a dormir de día porque de noche se iban a beber y a fornifollar con bandidos de toda laya, pues si no ¿a qué?

Lo malo no era que *no* se acostaran con los comuneros, como éstos lo intentaron y fracasaron, sino que el vecindario los viera cual cinturitas explotadores de las simpáticas y bellas chicas del Soconusco, sobre todo por la pochoroca mujer del taxista que salía a barrer el pasillo cuando ellas llegaban de madrugada. Ahí estaba yo en mi catre para certificar lo dicho por Armando porque Marilú empezó a roncar pronto y yo traté de dormir, incómodo, cuando menos una hora más, pero sin que conseguiera amarla, sin que conseguiera penetrar su huacalito, debido al chantaje sentimental de que su hermano era mi amigo y porque ella se sentía del carajo, manito, entiendes ¿verdad?

Me levanté y Marilú se acomodó para seguir en la cama sin estorbos, a cuerpo suelto ya. Una vez en el baño cometí sin tardanza el diabólico pecado de la autosatisfacción, mientras imaginaba desnudas a Luzana y a Ivonne en la atmósfera vaporosa. Marilú no tardaría en aporrear la puerta y en suplicar que le permitiéramos el disfrute de cuanto estábamos gozando con tanto placer. Como nunca le íbamos a abrir, entonces ella terminaría por espiarnos en tanto Luzana e Ivonne me besaban e incitaban a que yo las amara con furia. Me debatía entre decidirme por una o por Ivonne. También íbamos a bailar porque Enrique Guzmán estaría cantando, desde el cuarto del Changüingua, *Con sólo barro los formó, en su creación perfecta...* y yo igual bajo el agua tibia porque Luzana e Ivonne se negarían con grititos y saltos y pucheros a usar la fría. Marilú iba a terminar por arrancarse los pelos de elote de su mollera caliente, enloquecida de envidia, de lujuria y de celos. Jamás

imaginé a Clararrosa en situaciones así, sólo que hubiera enloquecido. La soñaba vestida como si viviera en Moscú en pleno invierno o enferma de gripe y emitiendo una perorata preñada de moralina al hablarme de usted y exhortarme a ser el mejor estudiante del mundo.

Por esos días la ocurrencia del Changüingua de hacer una fiesta fue recibida con júbilo por el Campana II y con gusto por mí pero no por Fallo ni por Armando. ¿Qué daríamos de beber y de comer? Éramos incapaces de organizar nada y menos de llevarlo a cabo.

No teníamos plata así fuera para una pequeña reunión —habla Armando—. Apenas para la renta y para el pipirín, ¿o no era así?

El Changüingua, el Campana II y yo nos vimos entre sí pero sin decir palabra. Quizá ellos estuvieran pensando qué argumentar en favor de la pachanga porque así es, mi buen, pero vamos a organizar todo con imaginación y con ganas, ustedes no se aflijan pero tampoco le aflojen, ya verán qué bien nos va a salir, nada más lleguen temprano y atiendan a los invitados para que se den cuenta de qué buena onda somos, no tan salvajes como ellos creen, sino sólo tantito, el Cule podría ser una muestra y, cierto que fuera de México todo es Cuautitlán, pero hay de Cuautitlanes a Cuautitlanes, ¡juelachingá!

TRES

Fallo se plegó a la decisión de tres votos contra uno con la felicidad completa del Campana II, que controlaba a duras penas sus ganas de lanzar una secuencia interminable de escupitajos. Nos hizo señas a espaldas de Fallo con meneos de cabeza y apretón de muelas de algo así como *¡Duro contra el Marota!*, porque el Campana trató de hablar en favor de la fiesta y, antes de que barbotara el inicio de su discurso, Fallo le asestó un tapabocazo recordándole que él, ahí, ni fu ni fa.

No teníamos por qué ofrecer fiestas a nadie —habla Fallo—. Eran recursos de minusválidos compramistades y de amistades que iban a redituarnos dividendos de cuantía dudosa. Tampoco teníamos por qué demostrar el tamaño de nuestro salvajismo o de cuán cultos éramos. Nadie estaba exigiéndonos esa demostración. ¿Significaba algo ser amigos de Manuel, Miguel o Arturo, chilangos fracasados? Si no habían podido con la prepa menos iban a poder con la vida, y otro cantar sería si *el fin final* consistiera en ir tras las chicas porque la estrategia debiera ser inteligente, sin recurrir al deleznable recurso de la fiestecita pendeja.

En ese punto Fallo casi nos convenció, cuando menos a mí.

Tenía razón —hablo yo—. No debíamos andar comprando amistades. Cuando mucho conquistarlas, y quizá ni eso.

Yo no había resentido aún reveses amistosos y por eso no experimentaba reticencias o desconfianzas, aunque las fiestas me resultaran indiferentes. Estaba a punto de tomar conciencia de que era un duro y de que los hombres duros no bailan.

Pero unas cuantas fiestas no estaban de más —sigo hablando yo—. Ayudan a crear y a fortalecer el sentimiento gregario, imagino, para desneurotizarte y para conocer gente y ser conocido.

En casa jamás disfrutamos de una reunión así, la padecemos.

Estábamos rodeados de zafíos muertosdehambre —habla mi padre—, que hacían pachangas y se embolaban como imbéciles y se atragantaban con los

entresijos del animal más puerco del mundo, el puerco. Aunque luego padecieran hambres o empeñaran sus cachivaches para no padecerlas.

Recuerdo dos o tres comidas con mis tías de invitadas y de las que se despidieron sin ganas de volver. Papá se la pasaba contando chistes, acaparando los reflectores o haciendo gala de su cultura e información y corrigiendo en mis tías hasta el modo de andar. Imagínate, a las dobles de Jane Fonda, Simone Signoret y Esther Williams. El viejo vociferaba injurias contra el gobierno y sus funcionarios rateros y contra líderes y seguidores rateros. Lo decía a gritos y asestando de puñetazos a la mesa en arranques de furia que espantaban o movían a risa, según fuera el calibre del espíritu del interlocutor.

Un hígado —habla todo el mundo, a sus espaldas, porque le temen y lo odian—. Un fanático peligroso.

En cuanto a conquistar a Luzana y a Guadalupe, el Changüingua argumentaba que si las invitábamos a una fiesta ellas harían lo mismo con nosotros, y luego sus primos y los amigos de sus primos. Estaríamos cerca de Luzana y de Guadalupe, de quienes andábamos ya de cabeza el Changüingua y yo, o de María Elena, la otra hermana. Armando dio la razón a Fallo pero dudaba también porque consideró oportuno acercarse a la gente de la colonia. Habíamos vivido aislados e ignorábamos cuánta amistad podíamos recibir de los muchachos del rumbo en momentos de apuro, en caso de que fuera necesaria su participación, maestros, porque en la vida hay que sumar no restar, y es cierto que ahora no necesitábamos de nadie pero ¿más adelante qué?, no debemos perder de vista los giros que da la vida y que gracias a uno de esos giros yo lance mi candidatura a diputado por este distrito, jeje.

Con una trompetilla y un eructo estrepitosos el Changüingua cortó la retahíla conceptual de Armando, que se descontroló pero que, repuesto, le arrojó una almohada, una sandalia y una sarta de improperios contra su señora madre. El Changüingua, buscando hacia dónde correr, contestó igual con salvajes alusiones a la madre de Armando, y ahí acabó el debate al darse por descontado la aprobación de la fiesta. Fue nuestro primero y único triunfo sobre el binomio Armando-Fallo, fundadores y líderes de la gloriosa si bien efímera Comuna. Ya habíamos comprado un tocadiscos y discos donde destacaban los de Pérez Prado, la Sonora Santanera, Glenn Miller, Ray Coniff y de danzones, incluido uno de marimba con *Maribel* y *San Francisco La Unión*, piezas que embelesaban a los bailarines y ni hablar de *Ana Aracely* y del *Pañuelo rojo*. Yo tenía a Elvis, Los Platters y a Jerry Lee-Lewis, a Bobby Darin y a Pat Boone, este último regalo de Clararrosa.

Ya incursionábamos en la cocina a partir de que Fallo empezó a trabajar en ¡una pescadería! del mercado de La Viga, junto con su primo el Cule, un chamaco ufano de sus pies, se carcajeaba, los más grandes del mundo, a su edad, diecisiete o dieciocho, cuando le faltaban aún siete u ocho de crecimiento según él. Teníamos algo de dinero para comprar cervezas y una botelluca, caballeros, y si no quieren engasarse hay un nuevo brandy, el Mogavi, ya lo probarán.

CUATRO

El Changüingua, el Campana II y yo discutimos sobre comprar sólo cervezas pero en un desplante el Campana sacó de su maleta de cartón, de franjas cafés y amarillas, una bolsita de gamuza. Impidió que viéramos qué y cuánto había en la maleta al darnos la espalda, pero alcancé a ver un sartén y un plato. Nos tendió un billete para comprar un litro de ron desconocido y dos de brandy Mogavi, químico, seguro, por los letales estragos que causaría en Fallo, en Armando y en el Campana, pero sobre todo en doña Pelos que nomás tomarse el primer farolazo, caballeros, me sugirió que formáramos la pareja del siglo.

Barrimos y trapeamos las recámaras y amontonamos las camas y las maletas y el baúl-mundo del Changüingua en el cuarto pequeño. Raspamos a cuchilladas los promontorios negros de chicles viejos, pisoteados por los antiguos moradores y repisoteados por nosotros, y lavamos el baño y colgamos de las paredes paisajes selváticos o lacustres del Soconusco y diplomas para presumir, mi buen, porque seguro que estos chilangos nunca han visto un diploma de bachiller, qué tal salió aquí tu camote, Campana, ¿eh?

¿Camote, caballero? ¡Camote sientes!

El Changüingua tenía una foto antigua en su diploma tomada antes del padecimiento que lo alejó un tiempo de la prepa. Cuando reapareció tenía la boca de lado y estaba pálido y con signos evidentes de haber perdido peso. Se rumoreaba que solía hacerse la manuela luego de las comidas y que eso era entonces *un aire*. También dijeron que *El Changüingua no pierde kilos, pierde gramos*.

Fue un aire —habla el Changüingua— y no por la manuela, ya que una mañana se levantó de prisa de la cama y sintió cómo se le paralizaba el lado izquierdo de la cara. Ya se sentía mejor, y aquella rigidez se le fue notando menos poco a poco gracias a las medicinas.

Nadie creyó su versión.

Hoy le pregunté a la Pichona si seguía embarazada y dijo que sí.

CAPÍTULO II

UNO

Para la fiesta se colgaron también unas fotos de Virginia, hermana de Armando, de grandes ojos claros y de tez blanca, que hubiera sido reina de la belleza de haber participado en un concurso, y la foto coloreada de mi madre, linda a sus veinte con un traje soconusquense. Fallo nos permitió colgar los retratos de Ray Coniff, Glenn Miller y Stan Kenton, pero Armando se abstuvo porque a sus ídolos los guardaba en la memoria, y tengo las canciones de Álvaro Carrillo y de Guty Cárdenas y sobre todo las de Chuy Rasgado en voz de Daniel Santos y los compases extraordinarios del maestro de maestros, el Gran Carefoca Pérez Prado y la voz caribeña de Benny Moré, pero sólo he comprado dos discos porque mi fanatismo no llega al extremo de comprar sus fotos, en cuanto a Álvaro Carrillo no estoy como para rendirle el excesivo homenaje de tener una foto suya ni que para las meadas yo me sentara, maestros, y menos si es ídolo de un macho a mucha honra, cabrones, porque me forjé en el Barrio Nuevo de nuestra querida Tapachula y en el glorioso Pentatlhón Universitario, del no menos glorioso Distrito Federal donde el verraco se hizo machorrón.

A la perorata de Armando, el Changüingua contestó con una trompetilla y un *Pinche Comadreja, no te salgas por la tangente de las mamadas y céntrate, grandísimo cabrón*, quizá porque las relaciones fueron destensándose y relajándose en casos como el del Changüingua y Armando. Quién sabe por qué. Quizá porque a la menor oportunidad Armando hacía toda clase de señas y de movimiento obscenos cuando hablaba de las llamativas formas de Ivonne, lo cual encendía al Changüingua, que se iba sobre Armando, los brazos como rehiletos, en tanto el otro se enconchaba, y se carcajeaba sin dejar de proferir las referencias sexuales a Ivonne. Se carcajeaba porque los golpes del Changüingua, de unos cuarenta y cuatro kilos de peso, eran cosquillas para la humanidad de setenta de Armando.

Cómo estaría el Changüingua de raquíico que usaba la piyama bajo el pantalón para adquirir mayor empaque y yo hacía tiempo lo imitaba porque como él era un enclenque.

El Changüingua y el Campana II dedicaron la tarde a las compras y yo freí papas y tortillas y cocí los frijoles como había dicho Fallo que los hiciera porque él se había ido a la pescadería. El festín iba a ser de papas saratoga y de tortillas fritas untadas de frijoles y espolvoreados con queso del Soconusco. No era cena y los invitados lo sabían. Por eso me fui de espaldas cuando llegó Luzana con sus padres y sus hermanos, y debido a mi perplejidad el Changüingua les dio la bienvenida. Se habían tomado la fiesta en serio, pensé. Era para los muchachos no para los adultos, pero bienvenidos, pásenle a lo barridísimo y a lo mejor trapeado, mi buen..., perdón, señor Martínez, esta es su casa o su departamento, me llamo Pepe, el Changüingua para los amigos y para usted.

El aire distinguido de la madre de Luzana, alta, guapa y de grandes ojos redondos como los de su hija, causó buena impresión en mí, en tanto que el traje y la corbata y los lentes graduados con armazón de metal conferían al rostro sanguíneo del señor Martínez, dedicado a las artes gráficas, una expresión de seriedad extrema pese a su fama de jugador de naipes. Los hermanos Manuel y Miguel se llevaban dos años de diferencia. El mayor, Manuel, era pequeño y de constitución física normal, y Miguel, un mocetón de pesados huesos. También entró una veintena de muchachos y de muchachas a quienes había visto apenas por la colonia. Manuel y Miguel ejercían un liderazgo definitivo y nadie, que recuerde, destacaba por encima de ellos, excepto el sujeto ese como de dos metros de alzada y con cara de subnormal, vestido de traje y de corbata, el Gran Zoquete, que influirá de modo siniestro en el futuro de Luzana y que nos veía con desdén buscando atraer la atención de todos.

El Gran Zoquete hablaba de dinero, de automóviles, de relojes, de trajes y de hazañas en zonas nevadas de los Estados Unidos. Cuando llegó puso un disco de música clásica que quitamos antes de que terminara y pusimos uno de danzón en cuanto llegaron los papás de Luzana. Los muchachos bebían sin ganas de bailar pero ese ánimo cambió cuando vieron a los padres de Luzana, elegantes y apuestos, que ejecutaban giros cual bailarines consumados en el centro de la recámara grande, con el piso *relampabuceando* de limpio, mi buen. Las papas y las tostadas de frijoles espolvoreadas con queso merecieron comentarios favorables. Pero más elogios hubo por las cervezas y el brandy Mogavi y los cañazos de lumbre de un ron desconocido, así como por los

buenos servicios de doña Pelos, calificados por unos de obra de caridad para los muchachos *jariosos*, y de aberración de la naturaleza por otros.

Cuando llegaron Lagartucha y Fofó ataviados como para ir al Maxims o al University Club, guardamos silencio y nadie pudo evitar el que los viéramos con insistencia. Tomaron asiento junto a los padres de Luzana para constituir la sección de adultos. Los más peripuestos eran Lagartucha y Fofó, sobre todo ella que nos barrió con la mirada y examinó cuanto había en las paredes sin ocultar su disgusto, fruncidos los labios. Era menuda y de tez deslavada como la de esos morenos ansiosos por ser blancos pero como es imposible entonces evitan asolearse. Lagartucha se veía pequeña de talla y de espíritu junto a la mamá de Luzana. Su cuerpo descansaba en unas piernas flacas, de pantorrillas musculosas, con una tez color consomé de pollo. Fofó era bajito con entradas en la frente y cabello crespo y peinado hacia atrás. Su palidez era extrema y sus ojeras pronunciadas a los lados de su nariz de búho. Tenía manos suaves, de sastre, y su mirada era la de un buen hombre.

DOS

Lagartucha tomó unas tostadas y unas papas y preguntó deprisa dónde podía lavarse mientras me mostraba las manos con pequeñas manchas de aceite. Le extendí una servilleta pero la rechazó e insistió enfadada en que prefería agua y jabón. Sólo faltó la patadita en el suelo. Se veía las manos como si le escurrieran chorros de sangre o mermelada de lodo y no aceite de cártamo. Entonces llegó doña Pelos y sospeché que, robusta y de mediana estatura y de edad, el vientre abultado, estaba ebria porque tenía los ojos turbios y el cabello revuelto. De haberse acostumbrado a peinarse habría parecido una abuela respetable. Esa vez fallé en las clases de observación porque no recuerdo cómo iba vestida.

Los niños ya estaban *jeteando* —habla con fineza doña Pelos—. ¿Podía quedarse un rato en la fiesta?

Fofo balbuceó incoherencias temiendo quizá la desaprobación de su Lagartucha. El Campana II, que asomó la nariz en busca de *algo* atractivo, caballero, no cualquier pellejo del proletariado, sacó a Fofo de la encrucijada al decirle que Fallo y Arturo, el primo de Luzana, el de los pollos, estaban en el otro cuarto con Armando y el propio Campana II y que doña Pelos podía pasar un buen rato echando relajo ahí. También estaba el Gran Zoquete pero ya le había caído mal hasta a Arturo, caballeros, debido a que le estuvo insistiendo en que cambiara de giro, porque el pollo no era negocio y mejor que vendiera el local y se hicieran socios en la venta de piezas de lujo para coches deportivos. Fofo aprobó la idea del Campana II sobre doña Pelos. Los padres de Luzana, como si hubieran llegado sólo a saber qué clase de bichos éramos, luego beber una cerveza y de que aceptaron las papas y las tostadas sin hacerles gestos, se retiraron. Manuel quedó a cargo de sus hermanas y prometió llevarlas a la una de la madrugada.

Sentí destensarme y bailé mucho mejor con Luzana, que lo hacía con una facilidad asombrosa, en especial los ritmos tropicales, a los que estaba desacostumbrado. Me sentí a gusto con el danzón que lo vislumbré en el panorama reducido de mi culturaailable como el ritmo apropiado por su

cadencia. Clararrosa y yo jamás bailamos con semejante armonía *Patricia* o *Cerezo rosa* de Pérez Prado. Luzana se sintió también menos tensa, intuí, porque fumó un cigarrillo y se aproximó más a mí, aunque no tanto como yo hubiera deseado. Sonreía, viéndome de soslayo mientras yo hablaba hasta por los codos exaltado por la cerveza, y si decía necedades pseudoingeniosas ella reía o sonreía según la calidad de mi comentario. Era inconsciente de que el alcohol repercutía en mí como desinhibidor al darme fluidez mental.

Sobrio y con una persona como Luzana o con un desconocido o incluso con los amigos, no podía emitir un discurso coherente, de correcta sintaxis oral. Tartamudeaba y perdía el tiempo y la oportunidad de defender cualquier tesis o de exponer un argumento en la búsqueda de las palabras exactas. Tardaba en pensar qué iba a decir pues quería decirlo perfecto o casi. Mi interlocutor aprovechaba para intervenir, para quitarme la palabra o para hacerme perder la discusión. Ignoro la procedencia de esos defectos de carácter o de personalidad. Me consideraba fuera de lo normal pero anormal porque cometía excentricidades no porque fuera superior a nadie. Las excentricidades eran romper en pliegos el tomo de Teoría Económica, gastarme el dinero viendo película tras película y sentándome a cinco filas del espectador más próximo, aparentar robustez con una pijama bajo el pantalón, enfrascarme en la competencia de leer diez novelas policiacas o de vaqueros, todos los días, en lugar de releer *El Quijote* o *Crimen y castigo*. Cosas así.

El culpable de mis disturbios de personalidad, lucubro, fue mi padre, ¿quién más? Exigía que hablara en forma correcta, sin errores de dicción, de sintaxis o de ortografía oral, y quiso que aprendiera las reglas de urbanidad en mil lecciones que él interpretaba a su modo y para beneficio propio. Así fue socavando mi seguridad innata para expresarme, al grado que pude haber perdido el habla o paralizarme en cualquier circunstancia límite de haber poseído un espíritu deleznable y de haber permanecido con él unos años más. Pero con Luzana no iba al meollo del asunto y eso era decirle cuánto me gustaba, confesarle mi enamoramiento. Hablarle del loco amor que sentía por ella hubiera sido un mínimo plan de ataque auténtico y sencillo. Pero me distraje al decirle cosas que provocaron mi asombro porque ignoraba cómo podían ocurrírseme. También hice el intento delicado de adherirme a ella atrayéndola pero se mostró firme sin decir palabra, y resistió con sus brazos un poco tensos para que bailáramos a una distancia desde la cual, no obstante, yo olía bien su perfume discreto y su aliento afrutado.

También escrutaba en sus mejillas las pecas disimuladas con los rosetones del maquillaje. Pero no lograba unir su cuerpo al mío, no sentía sus, estaba

segurísimo, blandas aunque firmes tetitas en mi pecho anhelante. Aguardaba a que la pieza no fuera rock o tropical. Las de Glenn Miller eran excelentes pero Manuel, Miguel y el Changüingua ponían a cualquiera menos a Miller o a Ray Coniff, y si ponían a Miller se saltaban *Adiós, Estoy enamorado, Serenata a la luz de la luna, Reunión de etiqueta o Polvo de estrellas*, para poner las movidas *Collar de perlas, San Luis blues, De buen humor, Pennsylvania 6-500, Jarrito pardo*.

Incluso si los muchachos se entusiasmaban con los giros de baile del Changüingua pedían a gritos y con aplausos la repetición de *Tutifruti, Miss Dolly, El rock de la cárcel o Hound dog*, y el Changüingua ejecutaba feliz sus pasos asombrosos con inspiración sublime. Si ponían una de Pérez Prado los hacía descoserse de risa por el modo como bailaba *La niña popof, El ruletero o Mambo a la Kenton* acentuando el meneo de sus hombros estrechos y el de su escuálido trasero abultado apenas con la piyama. Pero si era *La Bamba* entonces perturbaba hasta a Fallo que se abstraía, observándolo, sin perder un solo giro del Gene Kelly, Fred Astaire o Nureyev de la costa de la selva.

TRES

Corría a buscar mi botella a un sitio alejado de los padres de Luzana cuando aún no se habían ido y me la empinaba paladeando su amargura y sintiendo el estallido de las burbujas en mi garganta sedienta, una cerveza por cada tres piezas. Tenía media docena en la panza cuando empecé a hilvanar con celeridad frase tras frase como ametralladora, cuando experimenté ese beneficio extra que el alcohol reporta en el cerebro. Gracias a la oxigenación que el baile producía en mí aguanté sin duda las cervezas. Sin embargo permanecía atento, desesperado y casi enfermo de lujuria, a que la pieza fuera una de Miller o de Coniff o el *Ahora o nunca* de Elvis para intentar el acercamiento a Luzana. Estuve en un tris de olvidar sus tetitas porque sentí el impulso de correr en pos de mi diario para anotar cuando menos las ideas y desarrollarlas al día siguiente, pero lo juzgué inoportuno. Sólo a mí se me ocurría perder el tiempo en anotar algo que nada tenían de interesantes no digamos de geniales, pura verborrea.

Al día siguiente garrapatearé algunas líneas, diez por ciento del contenido de la catarata. Ahora no podría reproducir una sola idea de cuanto le dije a Luzana porque nada recuerdo y porque fue una de las libretas que el malvado del Changüingua incinerará en el *bóiler* cuando la Comuna esté desintegrándose. No recuerdo por cuál acción mía fue que se molestó conmigo. Creo que le gané el baño en mala onda ya que él había calentado el agua. Luzana bailó conmigo toda la noche pero en cierto momento el Gran Zoquete se le acercó y vi que cruzaban unas palabras mientras yo libaba de mi cerveza a cierta distancia. Vi que Luzana se abanicó el cuello con una de sus manos e hizo un movimiento negativo con la cabeza. Después seguimos tomados de la mano y de la cintura, bailando, en tanto que las otras muchachas permanecían sentadas, aunque contentas oyendo al Changüingua o a Fallo. Nadie de los muchachos parecía interesado en ellas porque ya las conocían o porque de pronto salían al pasillo a charlar y a fumar, o se iban al otro cuarto con Armando, el Campana II, Arturo y doña Pelos.

El baño estaba siempre ocupado y era imposible pasar por ahí hacia el otro cuarto. Gracias a Armando supe la verdad de lo que pasó hasta el día siguiente cuando bebíamos de una olla de agua de limón para sobrellevar la *cruda*. Los más afectados serían Armando y el Campana II. Éste había sacado a bailar a doña Pelos y la mareó, maestro, con ese verbo suyo de padrote arrabalero para que perpetraran algo atroz, ella había bebido mucho y no tardó en aceptar sus propuestas de meterse al baño para cometer el pecaminoso delito bíblico de la fornicación, luego la convenció de algo peor, que aceptara a los muchachos uno tras otro para perpetrar el mismo ilícito, y hubo varios reincidentes, contumaces, viejo, y el Campana II, ese bandido que veo desde aquí, cobró la entrada a cada adolescente puñetero y eso se llama en este país y en el del Changüingua, lenocinio, proxenetismo, hijez de la chingada, ¡carajo!, esa mujer podía ser nuestra abuela, y que este bandido se abstenga de una vez por todas de seguir escupiendo en el piso.

Recargado en la pared el Campana II oía abstraído en su propia resaca y a veces se llevaba las manos a la cabeza y entrecerraba los ojos, como si lo estuviera viendo ahora. Pero seguía con los escupitajos aunque esa mañana menos quizá por la *cruda*. Se mantenía callado y si era mentira aquello tampoco mostraba interés en defenderse.

Hasta el Changüingua entró a cometer su travesura —hablan los muchachos de la colonia—. Qué chistoso es ese chinito.

Los sucesos de la fiesta fueron inciertos y negados por el Changüingua ante la insistencia burlona de Armando que, molesto y moral, condenó lo acontecido con el lenguaje legaloide necesario. Dijo que el Changüingua había sido visto a través de una ranura del baño mientras forcejeaba con su *piyama* y con doña Pelos.

Íbamos a organizar otra pachanga —habla Fallo— sólo si antes pasábamos sobre su cadáver. Él se había opuesto siempre y ahí estaban las consecuencias de nuestro empecinamiento irrazonable.

El Gran Zoquete le chismorreó a Fallo lo que sucedía pero éste lo ignoró, creyendo que era un chisme, y nadie supo si Lagartucha supo de la orgía. No volvimos a ver a doña Pelos.

La señora se denunció sola —habla Armando— porque el Campana le prometió la mitad de las ganancias, y éste se negó, le dijo al Fofó.

El Campana II no cobró nada a nadie —habla él mismo— y no fue el primero en fornifollársela ni hubiera querido serlo porque él ya tuvo de todo, caballeros, incluidas algunas matronas pero no tan matusalenas como la abuela Pelochas, si ella dijo lo que dicen que dijo habló por despecho porque

fue rechazada en todos sus requerimientos, y entré con ella al baño, es cierto, pero a cuidarla, porque la abuela iba a hacer del uno y terminó echando toda la mengambrea al volver las tripas.

¿Quién podía creerle al Campana II?

Lagartucha no volvió a dirigirnos la palabra sino hasta que Fofó murió. Pero la presencia patética de doña Pelos en la fiesta operó de modo favorable en el ánimo frío de los muchachos de la colonia y se transformó en aceptación casi calurosa hacia ella y en amistad con algo de admiración hacia nosotros. Ellos eran capitalinos y actuaban como auténticos conocedores de todo, pero nosotros éramos los audaces y como prueba ahí estaba la fiesta. La otra prueba fue la contratación de doña Pelos para los chicos del barrio y por último la presencia del Conejo y del Cule, primo de Fallo, que llegarían pronto a la Comuna a sacudir sus cimientos y sus pilares de un modo telúrico.

CUATRO

Sólo la riña de Óscar con uno de la cuadra estuvo a punto de empañar esa amistad porque o se colocaban de nuestro lado o se colocaban del lado del enemigo. María Elena había cedido al fin a los requiebros de otro soconusquense, de Óscar, aunque de quien se enamoró fue del Chalivelo, que manejaba la guitarra con la destreza de un Álvaro Carrillo o de un Guty Cárdenas y que llegó a vivir a la Comuna casi al final, de tal modo que no hay testimonio de su relación con María Elena, excepto que *herméticamente* bolos el Chali, el Changüingua y yo llevamos serenata a las hermanas Martínez.

Recuerdo la imagen del Chali con su bigote bien recortado, su cabello vencido por la vaselina y sus transparentes uñas bien recortadas con las que rasgaba las cuerdas tensas de su vieja guitarra para arrancarle notas finas de boleros con ribetes de tango a la mexicana. Él cantaba, entornados los ojos, mientras las tenues fumarolas que emergían del círculo de su boca de dientes blindados con finos empastes de oro se desvanecían en el frío aire invernal. Empuñábamos el vaso de los tragos o sosteníamos las botellas de cerveza por el gollete, tambaleantes pero enamorados y somnolientos, entregados a la deliciosa faena de manifestar así el amor que sentíamos por las Martínez.

La noche de la fiesta, cuando Luzana sonrió porque le confesé cuánto me gustaba, advertí que era de aceptación. Estábamos despidiéndonos y sentí de pronto un beso suyo en la mejilla. Fue también cuando sentí por fin sus tetitas apachurrarse contra mi pecho. Ocurrió tan rápido que no pude reaccionar y quedé como ido, las quijadas colgando. Luzana me sujetó por los hombros y me plantó aquel beso en la mejilla ardiente. La primera reacción fue un vuelco en el alma porque el corazón empezó a latirme como en los grandes sustos y luego vino la parálisis total por unos segundos. Pero el beso no produjo el estado de perplejidad sino sus duras tetitas apretadas contra mi pecho retumbante. Luego entró corriendo a su vecindad. Apenas repuesto caminé hacia al apartamento y ejecuté dichoso los giros de danzón que mi adorada Luzana, la de los pechos firmes pero suaves, acababa de enseñarme.

Sin que reparara en el ridículo que hacía a los ojos de la esposa del taxista, que salió a barrer de madrugada parte de su pasillo.

CAPÍTULO III

UNO

El Changüingua fue el primero en descubrir los pies gigantescos del Cule pero nos hubiéramos enterado de todas formas porque en casa usaba huaraches de suela de llanta a modo de pantuflas. En susurros aquél nos contó su descubrimiento, salvo a Fallo. Las inscripciones en la Comuna estaban cerradas porque deseábamos vivir sin las incomodidades fastidiosas del hacinamiento, pero el Cule era primo de Fallo y con los parientes había excepciones. El Cule poseía la timidez, seriedad y diligencia del provinciano en su primera estancia en la capital, mas su seriedad, timidez y diligencia se convirtieron en relajo, pachorrez y desidia en cuanto supo del asombro y de la repugnancia que provocaba la magnitud kilométrica de sus bastos pies, los más grandes del mundo, con la bastedad que da el empedrado y el terreno fangoso, unas *quichas*, caballeros, que hubiera sido el peor castigo para mí tan delicado que soy, como ustedes saben, de esas partes.

Fallo reparó en esos comentarios burlones y quién sabe cuál de sus rollos le soltó al primo para fraguar en su espíritu la solidez imbatible de un riel porque cierta vez, al regreso de la pescadería, el Cule ya era otro, nada tímido, muy relajiento. Los primos volvían del trabajo en silencio, hambrientos y con pinta de haberse desmañado porque se levantaban de madrugada a hacer la comida para estar a las seis en el mercado de la Viga, hacia donde partían con sendos machetes envueltos en periódicos, necesarios para trozar el pescado. Esa tarde el Cule volvió riendo y vociferando como si un psiquiatra lo hubiera tratado en sesiones extraordinarias y urgentes y se le pasara la mano. Entonces fue un muchacho extrovertido y asumió entre carcajadas el orgulloso papel estelar del hombre con los pies más grandes del Cosmos.

No del mundo, del Cosmos, compañeros de la Triple P... —habla el Cule—. ¿Cómo, no sabíamos lo que era la Triple P? De la Triple P porque los demás éramos unos Pinches Paisanos Pataschicas.

El Cule volvía a casa del trabajo o de sus viajes en autobús para dominar las rutas como si estuviera preparándose a trabajar de chofer. Se desnudaba y quedaba en calzoncillos y en huaraches y extendía una colchoneta y una sábana y la colcha en el cuarto grande, entre los catres del Changüingua y de Fallo, y se echaba a suspirar o a resollar. Con las manos en la nuca, habiéndose quitado los huaraches, observaba sus pies, el talón de uno sobre los dedos del otro para crear uno solo, enorme, que ni el Yeti ni el Hombre de las Nieves ni el Eslabón Perdido hubieran soñado con poseer, por lo que a este *güey* debiéramos decirle el Patotas, no el Cule, ¡*juelachingá!*, ¿verdad, Flaco?

El Cule era de regular estatura con espaldas de ropero y la piel color sepia. Dos grandes ojos negros destacaban en su cara cuadrada. La nariz era corta pero recta y tenía un lunar como tachuela en el cachete. El bigote era una pelusilla a la Frida Kalho y al reír exhibía una dentadura de grandes piezas macizas. El Cule caminaba bamboleándose por sus piernas cazcorvas, no tanto como Fallo, igual de cazcorvo pero con una pierna más torcida que la otra. Al llegar el Conejo, éste y el Cule rompieron la rutina al suscitar situaciones conflictivas que si no provocaron la expulsión de uno o de otro fue porque caminaban con el precario equilibrio que demanda el filo de la navaja. El Changüingua estaba contento con la presencia del Cule porque el gasto se dividió entre cinco. En su turno Armando opinó que la paz prevalecería en la Comuna mientras el recién llegado durmiera en el otro cuarto, esto es en tanto no perpetrara el fétido allanamiento de morada por lo del olor a cáites, maestros, por el olor de los huaraches de este muco nauseabundo que pronto ha exhibido el bronce de su raza en extinción.

Ahí pudo haber surgido el primer conato de enfrentamiento entre Armando y el Cule porque si las diferencias de Armando con el Changüingua se zanjaban con las cuchufletas, las trompetillas y las mentadas cariñosas de madre, como se zanja entre los costños selváticos, mientras Armando se desternillaba de risa y el Changüingua simulaba sentir la cólera del apache en pie de guerra, un apache oriental, las divergencias entre Armando y el Cule se conciliarían con el expediente del homicidio, si no es porque en Armando prevaleció el espíritu de la ecuanimidad y de la templanza, y porque los amagos del Cule eran meras bravatas pues él pulsó pronto nuestro mayor o menor miedo ante sus arranques de chamaco violento y salvaje.

El Campana II se mantenía al margen del asunto porque a él ni le iba ni le venía la estancia de más peludos, caballeros, tomando en cuenta que mi caso será terrible con huéspedes nuevos o sin ellos, y aprovecho para denunciar

que Fallo se niega a venderme ni siquiera un plato de arroz, debido a que Marilú está de viaje y no he conseguido pisto, pero son fregaderas, caballeros, es una falta de apoyo que sólo desearía a mis peores enemigos, aun cuando no los tenga peores porque todos son peores en el sentido de que no hay enemigo pequeño, caballeros, como lo acaba de declarar el gran bofe *Toluco* López, sospecho que tanto Fallo como Armando están superando ya esa terrible clasificación, la de mis peores enemigos, como los únicos seres en verdad malignos que son, si salgo ileso de ésta podré ir con experiencia por la vida después de conocerlos para enfrentar a otros tipos de su calaña, ¿qué tal, caballeros?, también yo tengo mis palabritas domingueras, ¿no?

En cuanto a mí la presencia del Cule fue positiva porque consiguió distraerme al entablar competencias descabelladas. Yo andaba tirando la toalla en la escuela aunque pocos ánimos tenía de hacerlo ¡ya! Luzana actuó como siempre con respeto a mi modo de pensar y de proceder.

Tú sabrás —habla Luzana—. Más vale que rectifiques a tiempo. Sopesa los pros y los contras.

DOS

Luzana no quería comprometerse o no deseaba orillarme a tomar una resolución de la cual me arrepintiera después. Otro freno era la promesa hecha a mi madre de terminar una carrera y de llevarle el diploma. Pobrecita, el único profesional de la familia, mi tío, un médico dipsómano, había muerto de pancreatitis. También seguía impulsos naturales como los de la lectura de mis autores preferidos y la escritura de mi diario. Escribía cuanto efectuaba desde la mañana hasta la noche con sueños y pesadillas, es decir escribía una suerte de crónica diaria de mis acciones en la casa, en la calle y en la escuela y de mis encuentros con Luzana sin llegar a la profundidad de cuanto pensaba respecto a *todo* y tampoco sin llegar a la conclusión del debate fundamental en mi fuero interno: la escuela o la vida, esto es, la escuela o la literatura. Quizá estaba cocinando puras nimiedades en la cabeza, sospecho, y lo peor era que no comprendía a Luzana. No llegaba a conocerla en su justa dimensión porque cometí el error de engolosinarme forjando una imagen suya idealizada, a partir de su físico de chica preparatoriana con dos poderosos argumentos al frente de su fresca y tierna humanidad. También a partir de su trato sencillo, abierto y encantador.

Luzana era ideal para mí porque le había atribuido las cualidades que hubiera deseado que poseyera, las poseyera o no. Por ejemplo que aceptara la invitación de irnos a la sierra de Chiapas a seguir los pasos de Fidel Castro y del Che Guevara en cuanto a Sierra Maestra. Claro, soñaba despierto con ella y no con mi primera novela, o soñaba con mis lecturas o con mi diario y no con las tareas escolares. Pero consideré importante soñar con Luzana porque lo juzgaba mi amor definitivo o por dizque maduro. La verdad es que si algunas mujeres estaban maduras para el amor (maduras en lo mental), eran Ivonne y Sabrina, no Luzana ni Clararrosa. Aunque para Ivonne yo vivía lejos de su pensamiento y Sabrina esperó demasiado de su incipiente gigoló estudiantil. Vislumbraba turbio el panorama. Todo era demasiado próximo. Mi encuentro con Ivonne y el sueño cenando espaguetis. La decepción con Clararrosa en mis escauceos amorosos unilaterales. El recuerdo sicalíptico de

Sabrina haciendo el amor conmigo en su cuarto de otates y piso de arena y la imagen idealizada de Luzana queriendo creer, a como diera lugar, que reunía en su agraciada persona el alma y el cuerpo ejemplares, y predisposición para comerme a besos.

Con la escuela perdía el sueño por las tareas o las clases, o debido a que calculaba si a tal profesor debía entrarle por aquí y al otro por allá para evitar los sobresaltos del fin de curso. Sólo trataba de salir del paso aun cuando en época de exámenes le macheteara lo indispensable para pasar al año siguiente en espera del momento adecuado para huir hacia la libertad. Con lo que sí perdía el sueño era con los nervios que me provocaba el hambre y que sometía echándome un dulce barato a la panza cada tarde. Tenía que esperar el regreso a casa para repetir las dos sopas, o una de ellas, la de arroz con un huevo montado, o la otra, la de pasta, con un huevo duro que disolvía en el caldo y que no sólo le agregaba sabor sino también proteínas, aunque llegara a casa ya sin hambre. Ahí me encontraba con el nuevo huésped, con el Cule, que se cansó de matar las tardes libres en los camiones y de volver a Torquemada a contarnos una o dos horas después, paso a paso, la ruta del vehículo. Se le adormecían las asentaderas pero no la memoria.

El Cule mencionaba las calles que había ido pasando una tras otra y hacía gala de su nemotecnia prodigiosa si mencionaba el tendajón fulano en tal esquina o la taquería equis en un cruce de calles. El fastidio real empezó cuando le dio por memorizar el número de las placas. Lo decía con la dicha de quien ha realizado algo grandioso, el carro de tal color y de modelo equis usaba placas número tanto.

Qué desperdicio de vigor mental y de memoria —hablo yo—, debía gastarlo en otra clase de actividades. Pero ¿en qué?

Fallo reparó en las virtudes del primo aunque igual en su desperdicio y le sugirió que las usara en la lectura. Después que se las contara a quien deseara oírlo sin enfadarlo, como se enfadaban al oír la tediosa lista interminable de números de placas. El Cule empezó a hojear nuestros libros con el ímpetu del mostrenco en absoluta libertad. Pero terminó tildándolos de áridos y de aburridos porque él deseaba leer historias y no libros de economía o de derecho.

Para leer a los autores importantes debía empezar por lo peorcito —habla Fallo—. Si no iba a terminar detestando la literatura como muchos otros, que arrojaban los libros a la basura guiados por maestros balines. Sería bueno que leyera media docena de novelas de detectives y de vaqueros y de espías y de contraespías para subir luego un escalón.

La media docena de novelitas que iba a leer se transformó en media docena de centenares.

A ver quién se sopla más libritos y en cuánto tiempo —habla el Cule—. ¿Sale?

Las apuestas estaban de moda en la Comuna. Eran acicates a esa edad en que uno responde a retos y competencias. Armando ya había perdido la apuesta de que Fallo no iba a dominar el tema del beisbol en tres meses. Fallo aprendió basquet al jugarlo y el fut no le interesaba pero sí el beisbol, que jamás hubiera practicado ni habría visto un partido si no es porque los demás éramos aficionados. Con la lectura de libros, revistas y diarios, y escuchando partidos noche a noche en el radio, Fallo sabrá de beisbol más que nadie. Respecto a las novelitas el monto de la apuesta era comprar otra media docena. El Changüingua y Armando no aceptaron, tampoco el Campana II, pero Fallo y yo sí.

TRES

Fallo se retiró porque las historias, maestros de maestros —habla él—, eran las mismas sólo que medio revolcadas. Mortimer Cody y Marcial Lafuente Estefanía lo tenían hasta los meros coyoles, como hubiera dicho el Campana.

Ya habíamos devorado como trescientas pequeñas historietas deleznales cuando Fallo dijo que iba a seguir en la justa si pasábamos por alto a Agatha Christie o a Earle Stanley Gardner, para llegar pronto a Dashiell Hammett y a sir Arthur Conan Doyle o a Raymond Chandler y a Georges Simenon. No estaba dispuesto a perder tiempo con las novelitas de a uno cincuenta, la mitad de la entrada al cine. El caso es que nos costó mucho retirarnos del vicio. Cuando menos a mí, y no recuerdo si el Cule dejó de leer esas basuritas. Me torturaba el estancamiento en la lectura de los Nobel, tres en cada tomo, que compraba en una librería de la calle de Bucareli en cuanto papá enviaba los quinientos pesotes. Fui acumulando los volúmenes en un librero que hicimos con unos tablones y que clavamos en las paredes ¡de la cocina! porque no disponíamos de espacio. Me atormentaba el rezago y posponer la relectura de *El Quijote* y de Hemingway, de Faulkner y de Dostoiewski.

Pero la pugna fue excitante mientras duró y debí de haber adquirido cierta rapidez al leerlas para escribir textos de mucha acción sin reflexiones. En las historias que leía, los buenos y el bien triunfaban sobre los malos y el mal, con la investigación y la persecución, con trompadas o disparos y defendiéndose como podían. Pero los buenos y los malos estaban desprovistos de pensamientos o de reflexiones sobre sus respectivos actos. Intercalar en mis escritos una reflexión después de dos o tres acciones, o de una descripción, será un paso que costará que yo dé a pesar de ser consciente de su importancia, no porque fuera incapaz sino por una autocrítica exacerbada. Nos hicimos buenos amigos el Cule y yo a partir de que compartimos el gusto infame por la lectura chatarra y las canciones melcocha de Paul Anka. En ese aspecto el Cule ignoraba al primo Fallo que tenía al canadiense como a un compositor y cantante empalagoso, como un romántico trasnochado.

Yo disfrutaba de los recuerdos de *Chico solitario*, *Ella es una dama* y *Diana*, porque las había oído en los bailes de la prepa al imaginar que bailaba con mi novia, la chica más linda del salón. Pero ellas nunca se fijaron en mí o no supe cómo exponerles mi interés amoroso. Sin tirarme al piso porque fue una realidad y punto, digo ahora. Paul Anka berreaba y yo corría en busca de un refugio cálido y amoroso en los brazos de Clararrosa, a quien sentía pegada a mi cuerpo y a quien veía como si fuera la reina de la escuela y no estudiante de secretaria ejecutiva. A la reina de la escuela o del salón la trataba por motivos escolares y no porque bailáramos porque cuando iba a esos bailes charlaba y fumaba cigarrillos y bebía refrescos o sólo veía y escuchaba y bebía y fumaba. Fumaba cigarrillos sin disfrutarlos para estar a la altura de los demás. Cierta vez bailaba con Mariquita, de quien me había enamorado como de Clararrosa y de Teresa y de Aída. Ella se llevó mi mano a su naricita recta y delicada, recuerdo bien, y preguntó de cuáles cigarrillos fumaba yo. Pensé qué preguntas se le ocurren a esta niña guapa e inteligente (daba muestras de ello en la escuela), porque yo sabía que ella estaba al margen de todo vicio mayor o menor.

En cuanto respondí que Raleigh, Mariquita confesó, entornando sus enormes ojos, que ese olor la enloquecía porque era el aroma permanente en las manos de su novio. ¡Coño!, ¡joder!, ¡macho!, hubiera expresado Moncho. Si el Cule y yo estábamos leyendo poníamos un disco de Paul Anka, con el apoyo del Changüingua, y agregábamos las cervezas la noche del viernes o del sábado. Sin televisor en casa era muy caro ver las peleas en la cantina El Progreso. Lo que nos unía al Cule (cervezas y Paul Anka) lo separaba de su primo. Leíamos, oíamos a Paul Anka y tomábamos cerveza hasta quedarnos dormidos. Cuando le platicaba de las apuestas sobre las novelitas Luzana sonreía, viéndome de lado porque esos libros le eran indiferentes.

Quizá más adelante —habla Luzana—. Cuando terminara el año o estuviera de vacaciones porque le llevaba mucho tiempo el quehacer de su casa y el estudio de sus clases de la prepa. Pero que siguiera en la apuesta y continuara narrándole, sintetizadas, esas historias.

El Cule se las platicaba a Fallo y yo a Luzana. *Diana* de Paul Anka le gustaba mucho a ella, pero no dejaba de incomodarse por no entender la letra. Prefería las tropicales y callaba si yo le insistía en que era suficiente con *sentirlas* aunque no las entendiéramos. De haber opinado Luzana en favor o en contra de los temas musicales, como no se quedaría callada con otros, hubiéramos tenido nuestras primeras discusiones, y yo me habría preparado para el debate de los temas importantes. A pesar de todo yo aguardaba alerta a

que Luzana se asomara de noche a la entrada del pasillo del vecindario e iba a su encuentro. A veces veía entrar al Gran Zoquete y salir enseguida a Luzana. Cuando Luzana entraba el otro salía sin dirigirme la palabra.

Era insoportable —habla ella—. Por sangrón y metiche. Llegaba a casa porque era amigo desde niño de Manuel y de Miguel.

Luzana se abstenía de entrar en detalles y yo tampoco se los preguntaba. No quería pelearme con ella por culpa de él. El tipo era un vómito contenido para la colonia, sentía yo. Excepto para los hermanos de Luzana y sobre todo para Manuel. Vestido de traje y de corbata el Gran Zoquete simulaba no verme cuando se perdía en el interior del vecindario. Ella y yo platicábamos y sólo al despedirnos permitía que le diera un beso y sintiera el roce de sus tetitas maravillosas, si no estaban por ahí el Changüingua y Guadalupe. Si estaban, naranjas.

Más adelante —habla de nuevo ella—. Todo a su debido tiempo.

¿Dónde había escuchado antes eso?

CUATRO

No avanzaba en mi plan de conquista y eso hacía sentirme frustrado. Creí que iba a ser un triunfo grandioso si lograba acentuar su lujuria para que ella misma pidiera que la llevara a un lugar íntimo. Pero no sólo no lograba despertarle la lujuria adormecida sino que, tenía la impresión, Luzana era más helada que Clararrosa, más cerebral. Nuestros besos eran golosos, anotaba en mi diario, y había conseguido acariciarle sus pechos y pronto estaría besándoselos y, al peor estilo del Campana II, metiéndole las manos en sus cálidas partes. Sería pronto porque la escuchaba jadear en los besos y sentía su abultado pubis frotándose contra mi cuerpo tenso pero receptivo. Escribía esas mentiras como ejercicios porque temía que mis amigos asomaran la nariz en mis escritos y se enteraran de que era un completo fracaso con Luzana.

El Cule actuaba ya muy desinhibido y también como el Changüingua llevaba ya con Armando una relación a base de albures y de trenzarse en debates sobre temas como los del fut y los de la filosofía, la música popular y la sexualidad. Armando halló la manera de desquiciarlo diciéndole que era un chivo en cristalería o también el clásico ejemplo del habitante de las calles polvorientas de Barrio Nuevo, pavoneándose por el asfalto del D. F., sin haber pasado por el empedrado de Tapachula. Pero al Cule le molestó en verdad que Armando le espetara, en ausencia de Fallo, recurriendo a su experiencia, cultura e información, que ufanarse de cuántas placas de coche había memorizado en una tarde *güevona* era tanto como presumir la inteligencia de los pendejos, la memoria, pero, aguas, porque nada hay peor en la vida que un rencoroso con buena memoria. Todos ahí guardamos silencio esperando la respuesta violenta del Cule y sucedió. Pero su peor respuesta no fue esa tarde cuando le definieron la inteligencia del subnormal y corrió a su cuarto, hecho un soconusquense furioso, y volvió blandiendo su machete cortapescados para lanzarle de tajos a Armando, que apenas tuvo tiempo de treparse a su cama, espantado, y de replegarse contra la pared mientras tejía una tartamudeante defensa personal y exhortaba al Cule a la

cordura y a no malograr su existencia, porque tuviera que pasar el resto de su vida en una mazmorra de Lecumberri.

Nosotros permanecemos atentos y colocamos los riesgos en caso de que fuera necesario intervenir para frustrar el ataque a machetazos, una muerte común en la costa de la selva. Fue innecesario porque el Cule admitió que no quería dar con sus huesos en la cárcel, pinche Armando, cometiendo comadrejicidio porque no va a ser así, no vales verga, y te lo advierto, no vuelvas a hablar de mi memoria ni de mi inteligencia y mucho menos del olor de mis grandes y estatuarios pies, pinche Comadreja mentiroso porque, primero Dios, te fileteo esa panza de cervecero que tienes, chingo a mi madre si no lo cumplo, ¿estamos?

No, la peor respuesta del Cule fue la noche que Armando y yo leíamos y el Cule apareció a la puerta de nuestro cuarto y sonriente, zalamero, como pecesuelo en las aguas procelosas de la gran capital nos saludó con un *Hola, muchachones, qué jáis de nuevo, mis valedores*, y agregando *Mira Comadrejita, te voy a enseñar el semáforo en rojo* y se bajó el calzoncillo, giró sobre sus talones de ejidatario, se agachó y al ver la cara azorada de Armando por entre sus propias piernas le mostró el trasero, dos fornidas masas de carne color sepia. En la faz perpleja de Armando, caída la quijada, advertí que lo mismo le podía sobrevenir un ataque de apoplejía que otro de vómito.

CAPÍTULO IV

UNO

Cierta noche que volvía de la escuela encontré a tres mujeres relajientas en el apartamento. Pensé que las visitas eran inoportunas porque estaba cansado y hambriento, y harto de cenar sopa de pasta o de arroz con frijoles, si no tenía dinero para las quesadillas o los huesos de cerdo con jirones de carne, como esa vez que sólo pude pagar el autobús de Ciudad Universitaria a Torquemada. Pero también recibí el ramalazo de la intuición porque las cosas estaban poniéndose bien, supuse. Íbamos a gozarla como nunca. Sólo había que establecer quién pasaría la noche con quién y sin sopas de pasta o de moros y cristianos sino un banquetazo. Aunque tres mujeres con seis hombres a quienes no se les conocía amante podían ser motivo de crisis, temí. Pero si uno prevé desgracias, echa a andar el dispositivo que bloquea cualquier negro pensamiento porque a esa edad se busca la aventura a como dé lugar.

Hay que descubrir el mundo verdadero y jugársela con los ojos cerrados, caballero, *brother*, viejo, si la andanza es con mujeres, pensaba entonces. Fallo vacacionaba en Tapachula y el Campana II vivía ya con Marilú. Estábamos Armando, el Changüingua, el Cule y yo. Ninguno de nosotros había tenido una mujer en sus brazos para besarla y desnudarla y acariciarla y lo demás. Era posible que Armando sí. Tan lo era que una de las visitantes salía con él. Me enteraré esa noche. Por añadidura mis relaciones con Luzana eran tirantes, ni ella cedía en su posición de resistencia ni yo en la del asedio. Las visitas trabajaban en un restaurante, lo que significa, mi buen, que nos han traído de papear, ándale, éntrale, esas cosas son mixiotes y quedan sólo de carnero, el Cule se acabó los de pollo pero todo está de *peluche*, lo cual significa, Flaco, si no la has pescado todavía, que nutren mucho mejor que cualquier quesadilla de huitlacoche o de flor de calabaza, es carne, mi buen, no huesos de chamorro de a tres por cincuenta sino carne de ésta, de carnero, y de aquella, la del otro lado, a los que vamos a entrarle antes de que se

embolen, o aunque se embolen qué joder mi *brother*, es posible que sepan mejor curtidas en alcohol igual que el nanche o el jobo.

Tuve ganas de arrojarme sobre los mixiotes para aplacar los nervios del hambre pero nunca los había probado. Permanecí viendo el cúmulo de pequeñas bolsas rojizas de hojas de maguey sobre la mesa hecha con tablas apolilladas que Armando consiguió en su trabajo y que pintamos de verde. Hoy no teníamos para comer y mañana nos llenábamos de manjares si es que el mixiote lo fuera, pensé. También que tuve a Sabrina hasta el hartazgo durante meses y los siguientes sólo a Luzana, si es que eso fuera amar. Amar de un modo incompleto, insatisfactorio y frustrante. Pero ahora ni estaba la estricta de la tía Nena ni Fallo el inflexible, los cancerberos, para impedir la entrada de las pelonas. Tampoco estaba el Campana II, difícil adversario en esta clase de lidia, pero no lo pienses mucho, mi buen, si el Cule vuelve por aquí arrasa con todo y te deja sin cena, cabrón.

Armando, el Cule y las mujeres estaban en el cuarto grande charlando del Soconusco. Una se parecía a doña Pelos por tanto crepé y por como se peinaba parecía sostener una gigantesca cebolla de cambray en la cabeza. Gordas con piernas como de carrizo, llevaba una máscara de crema blanca en la faz prieta. Las otras eran veinteañeras, una, la de Armando, delgada pero no tanto como Marilú y de cabello corto. La tercera, rolliza y prieta, con los cabellos lacios y negros y los labios carnosos pintados de rojo carmesí. Bebían cubas de brandy barato, supuse. El Cule apretaba entre las piernas una caguama de cerveza tumbado en su tendal a ras de piso. Doña Crepé y la Prieta se sentaron en el catre del Changüingua y Armando estaba en el de Fallo abrazado a la más delgada pero cachondona, ¿verdad, Flaco?, mira te presento a la Flaca, es mi novia, jeje.

La Flaca trató de sonreír pero se reprimió y cuando le di la mano vi que tenía húmedo el pelo negro como Armando. Saludé a doña Crepé y a la Prieta, distraída, que se escrutaba las manos, se arrancaba los padrastrós y se mordía las uñas. Levantó la vista para decirme *Hola, paisano*, y volvió a sus dedos con uñas pintadas también de rojo pero roídas. Armando me sugirió que cenara y volviera para acompañarlos y mostró una botella que no había visto debido a la disposición de la cama. Era una de Mogavi. El Cule escuchaba de perfil y recargado en un brazo. Veía a doña Crepé y a la Prieta y meneaba la cabeza con violencia hacia atrás como si perdiera el equilibrio de la testa. Calculé que se había zumbado una caguama completa. Tenía cerca una escoba para canjearla por cualesquiera de nuestras parejas pero no lo hizo como si diera a entender que ninguna lo hacía vibrar. El Cule estaba a cargo

del cambio de discos y oían a Daniel Santos, a Benny Moré y a Álvaro Carrillo. Dije con permiso y pasé al otro cuarto donde el Changüingua comía abstraído los mixiotes. En su mirada de rendija advertí que había empinado el codo y que comía con esa fruición de quien ha bebido lo suficiente como para comer con apetito, pero no demasiado como para zamparse cualquier cosa y cualquier ración sin paladearla. Nunca había visto yo tantos mixiotes y tamales y tortas, muchas tortas.

El Cule se había comido quién sabe cuántas piezas —habla el Changüingua—. Armando dijo que le dejaran algo al Flaco y para el almuerzo del día siguiente. La cantidad era como para un batallón.

Trabajaban en un restaurante. Hubieras visto a Armando, mi buen, traía una de arrancazacate, ya se bañaron él y la Flaca, yo me puse a platicar con la Prieta y con doña Crepé, la Prieta no está mal, ¿verdad?, mientras no abra la boca porque si la abre haz de cuenta, *brother*, que estás con una retrasada mental y aunque no la abra ¡juelachingá!

DOS

Intenté desatar un mixiote. Las hojas de maguey estaban amarradas por los extremos. El Changüingua dijo algo así como *No seas Bartolo, el mixiote es como un tamal, debe recalentarse por grasoso, te va a saber a manteca*. Aun cuando no esperé a que se calentara bien me supo exquisito porque, como no tenía dinero, no comería ni arroz con frijoles ni sopa recalentada ni las quesadillas empapadas en aceite que comprábamos a la entrada del vecindario de Luzana, o los tres huesos de Los Kuinitos, cual perrunos estudiantes del tercer mundo. Antes de regresar al cuarto grande me cepillé los dientes y hasta medio me peiné. Quería estar flamante. El Cule platicaba con doña Crepé y Armando y la Flaca oían la música mientras la Prieta se escrutaba las manos, crenchas negras en la cara y rodillas soldadas. Charlaban a gusto pero la Prieta le ponía un toque de tedio a la noche con su ensimismamiento.

El Changüingua sugirió los danzones y animó aquello con su habilidad. Doña Crepé se dejaba llevar asombrada y le decía al Changüingua que él hubiera sido una maravilla en Broadway o en el cine hollywoodense de haber nacido no en Barrio Nuevo de Tapachula sino en el Barrio Chino de Nueva York, que ella había conocido en una película lindísima. El Changüingua se dejaba querer, la vista en el techo y aquel gesto peculiar en el rostro debido al infeliz *aire* que le enchuecó la sonrisa para siempre. Yo ignoraba hacia dónde dirigir la acción. Quería abandonarme al azar de las circunstancias pero igual insistirle a Luzana que sólo con ella estaba dispuesto a hacer el amor. Lo juraría sin entrar en detalles. Sin decirle que estaba dispuesto a guardarle fidelidad si al regreso de la escuela encontraba a tres mujeres en casa o si visitaba El Tequila, orillado por Moncho pero también por las cervezas, y ahí, frente a las copas del desempance, Sabrina prometiera que yo iba a tener la mejor noche de mi vida pero con el desafío de que inventáramos juntos la perfecta rutina del amor nunca antes imaginada por nadie, aparte de las sesenta y seis posiciones conocidas.

Tenía varios días sin ver a Luzana debido a que discutimos cosas absurdas como si debíamos casarnos sólo por la ley civil o también por la iglesia, lo

que ella deseaba. Dejé de verla un tiempo. Ya nos besábamos y yo le acariciaba sus dulces y turgentes tetitas que me ofrecía, desabotonándose la blusa. Ella experimentaba orgasmos. Lo juro. Sólo con besarnos, sólo con palparle sus pechos succulentos y fundirnos en abrazos muy estrechos, mientras le decía *Oh, hermosa Luzana, así me gustaría morir o así quiero morir hoy*. Ella tenía orgasmos con mis abrazos y caricias, con nuestros besos y nuestras palabras incompletas entre suspiros y jadeos, acaso sintiendo mis erecciones pese al traje de baño bajo la pijama y el pantalón. No hubiera sabido identificar los orgasmos en esa época y ahora sí, siempre y cuando ella careciera de la capacidad para simularlos. Con Luzana eran juramentos, promesas que los duros hubieran calificado de cursis fuera de nuestro círculo de dos, el de ella y el mío. Luzana seguía diciéndome que después, que no deseperara, que todo sucedería en su momento. Mi situación hacía crisis en la escuela y buscaba tener libre la noche para pensar en cómo decirle a mis padres de mi renuncia al estudio. Pero esa noche lo inteligente era aprovechar la presencia de las tres mujeres, así que me serví una cuba de brandy. El Cule seguía bebiendo cerveza de su botellón de casi un litro y ya le había ofrecido a las damas.

Preferían la cerveza aunque les provocara muchos desajustes —habla doña Crepé—. Pero esa noche le entrarían al brandy fuerte porque habían tomado cerveza durante la comida.

El Changüingua la rechazó también porque no iba a beber de la caguama babeada por el Cule y a pescar, señoras y señores, una mazamorra. Las mujeres rieron ante la ocurrencia del paisano. Incluso la Prieta se carcajeó y dejó de lado el pellizqueo de sus manos porque vaya barbaridades las del Changüingua, mira que pensar que una enfermedad de las *quichas* pueda pegarse porque alguien beba a pico de botella, ni que hubiera mazamorra de trompa.

Armando aprovechó el jolgorio para izar su vaso y decir salud y para impulsarnos a decir salud y a entrechocar los vasos. Nos hizo repetir a todos salud, salud, salud. Cuando saqué a bailar a la Prieta vi que nada tenía de subnormal. Sólo era una chirijita bajada del Tacaná a tamborazos, que hablaba desinhibida y con un sentido del humor rudimentario. Las cosas se definían muy bien para mí, supuse al calor de los chilacatazos de brandy químico. El Changüingua parecía interesado en doña Crepé quién sabe por qué razones, quizá para echar relajo, mi buen, porque aun cuando se arregla como cualquier señora podría haber sido la abuela del Cule o del Foyo, jijí.

Bailaban despegados y con tales desplazamientos que parecían ejecutar suertes charras. Armando y la Flaca se balanceaban en un mismo sitio, en el perímetro de dos mosaicos alguna vez de color amarillo, las manos a la altura de las mejillas en un entrelazamiento tan íntimo y concentrado que ni un terremoto los hubiera interrumpido.

El Cule permanecía en actitud pensativa con su cabeza ingobernable en una de sus manazas, grandes como sus pies, cuando no le daba vuelta a los discos o exclamaba *¡Salpícala de entusiasmo!* si Armando o el Changüingua hacían algún quiebre de salón de baile. La Prieta accedió a darme la pieza y sentí su cuerpo macizo untado al mío. Yo no tenía puesto ni el traje de baño ni la piyama (lo que hubiera disimulado mi escandalosa erección) porque no solía ir a la escuela con traje de baño. Sin embargo la Prieta se me pegó tanto cuando sintió *aquello* que lo mejor fue abandonarme a las circunstancias. ¿Qué otra cosa procedía?

TRES

En cierto momento apagué la luz para bailar con la claridad que se filtraba por los vidrios de la puerta de hierro. En esas estábamos cuando llegó Fofó, que había oído el relajo y logró escabullirse de casa donde su vieja veía una película. Se presentaba para lo que pudiera ofrecerse o para cualquier desaire, paisanitos, y les aviso que viajaré al pueblo por si algo ordenan y mandan..., oh buenas noches, señoritas, vine porque oí al maestro Les Elgart, ¿podrían ponerlo de nuevo?

Luego de presentar a Fofó, Armando le dijo que se sirviera una cuba, la de la confraternidad, paisano y amigo don Fofó y de mi parte, en su viaje, se me ofrecen saludos a la plebe y desde luego a la familia, y échese usted, maestro, a mi salud, si es posible, una espumosa en La Mesa Redonda y si ve al Fallo dígame que todo está bajo control, pero de esto nada, viejo, ya sabe usted cómo es aquél de mula.

La Prieta había extendido su mano regordeta a Fofó diciéndole *Hola, paisano* como se presentaba con todos porque así se presentó conmigo. Suspendimos el baile pero ella se mantuvo unida a mi cuerpo y así fue entre cambio o vuelta de disco o entre buche y buche de alcohol. Despegaba su mejilla húmeda de mi mejilla ardiente y despegaba sus pechos grandes y duros de mi pecho, pero no el pubis. Su pubis lo traía como conectado al cuerpo cual tarántula arrancándome la vida. Temí una emisión salvaje en caso de que se prolongaran los preámbulos. También creí sin duda que la revolución iba a hacerme justicia cuando menos una semana, sin sospechar que la Prieta sería mi amante unas horas, pero qué horas. Pensaba en la justiciera revolución pero no en mis novias, en la del D. F. y en la de mi pueblo, aunque aparté pronto a Luzana de mi mente, si es que pensé tres segundos en ella esa noche.

Era inoportuno dedicarle mis pensamientos porque de haberlo hecho hubiera terminado por abandonar a la Prieta en brazos de Fofó o de cualquier otro, y el arrepentimiento quizá me habría durado la vida entera. Con Clararrosa creí haber concluido nuestro compromiso. Faltaba decírselo. Le

había escrito muchas cartas sin enviárselas porque eran melodramáticas y porque siempre creí que era ella quien debía mandarme a paseo. Doña Crepé, los ojos entornados, la cara brillante por su crema Ponds derretida, palpándose el pequeño desorden de su pelambreira a la cebolla de cambray, decretó suspender la fiesta en la madrugada y que la Flaca y la Prieta se desvelaran si así lo querían porque entraban a la una de la tarde pero ella debía llegar temprano porque estaba a cargo de la cocina. La Flaca, muy bola, había empezado a moquear, y eso a doña Crepé le repateaba el alma y blablablá. Dos caguamas habían noqueado al Cule que roncaba en su tendal. Armando y la Flaca se dirigieron sigilosos al cuarto pequeño, y vi que ella se sonaba la nariz mientras Armando la abrazaba, y le decía cosas al oído.

Me replegué pues no supuse cómo llevar a la Prieta a la camita. Presentí que nada iba a ocurrírseme porque tenía la mente en blanco. Fue ella quien preguntó por fin dónde dormía yo y al responderle que en el otro cuarto volvió a preguntarme si esperaba algo. ¿Cuál retrasada mental?, me dije. Dejamos a doña Crepé que se despedía de Fofó y daba las buenas noches al Changüingua. No imaginábamos la magnitud de los disturbios que había causado en el corazón de nuestros amigos. Al rato, la casa a oscuras y en completo silencio, oímos desde nuestro cuarto voces acalladas en el baño y un forcejeo salpicado de quejas remolonas, angustiosas cada vez más.

Señora mía —¿quién hablará?—, la adiviné antes de conocerla.

¡Era Fofó! Ignoro cómo había logrado meter al baño a doña Crepé, o no tuvo alternativa.

El Changüingua y el Cule dormían en el cuarto grande y para Fofó salir al pasillo y musitar *Señora mía, antes de conocerla la adiviné, créamelo, por favorcito* hubiera sido un riesgo innecesario. Armando y yo nos reíamos, cada uno con su amante. Doña Crepé terminó por rechazar a Fofó al decirle que estaba lurias, que esa frase era una canción y no iba a creerle su repentino amor por ella si nunca se habían visto. Fofó insistió en el estribillo de *Antes de conocerla la adiviné*, mientras ella trataba de callarlo porque, paisano, ahí están sus amigos y mi sobrina y la Prieta, nos van a oír, igualmente su esposa, que vive aquí, ya me di cuenta porque hablaron de ella y sé que viajarán a Tapachula a la boda de no sé quién, si tonta no soy, paisano, soy bola y argüendera y fiestera y *pateperro* pero tonta no.

Luego de la retirada de Fofó, quizá entristecido, el fragor de un tumulto con gritos y porrazos rompió el silencio. Armando y yo atravesamos el baño abriendo con celeridad las puertas. Fue una especie de campana salvadora para mí porque recién había iniciado la tercera embestida contra aquel cuerpo

prieto, duro y en ebullición, que estaba dándome ya mala espina. Oí el escándalo y supuse que Lagartucha pretendía lavar con sangre su honor mancillado y que seguro doña Crepé estaba tratando de poner en claro sus pensamientos para repeler el ataque, aunque debido a la magnitud del alboroto quizá la batalla estaba ya en su pleno apogeo. Pensé en la cabellera a la cebolla de cambray de doña Crepé y temí encontrarla en ruinas. Pero doña Crepé estaba descalza y en camisón. Blandía una escoba contra el Changüingua, que se trepó en la cama de Fallo, destinada a la señora esa noche, manos a la altura de la cara, protegiéndose del polvo de la escoba y no de los golpes, diría pasada la tormenta. Él estaba en trusa y reía pero con la risa nerviosa del sorprendido en falta.

CUATRO

Nos había visto de reojo pero esquivaba atento los escobazos y negaba que hubiera tratado de violarla en cuanto él mismo apagó la luz, según decía ella, porque ni se esperó a que me durmiera, Mandito, sentí unas manos calientes entre las piernas y a alguien que respiraba como bestia, buscándome la cara, primero me asusté, Mandito, al imaginar a un animal del Diablo, pero después creí que el tal Fofó me había hecho creer que se había ido, pero fuera quien fuera el abusivo talporcual lo agarré de los pelos y encendí la luz, y era este chale depravado que pudo haber sido mi hijo, porque estuve a punto de casarme con uno de éstos, tú, allá en Suchiate, hará como veinte años, si no es porque mi familia le tiene tirria a los chinos cochinos, por eso no me extrañó nada que este chamaco manuelero hubiera estado haciendo bromas con la mazamorra bucal, qué asco, si te digo, Mando, qué asqueroso Changüingua, aunque me cae bien, baila bonito, lo dije y lo sostengo y todo es posible por las buenas, no importa si son chinos, Mando, te lo vuelvo a repetir, yo anduve con uno de ellos pero éste es un abusivo de lo peor, dónde vine a caer, Dios mío, si podría ser mi nieto.

CAPÍTULO V

UNO

En calma, con la promesa del Changüingua de no volver a molestar a doña Crepé, o ella le arrancaba a tirones el cuero cabelludo, Armando y yo volvíamos riendo a nuestra alcoba nupcial dúplex cuando sorprendimos a la Prieta y a la Flaca que escuchaban, desnudas, detrás de la puerta. Pero como el borlote había cesado corrieron hacia el cuarto pequeño con grititos y risitas. La Flaca, sobria y alegre, se metió en la cama, mientras la Prieta acomodaba con prisas las sábanas del catre desfajado en el combate amoroso que librábamos. Encorvada, buscando la punta de los lienzos, la abracé por detrás y ella giró, pegó un respingo, se estremeció y reprimió un gemido. Su cuerpo era de cintura angosta y de caderas que se abrían en dos curvas que delineaban unas piernas esbeltas y largas. Palpé unos suaves músculos abdominales en el vientre plano y terso. Nos abrazamos y sentí cálido su cuerpo.

Luego caímos en el catre. Ella reía y me invitaba a que retomáramos la batalla suspendida. Debí sentirme feliz pero no fue así porque experimentaba un agobio creciente, y me sentía deprimido si pensaba en Luzana. Yo quería besarla a ella, mimarla y hacerle el amor y no a la desconocida de cascos ligeros. Los ánimos que recibí de la Prieta y que aprecié, agradecido, fue cuando aceptó sin condiciones que hiciéramos el amor una y otra vez, con tal voracidad que llegó a inhibirme. ¿Quién era esa mujer que aceptaba de buenas a primeras hacer el amor conmigo, sin preámbulos y sin decirme *Todo a su debido tiempo* o *Debemos conocernos primero?*, o bien *¿No te amarraron las manos de chiquito?* ¿Quién era ella? Una ninfómana, pienso ahora. Si vive debe ser una cincuentona. Esa noche estuve esperando el amanecer para levantarme y bañarme, para brincar del camastro enseñoreado por el demonio o la demonia. Pero la Prieta, insomne de noche, era una dormilona de día aunque buscaba más bien *estar* todo el tiempo en la cama. Armando y la

Flaca ya se habían bañado y, mientras él fumaba un cigarrillo y se preparaba un café para irse al trabajo, preguntó sobre el origen del ruido *toda la noche* de unos arañazos en la pared.

La Flaca estaba sentada en la cama, recuerdo bien y se peinaba con delectación. Era chata, de labios gruesos y de rodillas huesudas y, cuando levantó la cara, le vi enrojecidos los ojos claros. Salí del baño y la Prieta seguía dormitando y sin bañarse pero repuesto el rojo de los labios. Casi todos nos desayunamos excepto doña Crepé, que se había ido temprano, y el Changüingua, que rechazó comer los mixiotes o los tamales porque él no iba a aceptar nada de esa doña Crepé que lo había acusado sin pruebas ni testigos del supuesto intento de violación, esperaría a la Flaca para ir juntos al mercado a zamparse un jugo de naranja con dos yemas, mi buen, que a ti te caería bien, ¿o no?

El Cule escuchaba en silencio despachando tamal tras tamal y mixiote tras mixiote sin darle importancia al tumulto propiciado por doña Crepé porque él durmió a pierna suelta, muchachones, gracias a Dios, tras empinarme dos ricas caguamas y sin llegar a la situación límite del vómito, como hubiera pasado si le entro al brandy. Cuando sucedió el relajo yo estaba en el segundo o tercer sueño pero nada me despertó gracias a Dios. La Flaca y el Changüingua se fueron al mercado y el Cule al centro a comprar novelitas.

La Prieta entró hasta entonces al baño. Se estiraba y bostezaba y capturaba mi atención porque se había puesto una de mis camisas. Al extender los brazos vibró su trasero firme y libre de estrías o de celulitis apenas cubierto por un calzoncito blanco. Le di una rápida leída a mis tareas de la escuela porque sentí de pronto el deber de terminar *bien* mi paso por Economía. Me importaba un comino la mancha negra de cualquier calificación maldita en mi breve expediente universitario, pero quería tener la conciencia en paz. Quizá Luzana me había causado ese problema de conciencia y no mis padres. A ella iba a compensarla por la supuesta traición que acababa de cometer, pensé. La compensaría con el título para que creyera en mí o para que viera a un candidato poco desdeñable, como hubiera visto cualquier muchacha de la clase media baja a un profesionalista, candidato a rescatarla de la Obrera y a llevarla a Las Lomas y a comprarle una camioneta porque, según ella, con hijos, ya no cabríamos en un automóvil. Supuesta traición a Luzana porque ignoraba la importancia de mi presencia en su vida futura.

Pienso que sólo fui uno, de los siete novios que la mujer tiene a lo largo de su existencia, según los expertos. En cuanto a mí sobra decir que Luzana significaba todo. Mientras yo creía ser un miserable y que debía indemnizarla

con magnanimidad, igual pensé que merecía esa traición y otras más en tanto mantuviera su negativa de hacer el amor. Ella me había arrojado a los brazos constrictores de mi paisana, la Prieta, a causa de sus prejuicios insanos, esos según los cuales había que dejar todo para más adelante. Incluso yo enloquecía debido a la excitación derivada de su resistencia pertinaz para no culminar nuestros juegos amorosos. Hubo momentos en los que, fundidos en un abrazo estrecho y besándonos de tal modo que perdíamos la noción del tiempo y del mundo, hubiera querido poseerla de pie con arremetidas salvajes en el pasillo oscuro del vecindario, sin tomar en cuenta la omnipresencia de Manuel y de Miguel o del Gran Zoquete, que entraban y salían, miserables, para interrumpir nuestras charlas o arrumacos.

Pensaba en cómo hubiera recibido Luzana la noticia de la presencia de la Prieta en la Comuna, si es que llegaba a enterarse de las veces que hicimos el amor en una jornada de sexo animalesco, durante la cual si no terminé muerto sí exangüe descreyendo que mixiotes y tamales, o los jugos de naranja con dos huevos, pudieran convertirse en savia. Quién sabe para qué necesitaba reponerla ya que terminaría por hastiarme de la Prieta, y en cuanto a Luzana no daba muestras de querer hablar de nuestro asunto.

DOS

Sin concentrarme en las tareas escolares, pensando en Luzana, vi que la Prieta salió del baño envuelta en una toalla, relumbrantes sus labios de color granate. Avanzó hacia mí y extendió el paño para que le secara la espalda. Me di obediente a la tarea grata de frotarle esa parte sedosa de su cuerpo y lo de más abajo. Aún recuerdo los dedos pequeños de sus pies bastos y la línea blancuzca de las plantas que resaltaban en la prietez de su piel costeña y tersa. No bien terminé ella comenzó a besarme. Por un momento había olvidado la noche que pasé con ella, cuando me estrujó y exprimió sin permitirme que cerrara los ojos un minuto. Esa enésima vez respondí a sus caricias con voluptuosidad porque tenía mínimas reservas de ganas y, al terminar, ella me dio la espalda, repuesto de nuevo el rojo carmesí en sus gruesos labios carnosos. Cuando estaba a punto de caer de nuevo vencido por el sueño la Prieta empezó a rascar la pared. La señal de que ¡deseaba más! Así lo dio a entender en los silencios del alba y de la mañana. Fastidiaban esos *rasquidos* al yeso que interrumpían el sueño y le pregunté si nunca se cansaba. La respuesta fue un *no* acaramelado, en susurros, porque, Flaquito, debemos aprovechar la vida y cuanto mejor que haciendo cositas, no me gusta hablar de otros pero vos sos quien mejor batería me ha dado, como dice el Mando, si no fuera porque te cansás rápido...

La Prieta hablaba a ratos como si fuera de San Cristóbal de las Casas, de Comitán o de Guatemala y no de la costa de la selva. De las tres la Prieta era quien imitaba el habla de los habitantes del centro de nuestro estado y de los guatemaltecos. Esa proclividad no tenía importancia en comparación con su resistencia y fortaleza para la cama. Algo aterrador. Pensé que era un contrasentido vivir en el D. F. y lamentar durante meses la suerte de no tener amante y cuando la tenía ansiaba perderla, arrinconarla contra la pared por ninfómana, como se arrincona un pegajoso bote de miel en el fondo de la alacena para olvidarlo. Esa mañana mi tabla de salvación fue el regreso de la Flaca y del Changüingua y en la tarde no pude dormir la siesta porque Armando, el Changüingua y el Cule siguieron la juerga a la hora de la

comida. Bebieron cervezas con el pretexto de la cruda y oyeron a Daniel Santos hasta el cansancio y a todo volumen. La Prieta empinaba el codo pero no la Flaca porque temía que doña Crepé la encontrara bola, y eso va a causarme muchos problemas, Mando, ya ves qué mal me pongo y la tía se enoja si me da por la chilladera.

La Prieta se la pasó sonriendo sin dejar de cucharear los huevos revueltos que nadaban en los frijoles negros con cebolla y chile verde en rodajas, receta del Cule. Yo le recalenté, somnoliento, las tortillas.

Eran meseras y no cocineras —hablan las dos, arrebatándose la palabra—, habían estado en la escuela del sindicato y se habían graduado con honores pero lo único que les salía bien eran los huevos revueltos porque los estrellados se les estrellaban, vamos, ni siquiera huevos duros porque el cascarón se les rompía.

Así que ya sabíamos, si deseábamos tenerlas a nuestro lado debíamos cocinar y si queríamos huevos revueltos los prepararían ellas, eso sí —siguen hablando la Prieta y la Flaca—, frijoles *no* porque sabían hacerlos y menos arroz, para mala suerte del Changüingua, o consomés o caldos picantes que nos curaran el síndrome de secreción inapropiada de la hormona antidiurética, para mala suerte de la Comuna completa.

Cuando regresé de la escuela me sentí mejor gracias a que logré dormir en la clase de estadística y porque había conocido a Jaime Sabines en un recital. Fue un encuentro desconcertante porque vi que ese hombre, alto, esbelto, cabello rizado, ojos azules, parecía todo menos poeta con su traje a la medida y corbata de seda a rayas y porque era muy distinto en la figura y empaque al promedio de mis paisanos. También me turbé porque en una de las salas del Palacio de Minería, abarrotada, al terminar la lectura de sus poemas (hizo que yo vibrara), cuando firmaba libros, se oyó un grito: *¡Jaime Sabines!* El poeta suspendió la firma de un libro y atendió el reclamo estrepitoso. Buscó entre el público al sujeto que remató en ese instante: *¡Chinga tu madre!* Sabines pestañeó, el público se quedó petrificado y yo temí una tragedia, una venganza en la persona de él aunque fuera contra su hermano Juan, el político. Aquel sujeto enfebrecido acaso por la lectura de los poemas de su autor favorito remató su intervención: *¡Eres un chingón, Sabines!* El poeta dibujó una sonrisa forzada y con la firma los libros.

De regreso a casa tomé la decisión de no volver a esas presentaciones porque era mejor guardar distancia de los autores que uno admiraba, aunque no necesariamente por lo que le había ocurrido a Sabines. En casa me sentí mejor al escuchar en boca de la Flaca una maldita historia de traiciones

inesperada para los dos. A la Flaca lloriqueante se le había corrido la pintura negra de sus tristes ojos claros, inyectados del todo. Cortaba con rabia largos pedazos informes de un rollo de papel de baño para, hechos bola, limpiarse la nariz. La Flaca dijo que todo el mundo se había ido de parranda y el Armando me dio una mi cachetiza, Flaco, y me hizo a un lado como si yo fuera una chancla vieja, me cambió por la puta esa de la Prieta quien aparte de puta es una perra y una víbora porque, lo que hizo, no tiene nombre y no se le hace a una amiga, pero esto no se va a quedar así, voy a charrasquear a esa hija de la gran puta y a capar al bandido ese, un *juelachingá* de lo peor..., si quieres lo hacemos entre los dos, tú y yo podríamos..., si tienes ganas, ya que ellos nos traicionaron.

TRES

Sentí un profundo desahogo al saber de la traición de la Prieta no importaba que con Armando, porque no hubiera querido estar en su pellejo al haber estado en el mío. Semejante fortuna sólo se la deseé al más manuelero de mis enemigos porque *hacerlo* con la Prieta era realizar la satisfacción del vicio de la lascivia, no la culminación del amor absoluto. Si la Prieta estaba enferma de sexo, como lo estaba, sólo la prostitución iba a curarla, seguro. Mi caso era distinto. Estaba dispuesto a prostituirme pero con Luzana y pude haberlo hecho con Clararrosa como estuve a punto de hacerlo con Sabrina, de haber aceptado ser su cinturita y vivir en El Tequila engendrando cuanta novela pudiera ocurrírseme, mientras durara la etapa loca de mi hedonista vida envilecida. Luzana no era de esas. Hubiera estado dispuesto a prostituirme *por* ella y *con* ella, porque no puedo dejar de preguntarme ¿y si Luzana hubiera sido una de éstas? Quizá la mato con el machete de los primos y me degüello. No enloquecí al aceptar la vida y el amor de Sabrina, lo sé ahora, pero caí en la demencia de amar con frenesí a Luzana, mi muñequita de trapo como le decía Armando por sus chapas rojizas.

A pesar de todo la Prieta carecía de esa condición que reivindica los derechos laborales de la mujer, si pudiera llamarse así, y que la lleva a cobrar los servicios y el alquiler de su cuerpo no importa cuán astuto o lerdo sea el cliente. La Prieta ambicionaba sexo y sólo sexo, no dinero, y las veinticuatro horas. Esa noche cavilé en si yo no estaría ofendido con Armando y concluí en que no. Otra cosa hubiera sido si los traidores fueran Luzana y él. Pero aun así ¿qué hubiera procedido hacer? ¿Lavar mi honor masacrándolos? ¿Entrar al vecindario de Luzana con una metralleta y al estilo de los mafiosos abrir fuego contra su familia como lo hubiera hecho Rambo años después, o cualesquiera de los Tunante, para erradicar a la familia completa de la traidora? ¿Atar a Armando a su cama y torturarlo, rebanándole los coyoles con el machete filetero de Fallo o del Cule?

Contra Armando procedía hacer nada, cuando mucho lamentarlo y gimotear como estúpido mientras redactaba en mi diario la infame historia de

la infamia, salpimentada de frases cursis y melodramáticas. Ignoro por qué me fue indiferente la pérdida de la Prieta. Lo cierto es que sentí el alivio que debió sentir Mr. Sísifo cada vez que veía rodar la piedrota cuesta abajo. En cuanto a vengarme de Armando al acostarme con la Flaca pasaba sin ver porque sentía el desánimo acentuado como para aceptar ese intercambio. La Flaca no me había sido desagradable pero todo era tan reciente y tan a fuerza de su parte, a causa de su despecho, que no veía por ningún lado la faceta atractiva de la aventura por venganza. Además la Prieta me había dejado como pozo de agua en medio del Sájara tras ser descubierto por miembros de la Legión Extranjera, extraviados, cansados y moribundos de sed, es decir un pozo de agua seco, y nada quería saber de sexo en veinticuatro horas.

Pensar que la Flaca había estado con Armando límale y límale toda la noche, pinche Flaco, porque la maestra es una insaciable de lo peor, te lo juro, me producía ataques de escalofríos que nunca sentí con Sabrina, con quien habría contraído matrimonio a los diecisiete aun cuando nuestro convenio verbal estipulara su permanencia en el oficio hasta su retiro, cuando yo publicara una novela y vendiera un millón de ejemplares. Hubiera contraído matrimonio con Sabrina si no es porque Clararrosa apareció en el panorama de mi adolescencia desolada con su ingenuidad y sus sueños de color pastel, para auxiliarme a mantener el equilibrio de mi frágil salud mental. Ahora moría por Luzana.

Cuál pasión y cuál lujuria —diría Moncho—, enclumamiento.

En el caso de la Prieta y de Armando, tampoco deseaba seguir cuesta abajo en el tobogán de la humillación, porque había regresado de la escuela dispuesto a terminar con la Prieta y a correr a los brazos limpios de Luzana. Estaba resuelto a esperar el tiempo que determinara y a prometerle que dejaría de plantear exigencias o de ejercer presiones sobre su cuerpecito enloquecedor, porque así como me sentía mal volviendo frustrado cada noche a la Comuna, tras de una jornada de besos y abrazos y caricias, Luzana sentía lo mismo sin duda. Entonces si ella porfiaba en su determinación de no hacer aún el amor, la respetaría. Eso pensé cuando me devastaba el alma debido a mi supuesta alta traición. También concluí en que había adolecido de experiencia, de malicia y de recursos para que mi noviecita aceptara ir a la cama y nos diéramos un atracón de amor sin arrepentimientos mutuos, incluso si nunca llegábamos a vivir juntos y sin el vestigio de ningún crío.

Armando no era problema, iba a tener suficiente con los conflictos que le armara la Prieta como para que lo hiciera sentirse mal con reclamaciones. Tampoco deseaba que, dándose cuenta él de su falta y error de caer en los

brazos opresivos de la Prieta, dijera está bien, Flaco, soy el peor de tus paisanos, el más canalla, pero también, maestro, de los amigos que reconocen sus errores y tú debieras ser tolerante, acéptame las disculpas y también la devolución de tu Prieta, aquí está, es toda tuya, magullada pero enterita y si quieres que jure, viejo, que no te lo vuelvo a hacer, te lo juro.

Traté de persuadir a la Flaca de que olvidara la afrenta y de que hablara con Armando. No valía la pena pelearse y mucho menos dar con los huesos en la Cárcel de Mujeres. La Prieta y Armando iban a permanecer juntos tanto como durara una parranda y, pensando con frialdad y optimismo, la Flaca podía resolver si regresaba con él o no regresaba. Desde luego la Prieta rechazó con fiereza toda posibilidad de reconciliación, ya que no volveré a verle la jeta a ese *juelachingá* y tampoco tendrá cabida en el restaurante, de eso nos encargamos mi tía y yo, y si vuelve a pararse ahí voy a escupirle primero su sopa y luego le dejaré caer un guisado en la cabeza, espero que sea caldo tlalpeño bien caliente como le gusta a él y que le llegue a los coyoles.

CUATRO

Terminamos riéndonos y aceptando los sucesos como una aventura durante la cual ella conoció a Armando en su justa dimensión y yo a mi vez hice por fin el amor con alguien al margen de un burdel aunque la Prieta fuera, seguro, una arrecha tráfuga de congal, paisa, te lo dice la Flaca porque, ya entrados en confianza, déjame decirte que esa cabrona tiene furor uterino, pues no hay hombre que ella conozca y que no quiera echárselo al catre y si no se había soplado a mi Mando era porque cuando se conocieron supo que él vivía con otros cinco garañones, nomás vi cómo le coyolearon los ojos, ya debe haberse echado al Cule y al Changüingua, y si no es una gran puta tiene el alma y el cuerpo de putísima y tú no me vas a desmentir, ¿verdad?

La Flaca se fue esa misma noche y no la vi más como tampoco a la Prieta y a doña Crepé. Tampoco volví a comer en grandes cantidades tamales y mixiotes. La pérdida me produjo una tranquilidad envidiable que duró mucho tiempo. Semanas y meses y años después evocaré a la Prieta con una sonrisa y un espasmo en las partes bajas al imaginar su cuerpo monumental y su boca rojo carmesí. Mis amigos regresaron al día siguiente como de una guerra, abatidos, ojerosos, malolientes y sin dinero. Una guerra perdida. No una batalla, la guerra misma.

La bolera nada bueno dejaba —habla el Cule—. Había extraviado, Dios sabe dónde, el dinero para las novelitas.

Armando habló pestes de la Prieta porque en uno de los cabaretes se encontró dizque a un paisano, Flaco, y se fue con él pero más bien lo conoció ahí, era de San Cristóbal o de Comitán porque se pusieron a hablar como hablan por allá, con el uso del vos y convirtiendo las palabras en agudas, pero qué a toda madre que se fueron a la *verde* porque están relocas, maestro, y son una calamidad, podrían habernos metido en un lío, fácil, en cuanto a la Flaca ya andaba con sus ínfulas y hasta creyó tener derechos, me aburría porque si le entraba al *hinchapié* luego luego lloriqueaba como pendeja, y ayer quiso suspenderme la libazón, por lo que le di un su estatequeto, viejo, ya sabes, una cachetadita, jeje, una sola, y a la *dagachin*, castigada unas horas, y mira

con lo que me salió, irse a la *verde*, imagínate si me desobedeció de novios qué no habría hecho estando ya juntos según nuestro plan, porque para casarnos, lo que ella deseaba, está cabrón, Flaco, muuuy cabrón.

CAPÍTULO VI

UNO

Cuando murió Fofó, no podía dormir de la dicha porque había vuelto con Luzana, mi muñeca adorada, aunque igual seguía un tanto inquieto debido a que nos reconciliamos más por amor que por razones. Pensé que debía dejarla de fastidiar con mi asedio sexual a pesar de que ella no puso esa condición. Pero seguía inquieto porque ¿y si Luzana se había convencido mientras dejamos de vernos de la necesidad impostergable de consumir nuestra unión y deseaba ser mi amante y unir su domingo a mis escasos ahorros para recluarnos una vez a la semana en un hotelito limpio y soleado con las cortinas corridas, donde ejecutaríamos el divino acto del amor, nunca hasta la saciedad, mientras nos cantaban Paul Anka, Elvis Presley o Enrique Guzmán? Podría decepcionarla si notaba mi aparente desinterés y provocar en ella, ahora sí, mi buen, como dirías tú, Pepe, un cortón muy gacho.

Juré que nunca volverían las disputas suscitadas por mi recalcitrante y burda posición antiburguesa, irreconciliable con los sueños de una Luzana clasemediera en ascenso. Otra disputa y vendría el rompimiento final. No estaba advertido mas lo intuía. Por ahí no iba a convencerla aunque Luzana tampoco a mí. La quería convertir a mi credo revolucionario pero se negaba a escucharme, al argumentar que había que superarse, seguir adelante, pese a que ella decía *salir adelante* y pese a que nunca quise decirle que nadie sale adelante. Se sale por la puerta, por la ventana, por el portón. Correcciones o sermones como ese. Pensamientos de esa clase producían en mí una gran excitación e insomnio y quién sabe cuánto tiempo recreé cómo fue la reconciliación. También reflexionaba sobre la actitud agresiva hacia mí de Manuel, apoyado por el Gran Zoquete, pero con la intervención conciliadora de la madre. Fue cuando tocaron a la puerta. Amanecía.

Armando estaba solo en su cama, como yo. La Prieta y la Flaca habían quedado atrás. Ya ni comentábamos su paso por la Comuna. Yo tenía de

nuevas erecciones normales. El Changüingua había aceptado trabajar con Javier en su oficina de relaciones públicas RICH (Reforma-Insurgentes-Chapultepec). Ivonne y Javier ¡vivían juntos ya! Fallo estaba de vacaciones pero antes anunció su renuncia a la pescadería para meterse en la política, el camino que lo llevó a la muerte. El Cule parecía listo para enrolarse en las huestes paternas y aprender la plomería. El Campana II se fue con Marilú que se había ligado a un gringo, caballeros, e iban a montar una fábrica de nosequé en Mexicali.

Los toquidos fueron en aumento y al principio creí que tocaban en casa de Fofó, concentrado como estaba en Luzana. Podía ser doña Crepé que deseaba discutir con el paisano la posibilidad de que alguien poseyera la virtud de prever la existencia de otra persona sin conocerla, como decía Joaquín Pardavé en su canción. Brinqué del catre cuando los toquidos fueron demasiado fuertes. Bueno ¿y si era Luzana persuadida de que debíamos amarnos ya, no importa que lo hiciera con un obrero de la tecla? Armando se había despertado y estaba de hinojos en su cama alargando el brazo. Abrió la puerta para encontrarse con una Lagartucha afligida, Flaco, tú la oíste, sin duda la hoja de la puerta impidió que la vieras, llevaba una bata y estaba despeinada y popusa, me dijo que el Fofó se sentía muy mal, la oíste ¿verdad?

Armando se vistió de prisa y corrió en sandalias hacia el apartamento de Fofó. Como nadie había solicitado mi ayuda esperé rumiando en qué podía haber pasado. Supuse que algo grave por la forma como Lagartucha pidió auxilio, ¡y a nosotros!, sus aborrecidos paisanos. Veía bien a Fofó excepto por las ojeras y por su palidez de sastre. La noche anterior nos contó malicioso cuánto iba a gozar en el D. F. antes de partir a Tapachula a la graduación de su hermanita, porque no era boda como dijo doña Crepé. Su hermana se graduaba de secretaria ejecutiva y él iría al baile sin su pareja porque Lagartucha se negó a acompañarlo.

No iba a gastar sus ahorros —habla ella— para caminar por Tapachula sudando como africana entre la hedionda mucada.

Ella aceptó ir al cine y a cenar a manera de adiós. Fofó estuvo contando las horas previas a su partida. No por el viaje, por la noche que iba a pasar al lado de su Lagartucha. Él nos preguntaba a cada rato si era mejor llevarla a este restaurante o a aquel, si tenía que beber vino o bastaba con sus cubas de brandy. Ella había aprovechado también la oportunidad y le exigió que solicitara aumento de sueldo para pagar esos gastos extras, lo que es imposible, paisanitos porque lo pedí hace unos meses y el maestro ya me ve con desconfianza cuando me le acerco, debe pensar que voy a pedirle dinero.

Fofó medio platicaba con su jefe en la sastrería y después se explayaba con Armando y conmigo. Ignoro si platicábamos porque yo vivía en el mismo cuarto que su amigo Armando o porque ningún otro paisano mostrara interés o paciencia para escucharlo.

Él amaba Tapachula pero ella no —habla Armando—. Lagartucha lo detestaba, y consiguió traérselo en cuanto se matrimoniaron. A los tres meses Fofó estaba ya trabajando horas extras que medio satisficieran la voracidad de Lagartucha.

Sin embargo ella le echaba en cara a cada rato que ganaba el doble como secretaria del gerente de una fábrica de velas y veladoras.

Cuando Lagartucha lo consideraba conveniente, mañana, tarde y noche, le hacía ver a Fofó su insignificancia al compararlo con el gerente, de personalidad, cultura y billetera extraordinarias, según ella.

DOS

En cuanto al viaje, Flaco, la Lagartucha puso a prueba al Fofó al hacer que él escogiera el restaurante y al insinuar que habría paleta de piña como despedida, el pobrecito no conoce ni los Sanborns pero eso no es lo peor, viejo, lo peor es que ella le suelta la *empanadita* cada fiesta nacional, cinco veces al año, con el pretexto de no sé cuántos desarreglos en la madre seca enzapata del diferencial y el Fofó tolera eso pero como si lo trajeran como jamelgo tras la zanahoria.

Volví a lo mío, a Luzana, mientras Armando atendía el llamado de Lagartucha. Lo de Luzana estaba saliendo bien, pensé recapitulando. Salvo el diálogo ríspido que tuve con su hermano Manuel, aunque si éste no me hubiera reclamado el supuesto acoso a la hermana no habría hablado con la madre. El Gran Zoquete se mantuvo a espaldas de Manuel examinándome cuando yo no lo veía. Manuel se dio la gran importancia porque a cada pregunta yo le respondía conciliatorio y con explicaciones inmerecidas para él, y Manuel actuaba así también, creo, por el apoyo logístico que significaba la presencia del Zoquete. Veía a éste como advirtiéndole que estaba atento a cuanto pretendiera hacer en mi contra. Me fastidiaron porque fui interceptado a unos metros de la Comuna hacia donde caminaba rápido porque sentía ganas de orinar, recuerdo. Manuel enmudeció cuando le hablé de mi determinación de no discutirlo con un hermano de Luzana, aunque sea el hermano mayor, Manuel, ni que faltaran tus padres, esta noche hablaré con ellos.

Había insistido en ver a Luzana, sin molestarla, propiciando encuentros cuando iba a la tienda o al mercado. Pero ella contestaba siempre que debía hablar con Manuel porque así lo quería él mismo y porque era la costumbre en la familia. Le pregunté si la costumbre era pedirle permiso para ser novio de una de sus hermanas o pedirle su arbitraje en un pleito de novios. Luzana callaba si insistía en que el asunto era entre nosotros, y aprovechaba para reanudar de inmediato el interrogatorio preguntándole si Manuel tenía algo que ver en la discusión de si nos casaríamos sólo por la ley civil. Apenas la

noche anterior le había expuesto una idea desesperada y que era mi preferencia por hablar con sus padres y no con Manuel. La reacción de Luzana fue de asombro, un asombro de *¿Acaso te atreverías?*, un asombro de *Estaría encantada de que lo hicieras*. Yo dudaba porque no sabía hasta qué punto era un compromiso formal dar un paso así. Tampoco me arredraba puesto que si había entablado amistad con alguien como la violenta madre de Clararrosa sin duda saldría airoso de un encuentro con la de Luzana, o con el padre de ésta.

Notaba un paralelismo extraordinario en la política interna que regía a las dos familias, como el que la madre fuera quien tratara el asunto de los yernos potenciales. Pero confiaba en que la mamá de Luzana no resolviera los problemas a golpes a sartenazos. Si nuestras miradas se encontraban el Gran Zoquete clavaba la vista en el suelo aguardando la respuesta de Manuel como sucedió cuando le dije a éste que tenía que hacer pipí. Si hubo respuesta de Manuel no la oí porque se quedaron ahí parados. Cuando crucé el umbral de la entrada de nuestro vecindario respiré tranquilo porque Manuel pudo haberseme abalanzado en un arranque de furia. La reconciliación con Luzana habría sido muy difícil. En ese punto de mis reflexiones Armando volvió, tan agitado y pálido como Lagartucha, y aventó las sandalias y buscó sus zapatos. Hablaba acezante y a mil por hora. Iba a llamar a la Cruz Roja. Fofó estaba muy grave. Quién sabe qué le pasó, Flaco, porque está arrojando espuma por la boca, respira con dificultad y hace un ruido con los pulmones que me puso los pelos de punta, maestro, nunca había sentido eso, ni cuando se me apareció el Cadejo, siendo un chamaco, allá en Tapachula, párate, Flaco, acompáñanos, la Lagartucha está reteapendejada, te platico en el camino.

Armando salió corriendo con el cigarrillo encendido en los labios. Le ondeaban los faldones de la camisa. Traté de ordenar mis ideas como suele decirse en estos casos y, luego de un rato de aturdimiento, me vestí rápido y me lavé la cara. La ambulancia llegó sigilosa con la sirena cerrada debido quizá a la hora y Lagartucha, en pantalones y con una pañoleta en la cabeza, viajó en la cabina del enfermo. La esposa del taxista asomó su cabeza, sembrada de rizadores, no obstante la hora. Al verme escondió su cara regordeta y cerró de prisa. La calle estaba desierta y semioscura y el frío provocó en mí varios estornudos. Iba a ser más fácil tomar un taxi en Peón Contreras, acordé con Armando. Tenía que pagarlo él porque yo andaba quebrado del todo.

Fueron al teatro, no al cine —habla Armando—. El Fofó estaba feliz aunque ella escogió *Medea* a pesar de que el Fofó quería ver *Los cuervos*

están de luto.

¿Me acordaba de que lo platicó?

En un Sanborns Lagartucha le dijo que no pidiera pozole pues iba a caerle de peso. Era ya media noche. El Fofó dudó unos segundos pero recordó que era su despedida. Que le permitiera entrarle al pozolito. El Fofó terminó repitiendo caldo y granos de maíz dos veces y bebió tres cubas. La Lagartucha estaba muy molesta. Para sus pulgas. Eso no se hacía en los Sanborns. No estaba en una pozolería. Era un *coche* hambriento de lo peor, etcétera. En casa el Fofó se tomó un brandy. Ella debió tener una jetota enorme, Flaco, pues no quiso bailar cuando él puso, superalegrón, a Les Elgart, que lo enloquece como sabemos, se acostaron y al poco rato el paisano empezó a sentirse mal, y a echar espumarajos por la boca, con esa respiración horrenda que te platicué, estaba desnudo, Flaco, le dio el patatús arriba del guayabo luego de la cena para estibador no para el Fofito, no debió excitarse y menos encaramársele a la vieja, pero si se nos muere diremos que murió arriba del guayabo, Flaco, y que me perdone, no es burla, así quisiéramos morir muchos, igual le pasó al muy cogelón del Atila, arriba de la vieja de quien estamos enculados, o ¿cómo la ves tú, Flaco?

TRES

La palabreja me era desagradable, pensé mientras el taxi avanzaba. Se la oía a mis paisanos y ya me era familiar. Mi pasión por Luzana bordeaba esos límites porque la quería y ansiaba roturar sus entrañas. Lo contrario había sucedido con Sabrina a quien tuve primero y después quise y desee con furor. ¿Sería eso el enclavamiento?, ¿y por qué no encoñamiento? Luzana confería a nuestras relaciones un toque de finura y hubiera rechazado cualquier palabra procaz. Todo debía hacerse dentro de las formas, pensé. Al desabotonarse la blusa para que le besara y le palpara su lindas, suaves y turgentes tetitas, lo hacía viéndome a los ojos y sin los remilgos de la mujer que lo anhela pero que opone una resistencia falsa, o se muerde el rebozo como Clarrarosa, aunque con ésta ignoraba si quería o no quería que le besara sus tetitas, porque no hubiera accedido a que le desabotonara algo. Si se las acaricié vestida en dos o tres ocasiones esas mismas veces demostró una indiferencia glacial y, si la estaba besando y acariciando, de repente y con violencia despegaba sus labios de los míos y recibía una amonestación por atrevido, porque no era por ahí, oiga usted, es una falta de respeto o ¿le gustaría que le hicieran *eso mismo* a una *su* hermana?, ¿a una *su* tía?

Bestia, me dije, y seguí lucubrando con que Sabrina era parecida a Luzana. Pero Sabrina trabajaba en un burdel y actuaba con un descaro que sólo era un escudo, pienso ahora. Una mera defensa acentuada por la práctica del oficio. Sabrina estaba hecha para otro ambiente, para el de la disipación y el del hedonismo en la costa de la selva. De haberse invertido los papeles Luzana habría estado fuera de lugar en El Tequila y Sabrina hubiera desentonado en el D. F. como una corbata a rayas sobre una camisa a cuadros. Incluso en la misma colonia Obrera y hasta en el Barba Azul, el cabaret del rumbo. Armando volvió a encender otro cigarrillo y le ofreció uno al taxista, que aminoró la velocidad cuando le acercaron la lumbre. El anciano regordete, moreno y canoso, había escuchado las indicaciones de Armando en silencio. Como si todo cliente tuviera a esa hora el hábito de ir a la Cruz Roja. Él iba escuchando al locutor del radio que informaba de la muerte de

cincuenta personas al venirse abajo la bóveda de una iglesia en la ciudad de Puebla.

Veinte eran niños —habla el locutor—, y seguían buscando cuerpos bajo los escombros.

Luzana es como es, reflexioné profundo, y nuestra relación era como era gracias a su madre. La señora fue amable y me ofreció una taza de café en cuanto llegué puntual la hora de la cita. Pensé que iba a estar presente su esposo pero no. La señora lo disculpó al decir que tenía mucho trabajo. La verdad es que casi todas las noches jugaba pokar. Me sentía nervioso pero la sonrisa encantadora de mi futura suegra logró sosegar me cuando ella misma fue por el café, quizá para que yo pudiera hablar a solas con su hija acerca de lo de última hora. Luzana oprimió una de mis manos en un gesto cálido para inspirarme aplomo. Ése era mi ánimo cuando la señora volvió con las tazas humeantes y unas galletas. Entonces emití una retahíla de frases atropelladas en el intento de expresar mi amor por Luzana, y de informar que era un estudiante presto a ofrecer matrimonio a tan largo plazo como una carrera universitaria, o a mediano si conseguía trabajo en un periódico antes de escribir mis novelas. Lo de las novelas no lo dije porque temí que no me creyera o que la juzgara una proeza fuera de mis alcances.

Mientras no contrajéramos matrimonio iba a protegerla, a mimarla, a ayudarla en las tareas escolares e iba a llevarla al cine, al teatro, a los museos, a Chapultepec, a pasear en lancha en Xochimilco. Le confesé todo menos mi anhelo firme de llevarla cuanto antes al hotelito soleado, cuya existencia con música y pesadas cortinas negras o rojas era producto de mi calenturienta imaginación. Paciente la señora escuchó, la taza en sus manos y haciéndole guiños a los vapores del café. De pronto, quién sabe de dónde, de una recámara, Manuel y el Gran Zoquete aparecieron muy serios, bien peinados, como si fueran dos hombres adultos. El Gran Zoquete fijó la vista en Luzana y Manuel me vio de reojo. Se sobaba las manos como si se las acabara de lavar. Luego le dijo a su madre que regresaría a las dos de la mañana y bajó la cabeza para recibir su bendición, hecho un corderito con problemas de retraso mental. No pude reprimir una sonrisa de sarcasmo como todo materialista dialéctico que era. Pero una mirada de reproche de Luzana hizo que retomara mi cara de fierro. La madre les deseó suerte, Dios mediante, y le recordó que debía regresar a la una, no a las dos, porque sólo el padre llegaba a las dos. Manuel y el Gran Zoquete salieron sin verme luego de que ambos tomaron un puñado de galletas.

Cuando quise retomar el hilo del discurso, la señora sonrió, suspiró y se dispuso a hablar. Parpadeaba con sus ojos de grandes pestañas y bebía a sorbos el café. Todo estaba bien, entendía a la perfección nuestras relaciones y era normal si teníamos discrepancias, qué pareja no las tenía. Pero esa discusión acerca de si yo era partidario de la boda civil, no de la eclesiástica, le parecía prematura. No debíamos adelantar vísperas y en síntesis a ella le interesaba saber, jovencito, si usted quiere a mi hija o no la quiere. Como esperaba *todo* de mi futura suegra menos esa pregunta, pensé de prisa en decirle que nada había de prematuro en mi amor por Luzana y que estaba dispuesto, cual torero, a casarme en ese momento. Como gitano torero de izquierda, esto es, nada de boda eclesiástica. Ahí no iba a transigir y no era sólo con la boda sino con toda una actitud ante la vida, de lucha contra las injusticias y contra los abusivos, la que nunca había emprendido el clero local y mucho menos los corruptos líderes obreros y blablablá.

CUATRO

Pero en lugar de todo ese rollo mantuve la boca abierta unos segundos y, cuando me volví a ver a Luzana, noté en su mirada de reojo un brillo de incertidumbre y de inseguridad, raro en ella. Reaccioné al pensar que hubiera sido inoportuno si replanteo el tema del casamiento eclesiástico con una familia de católicos practicantes, los Martínez. Mejor dejaba de lado el tema de mi renuncia al catolicismo y de mi afiliación al marxismo con tintes anarquistas y hasta nihilistas. Marxismo intuitivo, claro está, lírico, de oídas porque el libro *Materialismo dialéctico* de la Academia de Ciencias de la URSS conseguía partirme la cabeza y, para reunir los fragmentos, echaba mano del adhesivo infalible de las historias de vaqueros y de detectives. Por cada capítulo del libraco soviético, leía una docena de novelitas. Además temí caer en el error de mi padre, convertirme en un fanático como lo era él pero de izquierda. Así que luego de mi respuesta afirmativa con una frase quebrada por la emoción la señora hizo la misma pregunta a Luzana y, al oír su respuesta, consideró que era suficiente.

De ahí en adelante daba lo mismo si nos quedábamos en la sala o platicábamos en el portón. Aprobaba nuestro noviazgo y Manuel se iba a mantener al margen. Hablaría con él y se lo prohibiría de modo tajante. Respecto a la escuela era decisión mía y sólo mía. Al llegar a la Cruz Roja el taxista aceptó otro cigarrillo. Bajamos corriendo del vehículo. Lagartucha estaba en la sala de espera y tenía los ojos irritados. No por el llanto sino por el frío, supuse. Con las manos en el regazo se las examinaba pensativa. Pareció dirigirse a sus dedos cuando dijo que nada hubiera salvado a Fofó, muchachos, murió en la ambulancia y uno de los estudiantes, porque ni médicos son, dijo que lo había matado un infarto. Fue cuando sentí un poco más humana a Lagartucha.

*

Parece que la Pichona sigue embarazada pero no me atrevo a preguntarle y

ella tampoco me informa si es que tiene algo que informarme. Yo no sé qué haría con un hijo. No tengo vocación de padre. Mi único punto de referencia es el troglodita que dizque me educó. Sin duda cometería el error que cometen todos, es decir voy a darle justo cuanto no tuve, cariño y demasiado. Lo voy a querer pero también a demostrárselo, y ya se sabe que todo en demasía es peligroso.

CAPÍTULO VII

UNO

Los trámites para el traslado del cadáver de Fofó se hicieron con celeridad porque encontramos amigos en las oficinas correspondientes. Amigos y a Óscar con quien el Changüingua y yo habíamos estudiado la prepa. Lagartucha no parecía consternada, en cuanto viuda, aunque sí perpleja. No le veía la congoja por ningún lado pero seguro reflexionaba ideas contradictorias sobre su inmediato futuro solitario. Armando se encargaría de las diligencias y a la hora de tener que resolver ella contestó que sí a cuanto debía contestar que sí y *no* a lo que no, como fue con la autopsia y la sepultura. Después se llevó el cuerpo embalsamado a nuestro pueblo y regresó al D. F. sólo para dismantelar el apartamento e instalarse en Tapachula de donde nunca salió ya. Quién sabe por qué canceló sus sueños de vivir en la capital del país.

¿Tenía sentido que siguiera en el D. F. ya sin Fofó?, nos preguntamos. ¿Se sintió de repente desprotegida? Pudo haberse quedado en la capital para rehacer su existencia, Flaco, porque como quiera que sea es ambiciosa y buena secre, ya vimos cómo le fue en la fábrica de velas y veladoras, es cierto que ella parece poca cosa, viejo, es decir se trata de una mujer enteca pero no ha llegado a los treinta, tú, el Fofó ya no le estorba si es que era un estorbo como ella se lo dio a entender a todos y a él mismo, sepa el diablo qué zancudo le picó allá en la tierra, viejo, tal vez el de la nostalgia.

La visita de Óscar nos distrajo de la depresión que nos provocó, a unos más que a otros, la muerte de Fofó. Óscar dijo que iba a pensar en la oferta de Armando de que se mudara a la comuna.

La pasaba bien en su casa de huéspedes —habla Óscar— aunque pagara un dineral por los servicios. *Peccata minuta*, paisanos, porque su papá le enviaba dinero suficiente. La Roma era mejor colonia que la Obrera pero con demasiada gente aburrida.

Iba a meditar la invitación de vivir con nosotros. Lo agradecía de antemano, maestrín Armando, porque me las veo negras para pasarla *galán* con los tres mil pesos que me gira el jefe.

¡Tres mil pesotes!

Armando cobraba mil de sueldo y Fallo algo parecido, igual que su primo el Cule. Yo recibía quinientos y el Changüingua doscientos o trescientos cuando buscábamos a su padre porque mi amigo anduviera en la ruina. Óscar llegó de traje y de corbata y se paseó pegando de grandes zancadas de un lado a otro, para quemar energías y paliar su inquietud, creí siempre. Lo hacía con porte de fanfarrón y hablaba casi a gritos y reía sarcástico a punto siempre de disparar la risa hacia y contra quien fuera. De tez blanca, su nariz aguileña llamaba la atención porque la tenía chueca vista de frente, como nariz embarazada, maestros, jeje, a este cabrón le pusieron en la torre llamándolo *Caradehacha*.

Óscar tardó pocos días en mudarse y tal celeridad la interpretamos como respuesta al tedio de vivir en una casa con reglamento estricto para las comidas y para la hora de dormir. Tampoco lo estimulaba la compañía de burócratas amarillentos y de jubilados del montón, así como de estudiantes que tomaban demasiado en serio la vida ordenada y los estudios sin falta. Podía vivir un año en la Comuna con lo de un mes en la casa de huéspedes, dijo petulante, y adelantó tres meses. Tendría cama formal, de cedro, no catre plegadizo, que su padre, ganadero, sabíamos, se la iba a enviar desde Huehuetán. Mientras llegaba el mobiliario aceptó dormir como el Cule, en un tendal compuesto de colchoneta y de sábanas que compró en una mueblería cercana. Deploró la falta de un clóset o ropero al decir, manos en la cintura, que por eso iba a tener ahí sólo dos trajes. Su guardarropa estaba en casa del pariente adonde iría cada semana a recoger dos a cambio de los que iba a llevar a la tintorería. Consideraba suficientes dos a la semana aunque pronto, en cuanto empezara a litigar, tendría diez que le alcanzarían apenas, maestrines, porque como te ven te tratan, hasta los choferes de camión se te cuadran si te ven trajeado, ¿verdad?, pero mi guardarropa irá *in crescendo* poco a poco.

Presentamos a Óscar con María Elena, la hermana de Luzana, porque él deseaba integrarse del todo viviendo con nosotros y conviviendo con la gente del rumbo, paisanos, y hagamos un amigo cada día como lo recomienda el maestrín Dale Carnegie y como dice también aquí el maestrín Armando vamos a abonar el terreno donde se mueve la ciudadanía y un año de estos, Marx mediante, pescar la oportunidad de una diputación o una senaduría

porque el mejor oficio del mundo, lo dicen los prohombres conspicuos, es el de servidor público.

Óscar iba de mañana a la facultad de leyes y de tarde hacía sin falta un patrullaje por las oficinas públicas en busca de paisanos graduados, o sin graduarse, con puestos de esos donde se hace poco y se cobra mucho, mucho para un estudiante.

Quería crear una red de amistades —habla Óscar—, vital para la carrera política de él y de sus amigos, porque era amigo de los amigos y azote de los cabrones y de los logreros y arribistas de la política de altos y bajos vuelos, de la política municipalera o republicana.

Óscar también tomaba clases de boxeo con Pepe Hernández, el entrenador que con la virgencita de Guadalupe había llevado al *Ratón* Macías al campeonato mundial de peso gallo, paisanos, y ¿por qué el boxeo?, se preguntarán, porque me gusta y porque habrán oído la máxima del maestrín Juvenal que dice *Mens sana in corpore sano* y porque en la política, como en cualquier otra actividad, debemos tener una condición física excelente, si no estamos ahora sí que expuestos a que nos embroquen para la cuenta de diez, ¿verdad?

DOS

Óscar aludía a una chica, hija del oficial mayor de la secretaría de Industria y Comercio sin decir su nombre, porque deseaba, discreto, aprovechar al máximo una labor en la cual invertiría el resto de los años del sexenio gubernamental, para conseguir, maestrines, los favores carnales de ella o los favores políticos del suegro, lo que sea primero será bienvenido, en esto de la política no podemos despreciar favores y mucho menos si son de un oficial mayor o de su hija, sin olvidar a María Elena, claro está, porque sería craso error perder el contacto con las bases y porque en la vida, más que en la política, maestrines, recomiendo tener varias veladoras prendidas, *dixi*.

Al principio todos escuchábamos a Óscar con atención pero el Changüingua no tardó en descontrolarlo con sus comentarios como en este caso en que intervino preguntándole *¿dichi, mi buen? y ¿dichi uno? y ¿dichi dos?... ¡Ah!, ¿dichi de he dicho?... Ah, qué chicho.*

La llegada de Óscar coincidió con una fiesta en casa de Luzana. Era cumpleaños del padre o de la madre, y hubo guateque. Alquilaron un aparato de música con bocinas enormes y discos. Los padres y los tíos permanecieron en la sala, y nosotros en el patio iluminado por un foco de luz potente. La pista de baile era donde tendían la ropa. Había varios fregaderos empotrados, un WC húmedo y sombrío y para la ocasión quitaron los lazos de ropa. La fiesta empezó para mí con titubeos y balbuceos pero las cervezas lograron entonarme... *sólo vengo acompañado de mis cuates*, cantaba Pedro Infante, *que te brindan su amistad igual que yo, desvelados y friolentos los mariachis, piden algo pa que entremos en calor, órale, viene la porra...*

El Changüingua bailaba ya *de todo* antes de que hubiera transcurrido una hora mientras yo pedía música tropical. Bailaba danzones y las tropicales por los giros de Luzana, su cadencia y su ritmo sensuales y porque removían la nostalgia por mi niñez cuando escuchaba esas piezas, el mambo sobre todo. *Te suplico, te lo ruego, te lo pido*, seguía Pedrito, *nos invites a pasar al comedor, y no venimos a gorrear, ¿eh?, órale, no, no le hagan caso...* Pero de Luzana me gustaban también su rostro y el cuerpo, no sólo como bailaba, y

la forma de su trato. Era amable con mis paisanos y con eso la pasaba a mis anchas a su lado. No era una capitalina mamona, debí pensar, achispado ya, y la sujeté por el talle y sentí la calidez de sus brazos torneados y firmes. Llevábamos las relaciones en completa armonía y nada opacaba nuestro futuro. Yo no había vuelto a mencionar las condiciones según las cuales estaba dispuesto a casarme, ni qué escuelas eran las apropiadas para nuestros hijos ni mucho menos exponía a voz en cuello, como deseaba hacerlo, mi antojo de vivir en la Obrera o en la Roma pero no en la Del Valle o en el Pedregal, de clasemedieros que ni fu ni fa, acaso en Las Lomas.

Trataba de sensibilizarla y fue así como le platiqué de mi encuentro más fortuito que histórico con el Che Guevara, en los portales del parque central de Tapachula, el 21 de septiembre de 1954. Nunca olvidaré esa fecha porque el día anterior cumplí años. Luzana me vió como si de pronto su Flaco hubiera perdido la chaveta. Pero seguí contándole que cometí la temeridad de insubordinármele a mi viejo porque a los doce vivía enamorado de una niña que después contrajo matrimonio con su maestro de sexto año de primaria. En esas fechas todo marchaba bien entre ella y yo. Así que le dije a mi patrón que no iba a vender revistas ni sábados ni domingos ni en vacaciones. No era vergonzoso el trabajo de voceador que había empezado dos o tres años antes como si fuera un juego atractivo, lo que ocurría es que ese trabajo imposibilitaba que pudiera ver a mi chamaca los fines de semana por andar de un lado a otro intentando vender las revistas, lloviera o relampagueara, bajo un sol inclemente o en días nublados, los mejores para mí y para muchos del pueblo. Mi padre no sólo no quiso relevarme de esas tareas, sino que debe haberme gritado un sermón autoritario rematándolo con aquello de que cuando fuera mayor de edad haría cuanto quisiera, mientras tanto a chingarle, cabrón, no es para que seas voceador toda la vida, es para que sepas lo que cuesta ganar el dinero y blablablá.

Lo mismo diría cuando trató de enseñarme a boxear y cuando empecé a bolearle los zapatos, una tortura al principio porque me sacudía la cabeza a punta de cocos si le manchaba los calcetines, distraído como yo vivía, pensando en la renegada en potencia. Ese sábado o domingo resolví que iría nada más al parque central, ni siquiera al mercado y mucho menos a la zona roja donde las señoritas putas compraban la dotación completa de *Chamaco chico* y de *Confidencias*. Merodearía por el parque, le echaría un vistazo al Tacaná porque se rumoreaba que iba a hacer erupción cualquier día de esos y regresaría a la hora de entregar cuentas para devolver la mayor parte de las revistas, si es que no buscaba a mis posibles clientes, como no iba a hacerlo

en justo desagravio, según yo. Mis clientes vivían en las goteras, dispersos, retirados unos de otros, hasta adonde llegaba como buscando un oasis en el vasto desierto. Sin que mi pueblo fuera un páramo porque constituía parte de la selva emputecida de verdor, como la llamaba el periodista y paisano Ricardo Poery, según sabré muchos años después, pero con un sol peor de llameante que el del Sájara, como si a cada paso te echaran encima cubetazos rebosantes de rayos solares. Era septiembre, es decir época de lluvias y la temperatura debió de haber estado agradable y si hubo un ciclón esa primera semana del mes, como cada año, nuestros cuatro ríos correrían sin duda retumbando en su paso más vertiginoso que achocolatado desde la sierra del Soconusco hacia la costa del Pacífico.

TRES

La vegetación estaría en todo su esplendor excepto por los árboles que los ventarrones arrancan de cuajo, sobre todos los almendros. Aún se erguían enhiestas, apuntado hacia el cielo azul, las verdes palmeras indómitas del parque central que un alcalde nocivo mandaría serruchar. Buscando a la clientela de las cafeterías del centro, a los jubilados, a los empresarios, a los finqueros, a los juniors, a los que compraban periódicos o billetes de lotería mientras chachareaban de todo, lo vi en La Cruz Blanca de los Portales. Predominaba como un general en el batallón de soldados rasos porque usaba botas, lo que no era extraño pero sí que llevara pantalones de pana color vino en aquel clima ardiente y un reloj enorme de buzo o de astronauta aunque no recuerdo si ya había astronautas. De cerca tú notabas que producía un ruido extraño con la nariz o con la garganta, no recuerdo bien, como de estertores, y que jalaba el aire con dificultad, de tal forma que los boleros y los voceadores le empezamos a llamar el cachuco ronco al creer que era guatemalteco. Los próximos cinco o seis días nos preguntaremos entre sí por el visitante magnánimo ya que nos daba espléndidas propinas.

No imaginé que fuera, argentino porque su entonación se le oía distorsionada en la mixtura de muchos tonos centro y sudamericanos, seguro. Cuando vi por primera vez al Cachuco Ronco le estaban boleando las botas de piel de víbora o de lagarto. Permanecí viendo sin mirar el trabajo del aseo de calzado, descalzo como todos. Cavilaba en cómo dejar de ser voceador el fin de semana para encontrarme sin dificultades con mi novia, mientras el forastero hojeaba *Hoy* o *Mañana* o *Revista de Revistas* de las que yo le había vendido, una colección casi completa, y que pagó con quetzales. Paternal decía siempre que guardara el cambio. Una de las soluciones hubiera sido fugarme en el próximo circo, un sueño infantil recurrente. Pero igual pude treparme al tren en marcha como lo hacía para ofrecerle mis revistas a los pasajeros, a su llegada procedente del puerto de Veracruz, luego de pasar por el Istmo de Tehuantepec, a la una y media de la tarde, o dos horas después

antes de su partida en sentido inverso, con sus vagones flamantes, barridos y sacudidos, y con una locomotora aceitada y fresquecita.

Subirme al tren y no abandonarlo, dejarme llevar como dejaba que me llevara el vaivén suave o violento pero espumoso y estimulante de los tumbos en San Benito, rebautizado años después por la burocracia como Puerto Madero. Los habituales se acostumbraron a la presencia del Cachuco Ronco porque nuestro pueblo fronterizo recibía toda clase de viajeros que iban a Centroamérica o que venían de allá. Pero de que llamó la atención la llamó. Lo extraordinario acontecía cuando alguien que tomaba pensativo su café o que bebía su horchata o su cerveza, compadreado con sus amigos de toda la vida, era abatido a balazos por matones alquilados, en plenos portales, de cara al Tacaná, a metros de la comandancia policiaca, como murió abatido el Turco, integrante de una familia que trajo consigo a este país el signo de la mala fortuna marcado en la frente, porque los liquidaron uno a uno debido a no sé qué rencillas entre finqueros revanchistas, al grado que la abuela enviaba a los nietos a la primaria con revólveres en la mochila, se decía.

Ver a un visitante estrafalario por su atuendo y por su tonillo de voz no causó mayor extrañeza que a nosotros gracias a lo de las propinas. Lo vi ese sábado y el domingo cuando vendía las revistas en las mañanas y el resto de esa semana posterior a mi cumpleaños de tarde para vender los diarios en un atmósfera soporífera o bajo esos aguaceros formidables con sol y con las avenidas convertidas en ríos. El visitante estuvo siempre solo en los Portales a pesar de que se afirmaba que había llegado con una mujer muy guapa. Si alguien lo acompañaba era el Muco René Ortega, un fornido mecánico prieto y mal hablado de Barrio Nuevo, mi vecino, mientras bebía una cerveza que le invitaba el Ronco. Mi paisano le hizo algún trabajo, un yip descompuesto, o una camioneta desbielada. El Cachuco Ronco siguió dándome buenas propinas y boleándose las botas dos veces al día para regalarle a los boleritos unos pesos, sospecho ahora. Así que hubiera sido imposible olvidarlo, no lo olvidaría nunca, y menos a partir de cuando lo vi retratado en la primera plana de *Excélsior* con un fusil en la mano en Sierra Maestra o entrando triunfante a La Habana, junto a Fidel, si bien ya con sus barbas ralas y su bigote cantinflesco y que me digo puta madre si el Cachuco Ronco era el Che Guevara, pero ¿con quién comentarlo?

No vendía ya revistas porque persuadí a mi viejo quién sabe con qué argumentos. A lo mejor porque huí de casa en tren pero me regresaron de Chahuities, Oaxaca, o porque cursaba ya la prepa y disponía de más y mejor información sobre los derechos de la clase trabajadora y revolucionaria, según

yo, gracias a cuanto leía en diarios y revistas de la capital sobre la friega que la guerrilla estaba infligiéndole al dictadorzuelo Fulgencio Batista. Mi ex novia de la primaria parecía coneja al parir críos cada año y yo iba por la vida tras mi novia en tiempos de la prepa, Clararrosa, adonde ella fuera. Pero ésta ignoraba todo de las revoluciones y tampoco quería saber algo. Los boleros de los Portales no eran ya los mismos de cinco o seis años antes, sino otros que tenían de compañeros de la niñez infame a una oleada nueva de voceadores.

Lo último que supe de la visita, gracias al Muco René Ortega, fue que el Che estuvo esperando que le arreglaran una motocicleta y que la mandó en tren de Tapachula a Arriaga, donde principiaba la carretera hacia la ciudad de México. Debe de haberse ido en tren y debe de haberse bajado en aquella población. Luego se encaramó en el aparato y tras el pedalazo y el acelerón fragoroso salió zumbando hacia el D. F., para su encuentro, ese sí histórico, con Fidel.

CUATRO

Si el Che no partió él solo en la moto pudo haberse llevado en ancas a la mujer enigmática que no salía del hotel, dijo el Muco, debido a que pescó una amibiasis por comer repollo mal lavado en algún comedero del pueblo. De haberlo sabido nosotros o de haberse enterado el Che hubiéramos constituido una guerrilla con los boleros descalzos y los voceadores vocingleros, si no una guerrilla invicta cuando menos resistente a la mala vida y tan bullangera como los zanates de mi pueblo, y yo hubiera evadido la leva familiar e invitado a mi novia de la primaria para salvarla de su boda prematura, porque a los veinte poco le faltaba para ser abuela.

Mi historia con el Che se la conté a Luzana mientras bailábamos y Sonia López cantaba *Todo sigue igual en nuestro nido, con toda esa belleza y tú no estás*, sin mencionar a la traidora que contrajo matrimonio con su maestro ni de Clararrosa. Pero juzgué que en la medida en que no le mencionara esos temas, sobre los revolucionarios y los personajes involucrados, en esa medida íbamos a tener paz, así que ¿tiene caso insistir, Flaco?, mejor vámonos con calma, mi amor, las cosas se darán de una manera natural, Flaquito, ¿sí?

La alternativa era admitirlo y guardar silencio. Además sentía chiflarme de gusto por eso de Flaquito pero sólo a ella le permitía semejantes diminutivos, una epidemia en el altiplano. Anhelaba la *pelea* mental con ella y la física debido a mi proclividad por sus dulces tetas y por sus nalguitas tibias o frescas (el diminutivo es la influencia capitalina) que palpaba y acariciaba, al meter la mano por entre la abertura de una falda escocesa que le aplaudía para que la usara a menudo. Pero también pugnaba por conciliar nuestros puntos de vista, lo que era esencial para mí. Aunque no debía ser testarudo, sino esperar un tiempo prudente porque en una de éstas, antes de la conciliación, lograría el ayuntamiento de nuestros cuerpos, el ensamble ideal y perfecto.

CAPÍTULO VIII

UNO

El Changüingua había estado bailando sin problemas con Guadalupe porque la colonia entera lo aprobaba y aceptaba. Óscar discutía con el Cule, Armando y Fallo los grandes temas según ellos, si aquél no bailaba con María Elena. Embebido en Luzana no había notado que María Elena bailaba con el Gran Zoquete cuando no lo hacía con Óscar. Creí descubrir de pronto, bestia de mí, la causa real de la omnipresencia del Zoquetón en nuestras vidas y de su trato muy estrecho con Manuel y Miguel, pero sobre todo con el primero. El Zoquetazo andaba en pos de María Elena. Eso lo explicaba todo, pero no era así y sólo años después sabré dónde radicaba su perverso interés. Esa noche de la fiesta en el vecindario de Luzana hubo una provocación, ya tarde, cuando Óscar volvió a invitar a María Elena sin que él supiera bien a bien si era su turno, nos platicó. Había dejado pasar varias piezas al enzarzarse en una discusión con Armando y Fallo sobre la revolución cubana, o sobre algún desplante de Fidel o del Che que aplaudíamos sin reservas.

Los escuchaba cuando Luzana se metía a su casa a polvearse la nariz, pero rehusaba participar en el debate porque tenía la sospecha de que iba a verme revolucionario al amar a una mujer y no con lucubraciones estériles. Óscar coincidió con el Gran Zoquete ante María Elena y vio que el grandote mantuvo extendida la mano con lo que despertó la vergüenza ajena, porque yo, maestrines, estaba con las manos atrás de la cintura mientras el Gran Zoquete se sentía mal, seguro, porque con la mano extendida sólo acertaba a moverse el nudo de la corbata, siempre con la vista al frente, sin verme ni de reojo, con la pretensión de ignorarme el muy cretino, Malena sonreía con su sonrisa entre de tímida y coqueta y nunca imaginé la sarta de estupideces que iba a vomitar el Zoquetito, pues trató de convencerla al decirle *María Elena, ¿gustarías concederle esta pieza al hombre que se las trae locas a todas en la colonia y que buscan que yo las saque a bailar?*, y también con el argumento

de *María Elena*, ¿qué te parece este modelito?, ¿modelito?, ¿no tiene un puto traje que no le quede zancón!, por cierto ¿dónde estudia este pendejo, maestrines?, ¿en la Ibero?, ¿contaduría?, por eso tiene la mente supercuadrada, así que cuando Malena se decidió por mí, todos pendientes de su decisión, el Zoquete había conseguido implantar el récord del hombre que ha hecho el mayor ridículo ante una mujer.

El Gran Zoquete se arrinconó a rumiar su descalabro y a fumar y a seguir bebiendo con Manuel y Miguel y con otros, sin que al parecer les comentara lo sucedido porque éstos se mantuvieron como si nada vergonzoso le hubiera pasado al más alto de la pandilla y al más dejado. En adelante se mantendrá a distancia de María Elena, que charlaba con Óscar si no salían a bailar los dos, en el turno de las piezas tropicales que le desagradaban a Óscar, porque tenía que bailar como Resortes o Pérez Prado, maestrines, y eso no va conmigo, paisanos, no va con un peso pluma naturalito que, según Pepe Hernández, podría dedicarse al boxeo con esta pinta de púgil que tengo, y recaudar más dinero de lo que recaudaré si el viejo me regala un despachito para la litigada en cuanto vea el pergamino.

Las repercusiones fueron al día siguiente cuando volvíamos de cenar del Prisma. El Gran Zoquete y otros aguardaban en la esquina de Torquemada y de Cinco de Febrero. Bravucones, retadores, montoneros. No fue el Gran Zoquete quien salió al paso de Óscar sino el Macuache, fornido y chaparro, con su recortada vida entera enamorado de María Elena, supimos esa noche. Pero antes del fin de esa fiesta, con varias cubas en su buchecito, Luzana me dijo que Sí al oído, que se entregaría a mí. Lo juraba por lo más sagrado de su vida, por sus padres. La había convencido de que el amor era incompleto si a la entrega mental no se agregaba la física. Nunca olvidaré esa declaración porque me cimbró como atacado por una descarga eléctrica, pero también me hizo sentir feliz, como si todo hubiera sucedido ya, como si hubiera tenido una eyaculación física y otra mental. Emocionado, identifiqué los acordes de Glenn Miller al interpretar *Serenata a la luz de la luna* y apreté con suavidad el talle de Luzana.

Es posible que la haya asustado con mi grosera erección, a pesar del traje de baño y de la piyama, porque esta noche no, Flaquito, me siento muy cansada, y qué le diría a mis papás, sí, aquí están todos tus amigos, lo sé, y podríamos escaparnos a tu cuarto y hacerlo ahí pero no olvides a mis hermanos, no me les puedo escapar, no te imaginas cómo me cuidan y vigilan y celan, quieren que yo sea para un amigo de ellos, del barrio o de la colonia o de otra colonia, pero no para ti porque eres de la selva, dicen, porque,

Flaquito, vienes a robarles las oportunidades y a desplazarlos y a quitarles a las chicas, ¿tú crees?, todo porque mis primos reprobaron el examen en la universidad y ustedes no, las chicas de la Obrera debiéramos ser para los chicos de la Obrera, dicen.

No cabía en mí de felicidad aunque sólo fuera una promesa. Brinqué de gusto no obstante la desvelada y el odio que los cuñados irradiaban contra mí. Pero llamé la atención del Gran Zoquete y de Manuel y de Miguel que me lanzaban miradas de *Muérete pinche provinciano mamertón, estamos hasta los güevos de ti y de tus paisanos, a quienes, más pronto que ya, les vamos a dar en toda su mera madre, culeros*. Yo conocía ese lenguaje de oídas y sin amilanarme fui el último que se despidió cuando la música se había ido a otra parte. Antes recogimos todo en el patio con la ayuda del Changüingua, a una hora en que mis otros amigos estaban ya en sus respectivos catres, seguro.

A la puerta del pasillo de entrada Luzana bebió unas tazas de café dobles con jugo de limón, servidas por la madre porque, según miraba, la hija se había excedido en las cucharadas.

DOS

La noche era fresca y silenciosa pero aun así hablábamos en susurros. Manuel y Miguel y el Gran Zoquete fumaban y reían o se carcajeaban a unos pasos, cerca de la señora que vendía quesadillas. Por momentos las colillas cruzaban el aire negro y caían en la calle como luciérnagas de la costa de la selva, abatidas por un vendaval. Luzana sostenía la taza de café con las dos manos o me la pasaba para que le diera unos sorbos aunque, a la que me hubiera gustado sorberme, era a ella. Bebérmela, comérmela, zumbármela. Intuí que la gran oportunidad de hacer el amor se desvanecía al tiempo que a Luzana se le disipaba el achispamiento y que iba a haber otra sólo si volvía a beber así. Pero ¿cuándo? En una siguiente fiesta, a lo mejor. Otra posibilidad hubiera sido invitarla a cenar pero ¿con qué dinero? Comida y copas y cuarto de hotel costaban quién sabe cuánto y no tenía idea del movimiento y de los precios en los restaurantes.

Sólo conocía el Prisma, al otro lado de la calzada de Tlalpan, y ahí no había taguarniz. Tampoco eran tiempos para que ella entrara como si nada por las puertas batientes de la cantina El Progreso. Igual que Fofó yo conocía de paso los Sanborns adonde iba a orinar, a leer gratis las revistas y a hojear los libros o a comprar medicinas en la farmacia. Esa situación me tenía harto porque si mi viejo me hubiera mandado el doble de dinero yo habría hecho lo posible para seguir en la escuela. Pero aun así hubiera estado del carajo. Era mejor morir de hambre que ir a la escuela sólo por un poco de dinero y que por su reducido monto *no* sirviera para tener a Luzana conmigo y para mí. Detestaba la escuela, a los maestros y a mis compañeros. Mi paso por ahí no iba a redituarme ni un cacahuete, estaba convencido. Ni siquiera serviría para escribir años después una historia ubicada en los salones o en los pasillos de la facultad de economía. Ni siquiera para crear un personaje que opacara la flamígera figura guerrillera del Che.

Tampoco crearía como personaje a un estudiante genial Premio Nobel de Economía poseedor de la receta mágica que abatiera la inflación en cosa de horas, o a un maestro que llegara a la presidencia de la República por su

habilidad para la política y su talento para trasladar al país del tercer mundo al primero. En todo eso pensaba un día después. Regresábamos de cenar del Prisma cuando vimos un tumulto en Cinco de Febrero y Torquemada. Alguien nos había invitado a papear, como decía Fallo. Quizá fue Óscar a quien recuerdo caminando con un palillo en la boca. Vimos el tumulto y apresuramos el paso mientras nos preguntábamos, intrigados, qué estaría sucediendo. Era como una veintena de adultos, chamacos y niños, hombres en su mayoría. Conocíamos de vista a casi todos. Estaban Manuel y Miguel y el Gran Zoquete y éste fue quien se desprendió del grupo y se nos paró enfrente.

El gran mulo estaba muy pálido y batalló para hallar el hilo de su mensaje, tuve la impresión. Tan sencillo como que Óscar debía liarse a golpes con el Macuache porque aquél había estado molestando a María Elena, su novia. En medio del silencio ominoso que siguió al tartamudeo del Gran Zoquete, oímos la voz de María Elena negando esa relación aunque sin aclarar si el asunto amoroso era con Óscar. A pesar de todo nos mantuvimos a la expectativa. Yo estaba perplejo por haber sospechado que el Gran Zoquete era el amor secreto de María Elena. Armando y Fallo trataron de calmar los ánimos moviendo los brazos en señal de *Calma, señores, esto se puede arreglar sin llegar a lo irracional de los golpes, ni que fuéramos animales*. Al conocer nuestra reacción muchos de ellos empezaron a gritar escudados como estaban en el anonimato. La multitud advirtió, amenazadora, que el pleito era entre el Macuache y Óscar y que nadie debía intervenir porque, dijo el Gran Zoquete, él estaba ahí para frenar la intervención de terceros. El Macuache, si es que había estado ahí pasó inadvertido.

Era un tipo de baja estatura pero de sólido empaque y parecía ser más fuerte que inteligente. Sospeché que era el clásico golpeador de la pandilla que para suplir deficiencias (falta de simpatía, falta de ideas o de ocurrencias) salía en defensa de sus compinches a puñetazos y puntapiés. Armando y Fallo se volvieron hacia Óscar como preguntándole qué opinaba él cuando vieron que nada podían hacer para evitar el duelo. Óscar se sacó el palillo de la boca y alzó la mano, el palillo y la voz por encima de la gritería, como en un mitin político para recordar que acababa de comer, muchachos, ¡una cena deliciosa!, ¡caldo tlalpeño!, ¡y no es prudente ni sano tener ahora un encuentro a trompadas!, ¡mañana nos vemos aquí mismo y a esta misma hora, y los complaceré para que atestigüen, señoras y señores, una pelea a golpes con el Macuache!, ¡o con otro!, ¡con el que ustedes elijan!

Óscar se echó a caminar, postinero, farolón, abriendo las piernas y los brazos cual *cowboy soconusquense* y nos dejó mudos. Pronto reparamos en su

estratagema y fuimos tras él sin volver la vista hacia atrás, entre las risillas de María Elena, Luzana y Guadalupe y el azoro del Macuache y del Gran Zoquete, y la furia creciente de Manuel y Miguel y en medio de una rechifla dirigida al parecer al Macuache y no a Óscar. Al día siguiente Óscar volvió a casa minutos antes de las diez de la noche cuando lo creíamos ya un desertor despreciable. La Comuna en pleno lo esperó sin hacer nada, pensativos. Incluido el Conejo que se había mudado con nosotros a partir de esa fecha.

TRES

La apuesta fue si Óscar llegaría a dormir o no llegaría y quizá si hasta no íbamos a volver a verlo, al faltar así a la promesa de liarse a golpes con el Macuache. María Elena aún no manifestaba su preferencia en favor de ninguno, aunque aclaró que con el Macuache nada de nada. ¿Le interesaba Óscar a ella como para enconar el duelo?, nos preguntamos. Lo ignorábamos. Lo que sí sabíamos de Óscar es que su cama de cedro no llegó a la Comuna y dudábamos de que tuviera un guardarropa surtido de trajes, aparte del que traía puesto y del que colgaba de la pared en su funda de la tintorería. Si mintió en eso ¿por qué no habría de mentir en lo de recoger el desafío del Macuache, no importa si un día después, como lo dispuso, en un desplante de regocijo para nosotros aunque en un tris de trastocarse en abatimiento?

Nuestro gallo —habla Armando— era sólo un pájaro nalgón.

Mientras lo esperábamos se apoderó de nosotros un sentimiento de impotencia, desaliento y decepción porque estaba en juego su palabra empeñada, la palabra de un paisano. Si Óscar no cumplía su promesa nuestro prestigio se iba a venir abajo como la pared que se desintegra en el aire ante el golpe seco de la piqueta, maestros, porque éstos de afuera no se habían metido con nosotros y nos ven diferentes porque estudiamos y, como quiera que sea, trabajamos, mientras ellos serán obreros o comerciantes, excepto el Gran Zoquete que será un sacaborrachos del montón, lo delicado ha sido meterse con sus mujeres, jeje, y si Óscar llega a pelear con ese monstrito del Macuache, vendiendo cara su vida, saldremos del brete sin que maculen nuestro honor, maestros, aunque apaleen al paisano y, si no, habremos hecho el ridículo del siglo.

Pepe se abstuvo de glosar las palabras de Armando aunque buscara burlarse de él en cada ocasión. Ya sabía que Armando le puso el Changüingua. Esa noche era de los más absortos. Óscar llegó al cuarto para las diez cuando el Conejo regresaba de haber asomado las orejas por el portón. El Conejo se había ofrecido porque nadie de aquellos *boshitos* lo conocía aún, dijo, y por lo mismo iba a pasar inadvertido jugando al

espionaje. El Conejo era de tez blanca y de cabello negro, de ascendencia yucateca y corto de estatura pero musculoso gracias al beisbol, y de piernas vigorosas porque de niño practicó el juego de pelota, decía, allá en su Mérida blanca y lo demostraba lanzando puntapiés en todas direcciones como un ágil karateca del futuro. Había estudiado con nosotros la secundaria y la prepa y vivió hasta ese día con sus padres en el D. F.

Acordaron mudarse a la capital porque luego de él —habla el Conejo— sus dos queridos *brothers* entrarían a la universidad.

El padre juzgó inoportuno seguir en su hamaca de Tapachula en tanto los hijos enfrentaban las acechanzas de la gran urbe. Pero el Conejo aguantó la estricta disciplina sólo unos meses y como consecuencia nos pidió ingresar a la Comuna, donde vulneraría las inflexibles costumbres establecidas por Fallo, no por Armando, según fuimos descubriendo. Así fue como el Conejo resultó ser el detonador para que yo abandonara la escuela. Él había dejado la casa paterna porque su viejo quería someterme como a un pendejito de seis años, por eso le dije *good by, daddy*, y él forjado en la calle aceptó que trabajara y estudiara por mi cuenta para que descubriera el genuino valor del dinero, y lo haré y le demostraré cuán chingón soy, ya verá.

El grupito de Manuel, Miguel, el Gran Zoquete y el Macuache, informó el Conejo, había aumentado en número hasta que segundos antes de la hora límite pensó que debía rendir otro informe ante la Comuna.

Eran como veinte —habla el Conejo— y estaban *very* atentos a ver si el *Caradehacha* asomaba su narizota desde el *one hundred they four*.

Óscar llegó y dijo que tuvo que tomar un taxi porque se le había hecho tarde en una diligencia grillesca. Lo recuerdo seguro de sí mismo aunque advertí un leve cascabeleo en su voz menos gruesa y estrepitosa que de costumbre, así como un salto intermitente en el labio superior para contradecir el aire de seguridad que pretendía proyectar en su actitud permanente de fanfarrón templado. Salimos detrás de él como *seconds*. Óscar se había quitado el saco y la corbata y se había enrollado las mangas. El Cule, Fallo y Armando iban a la retaguardia y enseguida el Conejo, el Changüingua con una toalla sobre los hombros y yo. Las muchachas estaban a la puerta de su vecindario y vi a la madre metiéndose en cuanto salimos, cual si sólo hubiera esperado para certificar si nos acobardábamos o encarábamos el reto. Bueno, Óscar. Nos fuimos acercando y varios de la turba se desprendieron, el Macuache al frente con la camisa y las perneras del pantalón arremangadas. Lo vi desencajado y nervioso y ridícula su figura compacta y chaparra. Atrás de él iban Manuel y Miguel y el Gran Zoquete que avanzó a zancadas y

empezó a ladrar un rollo atropellado, con amagos como el de que si alguien intervenía en el pleito él estaba ahí para impedirlo.

Fui encendiéndome porque su presencia antipática me tenía hasta el copete y porque ese desplante de superioridad con que nos hablaba era insoportable, como si nos hiciera un favor al hablarnos, como si se dirigiera a seres minúsculos del inframundo. De no haberme enfurecido y de no haber visto de soslayo a Luzana, atenta el desarrollo de los sucesos, no hubiera hecho lo que hice. Qué mejor que habérmela jugado, pensaría después, porque o me mataba o lo ponía en evidencia. Di varios pasos para enfrentarlo sin medir las consecuencias de un repentino rodillazo a los bajos, o de un cabezazo a la nariz como luego vería pelear a los capitalinos al aplicar el *descontón*, impropio de caballeros o de quien conozca las reglas del boxeo, pensé siempre. Di varios pasos hacia delante y lo encaré gritándole que cerrara el hocico y que se abstuviera de ponerle reglas a nadie, porque nadie lo había hecho réferi.

CUATRO

El tipo enmudeció y permaneció boquiabierto, lelo, mientras buscaba de reojo a las hermanas Martínez y a Manuel y a Miguel, sin verme a mí. Envalentonado y presa de la rabia que me estalló desde el fondo de las entrañas biliares capturé su corbata que enrollé y sujeté con firmeza para tirar de ella con vigor y determinación animales. Cuando sus ojos parecían a punto de saltar de las cuencas le asesté varias cachetadas que restallaron en medio del silencio expectante de sus seguidores. No sé cuántas fueron, como diez, diría el Changüingua, aunque Armando, Fallo, el Cule y el Conejo contaron cuatro o cinco. Fueron bofetadas estruendosas que mis amigos y Luzana cerraron los ojos por la dureza como las asesté, dirían después. Temían que me las devolviera porque con una de las suyas te habría arrancado la cabeza, Flaquito, pues Yeyo tiene fama de malvado, por eso me aterró, nunca lo había visto bocabajeado, ni se me hubiera ocurrido, creíamos que nadie lo enfrentaba porque parecía un golpeador capaz de mandar al enemigo al otro mundo de una trompada.

El Gran Zoquete encajó las cachetadas pestañeando y quedó ahí petrificado y mudo. Sus amigos estaban igual paralizados. Aproveché para gritarle que debíamos, antes que Óscar y el Macuache, darnos un entre de cabronazos, Zoquete, para establecer de una vez por todas la línea que tú nunca vas a volver a cruzar porque te la vas a ver conmigo. Pero el Macuache rompió el encanto de mi triunfo momentáneo aunque casi absoluto, casi, sobre el Gran Zoquete porque barbotó que la bronca era entre él y Óscar, con nadie más. Se trataba de su pelea y de su noche, no de la mía ni de la de Yeyo. El mulo cobardica de dos metros de alzada pensó lo mismo porque nada dijo. El Macuache acababa de salvarnos de una bronca que hubiera terminado quién sabe cómo. Lo cierto es que sentí una poderosa sobrecarga de energía y pensé que el Gran Zoquete era un bulto, como dirían los cronistas de boxeo.

CAPÍTULO IX

UNO

Luzana tenía razón, nada me hubiera salvado de un golpe del Gran Zoquete, uno solo. Habría mordido el polvo quién sabe por cuánto tiempo. A la aclaración del Macuache de que era su bronca se sumó el griterío de la multitud. Quizá para desentenderse del ridículo que estaban haciéndole pasar al Gran Zoquete al ser abofeteado en público, y qué público, toda la colonia, su colonia, mi colonia, con su amigo íntimo de testigo Manuel y Luzana y Guadalupe. Óscar intervino también para sosegar me y decirme al oído que bastaba y sobraba con lo hecho, maestrín, toda una hazaña, tú ya puedes decir *vini, vidi, vinci*, y más vale no empañarla con ningún desplante.

Segundos después, como volviendo de un sueño donde había expuesto el pellejo al enfrentar al Zoquetazo, vi los movimientos de Óscar y del Macuache a lo largo y ancho del asfalto entre la Comuna y la casa de Luzana. Cabeceaban en guardia y giraban en torno a un algo invisible al fintar con los puños amartillados. La gente se movía con el ritmo del desplazamiento enérgico de los rijosos en las banquetas o abajo. Ni un sólo automóvil giraba de Cinco de Febrero hacia Torquemada. Empecé a dudar de Óscar respecto a sus clases de boxeo durante esos primeros segundos del pleito, debido al cúmulo de mentiras descubierto en torno a su persona, la novia rica y poderosa, los tres mil pesos de mesada y la cama de cedro y los cinco trajes. Óscar tenía guardia de boxeador y se desplazaba como tal pero eso lo hacía cualquiera que hubiera tenido dos o tres pleitos de chamaco y capacidad de observación, pensé. Mas nuestro amigo empezó pronto a demostrar su aprendizaje con Pepe Hernández, inventor del *Ratón Macías*, el campeón mundial gallo, y quizá nuestro paisano ya estaba encomendado a la virgen de Guadalupe, no para conservar su perfil de *Caradehacha*, para no empeorarlo, porque lanzó un *jab* y estremeció la cabeza del Macuache.

Fue tan contundente la trompada que lo aturdió. Un murmullo de asombro se levantó de entre el gentío. En cuanto cesó de sacudir la cabeza como si se reacomodara la sesera, el Macuache se abalanzó resoplando sobre Óscar mientras lanzaba una andanada de golpes nada ortodoxos. Los sopapos del Macuache batían el aire y no hubiera sido extraño que se los propinara él mismo. Óscar se echaba hacia atrás, sin aspavientos, se cubría el rostro y el cuerpo con los brazos, en forma alterna y eludía con pericia y elegancia la máquina dispara-trompadas, una máquina desconchinflada y sin control. De repente Óscar dio un paso lateral y el Macuache embistió a la multitud y derribó a dos mirones. Tras el primer *jab* en su contra vinieron otros. Los seguidores del Macuache ya no gritaban, ya no pedían la cabeza de Óscar, seguían el curso de la pelea, ensimismados y desalentados. De nosotros nadie gritaba porque el único grito a lanzar era el del remate, que luego del *jab* disparara un gancho a la mandíbula para noquearlo.

Pero no tenía caso porque mientras mayor era el número de rectos que Óscar asestaba en la nariz o en los pómulos o en la frente, el Macuache perdía peor el control y atacaba con la cabeza por delante, encorvado, como ariete, lanzando trompadas locas. El paisano le infligía un coscorrón a la mollera si pasaba de largo, al fallar, lo cual provocaba mayor enojo en su rival. Óscar no estaba boxeándolo, estaba toreándolo. Aún recuerdo el ruido de los zapatos de piel al raspar el asfalto. Aún recuerdo la cara tumefacta del Macuache que no llegó a sangrar porque su calavera parecía forrada de un cuero bien curtido. Aún recuerdo la expresión de ansiedad de las hermanas Martínez, rígidas, en el meneo de la cabeza pero estirándose para no perder detalle, manos entrelazadas a la altura del pecho. Tampoco olvidaré cómo terminó el combate. El Macuache había aguantado los golpes de Óscar, que no pareció emplearse a fondo, diría también el cronista de boxeo. Era obvio porque buscaba ridiculizar al Macuache.

Si éste pensó en una bronca de callejón como tantas de las que había tenido, pronto supo que no iba a ser así. Tiraba los golpes y los erraba, nervioso. Su gran esfuerzo sin control y los *jabs* de Óscar atenuaron la vehemencia de la embestida y entonces el Macuache buscó la lucha cuerpo a cuerpo, enconchado, para arrinconar a Óscar. Esa proximidad le permitió acertar un golpe, uno, en la nariz, el talón de Aquiles de Óscar. Fue un mandarriazo que salió del nudo trenzado que formaban los brazos y las dos cabezas calientes, una más que otra a causa de los cocotazos al centro de la coronilla. El suceso coincidió con que varios adultos intervinieron para detener la masacre, convencidos de la derrota del Macuache. Sus amigos le

aplaudieron los intentos numerosos de asestar sus mandobles, que erró, salvo el puñetazo en la frágil nariz embarazada de nuestro amigo, el peso pluma *naturalito*. El golpe volado nos hizo también intervenir porque algo horripilante se le dibujó a Óscar en la cara una mueca, un rictus.

El Changüingua se apresuró a cubrirle el rostro con la toalla y aceptamos el fin del pleito. Las hermanas Martínez, que aplaudían discretas, siempre con las manos a la altura del pecho, parecieron decepcionarse. Llevamos a Óscar corriendo al sanatorio en la acera oriente de la calzada de Tlalpan, que veíamos cuando cenábamos en el Prisma. Partos sin dolor, doscientos cincuenta pesos, rezaba el letrero luminoso. ¡Una emergencia!, entramos gritando. Óscar tenía las manos en la nariz como si se la hubieran arrancado y temiera perderla. El médico de guardia lo llevó sin dilación a la mesa de operaciones y sobre la marcha le contamos lo sucedido. En cuanto Óscar se recostó, los ojos entornados, el médico le quitó la toalla y lo que vimos fue espantoso. Sentí un escalofrío interminable en mi espalda sudorosa.

DOS

Óscar tenía chueca la nariz pero sin gota de sangre, como si un caricaturista le hubiera dibujado una faz ridícula con trazos malévolos. El médico observó impassible el apéndice nasal y luego murmuró algo así como *No hay problema, muchachos, esto es pan comido*. Se lavó las manos con agua y jabón, se las secó en una toalla blanca sin dejar de observarnos por el espejo del lavabo, en una actitud de *Véanme qué fregón soy*. Le ordenó al paciente que se agarrara de los filos de la plancha y empezó a frotarle el rostro con la delicadeza del barbero que aplica sus polvos o sus menjurjes. Recuerdo a Óscar tenso, piernas abiertas y rígidas, desprovistas de la flexibilidad exhibida en la pelea, y nosotros mudos. De súbito, en una maniobra relampagueante, el médico le enderezó la nariz produciendo, con el violento reacomodo, un crujido similar a la fractura de un huacal de pollo. El aullido de Óscar se oyó hasta Huehuetán, su pueblo. Al día siguiente la operación parecía olvidada pero no el pleito. Manuel y Miguel nos invitarían unos tragos al Conejo, al Changüingua y a mí en la cantina El Progreso sin la presencia abominable del Gran Zoquete. Los hermanos estuvieron amistosos y parlanchines y sobre todo espléndidos.

Las mejores cartas, Yeyo y el Macuache, habían sido derrotadas en toda la línea —habla Manuel—, lo cual era digno de celebrarse. No porque hubieran muerto dos reyes y vivieran los nuevos sino porque los vencedores eran de la misma colonia y no de la Buenos Aires o de la Portales, lo que hubiera sido del carambas.

No creí haber derrotado al Zoquetón porque estaba lejos de haberlo conseguido en el terreno donde se vieron Óscar y el Macuache. Pero sí lo había ridiculizado, y no era mi enemigo, jamás lo imaginé contrincante en amores porque para mí sólo era una sabandija despreciable, quizá yo lo era también para él. Pero sentí lástima por el Zoquetón desde que le di la bofetiza ya que, detrás de su máscara de autosuficiencia, podía esconderse un tipo inseguro como yo. Aunque me importaba un rábano si él era un inseguro y si yo le caía mal. Al día siguiente, al ver de cerca a Manuel, sentados a una mesa

limpia, fresca y espejeante de El Progreso, reparé en que el hermano mayor de Luzana era de baja estatura y de complexión regular. Manuel usaba brillantina y se peinaba hacia atrás para ampliar apenas una frente estrecha, con unas cejas muy delgadas y una nariz larga y ganchuda. Miguel, el menor, era más alto y más fuerte y robusto. Tenía siempre el cabello revuelto y sin brillantina, con una frente espaciosa y nariz recta y los ojos un tanto entristecidos. Parecía menos tieso y menos reflexivo que el hermano mayor. Se le atribuían ocurrencias intrépidas como cruzar la calzada de Tlalpan (antes de la construcción del metro) mientras esquivaba en seis carriles otras tantas filas de vehículos vertiginosos, a escasos centímetros de su cuerpo como si fuera un torero vial suicida.

No le gustaba cruzar el túnel —habla Miguel— porque olía a meados y todo lo demás.

Los hermanos trabajaban en una imprenta con el padre y debieron de haber cursado sólo la secundaria. El intento de acercamiento fue de nosotros, admitieron, con la fiesta memorable, doña Pelos incluida.

La pachanga había sido capitalizada por Yeyo —habla Miguel—. Se puso de acuerdo con doña Pelos para cobrar *tanto más cuanto*.

El efecto de la revelación fue como el producido por un mazazo a la nuca. Vi al Changüingua y vi al Conejo, que ya había oído hablar de aquel sainete, y los dos abrieron también los ojos con asombro. Manuel y Miguel criticaron el negocio de la explotación del cuerpo de doña Pelos mas aceptaron que, igual, cayeron ebrios en la trampa de la lujuria como todos los demás. Incluso Miguel había *incurrido* dos veces aunque el Gran Zoquete le hizo un descuento por repetir la *hazaña*. Luego el Zoquetazo fue de soplón con algunas muchachas. Fallo escuchó al Gran Zoquete cuando chismorreaba con una chica sobre lo que ocurría en el cuarto de baño. Buscaba una coartada, coincidimos en opinar, sentados alrededor de la mesa de cantina. El Campana II, chavos, nada tuvo que ver, antes al contrario, fue quien amenazó con denunciarlos y quizá se negó a rajar porque el Yeyo, puro *blof*, ya nos dimos cuenta, acojona a muchos con su tamañote y con la *piña* de que tiene un tío *judas*, que es cierto pero el pinche tío es empleado en el laboratorio de fotografía y no detective, ¿verdad, Manuel?

Ahora me pregunto si el Campana se negó a echar de cabeza al Gran Zoquete por miedo al supuesto *judas*. No lo creo. Quién sabe qué fue lo que pasó en verdad la noche de la orgía barriobajera. Pero en los hermanos Martínez algo pesaba aún en su ánimo, a pesar de la fiesta y de los servicios sexuales de doña Pelos, porque nos veían con recelo.

Les robábamos las oportunidades no sólo en las escuelas —habla Miguel— sino que también buscábamos escamotearles a las novias.

Pero el primer asunto les era indiferente porque la escuela ya no les concernía y en cuanto a las muchachas, a las hermanas, a Luzana para ser precisos, no quisiera estar en tu pellejo, Crispín, porque es muy carrascalosa y alzada y nadie le ha entrado a domesticarla.

Ni que fuera mula —habla Manuel—, y él no recordaba quién habían sembrado la animadversión de los habitantes de la Obrera contra los soconusquenses de Torquemada ciento treinta y dos, interior cuatro.

Pero salud, chavos, salud, hermano, y ojalá vivan muchos años aquí, seremos grandes cuates, olvídense del Yeyo y del Macuache, no iban a ser los Juan Camaney toda la vida, ¿verdad?, salucita de la buena.

TRES

La vida y sus vueltas impredecibles asombraban. En cuanto a los Martínez, nuestra relación con ellos era otra ya por completo, gracias a mi desplante con el Gran Zoquete y a la golpiza que Óscar le había propinado al Macuache, si bien el cambio fue favorable sobre todo para mí porque al Changüingua la colonia lo aceptó desde el principio. Esa noche de cervezas y de cubas y de botanas en El Progreso sucedió también que recibí del Conejo la invitación a que trabajara en la venta de productos Stan Home. La actitud aprobatoria de Manuel y de Miguel, que deseaban tener un cuñado próspero, hizo que renunciara a la escuela. Aun cuando trataba de mantenerme en la posición de que los hermanos nada iban a aprobar o a desaprobarme en mi trato con Luzana, la situación iba a ser bastante llevadera si los tenía de mi lado y no frente a mí torpedeándome la relación con ella. La noche siguiente, al regreso en autobús de Ciudad Universitaria, cavilé sobre los argumentos y términos en que le escribiría a mi padre sobre el plan que llevaría a cabo hasta el mismo día de mi muerte.

Era consciente de que nada iba a frustrarme el resto de los años si hacía lo que deseaba hacer, escribir. No había nada peor y nada más triste que ver hacia atrás (conocía a dos o tres casos) y lamentarse de no haber hecho el intento cuando menos de lograr lo que uno anhelaba, como lo es dedicarse a cierto oficio o profesión. Tan sólo con satisfacer tus gustos, con alentar tus proclividades, supuse, atenderías los llamados de la vocación. El resto llegaba por añadidura. Leer mucho, volver al cine como en los años de prepa, es decir todos los días, escuchar música y viajar. ¿Faltaba algo? Disciplina. Pero intuía que noventa y nueve por ciento de la disciplina es producto de la obsesión, y no sé por qué pero estaba persuadido de que esa obsesión y la pertinacia no iban a flaquear en mí ni a agotarse. También consideré que nada importa el ser mejor que los otros. Eso era lo de menos. Lo importante es ser mejor que uno mismo. La competencia es con uno mismo, con ninguno otro.

Los escollos nacen con uno y hay que tumbarlos a como dé lugar, caiga lo que caiga y se quede atrás lo que se quede atrás. A mi lado iban a permanecer

los que estuvieran de acuerdo con mi modo de actuar aunque tampoco debía importarme su abandono. A los que permanecen a tu lado nada les exiges, porque ninguna ayuda necesitas en este oficio solitario. Sólo tienes que permanecer alerta para que no estorben. Llegué a casa con la determinación de escribir la carta. Todo era bajo mi estricta responsabilidad y a nadie debía culpársele. Necesitaba el dinero otros dos meses, si mi padre lo juzgaba pertinente. Entonces lo relevaría del compromiso. No tenía por qué sostenerme más tiempo. La respuesta llegó en una semana. Respetaba la decisión y me deseaba éxito. En cuanto al dinero bastaba con un mes. Luzana se mostró un poco triste por mi salida de la escuela y el único comentario adverso fue sobre mi paso inútil por el ramo de las ventas, porque, Flaquito, estás retrasando el salto a tu vocación de escritor, debieras entrar a un periódico para acercarte al medio donde deseas desenvolverte.

Pensé que ganaría algo de dinero con la venta de productos para el hogar y le pediría ayuda a Javier por medio del Changüingua para entrar a un diario, como *El Día*, donde aquél trabajó. El Conejo había encontrado por casualidad a una compañera de la prepa en Stan Home de México y ella lo animó a darse de alta en ese ejército, y el Conejo a mí. Pero mi paso por las ventas duraría una semana. Conseguimos la firma de don René Rosado, padre del Conejo, a modo de aval por un portafolios con folletos y con muestras de los productos gringos para exhibirlos en las demostraciones. Aún tengo en la memoria la severa mirada paterna fija en nosotros, sentados en la sala del apartamento de la familia Rosado en la colonia Narvarte. El papá del Conejo preguntó muy serio si estábamos dispuestos a recorrer la ciudad a pie, de puerta en puerta, vendiendo ollas, sartenes, lociones, cepillos.

No sabíamos lo que nos esperaba —habla René padre—. Los portazos en la nariz iban a estar a la orden del día, mejor cartero.

Sin embargo nada nos costaba probar, terminó diciendo el padre del Conejo, y probamos y el primer día recorrimos con la minuciosidad de los inspectores sanitarios una parte de la zona que nos asignaron al norte del D. F. La recorrimos juntos porque cometimos el error de caminar en pareja. Al segundo día fuimos menos minuciosos y al tercero superficiales. No había nacido para vender nada, supe en una semana. Esa actividad nunca sería atractiva para mí y de romántica cero. Hubo portazos a la nariz, perros furiosos, mujeres avinagradas, sirvientas groseras, niños chillones, hombres malencarados con barba de días. Oh, don René, de carteros hubiéramos sido menos infelices. Devolví el portafolios y recogí la carta-aval y nada quise saber de ventas por lo menos el resto de mi vida. Como vendedor ni siquiera

ocurrió parte de cuanto había imaginado que ocurriría, que una mujer treintañera, alta, morena y de crenchas azulencas, o rubia y de ojos azules, pusiera en mis manos, incluso antes del *¿qué se le ofrece?* una cuba libre.

Sin preámbulos que retozáramos en su cama mientras ella clamaba que fuera su amante, o bien que encontrara a la muchacha ideal idéntica a Luzana pero con vocación de escritora y huérfana a causa de la muerte de sus padres en un accidente automovilístico o en un terremoto, y que disfrutara de una herencia de millones de pesos en un apartamento muy mono con alfombras y muebles blancos, cuadros y esculturas, sin camastros plegadizos ni cucarachas ni chinches, donde nunca más viera los enormes pies del Cule ni escuchara los eructos de dragón ni los flatos de paquidermo del Changüingua, y donde ella exigiera, colgada de mi cuello, que la acompañara el resto de su vida para compartir el deseo ardiente de hacernos escritores, mientras nos amábamos, entre cuartilla y cuartilla o capítulo y capítulo que escribiéramos.

CUATRO

Pero nadie me invitó a que pasara a su casa. Nadie me ofreció un vaso de agua y la única demostración tartamudeante de los productos fue a las amigas de mi futura suegra. Compraron unas cuantas baratijas por cuya venta ganamos cien pesos que el Conejo y yo dividimos, justo diez por ciento de mis ingresos mensuales gracias al envío de fondos de mi padre. Nunca fui a cobrar ese dinero porque mi pasta no era de vendedor, aprendí en esa experiencia. Quién sabe de qué era pero de vendedor no. Soñé de nuevo despierto con que un trabajo a mi justa medida sería la de leer y escribir, y me pregunté dónde estaba ese trabajo y quién sería el patrón dispuesto a pagarme por ello. Muchos años después descubriré que mi patrón soy yo mismo, ninguno otro. Aunque no lo sabía, distraído como andaba en pos de los hueseuelos de Luzana. También sabré que no importa soñar despierto, siempre y cuando traslade esos sueños a la máquina, a la tecla, al papel, y consiga quien los venda en mi nombre. No obstante apuré al Changüingua a que me llevara con Javier para que éste me recomendara en un periódico.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

UNO

Al día siguiente acompañé al Changüingua a la oficina de Javier, el novio de Ivonne, para verlo en su oficina de la Zona Rosa con los muebles indispensables y una biblioteca mínima donde Javier hacía la revista *Rich*. En un librero llamaron mi atención los volúmenes forrados de papel manila color beige, tal como protegen sus libros los colegiales. *Caos no tiene plural* era una anotación manuscrita que descubrí en la primera página en blanco de *Pedro Páramo*. El cuñado de Pepe me felicitó por mi deseo de reclutarme en un diario y recuerdo con claridad entre otros consejos ese según el cual si llegaba a necesitar plata porque el sueldo del reportero era miserable que no olvidara la publicidad. De ningún modo se justificaba recibir igualas de los jefes de prensa, los despreciables y malditos embutes. Javier escribió una carta a Eugenio Múzquiz, jefe de redacción de *El Día*, a quien salí a buscar corriendo. Fulano de Tal *quiere mamar el periodismo* decía en una de las líneas, recuerdo bien. Compré el diario en la calle.

Era una mañana de primavera y Eugenio Múzquiz, de tez blanca y muy serio, sosia de Anthony Quinn, aunque más bajo de estatura, estaba de pie enfundado en un traje negro, camisa blanca y corbata roja, a pesar del calor. Olvidé ejercitar mi capacidad de observador debido a los nervios. Había entrado al edificio de tal modo resuelto, sudando y atolondrado, que fui a parar a la mesa de redacción. El jefe no pudo menos que atenderme y suspendió la lectura de los diarios esparcidos sobre una gran mesa, abrió la carta y se dispuso a leerla siempre con aire de extrema seriedad. Al terminar tomó el teléfono y dijo que hablaba Múzquiz y que ahí le enviaba a un candidato para el examen. Me pregunté qué clase de prueba sería esa. El jefe de redacción de *El Día* pidió que bajara a los talleres con el señor Perengano. Él iba a hacerme la prueba de corrector de galeras porque no había plazas de auxiliar de redacción y mucho menos de reportero. Lo que yo deseaba era ser

ayudante o mensajero, hubiera querido decirle, aunque mi atrevimiento resultó mayor que la conciencia exacta de mis alcances.

Sin chistar obedecí porque deseaba jugármela y en la planta baja hallé al señor Perengano en mangas de camisa. Jugaba pokar con otros hombres. El único movimiento ahí era cuando arrojaban las cartas al centro de una mesa pequeña. Nadie trabajaba ni ante los linotipos ni ante la rotativa. Era el descanso de los linotipistas, formadores y rotativeros tras el tiro de la edición. Recuerdo con nitidez el olor a tinta y a grasa y a papel periódico. Los tipos me vieron y sonrieron de burla, estoy seguro. Yo era el del examen, les dije con cierta firmeza aun cuando sudara de nervios. El señor Perengano dejó sus cartas bocabajo y señaló una silla ante una mesa basta y tomó asiento frente a mí. De la gaveta sacó un papel manchado de tinta y roto en los dobleces. Iba a dictarme diez palabras y al terminar las cotejaría con las de ese papel.

Entonces sabríamos si yo era trucha para la ortografía o no lo era —habla don Perengano—, requisito necesarísimo para ingresar al Departamento de Corrección de Galeras de *El Día*.

La cosa era estar dentro, pensé. No importaba si en los talleres. Dependería de mí si lograba o no mi traslado a la redacción. No me veía jugando cartas con los linotipistas o rotativeros porque el juego no era para mí. Mientras ellos apostaban albureándose, quizá, permanecería en un rincón tumbado leyendo, comencé a soñar confiado en mi capacidad gramatical. *El Día* poseía un prestigio significativo y en la escuela lo reputaban como un diario de combate. No era otro el periódico donde quería comenzar era justo ahí. Don Perengano dictó las palabras y las repitió dos o tres veces sin que se lo pidiera. Por instantes él echaba un vistazo a sus amigos y sonreía conmisericordioso. Yo sonreí para mis adentros cuando dictó la palabra *escasez*. Su carta fuerte, sentí, no sé por qué. Quizá porque sonrió embelesado. Pero yo lo iba a *matar*, sentí también, con la facilidad que me daba haberla leído cientos de veces en los libros de economía, y de haberla escrito otra cantidad parecida. Le pasé el papel seguro de haber tenido un examen demasiado fácil. El resultado fue desastroso porque fallé en cuatro de las diez palabras.

El señor Perengano lo dijo sonriente, dichoso, como si buscara, no a un subalterno para corregir las galeras, sino a un analfabeto o subnormal a quien reprobar. No era posible, pensé. Increíble. Mientras recuerde el trance de la reprobada no olvidaré las palabrejas *subversión*, *absorber*, *idiosincrasia* y ¡*jexuberante!*, mi pifia mayor porque escribí *exhuberante*, yo, que venía de la selva emputecida de verdor, según Ricardo Poery, reportero de *El Día* por cierto, y paisano, a quien conoceré años después. Don Perengano volvió

risueño con sus compañeros que mantenían una expresión de algo así como *¿Qué pasó con este Bartolo?* Don Perengano agitó varias veces la mano derecha, el pulgar hacia abajo, gozoso, triunfador, pulverizándome el espíritu, destrozándome el sueño de meses, de años y reanudó la partida tras desentenderse de mí con maldiciones acaso por la inútil interrupción. Volví desanimado con Múzquiz que seguía de pie con el hojeo de los diarios y al adelantarme al informe de don Perengano le confesé mi fracaso a quemarropa. Quién sabe qué cara puse pero aquel hombre serio y vestido de negro preguntó si quería en verdad ser periodista y ante mi respuesta afirmativa con meneo de cabeza porque si hablo quizá emito un gemido de desaliento, me dio una tarjeta para Antonio Elizondo, jefe de redacción de *El Diario de México*. No le besé las manos pero como si lo hubiera hecho porque le di las gracias con efusividad.

DOS

Esa tarde conocí a Antonio Elizondo, moreno, cabello peinado hacia atrás, a partir de una frente despejada, con gafas de negros arillos, un brillo pícaro en los ojos y de pómulos altos. Vio la tarjeta y sonriente, sin pensarlo mucho, pidió que lo siguiera al escritorio de Carlos G. Basurto, el jefe de cables. Todo en segundos. Basurto me explicó deprisa lo que debía hacer. Treintañero, rechoncho, sonrosado y lampiño, iba y venía por la redacción con su andar chaplinesco y nervioso, la camisa arremangada, con los fajos de cables de las agencias noticiosas para cada jefe de las diversas secciones. El trabajo era poco debido a que sólo teníamos el servicio de la France Press. Ahí estaré un tiempo cortando los despachos de la AFP mientras conozco el movimiento del periódico. Los cables se ordenaban por temas y se punteaban, es decir se les ponía comas y acentos y se le marcaban las mayúsculas. A base de leerlos aprendería el estilo conciso de los redactores de las agencias, dijo Antonio Elizondo. Según mi desempeño iba a acompañar a los reporteros en el recorrido por las *fuentes*.

Mi primera tarde de aprendizaje fue especial porque el teletipo recibió sucesivos *flashes* de la muerte de sir Wiston Churchill, a los noventa y uno. Gracias a ese único servicio de agencia Basurto reportaba en el aeropuerto, explicó, y en cuanto arreglaran su automóvil le acompañaría a la mejor *fuerce* de información del mundo, compa, para aprender el oficio, entre tanto, con pequeños *arreglos*, compa, una secretaria de la sala de prensa me manda el boletín de los personajes que llegan o salen, así que no hay pierde, compa, no hay pierde.

Yo pensaba que la mejor *fuerce* era la policiaca porque los mejores reporteros aprendían a reportear ahí, según estaba enterado de oídas y por los dos libros de periodismo que había leído. Pero no iba a contradecir a Basurto. Lucubré que a lo mejor ni Hemingway ni Denegrí *cucrieron* policía y menos Faulkner.

No, la mejor *fuerce* de información era la del aeropuerto —habla, insistente, Basurto—. Lo mismo se entrevistaba a un presidente que a un

dictador, a un rey que a un diplomático, a un líder político que a una estrella de cine o a un poeta y, si caía por desgracia un avión, era la oportunidad de ejercer las facultades del narrador, en estado larvario en todo periodista, al redactar una crónica.

De la mañana a la noche había cambiado mi suerte porque tras mi fracaso matutino en *El Día* sentí el impulso de levantarme de la lona y probar fortuna esa tarde en *El Diario de México*. Nunca lo había leído aunque destacaba en los puestos por su sección de deportes de color uva. Tenía un pequeño prestigio gracias a articulistas como Renato Leduc con su columna *Banqueta*, Víctor Rico Galán con *En veinte líneas* y Alberto J. Camelo con *Movidópolis*. Me llamaban la atención los comentarios de Efraín Huerta a cada capítulo de *Los hijos de Sánchez*. Se publicaba en una plana completa, arriba la transcripción del capítulo y abajo el texto del poeta Huerta. Esa noche le conté a mis paisanos cómo había ingresado al diario y le pedí al Changüingua que le diera las gracias a Javier. También lo haría en persona. El entusiasmo con el que estaba platicando mi hazaña se convirtió en desconcierto cuando el Conejo preguntó por el sueldo de corta-cables, que yo había olvidado preguntar. No cobraría un centavo, sospechaba. Pero guardé en secreto esa sospecha porque se hubieran mofado de mí.

El Cule habría dicho que nada más los asnos trabajaban gratis y Armando y Fallo guardarían silencio quizá comprendiéndome. No ganaré un centavo durante un año porque el periódico cerrará sus puertas debido a una huelga. Tampoco olvidaré mi paso por esa redacción ni negaré mi origen de reportero y de las condiciones en que principié en el oficio. Luzana se puso feliz porque yo necesitaba eso, empezar no importa si desde abajo, Flaquito, es como salen mejor las cosas, sí, lo sé, no buscabas empezar de director, así está bien, creo, después, con trabajo y dedicación, reportearás y, en unos años, serás director.

Lo que yo anhelaba era escribir historias, olvidaba ella. Cortas o largas pero historias inventadas o recreadas por mí, no la de los sucesos cotidianos. Pero esas aclaraciones hubieran sido inoportunas. Ya llegaría el momento de hacerlas, cuando viviéramos juntos, casados o no. Le diría algo así como *Voy a renunciar al periodismo porque, recuerda, pasaría por ahí sólo para llegar al punto donde debo principiar a escribir mis cosas*. Trabajaría en casa, en los cafés o en los parques mientras ella iba a su consultorio. Pero el periodismo me atrapó. Los reporteros de las políticas, las de mayor importancia, dijo Basurto, estaban frente al subdirector Wilfrido Cruz Molina y frente al jefe de redacción Antonio Elizondo. Los que *cubrían* las dependencias oficiales, ante

el jefe de información Carlos Cuevas y, los de policía y de deportes y de espectáculos, al final.

El último tramo lo presidía Carlos G. Basurto en su escritorio, el teletipo de la AFP y un sofá para visitas donde leía si faltaba trabajo. Al fondo, en el lado sur, se subía a un tapanco del director, cargo acéfalo. Temprano veía llegar a los periodistas y a las siete de la noche la redacción era un hervidero de gente que trabajaba a todo vapor. El tecleo me producía emoción y cosquilleo en los dedos porque deseaba escribir cuanto antes, pero debía ser paciente. Antonio Elizondo daba un paseo por la redacción de cinco minutos y escribía veloz su columna diaria *Memorandum*. Era asombroso que invirtiera sólo minutos en pensar el tema y que se sentara y lo escribiera y corrigiera una sola vez.

TRES

Esa destreza la daba el oficio constante de muchos años —habla Carlos G. Basurto—. La práctica y desechar miles de cuartillas y publicar otras miles, compa, muchas.

Los reporteros de policía me dijeron cierta noche que olvidara Cables y de ir algún día al aeropuerto porque la mejor *fente* para aprender a reportear la *cubrían* ellos, la policiaca, no había otra. Carlos G. Basurto estaba de acuerdo pero el ambiente en el aeropuerto era incomparable ya que poco o nada se trataba con policías y menos con hampones. Ante la presión de Gilberto Rojo Herrera, el jefe de los reporteros policiacos, Basurto terminó por citarme una mañana en el aeropuerto. Los colegas experimentados se juntaban en la oficina de prensa a jugar dominó mientras los novatos y suplentes recorrían las salas a la caza de noticias. Redactaban un boletín que se distribuía al concluir la jornada. Los viejos periodistas se animaban a reportear, suspendiendo la partida de dominó, si salía o llegaba un personaje importante. En mi primera visita al aeropuerto, el canciller Antonio Carrillo Flores partía hacia Washington. De súbito estuve frente a él tomando notas en unas cuartillas dobladas a lo ancho, cual me había enseñado Basurto.

No creí tener derecho a hacer preguntas pero sí a ejercitar las anotaciones. Tampoco hubiera podido hacer ninguna por los nervios y porque ignoraba todo de la diplomacia. Nunca olvidaré a Carrillo Flores porque escupía al hablar y yo estaba hasta delante y mero frente a él. Acepté la invitación de los policiacos cuando llevaba cuatro o cinco meses en cables. El automóvil de Basurto tenía semanas descompuesto pero había publicado *la de ocho*, la nota principal, con una entrevista al Secretario de Hacienda en el aeropuerto. Hasta ahí. No podíamos ir a reportear sin el coche. Pero algo sucedió y me fui con los de policía. Un impulso, otro, porque un impulso me había llevado al periódico, no importaba que como meritorio gracias a la recomendación a la mexicana. Quizá advertí mejor movimiento noticioso en policía porque iban a detener al general Humberto Mariles, medalla de oro olímpica, acusado de

matar a balazos a un albañil, o porque Bernabé Jurado era sospechoso de matar a su secretaria que en apariencia se había suicidado.

Me interesaba el caso de Jurado por encima del de Mariles porque había defendido como litigante al escritor William Burroughs cuando a éste se le escapó un tiro y mató a su esposa en un hotel del D. F. Los reporteros *voladores* escribieron con más amarillismo que imaginación que Burroughs le había disparado a una manzana puesta sobre la cabeza de su mujer y le pegó el balazo en la frente. Intuí que debía aprovechar el tiempo debido a la huelga que estallaría en el diario. Gilberto Rojo Herrera, Antonio Sánchez Estrella y Miguel Hernández Cerón, reporteros de policía, me aceptaron de aprendiz. Alberto Juárez Parra, a cargo de las judiciales, estuvo de acuerdo. Los cuatro nutrían la plana que diagramaba Carlos Cuevas Paralizábal, jefe de información, que escribía también su columna *Comentario*. Las infanterías eran Antonio Sánchez Estrella y Miguel Hernández Cerón, y por encima de ellos, como jefe de plana, Gilberto Rojo Herrera.

La cita con Hernández Cerón era en la oficina de prensa de la Procuraduría del D. F. Juntos iríamos de un incendio a una balacera, de un avionetazo al recorrido por las delegaciones. Tenía un coche destartado pero funcionaba no como el de otros, y vi siempre aparatos de radio despanzurrados en el asiento trasero. De cabellos negros y lacios y gafas negras, Miguel Hernández Cerón gastaba trajes oscuros y si reía los pelos dispersos sobre el labio superior contrastaban con la dudosa blancura de sus dientes cuadrados y disparejos. Traía un bulto visible bajo los faldones del saco, *El Diario de México*, útil para necesidades insólitas. Tenía una vocación invencible de reportero y trabajaba como nadie la *fente* mientras el jefe Rojo litigaba asuntos extrarreporteriles con los fiscales. El peso de la reportada caía sobre los hombros de Hernández Cerón, radiotécnico de oficio.

CAPÍTULO II

UNO

Me preguntaba por qué era reportero un abogado o un aspirante a tal como Gilberto Rojo Herrera igual que me preguntaba por qué era reportero un radiotécnico, y quería saber qué otros oficios practicaban Juárez Parra y Sánchez Estrella. Me costaba entender la necesidad de duplicar trabajos porque según yo un abogado debía ser abogado y un radiotécnico radiotécnico, como un reportero no iba a ser abogado o radiotécnico sino reportero y punto. No conocía zapatero que se dedicara más que a sus zapatos. Sólo anhelaba leer y escribir, y nunca olvidaría mi paso por las ventas para no caer en otra desviación parecida. Reporteros como Gilberto Rojo eran intermediarios entre los detenidos y la policía porque los parientes desembolsaban el dinero para liberar a un hermano, a un hijo o al marido antes de que llegaran ante el juez. El reportero se embolsaba una parte y el resto los genizaros. Había reporteros de semejante condición pero igual quienes deseaban ser sólo reporteros, corruptos o sin corromperse.

La rutina del reportero policiaco a mitad de los años sesenta consistía en llegar a la oficina de prensa de la Procuraduría, leer las actas policiacas, separar las noticiosas a juicio del reportero y en un boletín colectivo transcribir los datos que respondieran a las preguntas qué, quién, cuándo, dónde, cómo y por qué. Las notas se desarrollaban a partir de esa información escueta que ocupaba siete, nueve, doce líneas. Conocía lo esencial, responder a las seis preguntas porque compré por correo, cuando cursaba la secundaria, el libro *Curso práctico de periodismo* del argentino Luis Romero. Gracias a ese volumen de tapas rojas osé editar el tabloide mensual en la prepa. Los reporteros de a de veras, no yo, hablaban a las cruces roja y verde o a las delegaciones policiacas desde la oficina de prensa de la Procu para preguntar por las novedades. También buscaban noticias en la guardia de los detectives

y después recogían otro boletín en la Jefatura de Policía y visitaban a los grupos de agentes secretos.

En la tarde, desde la redacción, preguntaban por teléfono si había algo *bueno* como para reportearlo. Lo más difícil en el aprendizaje del oficio quizá fue el afinamiento de la sensibilidad para hallar lo noticioso en una montaña de información. Me inhibían los reporteros que se ufanaban de poseer esa sensibilidad ya que si alguien apartaba el acta de un crimen baladí las críticas o las cuchufletas hirientes surgían de inmediato. La injuria grave era cuando los redactores del boletín, con sensibilidad y experiencia, firmaban con el mote de Periférico los datos de algún caso criminal nimio que un mal reportero hubiera seleccionado.

Un periférico —habla Gilberto Rojo Herrera— es un rependejo desde cualquier ángulo que se le vea.

Nunca recibí ese baldón. No porque hubiera nacido con la sensibilidad afinada, sino porque fastidiaba a mi compañero y maestro Hernández Cerón, considerado un reportero del tercer mundo, con preguntas cuyas respuestas despejaban mis dudas. La calidad e importancia de cada diario confería por extensión al reportero el rango de pertenecer a determinado mundo. Si los del primero trabajaban de común acuerdo, los del tercero tenían que unirse para competir con los otros. Ambos mundos tenían a Miguel Hernández Cerón como el ayudante de Gilberto Rojo Herrera y de Antonio Sánchez Estrella y así lo trataban. ¿Con quién iba a hacer alianza él? Conmigo y con Sergio von Nowaffen reportero de la agencia PIMSA. Las agencias mexicanas eran clasificadas como del cuarto mundo. A Hernández Cerón le cerraban la puerta de la oficina de prensa en las narices. Podía llegar con él o estar ya dentro y si él tocaba y no le abrían, lo habitual, giraba en redondo y se dirigía a la guardia de agentes en espera de un mejor momento.

Pero no se enojaba, tampoco se humillaba. Al contrario parecía murmurar *Ah qué muchachos estos*. Miguel Hernández Cerón llegaba sigiloso y asomaba la nariz por el marco de la puerta de los comandantes. Ahí donde los otros reporteros entraban tumbando puertas y tuteándose o mentándose la madre con los agentes, él saludaba y caravaneaba con el estilo del cazanoticias tímido. Mi maestro conseguía colarse a la oficina de prensa porque era temprano o porque burlaba a sus burladores. Si Miguel Hernández Cerón estaba leyendo un diario, alguien del primer mundo se le acercaba desplazándose sigiloso, en cuclillas, con un cerrillo prendido. El periódico envuelto en llamas lo hacía saltar espantado del asiento. Ese desdén y esas burlas lo tenían sin cuidado, él iba a lo suyo. Muchas veces atestigüé que los

del primer mundo se veían obligados a solicitarle datos de algún asunto gordo reportado a fondo por él. Esos mismos canallas volvían a maltratarlo un día después, y yo era ayudante de ese ayudante.

Nos encontrábamos en la Procu e íbamos en su coche a la Jefatura. Nos despedíamos antes de la comida para reencontrarnos en la redacción. Sucesos como la balacera organizada por un descerebrado contra los peatones, en la avenida Francisco I. Madero, rompían la rutina. Al día siguiente compré el diario para ver orgulloso mi primera nota firmada. Había reportado y redactado el asunto y era de justicia firmarlo, decidió Carlos Cuevas. Nunca olvidaré su único consejo que apliqué a partir de ese día: *No trates de escribir la gran nota, escribe sencillo y directo...* Recuerdo también la vez que Hernández Cerón recibió un rollo de billetes de manos de un usurero para que amordazara a los otros colegas, sobre todo al de *Ovaciones*, porque la familia y sus amigos del detenido compraban ese diario.

DOS

La sala de prensa estaba desierta, los compañeros se habían ido a la jefatura a recoger el otro boletín. Miguel Hernández Cerón y yo merodeábamos por la guardia. Los agentes jugaban dominó y fumaban y azotaban las fichas sobre la mesa de madera. Había algo *bueno*, le pasaron el tip a Hernández Cerón. Él ignoraba qué era o no quiso decírmelo quizá para mantener a su alrededor ese halo misterioso de la cosa policiaca. El detective Francisco Quijano, siempre con una gabardina beige, de quien Hernández Cerón se decía amigo, le dijo en presencia de los demás agentes, y debido a la insistencia de mi compañero, que había un acusado de usura en las galeras. Para allá nos dirigimos. Pensé que un caso de usura no tenía importancia periodística pero no quise opinar. El maestro podía mirarme como si estuviera ante un *Periférico* irremediable. El cuarto de visitas era frío y estrecho con una banca de cemento y dos o tres sillas y una ventana diminuta por donde entraba un pálido haz de luz. Hernández Cerón entrevistó al acusado de usura, rechoncho, treintañero, orejón y de nariz prominente. El tipo con bigote y barba de días sudaba a pesar de lo frío del sitio y se retorció las manos encorvado. La barriga se le veía tensa bajo la camisa arrugada y sucia.

La acusación penal de que prestaba dinero con altos réditos la habían hecho desagradecidos clientes suyos de un mercado —habla el usurero—. Tenía tres días detenido y no lo consignaban aún.

Confiaba en que su caso se resolviera sin llegar ante el juez. Le habían permitido recibir la visita de su señora madre, dueña de puestos en el mercado, que había reunido con mucho trabajo cierta suma de dinero. Parte fue para los detectives a cambio de *no* ser consignado. Le quedaba *aquella* otra parte para los periodistas, con la súplica, señor mío, de que no aparezca en el *Ovaciones*, por favorcito.

Aquella *parte* era un enorme rollo de billetes tan voluminoso que Miguel Hernández Cerón lo recibió a dos manos. Sentí que estaba viviendo una pesadilla y desvié la vista. Pero nada iba a distraerme, ni siquiera el recuerdo de Luzana. Mi compañero desenfundó su ejemplar de *El Diario de México*

para envolver los billetes que semejaban, desenrollados, un grueso ladrillo. Mi compañero y el detenido cruzaron palabras de despedida y luego Hernández Cerón buscó por teléfono a Rojo Herrera desde la desierta oficina de prensa. Lo halló en su casa.

Gilberto Rojo haría la repartición de la pasta —habla Miguel Hernández Cerón—. Eran cosas de su resorte porque como jefe de plana que era sólo él se encargaba de esos menesteres.

Ni Javier, el cuñado del Changüingua, ni mi maestro Miguel Hernández Cerón me habían hablado de esa parte espinosa del oficio. Pero este actuaba como si yo la conociera y daba por descontado que era normal para mí ver que el reportero recibía dinero a cambio de no publicar noticias. Sentí una fuerte depresión porque no supe qué hacer en ese momento. Concluí en que nada más tenía que observar el desarrollo de los sucesos. Yo sólo era un testigo, un testigo acaso incómodo para mis compañeros, y no debía temer que Hernández Cerón y Rojo Herrera pretendieran hacerme cómplice. Iba a atestiguar el hecho y a guardar silencio aunque sin sentirme cómplice, cuando mucho encubridor. Quizá más adelante sería testigo de cosas peores, pensé. Incluso llegué a creer que debía asumir una actitud cínica porque si deseaba convertirme en escritor ¿debía tener escrúpulos y asumir actitudes de honestidad en ambientes como el policiaco y el periodístico? Al paso del tiempo contestaré que *no*.

Mientras tanto Miguel Hernández Cerón y yo acordamos adelantar el trabajo para después ir al diario con las notas ya hechas. Yo había empezado a escribir textos breves bajo la supervisión de mis compañeros y de Carlos Cuevas Paralizábal. A pesar de que estábamos sin comer, Hernández Cerón parecía no tener apetito. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Yo sentía hambre pero actuaba convencido de que iba a ayunar porque no iba a pedirle dinero prestado a Hernández Cerón debido a un pudor inexplicable. Tampoco le pediría que me invitara a comer. Si Hernández Cerón soportaba el paso del tiempo con el estómago lleno de humo, pensé, debía hacer lo mismo, aguantarme. Lo iba a hacer como ejercicio para soportar el ayuno en próximos trabajos y supuse que todo marcharía bien siempre y cuando los nervios del hambre no aparecieran.

Llevaba seis meses en el diario sin recibir un quinto y mi padre había dejado de enviarme dinero. No recuerdo cómo le hice para sobrevivir. Tenía comida en la Comuna pero los problemas eran el desayuno y la cena. Conseguí dinero con el empeño de mi reloj, el anillo de graduación de la prepa o con la venta de ganchos de ropa o botellas de refrescos. Dejé de ir al

cine y al beis y era difícil que le invitara algo a Luzana. Hubiera podido comer en su casa pero sentía vergüenza. Gilberto Rojo Herrera llegó como a las siete. Alto y robusto, llevaba siempre el saco sobrepuesto en los hombros, el cabello corto, bien rasurado y oloroso a loción para después de afeitarse. Tenía mujer e hijos, sabíamos, y casa propia y un Ford del año. Se decía abogado pero si estudió un año leyes, ironizaban sus conocidos, era mucho. Él escribía los grandes asuntos y sus subalternos los pequeños. Preguntó si ya habíamos rellenado los sobres. Él los iba a repartir mientras nosotros llevábamos las notas al diario porque ya están redactadas, ¿verdad, chavalines?, nada más llegan y checan delegaciones y cruces y pueden retirarse al descanso fecundo y creador, chavalines, Miguel ¿le pusiste doble ración al de *La Prensa* y al de *Excélsior*?... ¿y no te dije que puro pito para el de *Ovaciones*?, me vale madre que sea el efectivo, que el prestamista se chingue, quién le manda a ser tan rependejo, yo a ese güey del *Ovaciones* le doy puro chileancho.

TRES

Antes de que Miguel Hernández Cerón insinuara algo o pidiera lo suyo Gilberto Rojo Herrera le recordó, metiéndose los sobres en las bolsas del saco, que no le tocaba esta vez.

Iban uno y uno —habla Rojo Herrera—, y la vez pasada le había tocado a él, a Hernández Cerón.

Por eso ahora se iba a ir en blanco pero en la siguiente, Miguelito, te vas a *valear*, bueno chavalines no se me queden ahí sembrados, muevan su culo y váyanse pronto, Carlitos Cuevas ha de estar preocupado, díganle que estoy checando un asunto, parece que ya detuvieron al general Humberto Mariles, si no es cierto le diré a Carlos que fue un *borrego*, como a las nueve los alcanzo, *chao beibis*.

Miguel Hernández Cerón y yo guardamos silencio en el trayecto al periódico por la calzada de Niño Perdido hasta Fray Servando Teresa de Mier, donde giramos y seguimos hasta Bolívar y luego entramos a la calle del diario, Chimalpopoca. Quién sabe en qué pensaba Hernández Cerón pero yo le daba vueltas al asunto del usurero. Era inevitable. De pronto, antes de llegar al periódico, como por el cine Maya, el maestro rompió el silencio al preguntar si nos comíamos unos tacos.

Después de la chamba podíamos echarnos un cafecito en La Hostería del Bohemio —habla mi compañero y maestro— donde trabajaban unas meseritas que uhm, uhm, uhm.

Pese a los piquetes del hambre, estuve a punto de sugerir que lo dejáramos para después. Era tarde y debíamos entregar el material informativo, y me daba lo mismo ir a La Hostería o no ir. Temí llegar con un agujero en el estómago si permanecíamos otras dos horas en la redacción antes de salir rumbo a la colonia Obrera, a diez minutos en camión, para cenar cualquier sopa que hubiera sobrado. La úlcera era una enfermedad profesional, había escuchado, y el estrés y la neurosis y el alcoholismo. Después sabré que el reportero se enferma pero de periodismo, según dijo el cartonista Abel Quezada, semanas antes de morir. De periodismo por supuesto. Los colegas te

recomendaban comer si se podía y había *qué*, no cuando sintieras apetito. Pero esa política era contraria a mis prácticas porque uno de los daños mentales que recibí en casa fue el de comer a horas exactas, con hambre o sin ella. Después me angustiara y torturara si la hora se me pasa, con dinero para comer o sin tenerlo, cuando que hubiera sido muy sano comer sólo con apetito.

Esa noche vencí mis prejuicios y mi orgullo restantes y contesté que podía engullirme una docena de *flautas* con crema y salsa roja o verde y jitomate y cebolla, de pollo o de barbacoa o la pura tortilla, como descubrí pronto que hacían las *flautas*. Mi maestro sonrió al oír que me zamparía una docena de tacos, y dijo con timidez que le alcanzaba para una docena, misma que vamos a compartir, jovenazo, porque el canijo del Gilberto, ya usted se dio color, no apoquinó ni un quinto por la transa, no es cierto que le tocara a él, joven, me tocaba a mí, pero me vale, estoy aquí porque me retequencanta la reportada, de esto no viviría, me defiende con los radios, pero usted no sabe cuánto, cuánto, cuánto me fascina el periodismo, lo haría gratis, de veras, y el maestro Rojo se nos fue de bruces porque son como veinte días de sueldo para cada uno, ya ni la rechinga.

Poco antes de la huelga, Legorreta y el Tovarich Roberto Rodríguez Baños ingresaron al periódico. Lego estaba en deportes y supe que vivía a unas cuadras de Torquemada. El Tovarich era un reportero profesional egresado de *El Día* y de inmediato me presenté con él debido a que los dos éramos del Soconusco y porque recibí valiosas orientaciones suyas, pese a que él nos había ganado a Lego y a mí la plaza vacante. Si el Tovarich era de tez blanca y usaba gafas con arillos de carey, un rizo coqueto en la frente y ojillos bailoteando en sus cuencas, Legorreta era robusto y con pinta de jugador de fut americano, calvicie prematura y acento de hombre del norte aunque nació en Valle de Bravo, Estado de México, y vivió desde niño en la colonia Obrera. Usaba camisas de manga corta y el suéter a la espalda rodeando su cuello de toro y con las mangas atadas al pecho. Él había escogido para hacer sus pinitos como periodista a Arturo Hernández en la sección de deportes.

Un compa a todo meter —habla Lego—, te enseña sin egoísmos.

Arturo entraba en la redacción o salía cargando bajo el brazo una pila de libros y de diarios, el talante de extrema seriedad acentuado por un par de cejas negras, gruesas y culebreantes. Usaba traje y traía siempre una camisa oscura, a veces de lana a cuadros y sin corbata. Legorreta esperaba, platicando por ahí a que yo saliera si él terminaba primero. Si era al revés yo hacía lo

mismo. Nuestra identificación llegó al máximo durante la huelga. El Sindicato de Redactores de la Prensa nos afilió en masa una noche de agitación extrema. Fueron los días en que Legorreta y yo ejercimos nuestro rango de ayudantes yendo a comprar tacos, tortas y refrescos. Sin ponernos de acuerdo permanecimos leales y disciplinados en el suministro de lo necesario a los guardianes instalados en tiendas de campaña. También protegimos las banderas rojinegras y tratamos de impedir el ingreso de más gente y que imprimieran el periódico, lo que sería un duro golpe para el movimiento. El dueño Federico Bracamontes y los trabajadores de talleres y empleados de administración se habían quedado adentro. Todos los reporteros apoyaban en apariencia la huelga. Pese a las precauciones que tomamos, lograron sacar un número.

CAPÍTULO III

UNO

Mis relaciones con Luzana adquirieron el ritmo y la intensidad marcados por mi horario de trabajo. Nos veíamos poco pero lo disfrutábamos porque nos decíamos lo hecho en el curso de la jornada. Luzana pedía que le narrara con detalles mi trabajo, atractivo y emocionante para ella, decía. Procuraba maquillar los asuntos con minucias legales para que su curiosidad aumentara porque parecía resuelta a recibirse de abogada, decía feliz. El sueño de ser doctora en medicina era cosa del pasado. Pero no le platiqué del usurero corruptor de periodistas porque temí provocar en ella una reacción de condena y de tristeza, o que me viera en el camino hacia la degradación total con la atrabancada firmeza del jovenzuelo irreflexivo. Zamparme seis flautas cubiertas de salsa verde con su jitomate y cebolla y la sabrosura extra del hambre postergada forjó en mí un sentimiento de culpa recurrente porque mi maestro, que las había pagado, estaba sin dinero como yo.

Le decía a Luzana cómo iba la huelga al vernos sábados y domingos pero sin verla entre semana a causa de las guardias. Los compañeros reclamaban las presencias de J. Legorreta P. y mía como seguros apoyos logísticos porque íbamos disciplinados y con mucha conciencia de clase por las tortas y los tacos y los refrescos y los cigarrillos. Luzana preguntaba el menor dato sobre mi trabajo pero no volvimos a hablar de su promesa de amarnos sino hasta que visitamos La Hostería del Bohemio gracias a mi primer sueldo, ganada la huelga, correríamos a encerrarnos amorosos en un hotelito limpio y soleado, lejos de la colonia, Flaquito, porque ¿te imaginas si vamos a uno de Taller y Cinco de Febrero o a los que hay en Isabel la Católica y nos ve entrar un amigo de Manuel o de Miguel?, ¡me matan, Flaquito!, o nos matan, no me había dado cuenta de que hubiera tantos hoteles en la colonia.

Luzana me preguntaba sin vergüenza cómo operaban los hoteles en el caso de los amores sin techo y yo a mi vez a Armando. Ella oía sin malicia

mis versiones ya que estaba al tanto de mi desconocimiento de esa clase de trámites y no se enfadaba cuando le decía que mis amigos me aleccionaban. La quería también por eso. Otra mujer hubiera reaccionado con recelo, viéndome de reojo, como ella me vio al conocernos. Esa clase de miradas se habían acabado para mí desde hacía tiempo. Armando me dijo que en el hotel Balmis, a media cuadra del mercado de la colonia Doctores, no debía asombrarme que lo administraran unas ancianas. Era barato y limpio y el radio funcionaba bien en los cuartos porque mira, Flaco, no hay nada peor que fornifollar sin música, es como un castigo divino o *marxiano*, y sales del hotel y tienes a la izquierda una ostionería con cervezas heladas, como puesta ahí, viejo, por el Diablo o por Diosito, jeje, pues no creo que Diosito sea un castigador y un vengador con quienes se aman como aseguran los espantapendejos, ¿eh?, pero ni se te ocurra pedir mojarras, viejo, están congeladas, para mojarras, paisa, ya sabes, las nuestras.

Veía a Luzana los sábados o los domingos y lograba ahuyentar los acuciantes fantasmas de la lujuria quién sabe cómo y quién sabe por qué. Acaso porque mi vida se desarrollaba de noche con las guardias y acaso porque los duendes sicalípticos dejaban de asediarme debido a la crisis, cuando la suerte de los compañeros estaba en juego, porque ellos vivían con una o dos mujeres, casados o no, y tenían hijos y otros compromisos o gastos porque comían fuera de casa y jugaban dominó o cubilete en las cantinas, mientras bebían para destensarse, para desangustarse. Como llevaba las de ganar, debía contribuir con todo para que el patrón se rindiera y aceptara el contrato. Lego y yo figurábamos en la lista como ¡reporteros! y con un sueldo que debíamos devengar ya. El reportero ganaba el salario mínimo, es decir casi lo mismo que los de *El Día*, es decir el doble de lo que había estado enviándome mi padre. Si la empresa aceptaba el contrato colectivo, bien, pero ¿y si no?

Había escrito dos o tres notas intrascendentes con mi firma y con deseos de dedicarme todo el tiempo al aprendizaje del reporteo, sin darle a ese oficio la gran importancia que le confería a la escritura. Era prematuro dejar el periodismo, cavilaba. Debía ejercerlo unos cinco años porque si no corría el peligro de quedar atrapado en un oficio que sólo ofrece información, muy distinto a cuanto quería yo ofrecer, historias. Había sido corto mi paso por el periodismo y fuerzas oscuras estaban a punto de echarme de *El Diario de México*. Quizá continuaría aprendiendo en otro diario con la posibilidad de brindarle algo serio a Luzana, irnos a vivir juntos o casarnos sólo por la ley civil. Lo cierto era que en el fondo deseaba abandonar *El Diario de México*,

concluí al conocer al dueño cuando pretendió imponer a un director chantajeando a los compañeros. Un director repudiado por la redacción.

La afiliación sindical y la demanda de la firma del contrato colectivo ocurrió al llegar Fernando Alcalá Bates como director, y a partir de que le metió tijera a los artículos. Hubo protestas y la empresa hizo correr la versión de que el movimiento contra el patrón había sido orquestado por el subdirector Wilfrido Cruz porque temió perder fuerza ante el nuevo director. Los reporteros subieron al tapanco y Arturo Hernández, vehemente y resuelto, fruncidas las cejas y revuelta la mata de cabellos negros, le dijo a Alcalá Bates que era un indeseado y que renunciara y se fuera en ese instante. De haber atendido el agresivo exhorto (justificado a nuestros ojos) Alcalá Bates debió salir pasando entre dos filas de reporteros firmes en su rechazo. Alcalá era de mediana edad, de baja estatura y regordete. Me hizo recordar a Al Capone o mejor dicho a Edward G. Robinson, a quien había visto como Al Capone en una película. Al verse rechazado por quienes debían ser sus subalternos Alcalá se mostró imperturbable y yo sentí lástima por él.

DOS

Varios reporteros le explicaron las razones por las cuales lo rechazaban como director. Hasta entonces se había escrito en el periódico con absoluta libertad y era el colmo que él censurara hasta los diálogos del cartón de Rius. Permanecí en la escalera solidarizándome con los compañeros pero quise pasar inadvertido porque cualquier empleado de la empresa podía haberme preguntado, altanero, y tú ¿qué?

Eso pensaba cuando apareció Federico Bracamontes y de inmediato se hizo el silencio. Alto y de complexión atlética, caminaba erecto como soldado. El traje era a la medida y tenía el cabello negro, envaselinado y con la raya a la izquierda. Del centro de la cara estrecha surgía una nariz recta y larga, y las cejas negras y tupidas semejaban dos zopilotes planeando en el horizonte. Su voz de sargento atronó, altanera, en aquel profundo silencio, y terminó su perorata al decir que ahí mandaba él y que Fernando Alcalá Bates iba a ser el director, quisiéramos o no quisiéramos. Si no deponíamos nuestra tozuda actitud habría consecuencias graves y no lo doblegarían ni el sindicato ni la huelga. Entre argumento y argumento Bracamontes se fue, se dirigió por su nombre a varios reporteros y les echó en cara ayudas, préstamos o recomendaciones. Sin embargo todos le sostuvieron la mirada. Luego, sin dejar de vernos con desprecio, Bracamontes tomó de un brazo a Alcalá Bates y le pidió que lo acompañara a su oficina.

La huelga estalló al día siguiente. En las jornadas de incertidumbre y de rumores se decía que el gobierno pensaba declarar inexistente la huelga, porque iba a cundir el mal ejemplo. Se afirmaba que el gobierno bendeciría la huelga para espantar a los otros editores. El diario iba a convertirse en cooperativa y así todos seríamos copropietarios. Se aprovechó la ocasión para recordar como una autocrítica injuriosa la frase del presidente Adolfo López Mateos acerca de mis futuros colegas, algo así como *Los periodistas se parecen a los chinos, son demasiados y todos muertos de hambre*. El gobierno estaba ocupado en atender una huelga generalizada de médicos. Así que la nuestra les tenía sin cuidado. La primera noche una comisión de

reporteros de *El Día* llegó con un centenar de emparedados y kilos y kilos de café y de solidaridad y de camaradería. Cenábamos a gusto y el patrón y su gente se habían encerrado quién sabe con qué fines. En cuanto corrió el rumor de que ellos estaban preparando la salida del diario creamos grupos para vigilar metro a metro el entorno del edificio.

No había resquicio por donde pudiera salir y, si lo iban a sacar, sería por la puerta principal, es decir, sobre nuestros cadáveres. La rutina de la guardia se vio alterada el segundo día de huelga. El primer hecho ocurrió por la mañana cuando las partes acordaron que era de gente bien nacida permitir la entrada de víveres para los esquirols refugiados dentro. Si habían cenado café y galletas mantenían ayuno forzoso como a las nueve de la mañana. Nadie se opuso a que una fila de meseros de filipina entrara por la puerta principal cargando ollas humeantes dentro de las cuales iban todos los guisos del mundo. Con bromas y burlas los de adentro invitaron al banquete a los de afuera.

¡Era una provocación de los esquirols! —habla vociferante Gilberto Rojo Herrera—. Ahora verían la respuesta de los huelguistas.

De modo atropellado Rojo Herrera subió a su Ford seguido por Lego y por mí. Salimos pitando hacia el mercado de La Viga donde ordenó cien gordas fritas en manteca rellenas de queso, de chicharrón y de frijoles con salsa roja y cebolla y perejil. El segundo hecho contundente que alteró la rutina fue el golpe psicológico que nos asestaron una tarde cuando oímos a un voceador que gritaba a lo lejos ¡*El Diario de México!*, ¡*El Diario de México!* Paralizados, nos vimos a la cara sin saber qué decir o qué hacer. El primero en reaccionar fue Arturo Hernández, que corrió de un lado a otro perturbado por un sentimiento de impotencia, diría después. Esperó a media calle al voceador, un chamaco ajeno a cuanto le aguardaba e ignorante sin duda del conflicto y de que lo estaban usando para cumplir la misión suicida de un solitario rompehuelgas en obvia desventaja numérica. Nadie se movió de los grupos cercanos a la puerta y de los automóviles y de las tiendas de campaña, atentos al voceador que seguía aproximándose.

Era inadmisibile que un diario matutino en huelga viera la luz. Pero lo editaron, quién sabe cómo y quién sabe dónde. Arturo Hernández le arrebató al voceador el montón de diarios y empezó a romperlos, presa de un rapto de furia, y al lanzarlos al aire los esparció por la calle y bailó un zapateado sobre los pliegos estrujados y rasgados. Aplaudimos el desplante. El papelero se quedó petrificado, llorando. Varios huelguistas terminaron por alejarlo de las instalaciones. También Arturo Hernández lloró y se mesó los cabellos con

desesperación sentado en el umbral de una puerta. Federico Bracamontes y su gente abandonaron triunfantes el edificio, protegidos por los parientes y un piquete de granaderos armados como para la guerra. La huelga continuó varios días hasta que un convenio oscuro permitió a la empresa liquidar al personal y recontratar a quienes desearan seguir con el trabajo. Hubo rumores de que los dirigentes habían transado la huelga y que la liquidación fue el camino incorrecto señalado por los líderes manipuladores y por los huelguistas ingenuos. Algunos volvieron al periódico en las mismas condiciones de explotación, y cuando un trabajador intercambie los *pies* de grabado de un gorila del zoológico y el del presidente Gustavo Díaz Ordaz, Bracamontes se verá obligado a bajar de nuevo la cortina. También se dijo que el intercambio de *pies* había sido a propósito para que Bracamontes quedara como víctima de un régimen de mano dura.

TRES

Treinta años después el Tovarich Roberto Rodríguez Baños recordó que Alcalá Bates dijo la noche de los reclamos que se fueran despreocupados, que los artículos de Renato Leduc, los cartones de Rius y el reportaje del Tovarich iban a respetarse, que se publicarían sin alteraciones. El jefe de información Carlos Cuevas Paralizábal había dado la voz de alarma al decir que si se lo permitían la primera vez iba a seguir haciéndolo. Alcalá Bates no cumplió su palabra y los vigilantes impidieron la entrada a quienes protestaron. Rodríguez Baños platicó emocionado que el funcionario a cargo del recuento en una de las audiencias de la junta de conciliación y arbitraje le preguntó al viejazo Renato Leduc si era huelguista o no lo era. Leduc, charlando en forma civilizada con Bracamontes, respondió con un vozarrón que hizo agitar las alas de zopilote de las cejas del empresario: *¡Huelguista!* Rodríguez Baños recordó también que elegimos como reina de la huelga a la actriz Mercedes Carreño, a quien se le colocó una corona de papel periódico.

CAPÍTULO IV

UNO

La huelga me redituó mil quinientos pesos en tres pagos mensuales de quinientos cada uno y la carta del sindicato donde se me acreditaba como miembro activo al corriente en el pago de sus cuotas. La misma cantidad y carta le dieron a J. Legorreta P. La empresa había reconocido nuestro trabajo, nos informaron en el sindicato. Esa cantidad era el monto de la liquidación, tres meses de sueldo de un auxiliar. Pero el patrón ni nos reconoció ni quiso saber de nosotros, sabríamos después. De haber tenido entrañas de esquirol y pretendido ser contratados como reporteros, la empresa nos hubiera propinado quizá un puntapié en el trasero como se lo propinó a otros. Nunca tuve dudas de cómo debía actuar y mi postura se reafirmó con el siguiente texto que el periodista Luis Sánchez Arriola distribuyó entonces:

«Cuando Dios hubo terminado de hacer la víbora de cascabel, al sapo y al vampiro, se encontró con que le sobraba todavía algo de sustancia asquerosa. Con ella Dios hizo al esquirol. Un esquirol es un animal de dos patas con alma de tirabuzón, cerebro lleno de fango y un espinazo lleno de una combinación de gelatina y engrudo. Donde otros tienen corazón el esquirol carga un tumor de principios podridos. Cuando un esquirol camina por la calle los seres humanos vuelven las espaldas y los ángeles lloran en el cielo y el diablo cierra las puertas del infierno para impedirle la entrada. ¡Un rompehuelgas es un traidor a Dios, a su país, a su familia y a su clase!»: Jack London en *El talón de acero*.

Legorreta y yo no teníamos antecedentes de reportero y si habíamos publicado notas fue por la generosidad de los jefes, en mi caso de Carlos Cuevas Paralizábal. Los compañeros reunieron aquella cantidad sin revelarnos la postura real de la empresa, acaso para que no nos sintiéramos discriminados. Lo que me sentí fue millonario y planeé ir de vacaciones a mi tierra e invitar a Luzana un refresco. No sería cena porque la emoción podía

aniquilarme como aniquiló a Fofo. Aunque hubiera amor con Luzana porque yo albergaba un espíritu un poco más fuerte, suponía, que el de mi querido y ya desaparecido paisano y vecino de Torquemada ciento treinta y dos interior cuatro. Al final de las vacaciones tendría aún mil pesotes en la caja del sindicato y con ese dinero la pasaría mientras hallaba trabajo. Luzana se mostró contenta cuando escogí La Hostería del Bohemio. Conocí el sitio después de la taquiza que invitó Miguel Hernández Cerón. Él cortejaba a una mesera más que bohemia trabajadora, decía mi maestro.

El ambiente iba a gustarle a Luzana porque sus amigas se la pasaban muy bien ahí, le habían platicado. Pero no quise mencionar la mala fama que tenía entre los periodistas según la cual aparte del café, los refrescos, las cervezas y los pastelillos, en sus rincones sombríos se gestaban hechos turbios. Esa tarde vi guapísima a Luzana y sentí un bienestar pocas veces experimentado, en el trayecto desde la Obrera hasta el centro en autobús, sobre Isabel la Católica, para atravesar caminando y de la mano la Alameda bañada por las luces de oro del crepúsculo aún primaveral. El tránsito estaba descontrolado debido a una manifestación de médicos que exigían aumento de salarios y mejores condiciones de trabajo. Hubiera querido reportear la nota pero ¿dónde la habría publicado? Nos sentamos a una mesa pequeña y baja con una superficie de tronco de árbol, redonda y pulida y barnizada, y preví la oportunidad de mi vida. No lo había pensado en el trayecto, lo juro, sino hasta ese instante. Luzana iba a ser mía esa tarde.

Ignoro por qué sentí ese palpito. Quizá por el modo como empezó a verme desde que salimos de su casa. Algún gesto o mensaje que me transmitió al tomarle de la mano. La luz proveniente de la lámpara encendida en cada mesa era tenue y la atmósfera íntima en la vieja casona de muros gruesos y altos con techos de madera añosa. Una fuente burbujeaba en el centro del enorme patio. La clientela era escasa y había poco humo de cigarrillos. Ella pidió té y pastel de nuez y yo una cerveza pero antes de terminarla pedí otra y otra más para atender los dictados malignos de mi compulsión etílica. Estaba eufórico con Luzana a mi lado, lejos de su casa y de sus *hermanitos*, y también por la bebida y porque tenía dinero para el hotel limpio aunque sin sol esa noche de mediados de junio de mil novecientos sesenta y cinco. Nada comeríamos en la ostionería porque ¿cómo pudo haber creído Armando que íbamos a contraer un aliento nada romántico a camarones y a ostiones con cebollas y a chiles curtidos, tras la primera sesión de amor entre Luzana y yo? Nunca olvidaré esa tarde porque Luzana aceptó ir al hotel cuando yo había bebido cuatro cervezas, y ella dos rusos negros o

blancos para de una vez por todas Flaquito, demostrarte mi amor y te lleves mi cariño y mis recuerdos y nada te detenga allá y vuelvas a mí pronto.

Yo bebía las cervezas y a Luzana le hicieron efecto. Jamás la había oído hablar así y con tanta vehemencia. Nos besábamos en arrebatos frenéticos. Sus palabras, su aliento en la nuca y el apretón en el muslo, eran como una corriente eléctrica poderosa que me estremecían de pies a cabeza. Temí que llegaran a oírnos desde las mesas vecinas, o la misma amiga de Hernández Cerón, la mesera trabajadora.

Coño, joder, macho, eres un reportero de policía —hubiera dicho Moncho—, un reportero *duro* de policía.

Acababa de pedir otra cerveza y había visto por ahí a Francisco Quijano enfundado en su gabardina beige, el detective amigo de Miguel Hernández Cerón. Me lo había presentado en la guardia de agentes. Ahora que lo pienso era el único amigo de mi maestro en la policía, porque fue quien le pasó el tip sobre el agiotista para que Miguel se ganara unos pesos. Miguel, no Gilberto Rojo Herrera. Quizá mi compañero de periódico y maestro conoció la Hostería gracias al detective.

DOS

Quise distraer a Luzana desviando su atención del momento en que entraríamos al hotel Balmis y ganar tiempo para zumbarme la caminera. Señalé con discreción a Quijano, el Avispón Verde, y le pregunté si quería escuchar una historia de la vida real con la participación de ese detective, que salvó a mi compañero y maestro de *pequeño lío* como lo calificaba él mismo. Tenía una novia a quien amaba tanto como a su oficio de periodista pero no podía divorciarse y contraer matrimonio con ella por veinte mil razones. Se veían dos o tres veces a la semana y se encerraban en hotelitos limpios y soleados. Una tarde fue por ella a la fábrica de medias La Coqueta en Naucalpan, Estado de México, y la muchacha, circulando ya el coche por el Paseo de la Reforma, le dijo asustada que un tipo los seguía y le dio las señas. Hernández Cerón estaba dándole la vuelta a la glorieta del Ángel. Trató de ver por el espejo retrovisor y en efecto detrás de ellos venía un vehículo. Debido a lo sucio de los medallones no pudo distinguir los rasgos del tipo al volante.

Al llegar a Niza, Hernández Cerón giró tranquilo hacia la derecha y en Hamburgo y en Florencia para volver a Reforma. El carro persecutor siguió tras ellos. En respuesta a las preguntas de Miguel, su novia le contó que un día antes, cuando él la dejó en casa, el tipo la interceptó y le dio sin preámbulos varias fotos de los dos a la hora de entrar y de salir de los hoteles. Ante la amenaza de mostrárselas a sus padres si no le entregaba cierta suma de dinero, ella se asustó y le ofreció pagar en cuanto cobrara su sueldo. Ésa fue la razón que la animó a pedirle a Miguel *por favorcito* que la recogiera en su trabajo. El hombre la había seguido desde su casa a la fábrica y temía encontrárselo a la salida como sucedió. Mi maestro intentó calmarla tras pensar que se trataba de un vil chantaje y que debía pedir ayuda en la Procuraduría.

Nada peligroso iba a sucederle —habla Hernández Cerón—, pero al tipo le iba a ir muy mal. No se imaginaba dónde se había metido.

Se detuvo en Reforma y Bucareli para llamar por teléfono a Francisco Quijano, y le contó lo que pasaba. El detective hizo algunas preguntas y cuando Hernández Cerón le dijo que el individuo, flaco, moreno, chaparro, insignificante, permanecía observándolo hablar por teléfono, aun cuando nada oyerá, el detective los citó en diez minutos en el Café Habana. Francisco Quijano entró puntual al restaurante con su gabardina beige y el sombrero negro de fieltro. Era un hombre de tez blanca, de ojos claros y de cabello rubio. Siempre quise saber por qué le decían el Avispón Verde a un tipo vestido de beige y de negro. Miguel Hernández Cerón lo ignoraba. Mi maestro presentó a su novia y ella le expuso la queja. Miguel la interrumpió para informar que el sujeto estaba paseándose afuera. Lo veía desde dentro por los ventanales.

Francisco Quijano, que rehusó comer o beber algo, planeó que harían lo siguiente: Miguel y su novia iban a abordar el coche a modo de carnaza. De Bucareli giraría a la izquierda para tomar la calle de Ayuntamiento. El detective con su *pareja* irían en el suyo tras los dos vehículos. Se trataba de hallar un sitio propicio para aclarar paradas con ese *jodesupinchemadre*, un depravado por las señas que me dieron, déjenmelo, ese mono platanero se va a arrepentir de haber nacido.

Siguieron el plan y a una cuadra, en la esquina de Ayuntamiento y de Héroes, el carro policiaco rebasó al del reportero y se le cerró al del chantajista. Los novios vieron que las portezuelas del carro del tipo fueron abiertas con violencia y escucharon el chasquido de varios, muchos bofetones. En segundos el chantajista fue sometido. Perplejo, quejándose lloriqueante, guió su coche hacia la Procuraduría, a sólo unas cuadas. Los peatones se percataron del suceso y se detuvieron a observar la acción, sin que intervinieran. Francisco Quijano obligó al chantajista a que manejara su coche seguidos por el otro detective. En la guardia de agentes la muchacha enfrentó valerosa al sujeto que siempre se dirigió a ella, entre moqueos, al llamarla *señorita* y al suplicarle el retiro de los cargos porque nunca volvería a espiarla ni a pedirle dinero luego de recibir aquella lección. El tipo se había llevado una buena tunda debido a que se autodenominaba detective.

Era *diplomado* por correspondencia pero debido a la escasez de clientes (nunca tuvo uno) descubrió que podía ganar dinero chantajeando mujeres a la salida de los hoteles. Todas pagaban las fotos y nadie lo había denunciado. El tipejo ofreció no volver a las andadas pero solicitó con ingenuidad o cinismo ingresar como detective a la Procu, total, eran colegas... La respuesta fue otra tanda de cachetadas. La novia de mi maestro retiró los cargos y el detective

por correo volvió a su trabajo de guía de turistas. Luzana escuchó interesada la historia y no tuvo dudas. A fuerza de contarle yo tenía el caso bien estructurado en la mente, salvo la descripción de la novia y del chantajista porque no los conocía. Que Luzana se los imaginara igual que yo. Quizá corrí el riesgo de desanimarla y de que se arrepintiera de ir al hotel, pensé, al temer un chantaje parecido. Fui torpe al jugármela de ese modo. Pero si ella me quería como yo la adoraba iba sin duda a mantener su ofrecimiento. Creí que la historia había acicateado su curiosidad y también su deseo sexual pues volvió a abrazarme, sentados como estábamos a nuestra mesita de La Hostería del Bohemio.

Ya habían encendido las pequeñas bombillas de los sitios ocupados por las parejas. Volvió a abrazarme y reanudamos el besuqueo al grado que, calculé, debíamos marcharnos. Pedí la cuenta y le compré una rosa roja a una señora gorda y con gafas oscuras sentada a la puerta.

TRES

Luzana recibió la flor con emoción porque ya era tiempo, Flaquito, tanto que mis hermanas y mi mamá se preguntan qué clase de enamorado eres que ni me llevas serenata ni me mandas flores, no sé qué decirles porque viniendo de donde vienes extrañaba tu indiferencia hacia todo eso, Flaquito, no a los mariachis, ya lo sé, porque ahí está la marimba, pero sí a las flores.

Para no ufanarme de ser un reportero duro (hubiera sido largo explicarlo), no quise opinar de las serenatas. Ya en el taxi le dije que las flores me gustaban vivas, en las plantas, no decapitadas y corrompiéndose en un ramo o en un florero. Ella se volvió a verme como diciendo *No seas exagerado* y luego reclinó su cabeza en mi hombro y permanecimos así mientras el vehículo serpenteaba rumbo al sur de San Juan de Letrán por entre los coches, y yo absorbía el dulce olor discreto de su champú. Desde luego tomamos un taxi porque el momento lo ameritaba. Hubiera sido poco galante llevarla en autobús aunque nos dejara a unos pasos del hotel. Su blusa de cuello amplio permitía que le viera el nacimiento de sus lindas y suculentas tetitas, acariciadas de mil maneras en La Hostería del Bohemio. Creí sentir que ella deslizaba su mano a mi entrepierna. Los espasmos que experimenté fueron interminables. Ignoro cómo no tuve ahí mismo una emisión.

Quizá porque le pedí al conductor que nos dejara en la esquina de Dr. Balmis y Niño Perdido. Con las indicaciones de Armando íbamos a caminar unos metros para meternos repentinos y furtivos al hotel donde, pinche Flaco, no te me vayas a chivear con las ancianas malencaradas, dos o tres, ya no sé, pero distrae a tu muñequita de trapo ya que se puede arrepentir si descubre cómo ven las viejecitas a las mujeres, como si estuvieran condenándolas al mismísimo infierno, creo que son lesbianas pero no tienen la pinta, tampoco de madrotonas.

Quien se arrepintió fui yo porque sentí una súbita oleada de vergüenza cuando íbamos a unas cuadras de Dr. Balmis, a la altura de *El Diario de México*. Acabábamos de besarnos en un trayecto de dos cuadras y sentí que estaba aprovechándome de su amor. Maldito de mí que no me había

despojado de los prejuicios que me presionaban para *no* robarle la virginidad con los argumentos del amor pleno y de lo sano que sería satisfacer nuestras necesidades físicas. Sin consultárselo le pedí al chofer que siguiera hasta Niño Perdido y Torquemada. Luzana se apartó de mí, perpleja, para verme a los ojos interrogante mientras le decía también con la mirada que después le explicaría. Creí ser un caballero galante, noble, perdonándole la virginidad a su noviecita. Escrúpulos idiotas. Ignoraba que estaba gestándose en ella un virus que yo le había inoculado, el de la inconformidad.

CAPÍTULO V

UNO

Las dudas sobre mi proceder comenzaron a roerme el seso durante el trayecto a mi tierra en autobús. Nadie podía decirme que actué con Luzana justo en sentido inverso. Nadie porque logré abstenerme de comentárselo a alguien. Le hice creer a Armando lo perfecto de mi plan sin aportar datos (nada más mentirijillas respecto a las ancianas), so pena de ser sorprendido en una secuencia infinita de mentiras. Esa noche simulé un gran cansancio y le recordé mi salida temprano al día siguiente. Gracias a mi actitud lacia, de fingido desgano, confié en haberle convencido de que sí había hecho el amor con Luzana.

Lo hice, lo conseguí, luego de sortear la presencia siniestra de las viejecitas —hablo yo—. Son cuatro no tres, mentí, dos pares de gemelas, seguí mintiendo ante el azoro de Armando.

Distraído con esos detalles Armando no hizo otras preguntas pero si él hubiera condenado mi caballerosidad de chico perdonavirginidades, al salvar así la vida futura de Luzana, Moncho habría barbotado una perorata preñada de mentadas y de injurias contra las mujeres, ¡coño!, ¡joder!, ¡macho! Por eso nada le diría a Moncho de Luzana, pensé. Una mentira me hubiera llevado a otra hasta que por un error él descubriera mis engaños. Hablaría con él de Sabrina y de la Venada porque no había sabido de ellas durante meses. En las primeras horas del viaje pensé en Luzana a quien la noche de La Hostería del Bohemio vi desalentada más que desconcertada, porque ¿quién era yo para decidir la conservación de su virginidad si ella estaba dispuesta a ofrendármela a mí? Luzana podía concluir cavilando en que su novio no era un caballero sino un despreciable mariquita. Nada consiguió distraerme en el avance del autobús. Traté de leer ejemplares atrasados de *El Día* antes de leer los libros. No volvería a comprar el *Diario de México* editado por esquirols y porque dejó de publicarse.

Los médicos huelguistas estaban dispuestos a volver a su trabajo, el ex presidente López Mateos condenaba la invasión de USA a la República Dominicana, Ben Bela había caído en Argelia tras un golpe de estado, el ex presidente Cárdenas le asestaba un rapapolvo al vicepresidente Nixon, de paseo en México, por insinuar que debíamos alinearnos con USA contra la Dominicana. Al detenernos a comer en una población de Puebla, el bosque y las colinas lograron distraerme de las lucubraciones sobre cómo debí haber procedido con Luzana. El *debí haber hecho* era de cobardes, pensé, o de ciegos mentales que no ven la oportunidad haciéndoles guiños. El paisaje verdoso y la humedad del ambiente me hacían evocar episodios de mi niñez, cuando jugábamos en los patios o en los parajes sin cerca, abandonados, para irrumpir ululantes en los matorrales o para subir intrépidos a los árboles, sintiéndonos Tarzán bajo el sol a plomo o bajo algún aguacero cerrado. Sentí que los viajes en tren eran inolvidables no obstante su lentitud.

Avancé en la lectura de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, leí un capítulo de *El Quijote* y de postre reservé *¡Absalón, Absalón!* de Faulkner, que acababa de morir. El viaje duró casi un día y cuando llegamos a Tapachula recogí de prisa mi maleta y caminé hasta la casa por las aceras sombreadas. Eran como las ocho de la mañana pero sentí cálido el aire. El calor iba a apretar y a las doce estaría sudando a chorros aun con el baño a huacalazos. Le eché un vistazo al Tacaná antes de llegar a casa. Gigantesco, se recortaba macizo y muy azul contra el cielo azul celeste. También asomé la nariz en la casa de Moncho, donde su hermana Carmen se ofreció a avisarme de mi llegada. La mañana fue para buscar novedades en la biblioteca paterna, libros con años ahí pero que redescubría por la información adquirida sobre sus autores durante mi estancia en el D. F. En casa también escuché mis discos de rock y empaqueté nostálgico los de Enrique Guzmán y los de Manolo Muñoz, que había abandonado meses atrás harto de escucharlos.

Mis padres preguntaron discretos por Clararrosa pero contesté con evasivas. No recordaba quién había enviado la última carta, es decir no recordaba si había sido ella o yo quien debió contestar y no lo hizo. En la tarde me di el segundo baño para salir en busca de Moncho, como siempre lleno de energía y dispuesto a correrse una parranda. Sosia de John Dereck y bajo de estatura y de complexión vigorosa, el cabello lacio peinado hacia atrás y de frente despejada, si Moncho sonreía mostraba una dentadura completa, fenómeno raro en el Soconusco. Era época de venta de cosechas. Había obtenido buenos precios. Estaba en plena siembra, y se había dedicado al rancho a partir de que abandonó la vida citadina. La emoción creciente logró

distraerme y empecé a prever la Sabrina que iba a encontrar y de quien Moncho nada decía, ignoro si a propósito, con lo que acrecentaba mi deseos. Pronto la situación se hizo irresistible para mí y pregunté como al desgaire por la Venada. Moncho sonrió irónico viéndome de reojo.

Yo quería saber de Sabrina —habla él—. No de la Venada, a quien tenía taloneándole en el *bule* con buenos dividendos.

Hacía muchas semanas que no le había tenido que dar de catorrazos, porque, pinche Flaco, las viejas son las viejas, ni todo el amor ni todo el pisto porque se te salen del guacal, Flaco.

Evoqué la figura de la Venada, de tez morena y de cabello largo y lacio. Más alta que Moncho, atraía a clientes de lujuria peculiar, la que despertaba su cuerpo de costeña selvática. El peor recuerdo que tenía de ella fue cuando la encontré en cama con el cuerpo cubierto de pies a nariz, sin que pudiera ocultar sus ojos. Uno de ellos a la funerala, el círculo negro impreso como la marca de un sello brutal. Sí, fue Moncho y tengo días de no ver al bandido *jijo* de su mamá, pero ya se me pasó el coraje, Flaco, quiero verlo, es que entre más me sopapea más lo quiero, Flaco, se me hace que estoy loca pero qué lo voy a hacer.

DOS

Llegamos a las calles polvorientas y poco iluminadas que se convertían en kilométricos lodazales en época de lluvias y de huracanes. Las copas de los árboles eran manchas negruzcas que se recortaban contra el cielo estrellado. Oí el ladrido de un perro, el de otro, de muchos y al girar en una esquina vi por fin una calle de la zona roja con anuncios de gas neón aunque las casas estuvieran iluminadas con potentes lámparas. A veces esa luz salía como proyectada por las ventanas y por las puertas. Las sinfonolas resonaban en el aire tibio y húmedo. Vi a los hombres entrar o salir de las casas o caminando derechos o tambaleándose y tropezando con los pedruscos de las calles abiertas al trancazo, trazadas por la fuerza de la costumbre. Vi a mujeres recostadas en el quicio de la puerta o sentadas en las banquetas o dentro, sentadas a una mesa, los codos en la superficie de lámina, parloteando, en espera de una buena noche. De súbito experimenté una fuerte emoción de origen inexplicable y reconocí que encontraba fascinante los prostíbulos y las cantinas porque seguro había nacido para la bohemia. Quizá había sido en otra vida guitarrista de burdel o cinturita.

Sentí que debía seguir mis instintos y despojarme de los prejuicios que recibí de mis padres y de mis profesores y de los que me echaron encima los amigos y los jefes moralistas. Aunque yo era el culpable porque seguía su ejemplo cuando que lo inteligente, lo que requería del menor esfuerzo a la hora de resolver, era abandonarme a mis proclividades hedonistas. También debía escribir. Ignoraba qué pero nunca dejar de escribir. Redactar una oda a la vida contemplativa, un himno a la bohemia, un poema a la puta más puta, un corrido glorificando el desmadre, crear *El antibrindis del bohemio*. Cuando llegamos a la esquina detuve los pasos para ver a la izquierda el letrero de El Tequila. Moncho trataba de ver intrigado lo que yo estaba mirando de modo insistente. Con un leve codazo trató de disiparme el ensueño que ya no lo era (lo había sido en el D. F.) sino la realidad real. Me pregunté cómo estaría Sabrina, sin duda hecha una prieta gorda y nalgona, envilecida y con la sífilis corrompiéndole las entrañas.

Sabrina estaba como la dejé dos años y pico atrás, morena, rotunda, cintura de avispa y tetas como breves cuernos suaves. Las caderas se abrían poderosas hacia ambos lados y las piernas largas y fuertes, con unos pies pequeños y delicados igual que sus manos de largos dedos y de uñas fuertes pintadas de rojo. Vi que ella entrecerró los ojos. ¿Era miope y no había reparado en eso? Quizá lo fuera y que usara gafas en su cuarto como la Venada aun cuando la vez que vi a ésta en cama, cubierta de pies a nariz, estaba sin lentes quizá para que yo viera cómo la había dejado Moncho, el rostro tumefacto a golpes. Moncho le decía Venadita y en su momento no entendí porque ella no tenía ojos de Bambi sino dos ojeras oscuras que resaltaban en su tez morena.

Venadita, pinche Flaco —habla Moncho—, porque no ve ni madres, agarra la onda.

Sabrina fumaba de pie, y se llevó las manos a las caderas que meneó en una actitud de *Vaya, vaya, miren quién llegó*. Su vestido rosa muy apretado hizo que yo recordara a María Victoria si bien Sabrina no era tan chaparrita ni tan rechoncha. Siempre quise grabarme los detalles de su figura porque algún día iba a describirla, pero la emoción del momento hizo que olvidara mis clases de observación. Pocas mesas estaban ocupadas, la marimba interpretaba *El porrito de Lety*. Sabrina lanzó el cigarrillo hacia atrás, hacia el patio de tierra y de arena recién mojada a baldazos de El Tequila, en un ademán de soberbia sensualidad. Extendió sus brazos y tomados de las manos como si nos dispusiéramos a bailar el mentado *porrito de Lety*. Sintió la humedad de sus palmas suaves que había besado muchas veces mientras ella sudaba y gemía bajo mi cuerpo febril y agitaba la cabeza cual poseída por un demonio, por el demonio de su Flaco. Me vio de pies a cabeza, calculadora, como si se examinara un vestido nuevo ante el espejo. Tenía un bigotillo de perlas diminutas de sudor y mostraba un leve rayón carmesí en la dentadura blanquísima. Parecía alegre porque, Flaquito del alma, mira cómo estás, podría decir que gordisísimo, como si estuvieras enamorado y bien correspondido, ¿no es así, mi Flaco?

Ignoro cuánto tiempo estuve contemplándola. Quería adivinar sus pensamientos. Quién sabe por qué y para qué. A causa de mi inseguridad sin duda. ¿Sería mi destino permanecer a su lado con la perspectiva de ser su cinturita?, me pregunté. Años antes hubiera podido conseguir empleo en El Tequila como administrador porque se ve, Flaquito, que sabes de cuentas y si no pues ahí tú decides, sobra con que estés junto a mí, si no te estoy pidiendo mucho.

Eso había sido tres años antes pero ¿seguiría pensando igual tres años después? También si seguiría sintiendo lo mismo porque los sentimientos y no otra cosa guiaban mis actos. Los amigos trataban de alertarme respecto a que permitía de un modo torpe que las pasiones se apoderaran de mi voluntad y eso iba a perderme si no le echaba sesos también. Ignoro si Sabrina pensaba y sentía como yo aunque sí advertí que lograba someter sus instintos. Sobre todo cuando pedía que yo viviera a su lado, lo que fue una sorpresa porque mis planes eran otros. Debo reconocer que fue un grave error no aceptarle a Sabrina la invitación de vivir con ella en El Tequila para efectos de cuanto escribiría años adelante. Pero deseaba salir a toda costa del pueblo en esa época, cambiar de aires, vivir otras aventuras tan interesantes como las de El Tequila o como las que viviría después.

TRES

Fuera de las aventuras en El Tequila el resto de sucesos en mi pueblo era rutina. Las mismas caras y los mismos conflictos, celos, traiciones, amasiatos, venganzas, amores telúricos. Sin que afloraran, sin que trascendieran, por lo estrecho del campo de acción. Los diarios publicaban allá cada tanto un homicidio sangriento sin descubrir los móviles, si es que lo publicaban porque si no el lector debía atar cabos y discurrir sobre las causas posibles o permanecer alerta con los chismes. Quién sabe si Sabrina hubiera aceptado mudarse porque habríamos ido de pueblo en pueblo, o de país en país. Nunca se me ocurrió proponérselo quizá porque tenía otros planes, o porque Sabrina quería permanecer el resto de su vida en Tapachula. Ella sospechaba con la sapiencia que le confería lo vivido y sus instintos que iba a llevar sus conflictos ahí adonde viajara. Así que mejor machete estate en tu vaina, Flaco.

Sabrina acostumbraba contarme de las ofertas que le hacían sus amigas y *empresarios* para que se marchara a verdaderos cabarets, porque debía mejorar sus ingresos e ir pensando en un retiro digno. Rechazaba esas ofertas porque nuestro pueblo, que ya es el mío pues me tumbé a la mitad de los habitantes y la otra mitad son las viejas, es el verdadero paraíso, ¿verdad?, no hay nada como Tapachula, piénsalo y verás, los amaneceres tienen su encanto con el trinar de los zanates o con el vuelo en parvadas de las golondrinas, la frescura de una noche de estrellas o de luna nublados y las tardes con porrazo de agua mientras estás en la hamaca, ¿dónde que más valgas podrías estar mejor?

Me pregunté si Sabrina seguiría pensando igual tres años después. Era posible que sí porque de otro modo no la hubiera hallado ahí, fiel a El Tequila. Moncho se acercó para interrumpir mis pensamientos y recuerdos. Seguía aferrado a las manos de Sabrina y ella me veía a los ojos a imaginar acaso una competencia de miradas profundas. Moncho dijo que iba darle una vuelta a la Venada para ver cómo andaban los negocios. Flaco, porque al ojo del amo engorda la yegua, no me mires así, Sabrinita, pero tú sabes poco de

esto porque el Flaco se ha negado a seguir mis consejos aunque dice que viene dispuesto a todo...

Los clientes empezaban a llegar a El Tequila, donde las mujeres mantenían el hábito de sentarse en una fila de sillas puestas contra la pared y al fondo. Los clientes llamaban a cualesquiera de ellas para beber e iniciar las negociaciones. Otros se dirigían a la fila e iban examinándolas sin disimulo, con descaro, una a una, hasta hallar a su pareja si se ponían de acuerdo. En cuanto Sabrina y yo nos sentamos y el mesero nos puso dos cervezas sudorosas de frías (Cuca, le decía Sabrina), sin que tomara la orden, como adivinándonos el pensamiento o porque ella bebía siempre lo mismo... al principio. Nos puso unas servilletas dobladas con la marca Superior impresa en tinta sepia. Vi que Sabrina pasó la mano con un ademán mecánico por el gollete y se la empinó mientras entornaba los ojos. También a Ivonne la había visto beber así y antes a Sabrina pero en ésta parecía normal. Supuse que a continuación Sabrina iba a pasarse el dorso de la mano por la boca pero no, tomó una servilleta y se limpió con delicadeza las comisuras de los labios. Con una pregunta de su parte empecé a contarle mis casi tres años en el D. F.

No le mencioné a Luzana ni a Ivonne ni a Marilú y mucho menos a la Prieta y a la Flaca. Concentré mi charla en la vida azarosa de los comuneros. La noté conmovida con la historia de Fofó y un tanto indiferente con mi renuncia a la universidad. Mi paso por el periodismo le llamó la atención porque hizo varias preguntas sobre cómo se conseguían los datos informativos, y se crispó horrorizada cuando le describí el movimiento del Servicio Médico Forense en días festivos, cuando saturaban las gavetas y ponían en el suelo los cadáveres costurados y desnudos. Cuando ordenó las cubas, Sabrina y yo habíamos bebido ya media docena de cervezas medianas. Tres años atrás hubiera tomado sólo cervezas y ella lo sabía. No me consultó esta vez pero sentí que actuaba como leyéndome el pensamiento. Había ido al baño varias veces y sentí que era lo mejor para neutralizar el agua y el gas de la cerveza de bajo efecto aturdidor en el clima ardiente. Buscaba impresionarla al contarle que conocía a mucha gente importante en el D. F. y también con el hecho de que había aprendido a beber *fuerte*.

El Tequila estaba ya atestado de una clientela bulliciosa y el estruendo de la marimba-orquesta nos hacía platicar a gritos. El ambiente empezaba a cargarse y a pesar del techo alto y de las puertas y de las ventanas abiertas el humo de los cigarrillos flotaba neblinoso. Nada nuevo descubrí excepto que un tipo tomaba fotos y que Sabrina se quedó con una donde la estoy besando en la mejilla, los ojos entornados de bolo más que de romántico. Desde la

primera cuba sentí en la mente el golpe duro del alcohol, recuerdo. Pero fue una sensación agradable porque experimenté una subida de ánimo que no había sentido al beber las cervezas. Con la segunda cuba la euforia se apoderó de mí al grado que ya hablaba con aplomo y la certeza de que el D. F. seguía allá en espera de que lo conquistara con el periodismo y los cuentos y las novelas, porque *algo* hace que mantenga el dedo en el renglón, Sabrina, y ese algo es mi necesidad y la mejor manera de aprovecharla, creo, es empeñándome en el trabajo y en mis grandes diversiones, leer y escribir, mis planes te son indiferentes, lo sé, no quisiera aburrirte, así que cuéntame de tus aspiraciones, nunca hablaste de ellas y tuve la impresión de que te conformabas con cualquier cosa, Sabrinita.

CAPÍTULO VI

UNO

Sabrina cogió sonriente su vaso y vi cómo el dedo meñique se curvó y se separó de los otros. Lo había notado años atrás cuando nos conocimos, cuando ella bebía cubas y yo cervezas. Siempre me gustó ese dedo pequeño separado del resto que terminaba en una punta granate y afilada. Sabrina me vio fijo a los ojos como si tratara de seguir la competencia de las miradas profundas. Luego suspiró hondo con la boca semiabierta. La vi linda con sus ojos redondos y cafés y con sus grandes pestañas oscuras quizá debido a los efectos del alcohol en mi cerebro atolondrado. Ojos de teutona guatemalteca, solía decirle yo mientras ella se encogía de hombros. Su boca era como una rosa roja perfecta y deliciosa pues la había paladeado noche a noche en mis años de prepa. Me gustaban sus brazos morenos y torneados ahora llenos y macizos. De indígena maya, presumía ella. Volví a desviar la vista del rayón bermejo en uno de sus incisivos. Era una mujer hermosa nunca antes vista en mi pueblo y fui feliz con ella porque siendo hermosa me quería, afirmaba al besar la cruz de sus dedos, y siendo hermosa y queriéndome nos amábamos a temprana hora, recién bañada, antes de que empezara su *trabajo*, nunca después para que no me sintiera pésimo.

Como si nada experimentara con no verla, como si estuviera incapacitado para imaginar la clase de relaciones infames que establecía con su vasta clientela y que lograban mantenerme insomne durante horas, tumbado en la cama, al imaginar lo que le hacían y lo que ella tenía que hacer. Pero así la amé y así la recordaré siempre. Cuando Sabrina encendió otro cigarrillo, la aspiración del humo fue como un suspiro maligno. Luego lanzó con suavidad una larga voluta espesa a mi cara.

Las ambiciones de la mujer eran distintas a las ambiciones de los hombres —habla Sabrina—. Aun cuando haya algunas imitamachos que tratan de tener

los mismos trabajos de ellos en competencia de burras porque son empleos para mulos.

Faltaba poco para que fueran peones de albañil. Pero esas mujeres tontas ignoran que poseen una virtud que nunca tendrán los hombres y eso es, Flaquito, parir, tener a un *su* patojito y si después viene la parejita qué mejor, no me veas así, espera, ya te lo dije, es cierto, pero cada vez estoy más segura, no hay mejor aspiración que la de ser madre.

No quería recordar ese anhelo invencible suyo de ser madre a los veinte años. Su petición, porque eso fue, provocó sorpresa en mí. Desde luego rechacé esa postura en su momento con más vehemencia que razones y tres años después ella seguía pensando y deseando lo mismo.

Estaba loca —hablo yo—. Teníamos la vida por delante. Cuando menos yo, pensé, egoísta. Es una decisión seria engendrar un hijo y si cualquier pareja tenía que pensarlo y discutirlo con más razón nosotros. Hubiera sido un crimen que nuestro hijo viviera en la zona roja, ¿o no?

Sabrina no sería la primera ni la última pupila de burdel en tener un hijo y mantenerlo a su lado —habla ella—. Las había y bastantes y las seguirá habiendo mientras el mundo fuera el mundo.

Muchas de sus compañeras renunciaban al prostíbulo cuando los chamacos iban ya a la escuela y se contrataban de sirvientas para evitarles problemas en su vida. Claro que había malas madres como en todas partes, que los regalaban o ellas seguían *entradas* en el negocio y los patojos se convertían en mozos de lupanar cuando sabían a medias leer y escribir, y después trabajaban de meseros o de mantenidos en el peor de los casos, ¿o en el mejor?, y ni hablar si eran patojas. Debía olvidarme de la manutención del niño. Tampoco temer que un año de éstos ella revelara a mis padres la paternidad clandestina del hijo inescrupuloso, yo. Se iría del pueblo después de tener hijos conmigo, con nadie más. Debía confiar y hacerle ese favor. ¡Favor! Moncho hubiera dicho, aparte de su ¡coño, joder, macho!, algo así como *Yo lo que quiero es una buena lana, que hijos ni que ojo de hacha*. Por eso eludí a Sabrina tres años. La idea me torturó a partir del mismo momento en que recibí la insólita petición de la maternidad irresponsable.

Sin saber que ella podía transformarse en buena madre y buena esposa, la gran mujer que un hombre quiere detrás de él. ¿Tenía derecho a negarme, a no cumplirle aquel deseo? También me preguntaba si debía sentirme orgulloso porque ella hubiera escogido como posible padre de sus hijos a un estudiante que no quería estudiar sino leer y escribir. Leer y escribir historias perfectas, no cualquier engendro, no cualquier bodrio narcoléptico. Si podía

evitarlo como lo estaba evitando, pensé, no debía procrear un niño y dejarlo que floreciera en la zona roja de mi pueblo. Nunca me lo hubiera perdonado. La alternativa habría sido amancebarme con Sabrina o llevármela al D. F. y prostituírnos juntos para retirarnos en cuanto nuestro hijo principiara a hacernos preguntas dolorosas. Hubiera sido la locura.

Antes de viajar al D. F. le pedí a Moncho que la vigilara ya que podía estar embarazada y sus comentarios ser meros anzuelos para sondearme. Me tuvo al tanto de sus movimientos y tras calcular el tiempo suficiente dejó de vigilarla. Moncho sostenía la idea de que aceptara los sucesos tal y como venían, pinche Flaco, porque *juelachingá* sólo se vive una vez y nuestra obligación es traer hijos a este mundo, no importa si la gallina es una sarada de éstas y en el caso de la Sabrinita tendrías unos hijos preciosos, tú, pues la chava es mantequilla de primera y con un poco de suerte el patojo sale con los pelos de elote, si ella ni puta parece, perdón, Flaco, pero es lo que es.

DOS

Seguí con las cubas a gusto pero Sabrina parecía mareada. Su alcoholismo iba en ascenso, advertí, porque ella tomaba sólo cervezas cuando yo estaba en la prepa. Al hacérselo notar en este viaje ella dijo, restándole importancia al asunto, que bebía muchas cervezas antes de entrarle al ron, por mencionar algo, ya que la cuba, Flaquito de mi vida, amor de mis amores, es para las señoritas apretadas que salen a pedorrearse cada domingo por todo el parque central de tu ciudad, no para las hembras a quienes nos cae requetebién el tequila, y a ver, Cúcara Mácara, tráete dos *caballitos* y el limón y la sal, ¿no, Flaquito?... , cómo de que no, ahora sí vamos a beber en serio.

Llegaron los tequilas en las copas alargadas y no recuerdo si bebimos media docena o una docena porque en la tercera o cuarta perdí la cuenta y la cabeza, y quise hablarle a Sabrina de Luzana, de mis esperanzas en apariencia fundadas de que nos íbamos a identificar a plenitud ella y yo cuando hiciéramos el amor, tanto como había tenido esa identificación con ella, con Sabrina, pero hubiera sido una provocación estúpida. Tampoco le conté del viaje en el tren cuando salimos de Veracruz rumbo a México, ni de la confesión sentimentaloides, ya entequilado, sobre el gran amor que sentía por ella, por mi Sabrina querida. No quise verme como un sentimentaloides gimoteante, sobre todo porque Sabrina confesó que, en efecto, la tarde de mi partida ella y la Venada estuvieron en la estación de ferrocarriles. Procuraron mantenerse apartadas de sus suegros y en especial de las apretadas pedorras de sus tías políticas, que eran sosias de sí mismas, cual Simone Signoret, cual Esther Williams, cual Jane Fonda. Debí haber escuchado *Pañuelo rojo* y *Cholito querido* interpretadas por la marimba que ellas, Sabrina y la Venada, habían pagado para despedirme.

Moncho volvió y se empinó una cerveza de dos tragos kilométricos y se fue sonriente de nuevo. Si pasaba lo que miraba venir regresaría como a las siete de la mañana, anunció. Sabrina le dijo al Cuca que le apuntara *todo* en su cuenta y que no estaba para nadie. Luego caminamos abrazados y tambaleantes rumbo al patio donde estaba su habitación. Debí de haber

sonreído como un tonto cuando ella le dio un puntapié a la puerta de otate de su diminuto cuarto de otate porque siempre había entrado así, recordé. Un *foco* enorme y desnudo lanzaba desde el patio un haz de luz anchuroso hacia ese cuarto. Vi que las franjas oscuras que proyectaban los otates cubrían el cuerpo de Sabrina convirtiéndola en una cebra hermosa, aunque desprovista de equilibrio porque había buscado apoyo en el respaldo de la cama de tablas para poder desnudarse. No como años atrás cuando al levantar la vista, mientras trataba de desvestirme, la veía de pie, manos en jarras, desnuda y sólo con las zapatillas puestas, porque, Flaquito, el piso es de arena y si me descalzo debo lavarme los pies para no ensuciar los zapatos por dentro.

La veía de pie y la admiraba y la amaba con la vista, mientras pasaba por mi mente la idea sugestiva de que era un chamaco afortunado porque tenía de amante a una gran puta a quien no le pagaba. Moncho escupía por el colmillo ya que estaba tardándome en dar el siguiente paso, y eso significaba que le bajara el pisto, Flaco, el pisto, ¡el pisto!

Cuando le decía que eran mis amigos los que ambicionaban ser padrotes de Nebraska, no yo, él chasqueaba la lengua y decía algo así como *Esos vergas de tus amigos ya quisieran ser padrotes manque sea de El Tequila de Tapachula*. Yo contemplaba pasmado a Sabrina que desnuda del todo, meneando sus lindas caderas, ahuyentaba mis reflexiones al decirme algo así como *A ver a qué horas, Flaquito de mis amores, padre de los hijos que no voy a tener*. De esa noche recuerdo nuestro beso perpetuo, uno solo, de minutos. Pretendí con pertinacia marchitar la rosa roja de su boca perfecta a fuerza de succionarla y de mordisquearla. Recuerdo las franjas de luz que surgían de la juntura de los otates e iluminaban su frente sudorosa. Recuerdo unas centellas como flashazos que anunciaron según yo la lluvia refrescante de la madrugada. También recuerdo nuestros cuerpos adheridos, oh Sabrina, y tus largos y poderosos muslos ciñéndome la cintura y tus talones espoleándome para guiar el mayor o menor ímpetu que debía darle a mis embestidas de diecisieteañero provisto de un vigor sexual que nadie, bueno que Clararrosa no quiso atenuar, y luego la súbita muerte momentánea, Sabrina, y tus aullidos y tus mordiscos y tus promesas y tus reclamos.

Desperté con la luz del sol y vi los cabellos revueltos de Sabrina, corrida la pintura negra de sus ojos e informe y estrujada la rosa roja de su boca entreabierta, donde observé una dentadura carmesí repulsiva y un vientre un tanto abultado y caderas roturadas por las estrías. Pero qué caderas, pensé, porque aquellas caderas era unas señoras caderas al lado del huacalito duro de Marilú. El aroma fuerte y dulzón de su fragancia me desconcertó aunque lo

había usado siempre sin que me hiriera el olfato. Pensé en Luzana, en la limpieza de su faz y en la frescura de su mente y de su cuerpo, en lo afrutado de su aliento y en sus propósitos firmes para el futuro, sin nubarrones en el horizonte, en una vida ayuna de sobresaltos. Por eso me vestí de prisa y salí aturcido con la sed endemoniada erosionándome la garganta y con la ropa olorosa a tabaco y a Sabrina. En casa descubrí que tenía arena en un zapato y reparé igual en que había olvidado un calcetín. Esa tarde, Moncho rió o se puso serio conforme le fui contando lo que había sucedido con Sabrina. Estábamos en el parque central en una banca desde donde veíamos el ir y venir de las muchachas recién bañadas y perfumadas. Intenté olvidar lo que Sabrina opinaba de ellas. Moncho y yo habíamos dado varias vueltas al parque y en cuanto descubrimos una banca vacía, bajo la copa de un laurel de la India, la ocupamos con premeditada lentitud.

TRES

El sol acababa de ocultarse y soplaba una brisa fresca. Oía las voces y los gritillos de una parvada de niños juguetones. Los boleros y los voceadores, mis ex compañeros de trabajo y de andanzas, andaban ya a esa hora agotados o extenuados. Moncho dijo que la familia Tunante, perseguida por el ejército, había abandonado el pueblo gracias a lo cual la comarca estaba en paz. No le pregunté los detalles de esa acción porque no podía dejar de pensar en la referencia de Sabrina a las mujeres flatulentas del pueblo, aunque no imaginé en el desahogo a ninguna de ellas, recién bañadas y con profusión de coloretes en las mejillas, estrenando todo, o casi todo, mientras giraban en torno al parque en busca de caras conocidas en la corriente que fluía en sentido contrario. Cuando Moncho volvió a El Tequila en la madrugada, el Cuca le dijo que teníamos como una hora de habernos ido al cuarto, por lo que, pinche Flaco, mejor te dejé porque me di cuenta de que lo tuyo iba para largo, te has de haber levantado como a las seis y te le escapaste, ¿verdad?, más vale que regreses y le des una disculpa o de plano que te le desaparezcas otros tres años porque Sabrinita se encanija cuando le haces esto, me contó que en las buenas épocas le prometías quedarte toda la noche y cuando ella se daba cuenta ya te habías ido, pinche Flaco.

No iba a pensarlo mucho. Nunca más vería a Sabrina. Las cosas no volverían a ser como antes. Veinticuatro horas después estaría en el D. F. y lo primero que iba a hacer, antes de decir nada a nadie de la Comuna, sería hablar en serio con Luzana. Estaba dispuesto incluso a casarme por la iglesia y a mandar al diablo el materialismo dialéctico. En ese momento, en el parque central de Tapachula, un niño descalzo con su caja de bolear bajo el brazo se nos acercó señalándonos los zapatos, Moncho hizo un meneo negativo de cabeza pero yo acepté porque tenía los mocasines cubiertos de polvillo de arena.

Era lo mejor —habla Moncho—, en el fondo sentía conmiseración por esas mujeres y sobre todo por Sabrinita debido a que ella no podía regresar a Guatemala o, pudiendo, no lo deseaba para nada.

Unos meses antes había recibido visita de su padre, le contó a Moncho. El propósito era que ella regresara a Guatemala y si no a casa cuando menos al pueblo, a Quetzaltenango. Él le iba a poner un pequeño negocio. Sabrinita se negó. De ese encuentro Sabrina se abstuvo de decirme algo quizá porque pensó que no iba a interesarme escuchar la vieja historia, a la que le puse atención suficiente en otra época, cuando ella me la platicaba casi en capítulos.

El hombre insistió —sigue hablando Moncho— porque en el lecho de muerte de la madre de Sabrina, él le ofreció viajar a México para rescatar a la hija de ambos.

Sabrinita siguió negándose. Pensé siempre que nadie iba a convencerla nunca de hacer algo contrario a cuanto ella hubiera resuelto realizar en su mente porfiada y de firmes ideas. Quien la conocía bien, sus amigas putas, solían decir *Así es ella, así ha sido desde que llegó*. Lo que me llamó la atención fue el asombro que debió haber causado en El Tequila una visita como aquella. Sabrina describía a su padre como un hombre muy alto y muy fuerte y muy blanco y con unos ojos muy azules, que nunca maltrataba a sus peones porque tenía a un capataz para eso, a un mestizo muy cruel y sanguinario con los indígenas. Moncho dijo que Sabrina respondió con indiferencia a sus compañeras y les dijo que se trataba sólo de un cliente cachuco al que por supuesto había rechazado. El bolero hizo rechinar el mocasín dos, tres veces y en seguida azotó el zapato con la franja de tela curtida en betún.

Entonces el viejo se sacó un as de la manga, su hijo se había ido a Alemania, el medio hermano de Sabrinita —continuó Moncho—, y no iba a regresar en años.

El cabrón que la había violado y la hizo su amante a producto de gallina, decía Moncho, ante la angustia y temor al infierno de la madre. Pero Sabrinita siguió montada en su macho, pinche Flaco, igual que cualquier buena india como dice ser, y le echó todo en cara al viejo, todo, no sólo por haberse metido con la sirvienta, sino también por haber tenido a la hija de ambos como ayudante de criada, y si eso nunca se lo iba a perdonar menos perdonaría al hijo, a su violador, no porque fueran mediohermanos, pues éste ignoraba también el parentesco entre ambos sino por la manera como la violó y como la siguió violando largo tiempo..., ¿qué te pasa, Flaco?, ¿no quieres oír hablar de esto?

Lo sórdido de la historia era irrelevante para mí porque la conocía bien. Estaba ocurriéndoseme que Sabrina y yo podíamos rehacer nuestras vidas en

la ciudad de Guatemala, no en Quetzaltenango. Pero deseché la idea porque hubiera sido una locura. Tres años atrás Sabrina estuvo contándome su vida y cuando yo regresaba cada noche a El Tequila para tomar dos cervezas y hacerle el amor, antes de las nueve de la noche, le preguntaba algún dato para esclarecer cuanto hubiera quedado oscuro. Así fue como ensamblé las piezas de la infame historia. El viejo alemán cafetalero era viudo pero no contrajo matrimonio con la mamá de Sabrina ni les hizo a ambas el menor reconocimiento legal, como esposa a ella y como hija a Sabrina. Sólo se dignó a ascenderlas de lavanderas a recamareras. La madre de Sabrina había muerto de tristeza por lo ocurrido entre el hijo del patrón y Sabrina, pero lo cierto fue que murió de tuberculosis. Sabrina permanecería aún mucho tiempo en aquella casa porque la madre, al saber de la tragedia de su hija, se sintió obligada a revelarle quién era su padre y por lo tanto quién el violador. Mucho después la mamá aprobó por fin la huida de Sabrina para que evitara los ataques sexuales del hermanastro.

CUATRO

Sabrina, sedienta de venganza, según contó, tardaría meses en huir hasta no convencerse, investigando, de que el violador era en efecto su medio hermano y de que su única salida hubiera sido matarlo. En ese punto de mis recuerdos Moncho me sacudió por un hombro. Levanté la vista de mis zapatos como espejos y ahí estaba la sorpresa, no supe si agradable. Era Clararrosa, de pie, con las manos entrelazadas al frente, viéndome, sola, sin la madre, sin las primas, sin las tías, sin las amigas y sin los vestidos de color pastel. Noté una mirada extraña en sus ojos, la mirada de la niña hecha mujer, una mirada de gallinita ponedora, pinche Flaco, luego me platicas y si no te da tiempo entonces escíbeme y cuéntame, acepto que no me des nombres porque, como tú dices, los caballeros no tienen memoria, pero no sé por qué quieres tú ser un caballero si, de acuerdo con una película que vi en el cine Lírico, los escritores son como los zopilotes, tú, siempre detrás de la carroña, oye, no me veas así, si no lo digo yo, lo vi en el cine, pinche Flaco.

*

La Pichona confirmó anoche que *sí* está embarazada. ¡Coño, joder, macho!

CAPÍTULO VII

UNO

La Comuna estaba desintegrándose cuando regresé al D. F. y mis compañeros de *El Diario de México* arreglaban aparatos de radio desconchificados o vendían enciclopedias de puerta en puerta, y Luzana, el amor de mi vida, estaba muerta. Legorreta me dio la buena noticia, el sindicato iba a darme la carta de miembro al corriente en el pago de las cuotas y el segundo tercio de la indemnización. Fallo se había ido a Guadaiajara reclutado por el PRI a trabajar en las elecciones y Armando clausuraría la Comuna. Ni Óscar ni el Changüingua ni el Conejo ni el Cule daban ya un quinto, y nadie hacía de comer. Óscar se hospedaría en un hotel de cinco estrellas mientras hallaba casa en Las Lomas, anunció con desparpajo. Armando iba a hacer lo mismo pero en la San Rafael. El Changüingua se mudó con Ivonne que ya vivía con Javier. El Cule tramitaba enrolarse en la constructora donde padre y hermano eran plomeros. El Conejo volvería a su casa aunque tuviera que montar después un apartamento maldito porque el mampo de la farmacia estaba dispuesto a sufragárselo, y si quiere azul yucateco que le cueste, ¿o no es así, *my friends?*, ¿verdad que *yes?*, ¿o no *yes?*

Nadie sabía nada de Luzana. El Changüingua riñó con Guadalupe e ignoraba su paradero. Sus tías rehuyeron darme información y cerraron la puerta en mis narices. Me sentía apestado más que azorado. Manuel y Miguel me dieron la noticia pero su actitud fue de indiferencia y no de congoja. Era absurdo que ese par de anestesiados hablaran con frialdad y lejanía de la muerte de la hermana. Lo hicieron como si hablaran con un desconocido y no con el novio, el primero a quien he querido, Flaco, te lo juro y júrame tú que cuando ya no me quieras me lo vas a decir, júralo, por favor, sin lástimas, es lo único que te pido.

¿Qué estaba haciendo ella en Cuernavaca? ¿Cuándo había muerto? ¿Por qué dejaron la casa? ¿A dónde se iban? ¿Por qué todos en la Comuna

ignoraban lo que había pasado? Eran las preguntas que hubiera deseado que contestaran los hermanos Martínez. Habían resuelto mudarse a Cuernavaca, donde tenían parientes y donde los restos de ella iban a descansar para siempre. El camión de la mudanza llegaría al día siguiente. Los hermanos se quedaron a vigilar el acarreo de los últimos muebles. Las tías se habían ido en autobús. Era una decisión tomada tiempo atrás y pudieron cumplirla hasta ahora a partir de la gran desgracia. Sentí un nudo en el estómago y flojas las piernas. Era una pesadilla, pensé, pero no, porque de haberlo sido habría despertado y la pesadilla duró años. Lo mejor era beber unos tragos, lo que no hacía desde mi encuentro con Sabrina. Me sentí culpable porque mientras estaba bebiendo y fornicando con Sabrina, Luzana moría atropellada.

Los Martínez aceptaron la invitación. Tenía dinero para embolarnos muy bien y si ellos dos no, yo sí, y con motivo. El que paga manda, dijo Miguel, y si paga toda la noche manda toda la noche. Mientras se daban un baño como era su costumbre luego de regresar del trabajo, según supe (nosotros lo hacíamos en la mañana), fui por el Changüingua. En la cantina El Progreso escogimos una mesa apartada de los mingitorios donde el Changüingua se sentó frente a un espejo enorme. Ahí permaneció examinándose de frente y de perfil y de tres cuartos. Un vendedor de billetes de lotería nos puso el fajo de tiras ante las narices y todos manoteamos, alejándolo. Los Martínez ordenaron cubas y tortas de pierna, y nosotros cervezas y cacahuates y papas fritas, mi buen, al rato pedimos las *tortugas*.

Ignoraba cómo preguntarles de Luzana. Se supone que me habían dicho todo. Estaba muerta. Punto. Ésa era la siniestra verdad. Estaba muerta. No quise indagar cómo pasó los últimos días y si les hizo algún comentario sobre mí, o les dio un mensaje que debían entregarme. Ellos preguntaron si emigraríamos también de la colonia.

Teníamos todo ese mes para desocupar el apartamento —habla el Changüingua—. Nada quedaba ya por hacer en la Obrera si los Martínez se iban. Pero eso no es problema porque en la primera oportunidad, Manuel, Miguel, iremos a Cuernavaca a visitarlos.

Los Martínez bebían de sus respectivas cubas y nos veían en silencio con miradas inescrutables. Decían salud y chocaban sus vasos con nuestras botellas. Muchos clientes jugaban dominó, recuerdo, y los meseros, bostezantes, veían un programa en el televisor. Manuel contó que el Gran Zoquete había dejado de estudiar y que había puesto una tienda de accesorios de lujo para automóviles y que abrirá la segunda en la Doctores, aparte de que

piensa poner otra en Cuernavaca, donde cualquiera de nosotros dos, éste o yo, será gerente, ¿verdad Miguel?

Ordenamos otra tanda y pedimos las tortas con chiles jalapeños, rodajas de zanahorias y ajos curtidos. Los Martínez habían vaciado su plato. La torta estaba deliciosa pero no pude terminármela porque me sentía abatido y no dejaba de pensar en Luzana. Quizá mi arrepentimiento de poseerla había influido en su destino fatal, si esa decepción la había orillado al suicidio. ¿Por qué no? Nadie había dicho aún que lo suyo no fuera una inmolación. Era increíble que muriera atropellada en Cuernavaca si desde niña aprendió a sortear los peligros del tránsito del D. F. Platicaría con su mamá para que me informara de los últimos días de su hija. El mesero se acercó y fue metiendo las botellas vacías en un cartón. El Changüingua y yo habíamos bebido como seis litros de cerveza, la mitad de un cartón. Manuel y Miguel nos sugirieron el cambio a cubas y manifestaron su asombro de que bebiéramos tanta cebada sin estallamiento de vejiga, ¡hic!, mis valedores, porque mi carnal Manuel y yo no aguantamos, ¡hic!, más de una, ¿verdad, carnal?

DOS

En menos de cuatro horas todos ellos parecían borrachísimos, menos yo. Sin duda estaba recibiendo los beneficios extraordinarios de la cura pendiente de la cruda de aquella noche con Sabrina, la noche de las cervezas, cubas y tequilas. Viendo a mis compañeros de farra a punto de la seminconsciencia pensé en qué hermoso era *curársela*. Adquieres un estado de ánimo próximo a la dicha total y al sosiego, a la paz completa, en tanto que crudo y te la estés curando. Los meseros colocaban las sillas patas arriba sobre las mesas. En la tele alguien leía el resumen noticioso. El vendedor de billetes de lotería estaba sentado a una mesa, pensativo, hurgándose la nariz mientras el Changüingua lloraba sin recato porque íbamos a dejar la colonia, porque ya no veríamos a los Martínez y porque Luzana, a quien nunca olvidaré, mi buen, ha muerto, olvidarla sería una deslealtad a nuestros primeros grandes amigos chilangos y, en cuanto a su muerte, quiero dejar constancia, me ha provocado, mi *brother* Manuel, mi *brother* Miguel, ¿me escuchan?, me ha provocado que crea menos en la justicia divina, más bien creo en la injusticia celestial, ¿o no lo ven ustedes así, amigos?, la otra es que este sea el infierno y no nos hayamos dado cuenta, *juelachingá*.

Moqueaba y me sonaba la nariz con una servilleta de papel mientras oía a mi paisano y sentía las miradas burlonas de los meseros. Manuel y Miguel se mostraron reacios al sentimentalismo, ignoro si por el alcohol o porque estuvieran hartos de la broma necrológica, sin que dieran visos de aclarar nada. La noticia sobre el ataque de la tropa guatemalteca a campesinos mexicanos que se bañaban en el río Suchiate se dio en el televisor, uno iba a quedar parálítico porque con una bala en la columna vertebral. Esa noticia interrumpió la perorata del Changüingua, alguien empezó a apagar y a encender las luces y un mesero gritaba ¡*Vámonos, señores!* Miguel preguntó si podían servirnos la caminera. El mesero dejó la nota de la cuenta como respuesta. Oímos el estruendo metálico de las cortinas que caían en las ventanas y en la puerta. Miguel propuso como al desgaire que fuéramos a una vinatería.

Rascando con una moneda la cortina de fierro —habla Miguel— podíamos comprar un pomo y *seguirla*.

Pero Manuel se negó. Dijo que era suficiente y que debían dormir temprano porque el camión de la mudanza estaría a las seis de la mañana para cargar los muebles y las cajas de tiliches. Pagué y anoté en una servilleta la nueva dirección de los Martínez. El Changüingua y yo salimos abrazados a lo oscuro de la calle de Torquemada con luz sólo en la esquina de Cinco de Febrero, a una cuadra de distancia. Luego salieron Manuel y Miguel, que insistía en la propuesta de seguir la juerga a pesar de haberse dado un duro golpe en la cabeza al salir por la pequeña puerta estrecha de la cortina. Miguel no se dio por vencido porque con unas horas de sueño y luego arriba del camión en el trayecto, carnal, como dos buenos mecapaleros, ¡hic! vas a ver que llegamos fresquitos y listos para curárnosla en la primera cantina que veamos en el barrio, carnal, porque allá no hay colonias, ¡hic!

Estaba loco de remate y tonto —habla Manuel— si creía que los padres iban a permitirle esos destrampes con la familia de luto.

Al escuchar la palabra luto, me volví y alcancé a ver cómo Manuel le encajaba un codazo a Miguel (a modo de estate quieto y cuidado con lo que dices) que cayó doblado en dos tras expulsar un gemido y una maldición. No esperé que Miguel contestara el ataque porque lo habían educado para obedecer y para respetar a su hermano mayor. Manuel era más bajo de estatura que Miguel y menos fuerte pero se trataba del hermano mayor. Era a quien había que obedecer, tuviera la razón o no la tuviera. Era a quien debí haberle pedido permiso para ser novio de su hermana. Fue cuando de las sombras salieron varios tipos gritando *¡Pinches culeros!* y *¡Putos de mierda!* y *¡Vamos a darles en toda su madre!* Creí ver al Macuache girando en la esquina como si sólo hubiera estado para señalar quiénes eran Manuel y Miguel, deduciríamos después, porque los golpeadores se lanzaron contra los hermanos, uno de ellos recién puesto fuera de combate de un codazo por su propio carnal.

Manuel estaba ya levantándolo para impedir que lo sorprendieran en el suelo. Nunca nos pusimos de acuerdo en si fueron cinco o seis pero yo vi como a doce. Eran de mediana estatura y regordetes, y acaso futbolistas porque se desplazaban con agilidad y acompañaban cada puñetazo con un puntapié. Miguel se sumó a la ofensiva con rapidez y contundencia increíbles, mientras yo repelía el ataque de dos de ellos. También Manuel empezó a lanzar golpes provisto de esa habilidad del capitalino sobreviviente de colonia bravía. Al Changüingua lo vi hasta el final. Se había entretenido finteándome

con uno de mi forje, mi buen, un peso gallo que me tenía ubicado porque se me vino encima a las patadas, pero sin la habilidad del Conejo lo pesqué fácil de una pata y que lo siento de nalgas, ¡mande usted!, y que lo jalo buscando arrancarle la *patrulla* y ya en el suelo fui yo quien le dio de patadas.

Al dar la vuelta de la calzada de Tlalpan a Torquemada los automovilistas lanzaban la luz alta sobre nuestras figuras trenzadas a golpes y frenaban el vehículo para no arrollarnos en medio de la danza frenética a puñetazos y puntapiés. Seguían a vuelta de rueda sin detenerse debido a la fama de la colonia sin dejar de ver la batalla por el espejo. La escaramuza duró unos diez minutos y no se prolongó porque Manuel y Miguel hicieron correr a sus respectivos atacantes y, luego se lanzaron sobre quienes me acosaban, justo cuando sentí ganas de bajar exhausto los brazos y de abandonarme a la paliza no obstante que empecé con ímpetu y determinación, lo que sorprendió a los atacantes.

TRES

La muerte de Luzana había hecho que buscara con quién desquitarme y mis agresores se desconcertaron, pero lo que te faltó, mi buen, para rematar la contienda fue gas. Manuel y Miguel derribaron a tres de los agresores que de prisa se pusieron de pie y corrieron seguidos por los demás. Hicimos el ensayo de ir en pos de ellos al azotar el asfalto con los zapatos y al lanzar voces y gritos, y los exhortamos a que se detuvieran si eran muy machos, ¡¡ijos de su mal vivir!, nomás vienen a bajarnos el *dope* si tan bonito que estábamos como para seguirla, ¿verdad carnal?... ¿y eso?

Manuel veía el cielo como si buscara estrellas en el infinito, diría el Changüingua. Sangraba de su nariz de búho y hacía señas como callando a Miguel. El Changüingua amaneció con el pie derecho inflamado, y yo resentí el ardor de unos raspones en las canillas a la hora de bañarme. Cuando salí a buscar a los Martínez ya no los hallé. Vi por la ventana un reguero de papeles y de periódicos viejos, y las señas de los lugares donde habían estado los muebles. Nunca los volví a ver. A Luzana sí, casada y con tres hijos y con unas cicatrices bárbaras en la espalda a causa de un ataque bestial del Gran Zoquete, me dijo ella. J. Legorreta P. y yo alquilamos un apartamento con el dinero de la liquidación. En mi caso con lo que sobró de la juerga. El apartamento estaba muy lejos del centro, en un edificio recién construido de la colonia Prado Vallejo, en una de las salidas a Naucalpan.

Para llegar hasta ahí debíamos tomar dos autobuses y hacer un largo trayecto en pesero. Tenía resuelto el problema de dónde vivir pero estaba sin trabajo y abatido por la muerte de Luzana. Solía errabundear como fantasma en pena y sin rumbo por el centro de la ciudad, desprovisto de ánimos para hacer el viaje a Cuernavaca y enfrentar a la madre de Luzana. Tampoco me atrevía a pedir trabajo en *Excélsior* o en *El Día*, donde ambicionaba reportear debido a que era un reportero inseguro aún de dominar su oficio. No leía ni escribía, aunque despertaba pensando en que esa noche sí iba a escribirle a Moncho para contarle mi experiencia con la arrecha de Clararrosa. Vagabundeaba y salía de un cine para entrar a otro. Las películas hacían que

yo olvidara a Luzana durante hora y media. Cierta noche, buscando dónde cenar ligero, rápido y barato, luego de ver *Moby Dick*, caminaba por la calle de Vallarta cuando vi a lo lejos a Sergio von Nowaffen.

Me inquietó su diminuta silueta en la calle oscura y desierta, como la de una aparición fantasmagórica. Una aparición inquietando a un fantasma. Von Nowaffen vestía traje a la medida y gastaba corbata de seda. Un flequillo le caía enroscado en la frente desde el breve montículo de su copete discreto, parecido al del Tovarich. Von Nowaffen nunca nos visitó en las guardias de *El Diario de México* o si lo hizo fue cuando yo iba por los tacos. Luego de las frases hechas del saludo él supo de mi desempleo y propuso que lo buscara en PIMSA, la agencia noticiosa Prensa Independiente Mexicana, S. A.

Ahí necesitaban un reportero de información general —habla Sergio von Nowaffen—. A él no le daban esa oportunidad porque no había *nadie* que reporteara las policiacas como el de la voz y porque traía pleito casado con el director de la agencia, aunque el dueño era un caballero que lo veía con buenos ojos, no un vendedor de alpargatas habilitado de periodista como el director.

La tarde siguiente, en el número uno de Vallarta, Sergio von Nowaffen me presentó a Joaquín Sanchís-Nadal, director de la agencia. Era robusto, de baja estatura y de tez blanca, el cabello rubio salpicado de canas en un enorme cráneo y las gafas a caballo sobre una larga nariz. Llevaba corbata bajo el suéter de botones al frente y el saco pendía de un perchero. Recargaba su grueso cuerpo en los antebrazos apoyados a su vez en el escritorio. Joaquín Sanchís-Nadal adoptó un tono condescendiente y de tolerancia con Sergio von Nowaffen, que empezó mencionándole mi atuendo y estatura al hacer referencia a una corbata y a un saco de Armando que combiné de cualquier modo.

Este joven (yo) sabía vestir y tenía presencia —habla Von Nowaffen—. Su estatura iba a ayudarlo pues en la redacción los reporteros vestían como tamemes. Ya era tiempo de que en la agencia...

Joaquín Sanchís-Nadal cortó la perorata agitando las manos y el reportero Von Nowaffen calló en espera de la respuesta. El jefe salió de atrás de su escritorio para estirar las piernas, seguro, y lo primero que le vi sin poder evitarlo fueron sus zapatos. Esperaba verle puestas las alpargatas pero no, eran pantuflas.

Él quería reporteros no figurines —habla Sanchís-Nadal, manos a la espalda—, y contaba el terno, el atuendo, pero sobre todo el talento para reportear y para redactar. El asunto era que el empleo iba a ser mío si

conseguía el boletín del FUFO, del Frente Único de la Fuente Obrera, que agrupaba a la mayoría de los diarios. Era una agrupación difícil. Dos reporteros habían fracasado en el intento.

Quienes no se sometían a los designios de la mafia iban por la libre — habla Von Nowaffen—. Pero no disponían del boletín del FUFO, donde se *vaciaban* las notas de la *fuelle* obrera.

CUATRO

Más desalentado que yo por la ardua tarea a desempeñar Von Nowaffen dijo que ojalá tuviera suerte, pues vas a necesitarla y mucha, cabrón, date no más de tres días porque este pinche refugiado es un ojete, se siente Hernán Cortés y aparte de tratarnos como a indios es capataz de reporteros, pero un día le voy a agujerear las alpargatas a balazos pa' que me baile un zapateado, me cae.

Yo estaba optimista porque tenía un objetivo claro y creí saber por dónde atacar. No iba a moverme a la deriva como ocurría desde que salí de *El Diario de México*. A la mañana siguiente, en la jefatura de prensa de la secretaría del Trabajo, me sugirieron que buscara a Guillermo Velarde de *Excélsior*, que lidereaba al FUFO.

Con la venia de Velarde, el boletín del FUFO y el de la oficina —habla un empleado de la oficina de prensa— estará del otro lado.

En el rostro flaco de Guillermo Velarde había tantas arrugas como en el de un bisabuelo. Estaba aporreando su antigua máquina negra de escribir Remington. Los colegas escribían sin saco y recuerdo que Velarde tenía unas ligas en las mangas de la camisa. El tecleo, las voces y los gritos nutrían el fragor de esa redacción del primer mundo. Los teléfonos repiqueteaban. Velarde me apresuró con una sola mirada a que desembuchara, sin desatender las cuartillas del boletín del FUFO ni su libreta de anotaciones que consultaba mientras escribía. Estuvo de acuerdo en cuanto supo a lo que iba, siempre y cuando consiguiera notas de la CROC, la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, y de la CROM, la Confederación Revolucionaria de Obreros Mexicanos, y las pasara al boletín del FUFO. La central obrera importante que aportaba la información de primera era la Confederación de Trabajadores de México, la CTM, donde no debía meter la nariz. Iba a *cubrir* las centrales más que desprestigiadas desprovistas de influencia, a cuya información daban poca importancia en los diarios, publicándolas como notas de relleno porque venían de líderes menores o de cartuchos quemados de la

dirigencia sindical. Pero el boletín del FUFO era lo que importaba y lo había conseguido en menos de veinticuatro horas.

Cuando regrese con Sanchís-Nadal y le muestre el boletín de la *fente* obrera no disimulará su asombro y sólo cuando le responda a las preguntas de ¿cómo es Velarde? y de ¿con quién habló en la secretaría del Trabajo? dirá *Bienvenido a PIMSA*. Saldré si no brincando de gusto tras ser felicitado por Sergio von Nowaffen sí emocionado para buscar a quién contárselo. Pero no hallaré la nueva dirección de los Martínez. Había perdido la servilleta con los datos.

CAPÍTULO VIII

México, D. F. otoño de 1965

Mi querido amigo Ramón Fuentes García:

Más vale tarde que etcétera, dicen, y aquí van estas líneas prometidas. Espero que no sean pocas ni muchas sino suficientes. Procuré llegar temprano al trabajo para escribirte sin interrupciones porque en una hora la redacción será un potrero lleno de zanates, por el tecleo, los timbrazos del teléfono y el fragor de los teletipos. Tengo ya buenos amigos en la agencia de noticias PIMSA donde Sergio von Nowaffen me recomendó y donde cobro como reportero desde hace varias semanas. Sergio es un chaparrito simpático que se siente gran periodista y sobre todo hombre culto, bien vestido y bueno para el trompón, como dicen por estos lares, y con suerte para las damas de la noche, las chicas malas de la Coyuya, diría el Changüingua, Pepe Chong, ¿te acuerdas de él? Estudiamos la prepa juntos. Déjame que te cuente que he acompañado a Sergio von Nowaffen a algunos burdeles, tú. Son apartamentos o casas con chamacas donde el lenón te vende botellas de *hinchapié* muy caras. No hay sinfonola, sólo tríos, y no te venden cerveza quién sabe por qué, acaso porque son baratas y ganan poco en su venta. Extraño esa bebida porque aquí adquiere un sabor diferente, tal vez por el frío y por la altura, y se apetece menos. Von Nowaffen tiene dos o tres amigos lenones (el Barbón es uno de ellos), que le obsequian una botelluca de marrascapache si los visita. Sólo paga los refrescos y la chamaca. Yo paso de ese asunto. Sabes bien lo que pienso del negocio. No va conmigo, y no es moralina porque estuve enamorado de una de ellas.

Von Nowaffen es simpático sobre todo cuando platica de sus enfrentamientos con agentes secretos o al lado de éstos y contra los hampones. Usa pistola y si andamos de farra alardea y desenfunda la *fusca* como él la llama, y le apunta a las lámparas o a las botellas pero hasta ahí. Una tarde nos quedamos atónitos porque llegó a la redacción calado con un sombrero de media copa, se sentó ante su escritorio, empuñó la pistola y

apuntó como cada tarde a la altura de donde queda la frente del director Joaquín Sanchís-Nadal, que no estaba. Von Nowaffen suele apuntar hacia el cubículo, lanzar interjecciones y gritar ¡pum!, ¡pum!, ¡pum! Luego hace que el arma gire en su pequeño dedo índice, le sopla al cañón y la guarda en una gaveta. Esta vez que se puso a escribir sin quitarse el sombrero, los compas empezaron a decirle *Quema mucho el sol*, es decir qué mamón porque estaba bajo techo y tenía cubierta la cabeza. Ignoro por qué se preocupan tanto de las buenas maneras, cuando menos en esta agencia de noticias. Von Nowaffen se paró, se quitó el sombrero y... he ahí la sorpresa. Nos mostró un chichón horrible, como esos de tira cómica, del tamaño y forma de una zanahoria. Ya lo habían curado. Se le notaba a una legua, pero debía usar el sombrero para cubrirse sin que se lastimara. Von Nowaffen platicó esa noche que había estado bebiendo con dos *tiras* como les dice él a los detectives y, al final de la parranda se les cerró un vehículo cuando lo llevaban a su casa, y en segundos los dos judiciales y Von Nowaffen estaban liándose a golpes con media docena de tipos al parecer de otra corporación. Él se vio obligado a sacar la pistola porque iba perdiendo pero su adversario se la quitó y le dio un cachazo en la mera coronilla. Otro compañero es Miguel Ángel Camposeco, alto, delgado, de tez blanca, el cigarrillo entre los labios noche y día. Usa trajes oscuros y siempre trae dos o tres libros bajo el brazo.

Cubre la fuente de la presidencia pero hay un problema con él y es que le tiene pavor al avión. En las giras del presidente se va por carretera. Hemos sabido que se arma de valor y logra subir al avión cuando el viaje es a sitios apartados hasta donde sería difícil llegar rápido por tierra. Pero en cuanto el avión empieza a tomar altura Camposeco es presa de un pánico atroz y se desabrocha con violencia el cinturón y se para y grita que detengan aquella chimistreta porque va a bajarse ¡ya! Todo esto sería sólo una anécdota chistosa y chismosa si no es porque cansado de sus fallas el director Sanchís-Nadal decidió enviarme a tales viajes. Mi querido amigo, ¡viajé a Washington! No era Nueva York adonde pensábamos llegar tú y yo en nuestra frustrada aventura que terminó apenas en Torreón, Coahuila, ¿te acuerdas? Pero ¡*qué chingaos!* hubiera exclamado Schopenhauer. También le temo a los vuelos pero me aguanto. En este caso fue una experiencia extraordinaria y viví emociones tremendas. Desde volar en un helicóptero enorme del aeropuerto de Washington a los jardines de la Casa Blanca, hasta que el avión partiera de regreso sin mí, pasando porque me codeé con periodistas como Carlos Denegrí, el reportero que hubiera querido ser y que usa una enorme libreta para sus anotaciones según lo vi a un metro de

distancia. No platicué con él por mi timidez y porque siempre se mantuvo alejado de nosotros. No escribía en la sala de prensa sino en su cuarto que según la leyenda era una suite. Dicen que tiene cinco reporteros ayudantes. Ignoro si van con él a todas partes. Que para los viajes usa un enorme baúl con la enciclopedia británica dentro. Calculé que si el baúl era como el del Changüingua entonces en su interior cabría una enciclopedia y los ayudantes. Cuando yo estaba escribiendo mis notas, tres mexicanos radicados en Washington llegaron a la sala de prensa. Querían conocernos, dijeron.

Como nadie les hizo caso acepté beber con ellos unas cervezas y a que comiéramos juntos, pero si me llevaban por favor a conocer un parque de jipis y a comprar una gabardina. En un coche viejo pero bien conservado de los hermanos José Luis y Roberto Montesinos llegamos a un parque rodeado de lindas casas de película para ver primero a los jipis porque ya anochecía. El sol otoñal estaba a punto de ocultarse y de los árboles caían doradas las hojas. En un reportaje sobre el tema escribiré *hojas oxidadas*, una figura que le *fusilé* a Bradbury, el de las *Crónicas marcianas*. ¿Ya lo leíste? Los jipis, melenudos y con ropas muy luidas estaban echados bajo la copa rala de los árboles o despatarrados en las bancas, sin bañarse en semanas. Los estuve observando pero no hablé con ninguno de ellos. Temí el rechazo porque se sintieran observados como bestias de zoológico. Ahí tomé conciencia de que no es lo mismo entrevistar a un político habituado a hacer declaraciones a los reporteros que a una persona común y corriente, aunque los jipis no se caracterizan por ser tan comunes. Además los hermanos oaxaqueños y un paisano de San Luis Potosí no habían almorzado y ya eran casi las seis. Sentí unas ganas enormes de comer pizzas porque nunca las había probado. Hay varias cadenas de pizzerías en Washington. Nos fuimos de inmediato a una baratona y ahí comí la primera pizza de anchoas de mi vida, que son exquisitas, y me zumbé dos galones de cerveza de barril, dos. La pizza es una tortilla horneada de harina, cubierta de queso y salsa de tomate y el condimento que desees. ¿No te recuerdan las tlayudas oaxaqueñas con asiento? Bebimos y platicamos de muchas pendejadas y de pronto recordé la gabardina. No iba a tener tiempo de comprarla. Quería una igual a la de Humphrey Bogart en *Casablanca*. Los paisanos lograron calmarme, al hablarme eufóricos de un centro comercial abierto día y noche. Has de cuenta, Moncho, nuestro mercado *Sebastián Escobar* sólo que a lo bestia y sin olores, abierto día y noche, no como el nuestro que abre de seis a seis. Yo estaba en el primer mundo, en la capital de la primera potencia del planeta.

Emocionado pedí otra cerveza. Quién sabe por qué me invitaron a hacer la América, o mejor los Estados Unidos, que la América no es sólo de ellos como nos ilustró el querido profesor Rogerio Canto Pool. Quizá lo hicieron porque les pedí conocer a las chicas malas de la Coyuya, aunque lo cierto es que no tenía tiempo. Sólo que incendiara mis naves, dijeron. Sólo que demostrara tener bien puestos los coyoles y me quedara a hacer la América. Ellos arreglarían mis papeles y en cuanto dominara el inglés podría ingresar a *The Washington Post*. Imagínate, el sueño de conquistar USA estaba ahí, a mi alcance. Cuando menos el principio de la conquista. Siempre quise vivir en Manhattan pero Washington hubiera sido un buen inicio gracias a esos paisanos. Qué grandes amigos son José Luis y Roberto Montesinos y Pedro de los Santos, el de SLP. Sin que te ofendas. Por alguna razón intuí que debía regresar a México. Ignoro si por mi sentido de responsabilidad, el cual por cierto deseaba mandar al diablo. Creo que la responsabilidad sólo beneficia a los patrones, Moncho. Quisiera poseer ese sentido para beneficiarme yo. Pero eso ¿no será egoísmo? Llegué tambaleante al hotel aunque dichoso con mi flamante gabardina. Debía estar listo a las seis am, dijeron en la administración. Vi el reloj. Tenía dos horas. Me bañé y afeité y me recosté vestido para evitar una desgracia. Pero la calamidad cayó completa encima de mí a pesar de que pude dormir con placidez y soñar con una gringa, una texana jipi, tú. Soñé que íbamos por los Estados Unidos en una moto. Ella atrás, en ancas, sintiendo en mi espalda, a través de su delgada blusa de algodón, la dureza estimulante de sus tetas a la texana mientras yo le acariciaba con la mano izquierda los muslos, y qué muslos, como de diosa. Unos muslos que hinchaban sus cortísimos *shorts*, valga la redundancia. Cuando bajé angustiado al vestíbulo diez minutos después de la hora ya no había nadie. Ni un reportero ni un empleado de prensa de la presidencia. Me habían abandonado a mi mala suerte. Me sugirieron que llamara a mi embajador pero no iba a hallarlo porque también volaba hacia Texas. La alternativa era irme al aeropuerto. Una vez que estuve en el taxi el conductor preguntó a cuál de todos. Bestia, sentí que el mundo se abría bajo mis zapatos. Nunca imaginé que Washington tuviera tres aeropuertos. En mi pésimo inglés le dije que al más cercano. Pensé que ahí nos informarían si los presidentes de México y de USA y los reporteros y sus respectivas comitivas iban a partir de ese aeropuerto. Pero no.

Los mandatarios saldrían de la base militar rumbo a El Paso, Texas, nos informaron. Así que nos dirigimos a cien por hora hacia allá. El chofer negro se mostró amable pensando quién sabe qué cosas de los visitantes del

subdesarrollo. Tuve que pagarle veinte dólares mientras hacía conversiones mentales para saber si él estaba cobrando lo justo. Me dejé a una de las entradas del alambrado que separaba a los hangares de las pistas de aterrizaje, desde donde vi a lo lejos tres aviones de la fuerza aérea norteamericana y las limusinas que entraban por esa puerta a cargo de policías militares. No sabía qué hacer. Estaba en el campo aéreo y el aire fresco de la mañana agitaba los faldones de mi gabardina a la Humphrey Bogart, aunque sin sombrero. Pero en uno de esos aviones *no* iba Ingrid Bergman sino quizá Gustavo Díaz Ordaz, o mis compañeros de oficio, y la oportunidad de seguir trabajando en PIMSA. Desde luego los policías militares impidieron que entrara porque el avión con los reporteros había partido ya, entendí. Pensé que debía asomarme a cada limusina que entrara y que si llegaba a distinguir a cualquier miembro de la comitiva, al propio presidente Díaz Ordaz, le gritaría en demanda de auxilio. No reconocí a nadie. Eran puros gringos. Un maletero cojo preguntó si podía ayudarme en algo. Le dije que *en todo* y le conté deprisa en mi atropellado y rústico inglés qué diablos estaba pasándome. El maletero fue rápido y cojeando de un avión a otro y en el tercero, tú, que se asoma un militar mexicano del estado mayor a quien conocía de vista. Me vio a la distancia e hizo un movimiento afirmativo de cabeza. Sólo entonces pude tranquilizarme. El maletero volvió sobre sus pasos y cargó la maleta de vuelta al avión. Me sentí pésimo porque le había hecho correr un tramo largo pero le di una buena propina. Ya en el avión, viéndome de pies a cabeza y acaso oliendo los galones de cebada que transpiraba, el militar dijo *Mira cómo vienes, échate en ese asiento y duérmete*. Antes traté de pensar en qué le preguntaría a Lady Bird porque era nada menos que el avión de la esposa del presidente Lyndon B. Johnson, pero el militar dijo: *Estás loco, no son momentos para hacer entrevistas, duérmete*.

Cuando llegamos a El Paso, Texas, Francisco Galindo Ochoa, el jefe de prensa de Díaz Ordaz, estaba furioso porque le había hecho perder una apuesta al llegar veinte minutos después del avión de prensa y veinte minutos antes del de los mandatarios. Delante de mí, a regañadientes y malhumorado, le pagó en dólares a cada uno de los reporteros. Él había apostado a que yo no iba a llegar a El Paso, mientras mis compañeros decían lo contrario. Galindo Ochoa terminó por obsequiarme quinientos dólares por mi dizque hazaña, un *embute* disfrazado, mi querido amigo Ramón Fuentes García. El dinero con el que corrompen a los periodistas corruptos o desgraciados. Desgraciados en el sentido de que tienen mala suerte, en el sentido de que tienen patrones explotadores o caseros implacables. Los presidentes inauguraron un centro

deportivo en El Paso donde había una gran multitud, dentro y fuera. Mejor esperé en el autobús porque aún estaba nervioso y quería seguir durmiendo la mona. El colmo hubiera sido perder el autobús, y no me sucedió a mí pero sí a Carlos Denegrí. ¡El mejor reportero del país! La muchedumbre lo atrapó y al ver el convoy de autobuses esfumándose tras una nube de polvo lloró de coraje, dicen. Íbamos a la ceremonia de devolución del Chamizal a territorio mexicano y Denegrí acababa de perder el acto medular. Cuando menos no tuvo la información de primera mano sino a través de sus ayudantes. Como ves la estoy pasando de maravilla. Trabajo y me desvelo y a veces bebo sin ganas y eso provoca en mí remordimientos de conciencia. De pronto estás sin deseos de beber pero alguien te arrastra a un bar, a una cantina y ahí, como purgante, bebes la primera y enseguida te empujas la segunda y el alcohol te prende ya con la tercera o, como dicen por aquí, se te calienta el hocico y a ver quién demonios te detiene. ¿Te pasa lo mismo? Bueno hay motivos por los cuales viene bien que me zumbe unas copas todos los días pero luego te cuento. No he tenido oportunidad de platicarte esa historia, la de Luzana.

Lo que voy a contarte ahora es mi última noche en el pueblo. Fue increíble. No mencionaré nombres porque tú muy bien sabes de quién se trata. A veces las cartas caen en manos ajenas y la que se arma, mi amigo. Caminamos calle abajo por la Sexta Sur a partir del parque central pero la noté nerviosa. Si pasaba un auto ella se detenía y buscaba identificarlo. Ignoraba esa costumbre suya y me sentí molesto sin detenerme a pensar por qué. Pronto llegamos al parqucito del cementerio que por cierto ¿a quién se le habrá ocurrido? Pero todo parque es bienvenido siempre. Estarás de acuerdo. No está demás en una ciudad donde hay pocos jardines. Busqué una banca bajo unos faroles pero ella siguió caminando hasta dar con una que estaba en penumbras. Me reclamó por qué había dejado de escribirle y por qué no la buscaba si iba a Tapachula. Le ofrecí disculpas y de sopetón le dije algo así como que *No tiene caso seguir de noviecitos si estamos ya en edad de ir a la cama*. Parecía no entender o se hacía la desentendida, pero de pronto, tú, que me engancha del pescuezo y comienza a besarme. Querido amigo, no soy de hule. ¡Coño!, ¡joder!, ¡macho!, dirías tú. Tardé poco en tomar conciencia de mis condiciones físicas entre beso y beso y caricia y caricia, porque unas horas antes había estado con Sabrina y me sentía del carajo, como limón exprimido. Pero la lujuria es una pasión insondable. Qué frase, ¿eh? Así que reaccioné bien ante la oportunidad anhelada y perseguida tanto tiempo, y vi que frente al panteón había un hotel. Lo debes conocer. Un hotel

de quinta. Pero ya sabes, el mejor hotel es el que está al girar en la esquina, habría dicho Ray Bradbury.

Le insinué el asunto y se puso de pie en silencio. Quería, deduje. ¡Bestia! Qué suerte, *mataor*. Iba a tener dos buenas tardes seguidas como pocos matadores exitosos. En segundos estuvimos en un cuarto caliente pero limpio y con piso de cemento, no de arena, y las sábanas parecían recién planchadas. Es decir ni se mordió el rebozo ni se fue de lado ni preguntó si estaría yo de acuerdo en que le hicieran *eso* a una de mis tías o a todas. Ella se fue desnudando con una parsimonia que despertó en mí la pasión acumulada todos esos años. Me sentía olla exprés a punto de lanzar el primer aullido. Para entonces ya no recordaba a Sabrina. Había esperado aquello durante meses y llegaba justo cuando moría de amor por otra, por Luzana, de quien alguna vez te platicaré su historia. Luzana, mi adorado tormento, mi linda *muñeca de trapo* como la llama Pepe Chong Solís. Nuestro paisano dice que tiene chapas de muñeca de trapo. Todo esto debe sonarte cursi, ¿verdad? Pero con ella he estado siempre dispuesto a serlo, mi querido amigo. Incluso cursi hasta la abyección. Clararrosa, mi ex novia del alma, estiró un brazo cuando terminó de desnudarse como invitándome a que la abrazara. Con la otra mano se cubría el pubis y... No puedo darte mayores detalles. Ya sabes, aspiro a ser un caballero. Vas a mentármela pero imagínate el resto. Lo que sí puedo platicarte es la charla de sobrecama, muy superior, creo, que la descripción minuciosa del acto de amor pasajero con arremangadas y besos rabiosos y mordidas y surcos dolorosos en la espalda y aullidos. Ya no era virgen, reparé a media jornada, aturdido a causa de los envíos que ella iniciaba con una lujuriosa vehemencia repentina y que concluía con gritos sofocados. Puta de su madre, eso que pudo haberme entristecido cuando la amaba, provocó en mí un encabritamiento súbito que no iba a pasar de ahí. ¡Coño, joder, macho! Tanto tiempo esperándola, tanto tiempo idealizándola.

Nada le reproché. Guardé silencio. Aspiro a ser un caballero, repito. Tampoco quería saber quién era el desgraciado-agraciado ni cuándo había sucedido ni en qué circunstancias. Pero ella sí estaba dispuesta a contármelo y dijo que una noche fue al cine con una prima y que a la salida pasearon un rato por el parque y tomaron unas nieves en La Cruz Blanca de los Portales. De regreso, en una esquina a oscuras, un automóvil sin luces se detuvo silencioso. Dos tipos bajaron y las subieron a empellones. Aquí empieza el rollazo, pensé. Porque dizque patalearon, gritaron y golpearon a los tipos, pero éstos reían y a veces se carcajaban. Sin tardanza enfilaron rumbo al norte buscando las calles en tinieblas (palabras de ella) y luego se perdieron

en las avenidas empedradas hasta llegar a una casa blanca de dos pisos y a oscuras. Las metieron a empujones y cada uno de ellos se fue con su cada cual. Escuchaba en silencio, sin saber qué decir. Pensé qué historia y qué casualidad que nadie se dio cuenta del secuestro y que ellas tampoco hicieron el menor intento de lanzarse del coche en marcha, marcha lenta sin duda debido a las calles empedradas. ¿Por qué a ellas y no a otras? Porque eran un par de pájaras arrechas que giraban en torno del parque meneando a diestra y siniestra sus respectivos pequeños traseros. Par de cuscas pedorras, hubiera dicho Sabrina. Pero poco a poco me encendí de coraje contra los secuestradores y contra ella por su pasividad y resignación y por su putería soterrada, reflexioné anticaballero. El tipo la había obligado a entregar su cuerpecito apuntándole con una metralleta, ¡con una metralleta! Más le hubiera valido a ella morir ametrallada y no mancillada, estuve a punto de decirle pero seguí callado y cada vez peor de iracundo. Quería enterarme de quién era ese troglodita. Quizá podía hacer algo. Acaso mis influencias de reportero servirían para encarcelar al cavernario de mediados del siglo xx.

Lo terrible fue la revelación de su nombre porque el violador, tú, era uno de los Tunante. Imagínate. Incluso parece que se trataba del más sanguinario, del autor intelectual de numerosos crímenes atroces. Si había que guardar silencio ante aquella historia melodramática, al oír el siniestro apellido enmudecí de plano y eché a volar la imaginación. Si lo denunciaba, el resto de la familia mataría completa a la mía y a la de ella, seguro. Iba a pasarme lo que a aquel amigo del Papotas Bonilla, semisepultado en Puerto Madero, desnudo y con los genitales encajados en la boca. Sé cómo se las gastan los mafiosos gracias a mi trabajo como reportero policiaco y por tantas novelitas leídas en jornadas de holganza. Mejor pasaba por cobarde. ¿Debía hacer algo? ¿Estaba obligado a hacerlo? Ella nada me pidió aunque tampoco tenía por qué pedirlo, creo. Un caballero hubiera necesitado sólo una alusión para salir en defensa de su dama. Fue una desgracia, murmuró ella, mordisqueándome las tetillas, y lo lamentaba porque hubiera querido entregarse a mí y no a otro. También dijo que por su mente pasó la idea de suicidarse o de irse de monja como sí lo hizo la prima violada. Clararrosa habló de aceptar la casa porque el Tunante se la ofreció ya que siguieron viéndose. ¡Putísima de su madre! Él dejaba ya la metralleta en el coche como muestra de ¡confianza! y prometía que iba a divorciarse y a casarse con ella, y que él siempre la quiso aunque de lejecitos. Pero guardaba una pistola en el buró. El galanazo de la metralleta andaba a salto de mata cuando vi a Clararrosa porque la policía y el ejército tenían órdenes de arrestar completa a la familia Tunante, como tú ya sabes.

Me extendí demasiado porque tenía ganas de contarte estas aventurillas. Todos los compañeros están ya tecleando en la redacción. Salúdame a la plebe de Barrio Nuevo y un abrazo para ti de tu amigo:

El Flaco

PD. Von Nowaffen apuntaba con su pistola al cubículo del director Sanchís-Nadaí cuando éste llegó sin hacer ruido. Usa pantuflas, recuerda. Así que imagínate la que se armó. ¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!, estaba disparando Von Nowaffen. Luego dispersó el humo de su *fusca* soplándole al cañón. Sanchís-Nadal lo despidió *ipso facto*, hubiera dicho Óscar.

CAPÍTULO IX

UNO

Después del vuelo D. F.-Acapulco estaba refrescándome en el vestíbulo del hotel en espera del resto de participantes al congreso internacional de escritores policiacos, que llegaría en autobús procedente de Taxco, cuando la vi entrar alta, apiñonada, con esos brazos que siempre fueron delgados pero sobre todo con ese par de pechos, acaso ya macilentos, acaso ya consumidos en las noches de insomnio forzado para nutrir a sus tres hijas, hijas no hijos, según me revelaría Luzana ante el resplandor vacilante de una vela, sentados a una mesa del restaurante desmontable alrededor de la alberca. Oíamos el suave mecimiento de las olas y éramos acariciados por el airecillo salobre de la brisa marina, una noche de luna llena y de estrellas rutilantes en el cielo negro del Pacífico. Me zumbaba unos jaiboles y ella paladeaba un vinillo blanco mientras yo ponía en claro la confusión de esa mañana y mis compañeros discutían en las mesas próximas las intervenciones de los colegas. Las alababan o descalificaban e intercambiaban libros y anécdotas.

Sobresalía la risa de zanate del norteamericano Roger Simon, aferrada su figura pequeña al portafolios, y la música de fondo de un mariachi que entonaba canciones bravías y una que otra de las muy sentidas del Pedro Infante para turistas. No, Luzana no era escritora ni periodista ni había estado en Taxco, una de las sedes, para asistir al congreso de escritores policiacos. Sucedió que tuvo que volver al hotel al mismo tiempo que los colegas bajaban del autobús. La vi entrar al lado del aún soviético Julián Semionov y sentí como una sacudida, como si Dios me hubiera dado un zape para despejar mi cerebro aturdido por la desmañanada y el cambio de altura, del altiplano a la costa del Pacífico en media hora, y porque una soviética que podía ser la acompañante de Julián Semionov era idéntica a Luzana, o que fuera Luzana, que fuera una aparición fantasmal puesto que entró silenciosa pero caminando hacia mí, como la neblina que es empujada por un viento ligero.

Cuando la tenía a medio metro logré incorporarme del sofá de mimbre y lanzar a un lado el diario local que estaba hojeando. Entonces ella también me descubrió y tras titubear unos segundos abrió los ojos y los brazos y creí que también su corazón. Luzana llevaba un vestido blanco de lino y unas sandalias de piel y recordé quién sabe por qué estímulo cerebral (en lugar de pensar que no podía ser ella porque estaba muerta), que nunca, jamás, le había visto los pies, los pechos sí pero no los pies, unos pies delicados, reparaba ahora, y un tanto descoloridos. Esos pies de mujer nunca asoleados o nunca bronceados. Luzana estaba hospedada ahí desde el principio de la semana y asistía a una reunión de funcionarios gubernamentales. Ni tiempo había tenido de meterse al agua, dijo. Volvió esa mañana al hotel porque se le olvidaron unos papeles y de no haber sido así nunca nos hubiéramos reencontrado porque ella iba a abandonar Acapulco al día siguiente.

Quedamos en vernos para cenar en ese hotel porque su reunión acababa de empezar en el palacio municipal y tenía una comida con sus compañeros. De ahí en adelante yo estaré todo el día pensando en ella, recordándola y olvidándome del congreso y de los escritores. Sólo tuve una breve charla tajante con Manuel Vázquez Montalbán cuando le pregunté por *Gimlet*. Tajante quizá porque él estaba a dieta de comida y de bebida y respondía a mis preguntas con monosílabos. Vázquez Montalbán contestó que *Gimlet* había dejado de aparecer por falta de publicidad y que le parecía curioso que cuando estuvo en circulación nadie le preguntara por la revista. Pensé que a nosotros nos había ido mejor porque nunca emprendimos el proyecto que nos inspiró *Gimlet*. De otro modo estaríamos de un humor del carajo como el de Vázquez Montalbán o peor. Nadie quiso acompañarme en la aventura de editar una revista policiaca, reportada no sólo literaria.

Así que con la mente puesta en Luzana pensé en el destino y lo maldije, pensé en lo crédulo que fui con Manuel y Miguel y maldije mi estampa, y pensé también que la Pichona estaba en el D. F. esperando mi regreso. Luzana era economista no psiquiatra ni abogada y no la habían sepultado en Cuernavaca ni su familia se había ido a vivir a esa ciudad sino a Aguascalientes y yo, mentiroso, no tardé una semana en volver al D. F., me reprochó, mirándome de soslayo, porque se mudaron cuatro semanas después de mi viaje y aún no regresaba.

Hubiera sido mejor que muriera —habla mi Luzana querida— porque tuvo que casarse con el Gran Zoquete, cuyo tío, el de la Procuraduría, me había tomado unas fotos en El Tequila cuando besaba a Sabrina y no sólo la

besaba sino fornicaba con ella en un cuarto de bambúes. Había preferido a una prostituta.

Luzana aprovechó que la familia se mudaba a Aguascalientes, no obstante su resolución de esperarme, para desaparecer de mi vida y contraer matrimonio con el Gran Zoquete. Luego de entequilarse en la Feria de San Marcos, el Gran Zoquete la ató bocabajo a los barrotes de la cama, la violó y torturó con una navaja. Mira cómo quedé, se lamentó Luzana, y se volvió para que viera los rayones de las cicatrices en relieve abajo de los hombros, que su vestido de tirantes dejaba al descubierto. El Gran Zoquete la sorprendió en la lectura de mis cartas y de unos recortes de mis entrevistas publicadas en *El Sol de México* y en *El Heraldo de México*, que ella recortaba y guardaba. El Gran Zoquete huyó a los Estados Unidos y nunca volvió al país. Luzana supo que había tenido un hijo con una gringa, lo que le reclamaba a Luzana cada año, un varón, en el nacimiento de cada una de las hijas.

DOS

Pero que el Gran Zoquete tuviera más hijos le pareció bien porque ni modo de volver a vivir juntos después de lo que me hizo, ni que estuviera deschavetada, Flaco..., no te molesta que te diga así, ¿verdad, Crispín?, veo que embarneceste, nunca lo quise, te decía, y si me casé con él fue por un chantaje me da vergüenza contártelo y porque fue una ingenuidad de mi parte y él se aprovechó como en el caso de tus fotos, he pensado siempre, porque si yo me negué a hacer el amor contigo por prejuicios estúpidos ¿qué de malo tenía que fueras a tu pueblo a hacer lo que hiciste?, aunque sí me desconcerté porque antes de irte, recuerdas, te arrepentiste de que fuéramos a un hotel cuando yo estaba dispuesta a todo, ¿por qué?, ¿puedes decírmelo ahora?, pero si no quieres hablar de eso mejor pláticame de ti, supe que te casaste varias veces y que has publicado muchos libros, anda, dame uno, ¿traes uno?, ¿has escrito novela policiaca?, ¿por eso estás aquí?

Asistí al congreso por lo de la revista policiaca. Iba a hacer unas entrevistas, iba a sondear el asunto. Le preguntaría a medio mundo si estaba dispuesto a escribir en esa revista. Del grupo original del proyecto quedaba sólo yo. Los demás se habían ido retirando por cualquier motivo, porque hallaban mejores trabajos o porque no quisieron desgastarse en el enésimo proyecto ante el riesgo de quedarse sin empleo y sin la plata que hubieran invertido los que invirtieran, que no hubiera sido nadie, ya que los reporteros vivimos al día, afirmaba Hugo Leonel del Río, el último en retirarse del plan. Al renunciar a la dirección de una revista del gobierno. Del Río se había ido a un diario del gobierno y de ahí pasaría a una agencia noticiosa del gobierno, para abandonar el sueño de la revista policiaca y quién sabe si para abandonar también su sueño de escribir el cuento y la novela perfectas. Pero dichoso siempre, carcajeándose de la vida y anotando en una agenda sus aforismos, las palabrejas raras, sus ocurrencias, gérmenes de cuentos y las situaciones graciosas sin duda de sus novelas, que guardaba también en su poderoso cerebro de regiomontano luchón y en su alma de gran aventurero finisecular y no menos en su vibrante barriga.

Advertí que Luzana era ya una mujer como de treinta y siete años pero parecía de veinticinco. Ya no simulaba sus pecas bajo los rosetones del maquillaje y tenía un aire encantador de mujer de mundo. Ningún vestigio quedaba de la chica inexperta que pidió un ruso negro o blanco (no recuerdo bien) en La Hostería del Bohemio, luego del café y del pastel, en tanto yo bebía cerveza. Ahora no, ahora pidió la carta de vinos y escogió uno alemán, un Oppenheimer Krötenbrunner semidulce o semiseco. También pidió unos langostinos que comía con movimientos seguros, con una destreza, pinche Changüingua, pinche Campana II, mi querido amigo Armando Corral García, que ustedes no hubieran imaginado hace años cuando ella y yo comprábamos quesadillas a la puerta del vecindario, de las casas construidas una tras otra, unas arriba de otras, como parches de la construcción original y que habitaban los Martínez, allá en Torquemada, en la colonia Obrera del D. F.

Luzana parecía tener menos años y no alcanzaba a imaginarla desnuda como recordaba los grandiosos pechos de Clararrosa y su huacal ancho y macizo, con unos pies finos pero de uñas recortadas en exceso. Sin embargo, estimulado por los jaiboles, pensé que esa noche podía darse el encuentro que no se dio años atrás porque actué, según yo, como un tonto, como un chamaco torpe que rehusó poseerla en aquel hotelucho de la colonia Doctores, debido a que ambicionaba casarme con ella y a que tuviéramos si no un viaje de bodas, una noche de bodas especial o normal, luego de una fiesta íntima, y de que brindáramos no con caguamas ni con cubas de brandy Mogavi sino con champaña. Eso sí siempre creí que dispondría de dinero para comprar una botella de champaña o dos, sobre todo si no dilapidaba ni el segundo ni el tercer pago de mi liquidación en *El Diario de México*, es decir iba a gastar toda esa plata en nuestra fiesta y en nuestra noche de bodas.

Pero no hallaba en mi cabezota la forma de preguntarle si esa noche podía invitarla a mi suite o que yo la visitara en la suya. En espera del momento oportuno pregunté sobre lo que le sucedió durante los días previos a mi regreso de Tapachula. Esos días en los que ella *murió*, hecho que admití con más estupidez que ingenuidad. Era posible que a la hora del café y del coñac, de los licores, o de los rusos negros o blancos, las circunstancias fueran propicias y el hecho se diera, sin presiones. La Luzana de dieciocho años no iba a ser la Luzana de treinta y tantos pero ¿acaso yo era un jovenazo? Di por descontado que el alcohol haría que nos sintiéramos veinteañeros o que le restáramos importancia al deterioro del paso infame del tiempo y de sus vestigios calamitosos. Seguía siendo un duro y un duro debe mostrarse con sus arrugas y canas que asomaban ya en la mata negra de mis cabellos lacios

porque eran lacras pero igual trofeos, de una vida más que bien vivida, vivida a fondo, a mi fondo, que cada quien tiene el suyo, haciendo siempre o casi siempre lo que quiero hacer y no lo que otros quieren que haga. Iba a estar alerta por si la determinación de pasar la noche juntos partía de ella e intentaba comunicármelo con una mirada o con el roce de su mano a la hora de los brindis.

Aunque Luzana apenas daba muestras de ello porque se dirigía a mí como si estuviera hablando con un viejo amigo y no con quien estuvo a punto de casarse, o cuando menos a quien casi le entrega su cuerpo y su alma, Flaquito, como dijo entonces, para que yo supiera que ella amaba en verdad a su Flaco y que lograra consiguiera detenerme en la costa de la selva.

TRES

Pero lo que Luzana dijo no iba a propiciar ningún encuentro posterior. Lo que dijo causó el efecto contrario de agobiarme y de que sintiera náuseas y lástima y desesperación, y también la impotencia de no poder regresar la película. Dijo que el Gran Zoquete llegó a casa de ella una noche de hacía veintitantos años y le pidió que saliera al portón porque iba a entregarle *algo* que había conseguido en forma especial y deseaba compartirlo con ella. Luzana salió intrigada detrás del Zoquetazo, pues ya sabes, Flaco, que algo determinante en una mujer es que le piquen la curiosidad, que le provoquen la emoción cosquilleante que se siente antes de que nos revelen un secreto, un chisme o una noticia interesante, en este caso la invitación era el doble de sugestiva porque Yeyo dijo que el asunto trataba de ti, y como no había tenido noticias tuyas, como ya habían pasado dos o tres semanas de tu ausencia, casi le piso los talones cuando se dirigía a la salida de la casa, donde me entregó un sobre diciendo que eran fotos tomadas por su tío, el que trabajaba de fotógrafo en la Procu, un pariente suyo que había sido guía de turistas pero que entró a la judicial por razones curiosas, Yeyo me lo platicó ya casados, entrados ya en confianza, el tío le dijo que había conseguido el trabajo porque alguna vez lo acusaron de tomar fotos de parejas que entraban y salían de los hoteles de paso, ¿tú crees?, pero el tío se hizo amigo de los detectives y antes de un mes estaba ya trabajando como fotógrafo de la Procuraduría..., oye, ¿no será el mismo hombre de aquella historia que me contaste en La Hostería del Bohemio?, podría ser ¿verdad?, todo checa..., te contaba, ese tío de Yeyo te siguió los pasos hasta Tapachula y a la zona roja y al prostíbulo, donde se hizo pasar por fotógrafo ambulante, dijo Yeyo, se llamaba El Tequila porque lo anotó al reverso de las fotos, fue un golpe duro para mí, tan duro que me desmayé, dicen que me revivieron con el soplador de las quesadillas.

El asunto no se detuvo ahí, agregó Luzana, porque coincidió con que su familia había decidido mudarse a Aguascalientes porque el padre, que seguía jugando pokar ahora con un grupo de mafiosos no con sus compañeros de la imprenta, había perdido la casa, cuando toda la familia pensaban que eran

horas extras de trabajo. El plazo del mafioso para que la deshabitaran fue de horas y Luzana, que había resuelto quedarse con uno de los tíos, cambió de opinión en cuanto tuvo el mazo de fotos en sus manos. Ya en Aguascalientes el Zoquete los visitaba a menudo. La vida transcurrió sin sobresaltos hasta que el padre perdió otra vez una suma de dinero exorbitante, ahora en la Feria de San Marcos y a manos del propio Zoquete. Para perdonar la deuda sin que se enterara el padre, el Zoquete le pidió a Luzana que se casara con él. El padre no tenía cómo conseguir el dinero y la casa que habitaban era alquilada. Ella aceptó pero si la dejaba estudiar una carrera.

El Gran Zoquete dijo que sí —habla Luzana—. Que sí la dejaría estudiar una carrera, pero al mismo tiempo la hizo trabajar en su tienda de refacciones para coches de lujo que abrió en Aguascalientes.

Ella trabajaba y estudiaba economía, y no sé cómo le hice, Flaco, porque me embarazaba cada año pero el estudio fue para mí un refugio y sirvió para que tomara conciencia de la realidad y de que tenías razón, presenté mi examen profesional cuando él se fue, conseguí un empleo y cerré la tienda.

Yeyo había seguido en el juego y debía todo. Las tres hijas estaban casadas y vivían en Los Ángeles. Los padres de Luzana murieron. Miguel tenía media docena de nietos. Manuel nunca encontró pareja y no le gustaban las provincianas, afirmaba. Tampoco *buscó nada* en la capital porque no regresó al D. F. Pero sí viajaba a los Estados Unidos. Luzana sospechó que lo hacía para verse con Yeyo porque Manuel le contó a ella del hijo varón del Gran Zoquete. Pero no quiso preguntarle cómo lo supo y su hermano tampoco se lo dijo. Luzana guardó silencio para levantar su copa de vino blanco. También levanté mi jaibol, ya nada pálido sino oscuro porque le ponía cada vez menos agua en la búsqueda de ese punto de bienestar que te prodiga el alcohol, sin conseguirlo. Pensé que debí haber pedido una cuba, una cubeta bien helada.

Para perfeccionar el error ordené un whisky doble pero *puesto* y le vertí unas gotas de agua mineral. Luzana me observaba en tanto sorbía de su vino. Me pregunté en qué estaría pensando. Quién sabe en qué porque nunca supe interpretarla ni coincidíamos en ese aspecto, como sí pasa con la Pichona cuando sugiere que hagamos algo en lo que yo pienso también, o viceversa. Esas coincidencias causaron mi asombro al principio pero después las tomé como algo natural. Extendí mi brazo para acariciar el de Luzana sin soltar mi whisky, un punto de apoyo indispensable, un sustentáculo del espíritu. Sentí el brazo fuerte y firme, no de treintona y menos de madre de tres hijas. El mariachi dejó de tocar, la francachela finalizaba y algunos colegas se

dispersaron y otros se fueron a la zona roja o a la playa, en cuya negrura se veía la espuma blanca de las breves olas y las pequeñas luces chispeantes de los barcos.

Sentí que la frescura de la brisa era mayor en el principio de la madrugada, pero igual lo atribuí al efecto de la doble ración de hielos. Luzana había callado y me veía sin mirarme. Pensaba sin duda en alguien pero no en mí ni en nuestro amor de hacía una veintena de años, de nuestros bailes con la Sonora Santanera y Sonia López cantando «El Nido». Sospeché que había viajado con alguien, que se había hospedado con su jefe de la oficina de gobierno donde trabajaba, y que el tipo era casado y la había invitado a la dizque junta de trabajo en Acapulco. En fin de semana. Qué casualidad. Pero no osé preguntarle nada porque en el fondo de mi alma quería que fuera otra la verdadera causa de su estancia en Acapulco. Tampoco quería perderla otra vez. Anhelaba convertirme en su amante porque cada minuto que transcurría la deseaba con una intensidad tan profunda que sentía marearme.

CUATRO

Veía guapa a Luzana, con esa guapura que la madurez confiere a ciertas mujeres. Sus ojos eran aún frescos, luminosos, redondos, cafés claros, más claros que como los recordaba. Sus labios en forma de corazón se veían aún regordetes. Quería palparle y lamerle los pechos y las caderas y las piernas, pero logré contenerme porque la verdad hubiera deseado hacerle eso años atrás, no cuando había pasado por ahí, ugh, ish, guácala, el Gran Zoquete, hubiera dicho el Campana II.

Ignoraba cómo se había conservado Luzana en cuanto al físico y es posible que el cambio fuera apenas perceptible, o que nunca lo supiera porque jamás le vi nada, salvo sus pechos redondos e hinchados y dulces. Pensaba en todo eso sin llegar a ninguna parte porque nada venía a mi mente. Lo único que logré, retorciéndome la imaginación, fue la ordinariez de visualizar su cuerpo de mujer madura. El alcohol estaba negándome sus beneficios como sucedía cuando ella y yo íbamos a las fiestas de la Obrera. Sin duda Luzana estaba igual decepcionada de la pérdida de mi locuacidad y de mi físico, supuse, porque ¿cómo estaría viéndome ella? ¿Comparándome con su jefe de primera o de segunda? ¿Comparándome con el sodomista del Gran Zoquete? Pensé cambiar de tercio, pedir una cuba. Eso era, troné los dedos mentalmente en señal de haber dado en el clavo. Pediría una cuba de Bacardí blanco, doble, en vaso alto, con mucho hielo y suficiente coca. Estaba seguro de que iba a ponerme *up*, de que recibiría un buen estímulo en las neuronas y entonces sería el mejor amante que ella hubiera tenido nunca.

Luzana retomó la palabra y lo que dijo causó en mí un efecto superior al latigazo de las dos primeras cubas, las más estimulantes, en mis neuronas. Luzana dijo sonriendo que a veces recordaba nuestras discusiones que tanto la exasperaban. Una de las discusiones era esa según la cual yo no quería salir nunca de la Obrera porque para mí significaba lo mismo vivir ahí o en otra colonia. Ella no recordaba con precisión qué postura era esa. Vivir en Las Lomas o en la Obrera, le expliqué, pero no en la Del Valle ni en el Pedregal, es decir con la clase trabajadora o con la burguesía pero no con los

clases medieras. Sin embargo nunca olvidó lo que yo pensaba del Che y de que lo único que hacía soportable la escuela de economía era la espera paciente para que me invitaran a formar parte de una guerrilla y contribuir así a que el malvado gobierno mordiera el polvo con la fuerza de las armas. Quise protestar porque esa afirmación de que yo quería ser guerrillero la hice en mi época de estudiante. Es posible que la hubiera expuesto en un raptó de furor insurreccional, porque siempre quise hacer la revolución en esa época. Pero lo que ambicionaré siempre será una corresponsalía de guerra, no importa que de una de guerrillas.

En cuanto empecé a reportear tuve la certidumbre de que lo mejor que me había pasado en la vida, sin hacer la revolución, era convertirme en reportero. No porque hubiera mudado de ideario político sino porque era consciente de todo lo que tenía que hacer en la vida para contribuir a cualquier revolución, y eso era reportear a fondo la realidad del país y hacer lo indecible para escribir bien mis historias, cuentos o novelas. Iba a seguir aplaudiendo a los guerrilleros y a hacer todo lo que estuviera en mis manos para que llegaran al poder sin dejar de lado mi trabajo. Pero también los criticaría cuando lo asumieran, desde el primer día, para que no dejaran de ser revolucionarios y si dejaban de serlo, un minuto, alentaría la llegada de otros, de los verdaderos insurrectos, y así sucesivamente. Luzana agregó que le daba risa el recuerdo de esas discusiones y acercó su rostro al mío por encima de la mesa y pensé que había llegado el momento, ¡coño!, ¡joder!, ¡macho!, de darle un beso en sus acorazonados labios frescos, aún más gracias por la humedad del Oppenheimer Krötenbrunner.

También me aproximé, iluso. Pero ella se acercó para, recono..., susurrarme que podía costarle la vida lo que iba a decirme, el vinillo la había animado. Quiero saber, Flaco (odiaba eso dicho en su boquita), si continúas pensando igual y has avanzado en ese sentido, es decir si pasaste de la teoría a la práctica, porque, Flaquito (me encantaba eso), aquello eran meras teorías y deseos de románticos de café o de cantina, la realidad revolucionaria es otra, ni te la imaginas o ¿te la imaginas?, sólo cuando estuve en economía y leí todo sobre las guerrilleras me cayó el veinte de lo que decías del Che Guevara, en su momento pensé que estabas haciendo ficción, que el paso del Che por tu pueblo había sido un invento alentado por las cervezas, pero debo reconocer que estuvo allá, a lo mejor no una semana y a lo mejor viajaba en bicicleta no en moto, pero sí estuvo ahí, lo sé positivamente.

Quedé estupefacto pero planteé algunas interrogantes en mi cabezota aturdida. Por ejemplo de qué estaba hablando mi Luzana querida, a cuál

revolución se refería. Eran preguntas que iba a plantearle a ella. Vi a un lado y a otro. Los mariachis estaban guardando sus instrumentos. Los colegas habían desaparecido. Los meseros y sus ayudantes levantaban sillas y mesas. En la playa sólo quedaba la oscuridad total y la espuma blanca de las olas y algunos objetos brillantes en la arena. Los luceros seguían allá arriba pero no la luna. La luna debía estar escondida tras alguna nube blanca o negra. Era imposible saberlo. La presencia del mesero permitió que recuperara el sosiego mental. Primero le sirvió a ella las gotas de la felicidad, dijo, con la cortesanía del mesero profesional tras un breve meneo de la muñeca. Luego colocó la botella gollete abajo en el recipiente de los hielos ya derretidos y preguntó si yo quería otro jaibol. Entonces Luzana se adelantó diciéndole algo así como *Tráigale una cuba de ron blanco, vaso alto, mucho hielo y coca, y para mí un anís con anís por favor.*

CINCO

Qué bárbara —hablo yo—, ¿cómo sabría que?... y lo que ella pidió, lo que ella bebería para rematar su cena.

Lo que pasa, dijo Luzana, es que había leído mis crónicas de viajes, en las que el alcohol era ingrediente fundamental y que cualquier persona envidiaba mi tren de vida, sospechaba ella. Si es que no era ficción. Con esas crónicas supuso que era evidente la decisión que tomé en favor de lo que ambicionaba en la vida, consagrarme a la escritura, anulando lo otro, la revolución. Dale con eso, pensé enfadado porque ya había bebido el primer buche largo y exquisito de cuba. Pues qué te traes, Luzana, en qué andas metida, mi amor, anda dime, confía en mí, adónde quieres llegar. Tuve que pegarle otro envión a la cuba a instancias de ella porque chocó su copa con mi vaso y entonces *lo soltó*. No sólo eso sino que también creí escuchar la invitación a que la siguiera para que hiciéramos lo que siempre quise hacer, y además con ella a mi lado. No tuve arrestos para decirle *Quiero con todo mi corazón pasar la noche contigo, Luzana querida*, porque quién sabe cómo lo hubiera tomado, como una frívola declaración pequeñoburguesa y antirrevolucionaria, y *que los cálidos rejonos del sol tierno del Pacífico, amorcito, nos despierten, cuando entren por la juntura de la cortina de mi suite con vista a la playa, ¿sabes?*, porque me dieron el cuarto de Graham Greene, que no vino, que está enfermo y a última hora canceló su participación en el congreso y, como los organizadores no quisieron que se desperdiciara, se la asignaron a tu Flaco, no porque esté a la altura del maestro Greene sino porque habría sido una lata que Semionov, Simon o Vázquez Montalbán o Ramírez Heredia o Taibo II volvieran a hacer las maletas y se mudaran a la suite, la suite que ahora es mía, de nosotros, si te animas, y después que se caiga el mundo, Luzana querida.

En dos horas estaría en el vestíbulo —habla Luzana—, para irse a la sierra.

Esta clase de invitaciones no debieran hacerse así, estuvo ella de acuerdo, repentinas y sin discutir las. Ahí el problema fue la falta de tiempo. Quienes

iban a llevarnos eran sólo guías. Las dificultades se presentarían en la sierra pero a ver cómo las resolvíamos. ¿Me animaba? ¿Quería hacer la revolución de a de veras?

Coño, joder, macho.

EPÍLOGO

UNO

Estaba leyendo el semanario *Siempre!* cuando un hombre treintañero, el suéter multicolor, se acercó a la ventanilla del VW y preguntó si el número de las placas era trescientos noventa y tantos. No supe qué contestarle. No recordaba si era ese el número y sólo se me ocurrió preguntar por qué deseaba saberlo. Él podía verlas desde fuera. El hombre contestó sonriente y apenado algo así como *Su señora perdió el conocimiento*. Pensé que era un truco, sin duda quería sacarme del coche y robárselo o algo así. Le pregunté cómo era la persona a la que se refería. Delgada, dijo, y blanca. Sí, era la Pichona. Bajé de inmediato del coche y caminé deprisa al lado del hombre que fue explicándome que otra persona buscaba el VW por el oriente y él por el poniente. Empecé a ponerme nervioso y a darle las gracias por el aviso, etcétera. Cuando entré a la sala de recepción de Perinatología vi a una gran cantidad de mujeres sentadas en butacas como de cine. La Pichona había asistido a una cita para que le hicieran unos estudios y determinaran si continuaba alto el nivel de prolactina. Había estado con fiebre y estornudando y yo no sabía qué pensar.

Una señora me dijo que corriera, que se llevaban a la Pichona en una silla de ruedas y señaló hacia el fondo. Caminé, serpenteando por entre la gente hasta llegar a una puerta custodiada por dos mujeres policías. Les dije a quien buscaba y ellas señalaron al fondo. La Pichona estaba en la silla con la cabeza caída. Asustado les di alcance. Ella y la mujer que empujaba la silla se habían detenido a esperar el elevador. Tomé a la Pichona del mentón y le vi un color muy blanco en la tez. Parecía como noqueada por un mal desconocido. Yo estaba agitado y no sabía qué decir. La mujer dijo que no me preocupara, que pronto se iba a recuperar, sólo necesitaba descanso. Cuando llegó el elevador bajamos un piso y entramos a una sala de cubículos separados por cortinas de plástico. La ayudé a subirse a una cama luego de quitarle los tenis. Una

doctora muy saludable preguntó si la Pichona estaba en ayunas y al contestarle que sí explicó que se había desmayado por falta de azúcar en la sangre. Que esperara ahí, acostada, hasta que se sintiera bien. Luego podía volver a los laboratorios para que le extrajeran sangre y le hicieran el análisis, lo que no agravaría su situación.

La Pichona me contó que estaba en la fila en espera de entregar sus papeles y que se desmayó. Dice que siempre despierta de mal humor porque lo hace a mitad de un sueño agradable. Ahora le frotaron la nuca con un algodón empapado en alcohol. En Perinatología tiene que buscar asiento, tras la entrega de sus papeles y esperar a que la llamen. Lo ha hecho varias veces durante este tratamiento al que se ha sometido para combatir su infertilidad. Subí a informar a los laboratoristas y uno de ellos flaco, moreno, alto, hierático, dijo que ya la habían voceado y que teníamos que esperar hasta el final. Lo vi con azoro.

¿Cómo que al final? —hablo yo—. Si se había desvanecido porque no se desayunó, esperar sería tanto como mantener su mal estado.

Al verme tan colérico el empleado dijo que la Pichona subiera cuando se recuperara.

Volví a su lado y advertí que estaba de mejor semblante pero seguía blanca como refrigerador nuevecito. La tomé de la mano y se la acaricié. ¿Qué más podía hacer? Unos médicos charlaban afuera despreocupados bebiendo café. Uno de ellos estaba contando las mejoras que le hizo a su casa. Debía tener paciencia porque nadie volvió a atendernos. Sentí que tenía que hallar esa virtud inencontrable en mí. Cuando la Pichona dijo sentirse bien busqué a la médico para darle las gracias. Ahí supe por qué se le veía tan saludable. Dos gruesas manchas rojizas le coloreaban los pómulos como a una muñeca de trapo pero no era Luzana desde luego. El contraste de su tez coloreada con el blanco de la Pichona era extraordinario. Logramos hallar un asiento vacío en la sala de espera y le avisé al laboratorista que ya estábamos ahí. Amable esta vez, dijo que la Pichona seguía en el turno y mientras le sacaban la sangre vi a lo lejos su brazo delgado y blanquísimo. Antes de abandonar el hospital di de nuevo las gracias al hombre que había ido a buscarme. Estaba junto a una mujer. La que me dijo que corriera. Quizá era su esposa. A la salida la Pichona bebió completo un jugo de naranja.

En casa ella dijo que se iba a la cama. Traté de recordar cuántas veces se había desmayado desde que nos casamos. La primera fue en el elevador de un hotel de Acapulco en cuya alberca habíamos tomado el sol. Yo veía los números de los pisos mientras subíamos y pensaba en lo que iba a pedir de

comer cuando una gringa me avisó que la Pichona se había desmayado, y sí, ahí estaba en el suelo como dormida. La segunda fue en el apartamento de un reportero donde bebíamos, fumábamos y parlotéabamos. Era una multitud de pie. De pronto la Pichona dijo que le faltaba *aire*. Quién sabe por qué ocurrencia sugerí que metiera la nariz en el refri y respirara pero se desvaneció. En el Rafaello, donde cenábamos, le pedí a una amiga que fuera al baño a buscar a la Pichona. Estaba desmayada en el piso a causa al parecer de una intoxicación con ostiones *rasurados*. Lo mismo le pasó en el metro antes de casarnos.

Días más tarde leía tranquilo el diario luego de desayunar dos mangos petacones y dos panes tostados con miel receta del doctor Borges Cordero para sanear mi organismo y fortalecerlo y estar en buenas condiciones de salud. Me relamía. La Pichona anunció que mejor se iba al hospital porque se sentía mal. Sus palabras consiguieron paralizarme pero pensé que estaba vestido para permanecer en casa y darle a la tecla cinco, seis horas, es decir no tenía calcetines. Alcancé a tomar el periódico y partimos hacia Las Lomas.

DOS

El tránsito era nutrido en Paseo de la Reforma. Turbios pensamientos se agolparon en mi mente pero traté de mantenerme despejado y alerta. El Volkswagen lanzó por allá el tapón de una de las ruedas, frente al Museo de Antropología, pero qué iba a detenerme. Cuando llegamos la Pichona se bajó en la entrada principal y al volver de estacionar el coche me pidió que pagara la consulta.

Demonios —hablo yo—, con lo que me gusta hacer trámites.

Una enfermera ordenó que esperara en la recepción donde ni siquiera hice el intento de leer el periódico. Yo, que leo todo. Luego traté de leer los avisos de los muros pero tuve que releerlos para comprender qué decían. Puras advertencias. Pensé negruras y no dejaba de ver la puerta por donde había entrado la Pichona. Una pareja llegó con un niño en brazos y una niña como de cinco años. El hombre se sentó con el recién nacido y la chiquilla se puso a jugar con el pomo de la puerta. Ésta reía y hacía ruido con la cerradura. Luego se detuvo y se puso a observarme largo rato. Traté de sonreírle pero mi mueca hizo que volviera a lo suyo. Unas muchachas que caminaban hacia el estacionamiento de Urgencias vestidas con batas blancas se carcajeaban. Pensé con amargura que nadie debía reír ahí. De un coche pequeño bajó un hombre y al rato volvió con una enfermera y una silla de ruedas y entre ambos sacaron del interior a una joven desmayada. Tenso, nadie me decía nada aunque de vez en vez una enfermera preguntaba por los parientes de tal o cual enferma. Intuí que debía sosegarme, pensar en algo o en alguien distinto a la Pichona.

La niña se puso a husmear en un depósito de piedrecillas donde la gente escupe y arroja cigarrillos, y donde había una colilla humeante. Cuando estaba a punto de alertar a sus padres, una señora preguntó de quién era esa niña. La madre la llamó, el padre la llamó y la niña, en cuclillas, les echó una mirada por encima del hombro con una expresión de alegre maldad. La volvieron a llamar con ese blandengue tono de amenaza de los padres consentidores. Yo veía el reloj y me sentía envarado, tieso, con nubarrones

negros en mi cabezota dura. Hice promesas y llamadas de atención a mi propia persona. No ejercer el catolicismo tiene desventajas porque rezar facilita las cosas, imagino. La Pichona apareció por fin e hizo un gesto con la cabeza de algo así como *Vámonos*. Me sentí culiatornillado a la silla y logré ponerme de pie con gran esfuerzo. La Pichona estaba demacrada, con el aspecto de una mujer vencida. Pero también advertí un diminuto brillo de triunfo en sus grandes ojos de tapatía linda. Los médicos le ordenaron reposo dos o tres días. Cinco, dije. Diez. Los que fueran necesarios, carajo.

Estaba revisando mis papeles, acomodándolos. Quería ordenarlos. No sentí ganas de trabajar, y la Pichona continuaba en la recámara. Lo que sentí fue un breve piquete de hambre. No era posible, pensé. Quizá ella sentía lo mismo. Escogí un par de manzanas y fui a la recámara donde la encontré bañada en lágrimas. Vi a muchos niños en la pantalla del televisor. Como si alguien hubiera querido hurgarle en la herida. Traté de confortarla pero sentí un nudo en el pecho y contraídos los músculos abdominales. Soy un duro, pensé. Soy un duro. Ella dijo que se sentía peor con las contracciones cada no sé cuántos minutos. Le sugerí que volviéramos al hospital, no había que confiarse. Con rapidez me cambié la camisa porque se le había caído un botón y también me puse calcetines. Volví a llevarme el periódico. Doña Lupe, la sirvienta, preguntó si la Pichona estaba embarazada porque una conocida suya había pasado en cama nueve meses, joven, viera usted qué de cuidados del marido, que si las flores, que si los chocolates, la criatura nació bien, ya debe ser un muchachote, pero ¿qué cree?, anda con unas greñas que Dios guarde la hora y es mariguano y se fue a vivir con una mujer diez años más grande, la señora sigue en cama por cómo le salió el hijo.

Ya no recuerdo si tomé el camino a Las Lomas y si estaba más despejado de vehículos que en la mañana. De reojo vi cómo ella se retorció de dolor, y yo sin hallar qué hacer. Sólo ir a todo trapo. Volví a tomar conciencia de que la tensión endurecía mi cuello y del cerebro paralizado, lo cual era poco inteligente, pensé. Tenía que actuar con frialdad. No iba a darme el lujo de cometer errores si es que eso podía ser un lujo. Recordé a Fofó muerto. Recordé a Óscar aferrado a la plancha. Recordé a Fallo muerto. La entrada a urgencias tenía una reja que se abre por dentro y yo pedí con humildad pero con firmeza que me permitieran llevar a la Pichona a la puerta de urgencias. Quién sabe qué vio el poli en mi carota que me franqueó el paso pero me condicionó a que sacara pronto el coche. La enfermera vio a la Pichona y con una dureza excepcional dijo que esperara. Respiré profundo. Esta vez no se atrevió a echarme. Quién sabe qué vio también en mi cara de palo.

Si veo que se tardan —hablo yo—, me le echo encima.

La enfermera dijo que la iban a operar y que regresara a las cuatro. Podía verla de cuatro a siete. Eran como las doce. Vagué por los alrededores y de nuevo sentí el piquete del hambre. Me amonesté pero vinieron a mi mente algunos consejos que he leído en las revistas que lee la Pichona sobre cómo combatir la depresión. Tenía que comer carbohidratos. Lo que necesitaba más bien, pensé, era atizarme unos lingotazos de taguarniz, cuáles carbohidratos. Pero temí perder la serenidad y la frialdad y reblandecerme como pasaba cuando bebía siete cervezas. Siempre terminaba chillando. Busqué una tortería. A las cuatro una chica sonriente y amable verificó en su libreta e informó dichosa que la Pichona estaba en el quirófano. Lo dijo con la diplomacia de una hiena y agregó, fría, que volviera en una hora.

TRES

En la sala de espera no sentí ganas ni de pensar. Pero ¿cómo no pensar? Sólo que volviera a vivir el infierno de la incertidumbre. Ya sabía lo que pasaba y dentro de lo malo es bueno saber a qué le tira uno, pensé. Vi a hombres con el pecho inflado que entraban sosteniendo como banderas triunfantes pequeños ramos de flores. No es mi turno, dije. No. Ya vendrá, ya vendrá. Volví a sentir contraídos los abdominales. La chica sonriente dijo una hora después que volviera en veinte minutos, que la Pichona estaba en recuperación, es decir ¡había salido bien! Me pregunté por qué daba las buenas noticias con menos optimismo que las malas. Pero después al ver sollozando a la Pichona, sola, en un cuarto donde había dos camas sentí aquel jalón doloroso en los abdominales. Soy un duro, pensé. Soy el hombre más duro del mundo. Nada venía a mi mente. ¿Qué diablos podía decirle en aquel trance? ¿Decirle *lo importante es que tú estés bien*? Barboté muchas frases rotas de las que ya no recuerdo una, y la besé y la tomé de la mano y le di la revista sobre reinas y princesas y reyes y príncipes.

Ya estaba bien. Ya no sentía las contracciones dolorosas que la doblaban en dos y, cuando vi que reía por no sé qué ocurrencia chistosa que le dije, sentí que había llegado el momento de retirarme. Eran las siete en punto. No quería dar motivo para que me echaran. Habían transcurrido nueve horas que sólo se las deseo al peor de mis enemigos. En casa bebí varios lingotazos de whisky y pasó lo que tenía que pasar. Sentí reblandecerme y solté un borbollón de llanto. Uno solo, ¿y qué? Ahora siento que soy más duro.

Nunca olvidaré ese día porque fue cuando entró la primavera.

RECuento DE PERSONAJES

El Changüingua no terminó la escuela pero aplicó sus conocimientos contables para convertirse en un próspero fabricante de ropa, a partir de que Ivonne falleció en un accidente automovilístico y él no tenía dinero para sepultarla, me contó alguna vez. Nos vemos poco. Siento que me rehuye pero ignoro por qué. ¿Me habrá buscado cuando murió Ivonne y no pudo encontrarme?

El Campana II terminó la carrera de trabajador social y a su regreso a la costa de la selva consiguió empleo como director de la penitenciaría de Acapetahua, y luego de la de Huixtla y de la de Motozintla. Se le han escapado los presos dos veces, pero ha conseguido capotear esos líos.

El Conejo montó una cantina en el pueblo, se retiró del alcohol y presidió una agrupación de propietarios de tabernas que pudo haberlo llevado a la presidencia municipal. Al enterarse de que a su padre le dio un infarto bebió cuarenta y tantos días seguidos hasta morir.

Armando se recibió de abogado, casó con María de Jesús, una chica muy guapa de la colonia Obrera, con la que tuvo cuatro hijos, entre ellos a Diana, y después de tener varios empleos en el D. F. montó su despacho en Tapachula, donde enviudó.

Fallo y otros compañeros suyos viajaban a Guadalajara, luego de asistir a la toma de posesión de un alcalde electo. El coche tomó una curva, derrapó y se estrelló contra la cerca de protección. La cerca estaba formada por tres gruesas tiras de láminas filosas. Una de esas láminas lo cercenó en dos a la altura del abdomen. En el PRI corrió el rumor de que *alguien* enviado por panistas resentidos había *arreglado* los frenos para que fallaran. Se rumoreó también que Fallo formaba parte de un equipo clandestino que metía votos apócrifos en las urnas. Los restos de Fallo descansan en nuestro pueblo.

Óscar llegó a ser secretario general de gobierno luego de ser diputado local. Pero no ha conseguido serlo federal.

El Cule vive en Guadalajara. Cierta vez nos encontramos en el aeropuerto del D. F. Platicamos poco porque su avión iba a salir en ese momento. Encabezaba a un grupo de personas que lo seguía adonde él se dirigiera. Vi que sus zapatos eran de importación. Italianos, seguro.

El Che murió en Bolivia.

La única nota que se le fue a Carlos Denegrí fue la de su propia muerte. Su esposa le vació la carga de un revólver.

Marilú se casó con un gringo y enviudó. Ella se hizo cargo de la fábrica que el marido montó en Mexicali.

De Clararrosa supe que vivía con una mujer.

Sabrina regresó a Guatemala donde se casó con el hijo de un cafetalero que fue senador de la República. Tuvieron cuatro hijos. El marido estuvo a punto de ser presidente pero su carrera política se frustró cuando le publicaron en los diarios la vida que su esposa había llevado durante su estancia en Tapachula. En uno de los capítulos apareció un peculiar cinturita suyo, un dizque estudiante a quien ella mantenía enviándole dinero para que se recibiera de profesionista mientras éste le hacía de todo menos de estudiante.

Javier montó una empresa editora y se independizó de los periódicos. Vive feliz, casado con una dama jalisciense. Tuvo seis hijos.

Moncho sigue en su rancho. Engendró media docena de hijos, todos profesionistas. Dejó el alcohol.

La Venada murió de tuberculosis.

Sergio von Nowaffen murió cuando, paradoja, escribía una columna para *El Diario de México*, después de que él y el Flaco reportearon unos ocho años en la casa *Excélsior*, él en la segunda edición de *Últimas Noticias* y el Flaco en la primera de *Noticias* y en *Excélsior*.

Luzana se fue a la sierra de Guerrero. Ya nunca supe de ella. Parece que ahora sí la perdí para siempre. Carezco del menor dato de su paradero o de su posible muerte real cuando escribo las líneas finales de su nebulosa historia, después de unos diez años de nuestro último encuentro en Acapulco. Fue el tiempo que esperé antes de decidirme a escribir esta historia. No quise buscar a Manuel ni a Miguel en Aguascalientes. Intuí que no tenía caso y que podía incluso, sin desearlo, descubrirle a ese par de granujas el destino, el paradero de la hermana. Reconozco que no descifré a fondo ni la mente y mucho menos el corazón de mi amada Luzana. Estuve muy ocupado en mi proyecto, en seguir lo que dictaba mi vocación, y no en escucharla y en comprenderla para conocerla mejor, en la medida en que uno puede llegar a conocer a una mujer y a una mujer de la que se está enamorado.

Sin embargo admito también que yo quería hacerle el amor antes que nada, porque cuando estás enamorado vives de acuerdo en todo con tu amor, sea quien sea, sea como sea, de izquierda o de derecha. Es más creo que resulta necesario hacerles el amor para conocerlas. Hasta que llegas al punto en el que ellas no te permiten ir más allá en su corazón y en su mente. Pienso que si hubiera partido de mí la propuesta de irnos a la sierra al salir del *Diario de México*, hace treinta y tantos años, ella se habría negado a seguirme, tildándome de romántico loco. También pienso que si Luzana hubiera sugerido que nos fuéramos a la guerrilla habría ido tras ella con tal firmeza de convicciones como ahora estoy seguro de que correría en pos de Sabrina, de poder regresar la película. A los veinte puedes irte a la guerra y si sobrevives envejecer escribiendo una historia o varias con las batallas de trasfondo o sin ellas.

Pero a los cincuenta es hartito romántico pero riesgoso vivir en un prostíbulo con una prostituta, la mejor de la mancebía, la más linda, a tus ojos cuando menos, cuidándote de no engendrar hijos y de viajar a París para convertirte en el Henry Miller o en el Ernest Hemingway del Soconusco, si es que no logras repetir la hazaña de un Miguel de Cervantes Saavedra y mucho menos la de Jaime Sabines, la de Juan Bañuelos o la de Óscar Oliva, porque el único poema que escribiste acabara incinerado como cualquier pila seca de las hojas de un almendro arrancadas por los vientos del otoño. Ignoro qué hubiera pasado ese amanecer acapulqueño, de no haber bebido cubas, porque me *prendí*. Pese a que recordé el viaje a Washington cuando los colegas y el avión partieron sin mí al quedarme dormido con mi gabardina a la Bogart puesta, y Denegrí carcajeándose de mi novatez, según supe. Fue el único reportero que no apostó a que yo estaría a tiempo en la ceremonia de devolución de El Chamizal, el pequeño patio que nos regresaron los gringos.

Pero en Acapulco, pensando que si me mantenía despierto en la fresca madrugada acapulqueña iba a asistir puntual a la cita con Luzana, le dije contento a ella que nos veríamos a la hora y en el lugar convenidos. Fue cuando Luzana entraba al elevador y de ahí salía Rafael Ramírez Heredia, en medio de la confusión de las presentaciones y de que las puertas metálicas se cerraban de modo automático.

Debíamos ir a la zona roja —habla Ramírez Heredia—. Un escritor debe conocer el zócalo, la iglesia, el mercado y los burdeles de una ciudad para dominarla por completo.

Los colegas estaban esperándonos allá, excepto Vázquez Montalbán, que metido en la cama buscaba sin duda alguna película en el tele. Parecía estar

hasta los cojones de zócalos, de iglesias, de mercados y de burdeles. Calculé que tenía tiempo suficiente para echarle un vistazo a la zonaja, y que estaría a tiempo en la cita para irme con Luzana a combatir al execrable gobierno. A lo mejor comenzaba muy mal mi nueva vida, con el síndrome de secreción inapropiada de la hormona antidiurética, pero qué *chingaos*, hubiera proclamado Schopenhauer. Mi error no estuvo en que seguí bebiendo cubas, o del inconsciente porque en el fondo del alma deseaba que ocurriera lo que pasó. Mi error fue entrarle al tequila porque el ambiente de zarabanda del burdel consiguió alebrestarme el alma, lo mismo la presencia jaranera de las señoritas putas y la actitud de Ramírez Heredia.

Paliacate al cuello, bigotes cual colas de alacrán, tenía ante él una larga fila de mesalinas aguardando que les leyera la palma de las manos (se inventó la virtud en ese momento, dijo), y porque el ruso Julián Semionov permanecía en la pista como un enorme oso polar cachondo abrazado a una de las chicas malas de la Coyuya (pinche Changüingua), y porque Juan Madrid, camisa de fuera y los ojos inyectados detrás de sus gafas de lunas opacas, bailaba de a cartoncito de cerveza con una prieta gorda y nalgona (pinche Campana II, sé que viéndolo escupirías despreciativo por el colmillo), y porque Roger Simon abrazaba contra su pecho, asustado y nervioso, riendo como zanate, el portafolios con el original de una novela policiaca que temía perder o que se lo robaran.

Debido a todo eso junto, que no era poco para crear la atmósfera propicia, que me asalta el recuerdo de Sabrina y que se apodera de mí una nostalgia ingobernable ya que, para acabarla de amolar, Pedrito Infante cantaba bien dolido esa de *Es inútil dejar de quererte, ya no puedo vivir sin tu amor, no me digas que voy a perderte, no me quieras matar corazón, yo qué diera por no recordarte, yo qué diera por no ser de ti...*, y que me aferró al tequila de donde Semionov y Ramírez Heredia estaban bebiendo *caballitos* (Roger Simon poquiteaba una cerveza, tibia sin duda), y que me zampo un buche tan largo tan largo y tan cabrón y tan ardiente de fuego líquido que retomé conciencia de mí mismo como seis horas después, con los rejonos de un sol bravo clavados en el cuerpo, en la suite que hubiera sido del maestrazo Graham Greene.

Lo primero que pensé, palpando y viendo que conmigo no estaba Luzana sino una chica sosia de Sabrina, fue que no vería nunca más a mi guerrillera del alma aunque el gobierno la amnistiara y yo conociera su paradero, porque iba a sentir una vergüenza del carajo cuando ella murmurara, reprochándome

de nuevo, algo así como *No tienes remedio, Flaco, otra vez me cambiaste por una puta.*

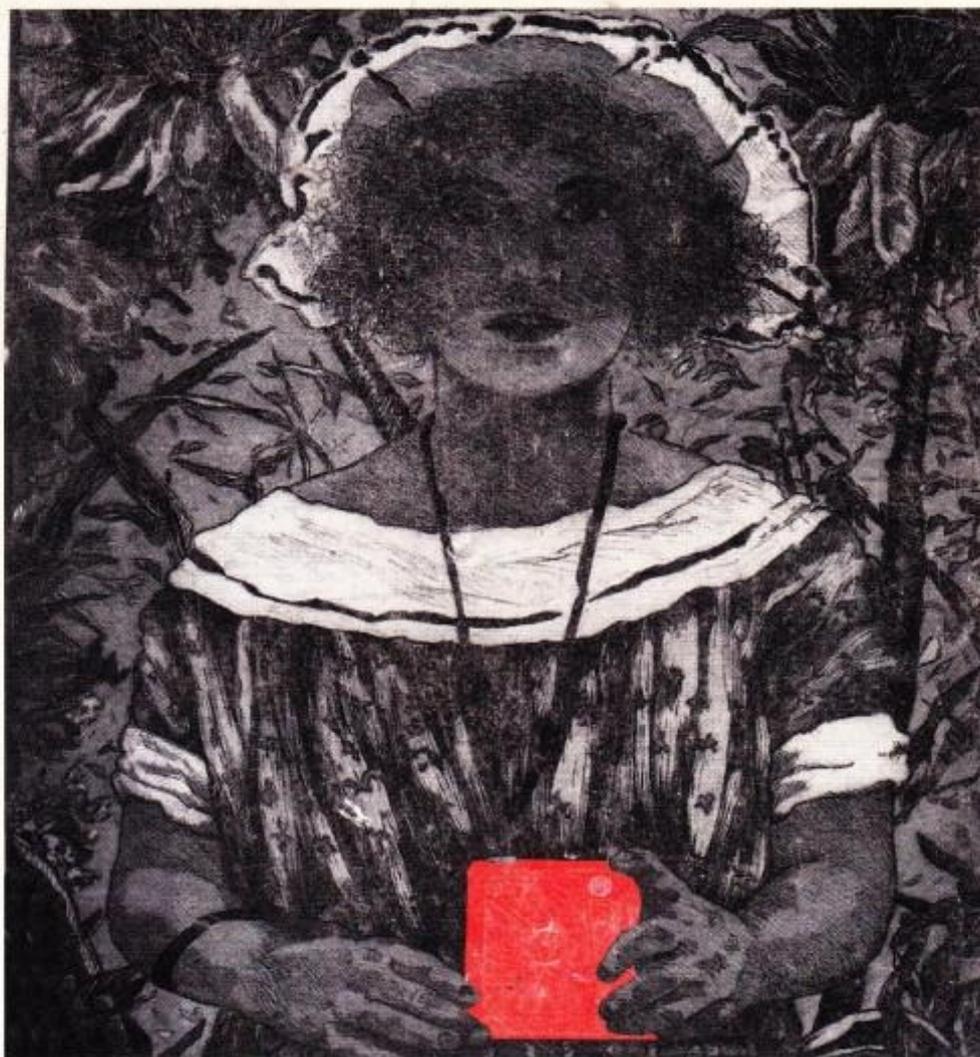


MARCO AURELIO CARBALLO nació en Tapachula el 20 de septiembre de 1942. Realizó sus estudios profesionales en la Facultad de Economía de la UNAM. Ha destacado como articulista, reportero y corresponsal de diversos periódicos y revistas (*Excélsior*, *Unomásuno*, *Proceso*, *Siempre!*), publicado novela y cuento (*La novela de Betoven y otros relatos*, *Polvos ardientes de la segunda calle*), y obtenido, entre varios más, el Premio Nacional de Periodismo, que concede el gobierno de la república.

Murió en Ciudad de México, el 1.º de agosto de 2015.

Marco Aurelio Carballo

MUÑEQUITA DE BARRIO



Lectulandia